HISTORIA MEXICANA

VOL. L ABRIL-JUNIO, 2001 NÚM. 4

200



EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MEXICANA

REVISTA TRIMESTRAL PUBLICADA POR EL CENTRO
DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE EL COLEGIO DE MÉXICO

Fundador: DANIEL COSÍO VILLEGAS
Directora: SOLANGE ALBERRO

Publicación indizada en CLASE (http://132.248.9.12:8060)

HISTORIA MEXICANA es una publicación trimestral de El Colegio de México. *Suscripción anual*: en México, instituciones e individuos, 300 pesos. En otros países, instituciones e individuos, 100 dólares, más cuatro dólares para gastos de envío.

Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D. F.
ISSN 0185-0172
Impreso en México/*Printed in Mexico*
Se terminó de imprimir en junio de 2001 en Imprenta de Juan Pablos, S. A.
Mexicali 39, Col. Hipódromo Condesa, 06100 México, D. F.
Composición tipográfica: Literal, S. de R. L. Mi.

Certificado de licitud de título núm. 3405 y licitud de contenido núm. 2986, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas, el 30 de septiembre de 1988, y número de reserva 04-2001-011613405600 del 16 de enero de 2001.

HISTORIA MEXICANA

VOL. L ABRIL-JUNIO, 2001 NÚM. 4

200



EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MEXICANA

VOL. L ABRIL-JUNIO, 2001 NÚM. 4

200

SUMARIO

NOTA: el sumario de colaboraciones sigue el orden cronológico de aparición de cada una de las revistas.

VIÑETA DE LA PORTADA

Daniel Cosío Villegas. Retrato de Verónica Murguía

PRESENTACIÓN

Las efemérides distintivas suelen servir para organizar celebraciones o para el autoanálisis. Son momentos de reflexión, y en muchas ocasiones, de cambios. En esta ocasión, cuando *Historia Mexicana* alcanza la edad cincuentenaria, publicando su número 200, en el Centro de Estudios Históricos se acordó dedicar dicho número a la historia de las principales revistas de historia que se publican en el país. Confiamos en no haber incurrido en injustas omisiones, y confiamos también en que este número sirva de perspectiva especial para acercarse a la historiografía mexicana contemporánea. Esto es, nuestro deseo es que a partir del análisis de las principales revistas históricas pueda entenderse mejor el proceso de profesionalización de la disciplina, su crecimiento institucional, los cambios en los temas de investigación, los cambios en los métodos y técnicas de análisis, y hasta las transformaciones en las preferencias de los lectores. En una palabra, este número pretende ser un reconocimiento a las revistas de historia que se publican en el país, con un análisis de su pasado, su problemática actual y sus posibilidades futuras, y una aportación a la historia de nuestra historiografía.

EL PRIMER MEDIO SIGLO DE *HISTORIA MEXICANA*

Solange Alberro
El Colegio de México

Con este número 200, *Historia Mexicana* celebra el cincuentenario de la revista creada por Daniel Cosío Villegas. Cuando salió su primer número, que correspondía al trimestre julio-septiembre de 1951, existían otras revistas que otorgaban amplios espacios a la historia de México, de acuerdo con una tradición que no hacía sino reflejar un proceso fundamental en la formación de la identidad de este país. Sin embargo, ninguna se dedicaba exclusivamente a la historia de México, y menos postulaba que pudiese existir una historia propiamente mexicana, o sea, una manera particular de hacer historia al privilegiar periodos, espacios, temáticas, enfoques, según las circunstancias, coyunturas, necesidades, prioridades, los intereses y las preocupaciones de los mexicanos en aquel momento.

Porque si es evidente que todos los historiadores, como los demás estudiosos, compartimos inquietudes intelectuales comunes por el simple hecho de ser contemporáneos, resulta también evidente que la presencia recurrente o la ausencia de ciertos temas, y la manera de tratarlos, se explican ante todo por nuestro arraigo en la sociedad específica de un país particular en un momento dado. Por tanto, *Historia Mexicana* nació como revista *de* historia de México, pero también como la apropiación que los historiadores mexicanos —o asimilados, puesto que aquí lo que rige es la vivencia y no la decisión administrativa— hicieron de su historia al examinar,

cuestionar y tratar de explicar la historia de su país y de su nación a partir de su condición de historiadores mexicanos de mediados del siglo XX. Por eso mismo, la revista adquirió inmediatamente perfil y sabor peculiares.

En efecto, si bien estuvo siempre ampliamente abierta a las visiones y percepciones de quienes, desde el extranjero, hacían también historia de México, condición *sine qua non* para asegurar su necesaria oxigenación, brindó al mismo tiempo espacios generosos a los historiadores mexicanos, fuesen ya consagrados o en ciernes. Así, desde los primeros números vemos que los nombres más prestigiosos de la historia mexicana de entonces, tanto nacionales como extranjeros, cohabitan con los nombres desconocidos de jóvenes estudiantes, muchos de los cuales son ahora, a su vez, historiadores famosos. Con riesgo de pecar de soberbia, creemos que se puede afirmar que *Historia Mexicana* sigue fiel a lo que ya es ahora su tradición, y que como en sus principios, los historiadores mexicanos, tanto los famosos como los aún desconocidos, siguen encontrando en sus páginas la acogida de antaño y que esperamos sea de siempre.

Haber llegado a este medio siglo de vida nos infunde cierto orgullo, no podemos negarlo. Sin embargo, no nos impide reconocer limitaciones y fallas. Si bien unas son compartidas por otras revistas, otras son probablemente defectos nuestros. Cierta tendencia a ofrecer a nuestros generalmente fieles y —hasta, a veces, adictos— lectores, trabajos austeros —aburridos dicen algunos—, excesivamente descriptivos tal vez, cuando el tema tratado empieza sólo a ser desbrozado y el autor considera prematuro o imprudente formular conclusiones. Trabajos también que versan sobre temas muy especializados o muy reducidos, lo que por su misma limitación no interesan más que a un puñado de lectores.

Sin embargo, si bien es cierto que la pluma suelta e incluso elegante de tantos historiadores decimonónicos y de muchos de la primera mitad del siglo XX hacía casi ligeros temas igualmente áridos; sí, al amparo de una historia-ciencia, y desde nuestra pretensión de ser también los his-

toriadores unos científicos hechos y derechos, sembramos a veces nuestros textos de cuadros, curvas, listas, series y datos estadísticos —en lugar de mandarlos amablemente a apéndices— y usamos una jerga acaso pedante y confusa que entorpece aún más la lectura y la comprensión, es evidente que *Historia Mexicana* ha sido, sigue y seguirá siendo una revista de investigación dirigida a un público forzosamente reducido y acostumbrado a enfrentar las austeras exigencias de la investigación. Así, es probable que buena parte de los trabajos que seguirán llenando sus cuatro números anuales seguirán siendo austeros por su forma y contenido, al unísono finalmente con el color indefinido —entre gris y azul— de la portada y la sobria tipografía y presentación de la revista desde su fundación, características que precisamente la hacen identificable de inmediato en los estantes de nuestras bibliotecas.

Pero sería descortesía abusar de la ocasión presente para explayarnos sobre *Historia Mexicana.* Para celebrar con la comunidad de historiadores este su aniversario cincuenta y el número 200 correspondiente, hemos pedido a quienes dirigen o han estado estrechamente involucrados en los destinos de las otras revistas consagradas total o mayoritariamente a la historia de México, que hiciesen, según su ingenio, propósitos e inspiración, una presentación de cada una de ellas. No podemos sino ofrecer disculpas, tanto a los responsables de las revistas que no aparecen mencionadas en el presente número como a nuestros lectores, porque no todas las que tratan efectivamente de la historia de México respondieron a tiempo a nuestro llamado por razones muy diversas, o porque *Historia Mexicana,* por descuido y sobre todo ignorancia, falló en su intento de convocar a todas. Aún así, el abanico que presentamos es rico, y refleja en su pluralidad el estado que guardan en este principio de siglo las revistas mexicanas de historia, esencialmente la de México. Sin pretender ofrecer una síntesis de los logros, fracasos, fortalezas y debilidades de nuestras revistas, me limitaré aquí a destacar algunos puntos que me parecen dignos de llamar la atención, desde luego per-

cibidos y ponderados desde la inevitable subjetividad de quien escribe.

En primer lugar, y como era de esperarse, impera la diversidad entre nuestras publicaciones, tanto en términos formales como de contenido. Algunas revistas se dedican exclusivamente a la historia, otras incluyen también temas y campos afines a la historia, como la antropología, la etnohistoria, la arqueología, la sociología, la lingüística, la historia del arte o la literatura, el caso de *Cuicuilco*, del *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, los *Anales de Antropología*, los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. Asimismo, unas se especializan en determinado periodo, espacio o temática, así *Siglo XIX*, *Estudios de Historia Novohispana*, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, *Secuencia*, *Estudios de Cultura Náhuatl*, *Estudios de Cultura Maya*, *Historia y Grafía*, etc., conforme al desarrollo de los distintos campos historiográficos.

Otra diferencia consiste en el hecho de que ciertas revistas reproducen textos escritos originalmente en lengua extranjera, o vuelven a publicar textos difícilmente accesibles, tanto los que salieron a la luz hace tiempo como documentos archivísticos de primera mano, así *Istor*, *Relaciones* y, obviamente, el venerable aunque rejuvenecido *Boletín del Archivo General de la Nación*. Finalmente, unas gozan de cabal salud, otras más llegan a la edad de razón como eslabones o perspectivas históricas, como *Istor* o *Signos*, o están en pleno desarrollo, así *Cuicuilco* e *Historia y Grafía*; unas más se encuentran en etapas difíciles, por razones muy diversas y otras como las *Memorias de la Academia Mexicana de Historia*, lograron vencer recientemente las dificultades pasadas. Lo más triste es, desde luego, cuando alguna desaparece, como aconteció lamentablemente con *Siglo XIX*, de perfil tan marcado y que no ha sido sustituida, porque una revista que fallece, sobre todo por no haber encontrado los socorros oportunos, significa la desintegración del proyecto que se proponía difundir para desarrollar una visión particular de la historia, y muchas veces también la desintegración de un equipo, cuando no de un grupo de amigos. Por eso, su falta se traduce en un

empobrecimiento sensible de nuestro pequeño universo, donde de repente ciertas voces familiares dejan de hacerse oír, interrumpiéndose, entonces, los diálogos entablados y silenciándose las discusiones y polémicas. Una revista que desaparece contribuye a devolver partes enteras del pasado a la inercia sedimentaria de donde tal vez nunca volverán a ser extraídas para que la pasión de un puñado de historiadores les vuelva a insuflar sentido.

De manera general, todas nuestras publicaciones sufren, en grados variables, las dificultades económicas propias de cualquier proyecto editorial de carácter no comercial, y las carencias, por no decir vicios, de los sistemas de distribución. Además, tres problemas al menos, parecen serles comunes, que destacan claramente varios de los colegas que accedieron a compartir sus experiencias en el presente número.

El primero atañe a la ausencia casi total de crítica, en particular notable y grave en nuestro medio. En efecto, resulta prácticamente imposible suscitar un estricto debate académico acerca de una cuestión o un libro, y quienes no dudan en expresar con libertad y en privado sus reservas y críticas, rechazan casi siempre la posibilidad de hacerlo desde la tribuna de una revista. Las consecuencias están a la vista: los investigadores escriben artículos y hasta libros, producto a menudo de largos años de trabajo, sin que prácticamente nadie llegue a cuestionar, discutir y rebatir sus hipótesis, fuentes, metodología, interpretaciones o conclusiones, viéndose los primeros, condenados en la mayoría de los casos, a conformarse con los comentarios preliminares de quienes leyeron los borradores y, si tienen suerte y algo de paciencia, con algunas citas ulteriores en los trabajos de contados alumnos y amigos.

La misma actitud se observa en muchas reseñas dedicadas a libros recientes. Sometidos a las crecientes presiones ejercidas por instancias e instituciones para que los investigadores produzcan al menos papel impreso, y también a la moda, también creciente, de presentar de manera oficial los libros nuevos, y hasta los que no lo son tanto, la gran mayoría de las reseñas que llegan ante los consejos edito-

riales de nuestras revistas no son más que presentaciones de libros. Esto no significa que los textos carezcan de calidad e interés, puesto que muchos de ellos son brillantes, sugerentes y además escritos en el estilo ameno que se aviene con el evento académico-social para el cual fueron elaborados. También se entiende que los investigadores, acosados por la necesidad apremiante de publicar, busquen dar una salida a la vez digna y redituable al respetable trabajo que constituye un comentario consistente sobre una obra reciente. Sin embargo, existe un problema de género, puesto que una reseña no es exactamente una presentación, cuya modalidad oral y colectiva requiere —y también prescinde de— ciertas cosas: mientras la presentación por definición, debe recalcar los aspectos positivos de la obra entronizada y evitar ahondar en puntos excesivamente específicos, en atención a un auditorio forzosamente heterogéneo, la reseña prescribe un mínimo de crítica y de cuestionamiento, y requiere precisamente el comentario e incluso la discusión apretada de algún punto o aspecto.

Lo mismo acontece con buena parte de los trabajos sometidos a los consejos editoriales para publicación. Por la multiplicidad existente de eventos académicos de toda clase, nacionales e internacionales, y la necesidad imperiosa para los investigadores de exhibir regularmente trabajos concretos, están saliendo a la luz numerosas obras que reúnen, de hecho, las ponencias presentadas en alguna mesa o sesión dedicada a un tema específico, y que después son publicadas en coautoría o bajo la coordinación de un responsable. Sin embargo, aquellas ponencias que no suscitan una publicación colectiva o por motivos muy diversos no encuentran cabida en ella, a menudo son ofrecidas a los comités de redacción de nuestras revistas. Ahora bien, como sucede con las reseñas, no pocas de ellas, que fueron ponencias del todo respetables, carecen de las características que se precisan en un artículo, y por tanto, aquí como en el caso de la reseña-presentación de libro, asistimos a una especie de mutación genérica que se traduce en un cambio cualitativo sensible en un buen número de los textos que aspiran a ser publicados en la revistas especiali-

zadas, y que por esta razón son a veces rechazados por los árbitros y los consejos editoriales.

Ciertamente, la ausencia de crítica patente en nuestras tribunas impera también en los demás campos académicos, tanto científicos como humanísticos, y más aún en el mundo de las letras y las artes, no sólo en nuestro país, sino por doquier, aunque en grados diversos. Esto no debe constituir un consuelo, sino un estímulo para tratar de ventilar nuestros jardines respectivos y entender de una vez que la crítica y el debate no sólo son imprescindibles para el desarrollo de cualquier criatura viva, como una revista, sino que, lejos de proceder de turbias intenciones, reflejan en el peor de los casos, la incomprensión del crítico, y en el mejor de ellos, su interés verdadero por la obra cuestionada.

Como consecuencia probable de este rechazo a la crítica y a una confrontación mínima, y movidos tal vez por el anhelo secreto de quedarnos confinados en un espacio protegido —aunque con aire un tanto enrarecido—, se registra en nuestras revistas una notable escasez de trabajos que adopten enfoques comparativos, lo que desemboca a veces en comentarios y conclusiones apresuradamente perentorias. Y sin embargo, ¿cómo ignorar las similitudes y las diferencias entre Perú y Nueva España, si se busca destacar lo que distinguió a esta última?, ¿y con el Brasil portugués, los países europeos, sobre todo los del área mediterránea, Estados Unidos, el Japón de los Meiji, la India independiente y la China de la segunda mitad del siglo XX, cuando llegó la hora de los nacionalismos, de la "modernización" bajo sus diversas modalidades, de la industrialización, y ahora, de la "globalización" de los modelos económicos y políticos? En numerosos casos, si no es que en casi todos, la comparación con otras situaciones y realidades históricas debería imponerse, sin prejuicios ni marcos prefabricados. Si efectivamente queremos descubrir lo que hace distintos los diversos momentos y modalidades de la historia de México, es preciso dejar de postular como principio cualquier especificidad supuestamente irreductible y deducir de la comparación cuidadosa con lo afín y

hasta lo ajeno las peculiaridades verdaderas de esta historia. La de México, pero también la *historia mexicana,* no pueden sino salir fortalecidas de estas confrontaciones.

El segundo problema que nos afecta desde hace pocos años proviene del contexto en el que las instituciones académicas nacionales se ven obligadas a desarrollar sus actividades. Concretamente, se trata de nuestra supeditación creciente a organismos normativos cupulares, a los que quienes nos dedicamos a tareas académicas, y en particular de investigación, estamos sometidos. Para las revistas científicas como las nuestras, esta relación se tradujo primero en la extensión de recomendaciones y consejos, en general, bien acogidos en la medida en que parecieron pertinentes e incluso en ocasiones benéficos, puesto que vimos en ellos, medios posiblemente eficaces para lograr la calidad académica a la que todos aspiramos, lo mismo en cuanto se refiere a nuestro desempeño personal como al de nuestras revistas. Pero en pocos años el propósito parece haberse modificado hacia un sentido cada vez más autoritario y totalizador, el que pronto se tradujo en instrucciones imperativas dadas a todas las revistas cuya calidad había sido anteriormente acreditada. Lo que en un principio no había sido más que una simple recomendación se volvió orden perentoria, cuyo incumplimiento implica para las revistas reacias el desconocimiento oficial.

Ahora bien, las nuevas exigencias tienen esencialmente un carácter formal, por lo que no percibimos con claridad de qué manera ni en qué medida contribuirían a mejorar la calidad de nuestras revistas. Además, su cumplimiento tendería a uniformarlas, y por tanto, a despojarlas de su personalidad. Como ha sucedido tantas veces en otras esferas, parece perdurar la vieja ilusión de lograr un propósito al prescribir nuevas normas cada vez más apremiantes y de carácter esencialmente formal, cuando sólo cabría procurar el acatamiento de las existentes. Porque lo sabemos por experiencia, la calidad, tanto la de nuestra producción científica como investigadores, como la de nuestras revistas, sólo puede ser valorada en términos cualitativos, dentro de parámetros respetuosos de las diferencias y aceptando de

antemano el riesgo que implica cierta subjetividad que sabemos inevitable.

El tercer problema que debemos enfrentar es el que corresponde a la difusión de las revistas a través de los medios electrónicos, cuya presencia se vuelve cada día más apremiante en la vida académica. Son grandes y casi irresistibles las tentaciones de aceptar los ofrecimientos e invitaciones constantes a entrar al gran club de la modernidad cibernética. Y ninguno de nosotros quiere correr el riesgo de dejar una revista rezagada en una modalidad arcaica que la condenaría seguramente a una pronta desaparición. Pero ¿qué podemos aceptar y qué debemos rechazar? Lo ignoramos aún, puesto que hasta la fecha, existe un vacío jurídico casi total al respecto, como lo atestiguan constantemente los abusos en los que puede desembocar el uso ciego de los medios electrónicos, en particular en materia informativa. Si debemos entrar sin recelo en los índices electrónicos, que cumplen finalmente las mismas funciones que los índices tradicionales, surgen en cambio muchos interrogantes y dudas cuando se trata de reproducir una revista de larga trayectoria en un CDROM, de suprimir su forma actual para continuar en una versión electrónica, de aceptar ofertas en las que sólo una parte de los artículos, o un resumen de ellos, elaborado por terceros y fuera de cualquier control, aparecería en superrevistas cibernéticas que se proponen sintetizar y difundir en un marco desconocido, información sobre amplias áreas y temáticas. Aquí, como en tantos otros aspectos, los procesos de globalización suscitan nuevas relaciones cuyas implicaciones, positivas y negativas, nos escapan en gran parte, pero que no deben ser soslayadas. Por ahora parece que no nos queda más que compartir nuestras dudas y tomar decisiones que sospechamos apresuradas en un sentido u otro, con la esperanza de que el brutal imperialismo cibernético de hoy empiece pronto a ser, si no regido, al menos mínimamente regulado, de modo que tengamos mayores elementos de juicio al momento de tomar decisiones en estas materias.

Pero en estos comentarios la crítica, cuya ausencia lamentábamos en nuestras revistas de historia, parece sumarse

ahora al pesimismo, y sería en verdad una triste celebración para un gran aniversario si nos conformáramos con eso. Además, sería un error y, más que todo, una falacia. Porque a pesar de las carencias, faltas y fallas señaladas, o de los riesgos y peligros advertidos, es fuerza reconocer que nuestras revistas mexicanas de historia están y van bien. Sin arrogancia desde luego, más bien con la discreta lozanía que sienta a publicaciones especializadas en el México de este tercer milenio en pañales. La prueba está en la permanencia de revistas como el *Boletín del Archivo General de la Nación* (1930), los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* (1937), las *Memorias de la Academia Mexicana de Historia* (1942) y la de nuestra ahora cincuentona *Historia Mexicana* que, con alguno que otro achaque, como es debido cuando se llega a esta edad, han logrado rebasar o cumplido el medio siglo de vida. La prueba está en las revistas que se encuentran en la flor de la juventud, y más aún las que apenas han salido a la luz, como *Historia y Grafía*, *Signos* o *Istor* o entre otras, que marcan una esperanzadora apertura hacia otros campos y enfoques y una tendencia cada vez más acentuada a presentar trabajos históricos sobre otros países. Esto permite esperar que esta tendencia pronto dé origen a trabajos de carácter comparativo, y más tarde a la aparición de seminarios y cursos, con sus correspondientes tesis y libros, que marcarán finalmente, el ingreso de los historiadores mexicanos en el campo de la Historia, esta vez universal.

Actualmente existen en México por lo menos unas 20 revistas totalmente o en su mayor parte dedicadas a la historia, y tal vez casi el doble si consideramos las publicaciones regulares, muchas de ellas de reciente aparición y en manos de equipos jóvenes, que incluyen con frecuencia temas de carácter histórico. Éste es el caso de la mayoría de las revistas que emanan de las facultades o departamentos de humanidades y ciencias sociales, de universidades e instituciones públicas o privadas de la provincia. Como es de esperar que el actual proyecto político que alienta los procesos de federalización se traduzca por iniciativas locales, en materia de educación y cultura, en la creación de

colegios o centros de enseñanza superiores en los estados de la República Mexicana, debería normalmente promover publicaciones en las que la historia esté llamada a ocupar un lugar privilegiado. Por lo tanto, los 50 años de *Historia Mexicana* se acompañan de varios motivos de alegría, satisfacción y esperanza. Cuando el mero hecho de sobrevivir resulta ser una victoria, los nacimientos, felices desarrollos y serena madurez de las revistas de historia indican que pronto tendremos ocasiones de celebrar aniversarios semejantes. Hoy día, *Historia Mexicana* extiende sus sinceros agradecimientos a quienes han hecho posible este número, y los convoca a todos a volver a celebrar juntos... nuestro próximo siglo de vida.

DEL *BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MÉXICO* AL *BOLETÍN DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES BIBLIOGRÁFICAS*

Miguel Ángel CASTRO
Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México

ANTECEDENTES

EN 1902 EL APASIONADO BIBLIÓGRAFO Nicolás León, como responsable de las publicaciones del Instituto Bibliográfico Mexicano, había comenzado a editar su *Boletín*, bajo, afirma José Ignacio Mantecón, la supervisión del erudito José María Vigil.[1] Este instituto, resume por su parte Nicolás León, en un artículo rescatado por Mantecón,[2] se había instalado en la Biblioteca Nacional el 29 de mayo de 1899[3] y,

[1] "Índice de la primera época del *Boletín de la Biblioteca Nacional*, 1904-1929", en *Boletín de la Biblioteca Nacional*, segunda época, t. XV, núms. 1-2 (ene.-jun. 1964), p. 33.

[2] Este artículo de Nicolás León fue editado con el título "El Instituto Bibliográfico Mexicano. Los libros. Los bibliófilos. Los bibliógrafos mexicanos" por Ignacio Mantecón en el segundo semestre de 1963 del *Boletín de la Biblioteca Nacional* (segunda época, t. XIV, núms. 3-4, pp. 17-55), y se trata de una versión ampliada del artículo "La bibliografía en México en el siglo XIX" que apareció en 1902 en el *Boletín del Instituto Bibliográfico Mexicano* (núm. 3, pp. 52-66).

[3] Como se sabe, el antecedente de este instituto fue la Junta Nacional de Bibliografía Científica instalada un año antes por recomendación de la Royal Society of London que en 1896 había organizado un congreso o conferencia internacional para invitar a diversos países a recopilar todas las referencias de sus obras científicas. La fecha oficial del solemne establecimiento del Instituto Bibliográfico Mexicano es el 29 de mayo

precisamente, entre sus bases y acuerdos más importantes que consideraban la elaboración de la "Bibliografía científica nacional" o, según el *Reglamento*, "Bibliografía general de la República", se establecía la publicación de sus trabajos en un "Anuario bibliográfico", así como la constitución de un centro de canje internacional y la formación de bibliografías especiales a elección de los miembros.[4] De acuer-

---

de 1899; sin embargo, encontramos que aparecieron diversas notas sobre los trabajos preparatorios más o menos un mes antes en *El Imparcial*: el 3 de mayo se informaba sobre la presentación del reglamento del instituto que había tenido lugar durante una reunión celebrada dos días antes y en la que estuvieron presentes Jesús Sánchez, Jesús Galindo y Villa, Porfirio Parra, Agustín Aragón, Rafael Aguilar, Ángel M. Domínguez, José María Vigil, José María Ágreda, Luis González Obregón y Eugenio Zubieta. Se discutió si debían incluirse las obras de extranjeros que tratan sobre México, impresas dentro o fuera del país y se acordó circunscribir la labor del instituto a obras de autores mexicanos impresas en México o fuera de la República para formar la *Bibliografía mexicana*, y a obras de autores extranjeros publicadas en nuestro territorio para hacer una *Historia tipográfica*, asimismo, se determinó publicar un *Anuario bibliográfico*. El 11 de mayo en *El Imparcial* en la nota "Inauguración del Instituto Bibliográfico Mexicano. Canje de las publicaciones", se hace referencia, entre otras cosas, a la relación del instituto con los delegados de las sociedades científicas Antonio Alzate, Geografía y Estadística, Academia de Ciencias, Historia Natural, Ingenieros y Arquitectos, y Pedro Escobedo, así como a su responsabilidad en el canje de publicaciones; y el 29 del mismo mes se anunció que tendría lugar la sesión inaugural en la que se distribuirían entre los socios los nombramientos otorgados por el presidente de la República, Porfirio Díaz, a quien, por cierto, le fue concedido el nombramiento de Presidente Honorario que se hizo constar en un diploma cuya labor artística era "positivamente admirable y digna de mención", según se informaba en una nota del 2 de agosto en el mismo diario.

[4] El *Reglamento para el régimen interior del Instituto Bibliográfico Mejicano* está compuesto por 30 artículos y sus once páginas fueron impresas por la Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento en 1899. Este documento y el índice de contenido de los once números del *Boletín del Instituto Bibliográfico Mexicano* se reprodujeron en el libro *Índices. Boletín de la Biblioteca Nacional de México (1904-1929; 1959-1967). Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas (1969-1982; 1987-1995)*, que tuve oportunidad de publicar con el sello de la Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Bibliográficas en 1997, y de hecho, constituye la base de este trabajo.

do con Mantecón, el balance de los trabajos del Instituto Bibliográfico Mexicano fue muy positivo porque representa el primer intento de sistematizar y organizar la producción bibliográfica nacional y porque las obras que financió aunque pocas, son muy importantes, y explica que si no llegó más lejos se debió a su breve existencia.[5] En efecto, el *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo XVII* preparado por Vicente de P. Andrade alcanzó a ver la luz gracias al apoyo que le dio la institución,[6] y la *Bibliografía mexicana del siglo XVIII* de Nicolás León, ocupó poco más de dos terceras partes de los once números del *Boletín del Instituto Bibliográfico Mexicano* que se publicaron entre 1902-1909.[7] Ambos trabajos le brin-

[5] "Cambios políticos llevaron al Instituto a tener, prácticamente, muy corta vida. Las reuniones se celebraron normalmente mientras fueron secretarios de Justicia e Instrucción Pública los licenciados Baranda y Justino Fernández. Creada la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes en 1905 —cargo que ocupó el licenciado Justo Sierra— entró en franca decadencia [...]", escribió Mantecón ("El primer Instituto Bibliográfico Mexicano". En *Boletín de la Biblioteca Nacional de México* (segunda época, t. XII, núms. 3-4, jul.-dic. 1961, p. 16.) con base en las afirmaciones de Nicolás León que declaró que "De hecho el Instituto subsistió hasta el año de 1902 y de nombre, por sus publicaciones, hasta 1908". León, "El Instituto [...]", p. 52. Sobre la vida del Instituto Bibliográfico Mexicano como antecedente del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, María del Carmen Ruiz Castañeda, Ernesto de la Torre Villar y el autor de estas líneas leímos sendos trabajos en una mesa redonda organizada con motivo del centenario del primero, y treinta del segundo. Las versiones cortas de la ponencia de Ruiz Castañeda y de la mía fueron publicadas en la *Nueva gaceta bibliográfica* con los títulos respectivos de "El Instituto Bibliográfico Mexicano, antecedente del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, en su XXX aniversario" y "Hacia la profesionalización del quehacer bibliográfico" (UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, año 2, núms. 2-4, abr.-dic. 1999, pp. 30-39.)

[6] Andrade reconoció este apoyo en la breve introducción de su obra, que se publicaba con cierta lentitud en el boletín de la Sociedad Alzate, y que gracias al apoyo del ministro de Justicia e Instrucción Pública y presidente del Instituto Bibliográfico Mexicano, Joaquín Baranda, logró editarse en la imprenta del Museo Nacional en 1899.

[7] León, socio de número del instituto, agradece a Joaquín Baranda, al sucesor de éste, Justino Fernández, y a Victoriano Agüeros haber recabado la autorización del presidente Porfirio Díaz que le otorgaba una subvención mensual para escribir su bibliografía. *Vid.* "Al lector", en *Boletín del Instituto Bibliográfico Mexicano,* 1 (1902), p. IX.

daron valiosos servicios al chileno José Toribio Medina para la redacción de su *Imprenta en México (1539-1821)*. Otras obras que acogió el instituto como resultados de los acuerdos tomados por la Junta Nacional de Bibliografía Científica, fueron los correspondientes a la bibliografía del Estado de México de Manuel de Olaguíbel y Enrique Iglesias.

No sobra insistir en que con estos trabajos se reafirmó la ya importante tradición bibliográfica mexicana. El *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* se editaba, si bien con interrupciones, desde 1839, y daba cabida a artículos sobre bibliotecas y asuntos de carácter bibliográfico como las "Observaciones acerca de la proyectada reimpresión de la *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional* del doctor Beristáin", redactadas por don Joaquín García Icazbalceta; en 1844 se publicó en el *Museo mexicano* tal vez el primer señalamiento de la importancia de la bibliografía como disciplina que hizo Melchor Ocampo en un artículo en el que comentó 29 obras sobre lenguas indígenas; entre 1853-1856 un grupo considerable, por su renombre y número de literatos, vacía su ilustración o erudición libresca en los diez tomos del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía* coordinado por Manuel Orozco y Berra y editado por José María Andrade. Más adelante, y a partir sobre todo de la restauración de la República en 1869, periódicos y revistas como *El Renacimiento*, en los que Ignacio Manuel Altamirano insertaba sus "Boletines bibliográficos", dedicaron espacios para comentarios, reseñas y notas sobre temas relacionados con el libro, la prensa, la imprenta y las bibliotecas. Durante ese tiempo se establecieron más agrupaciones y sociedades científicas y literarias dentro y fuera de la ciudad de México que organizaban reuniones y veladas para leer y comentar las obras de sus miembros así como las novedades editoriales. Muchas de estas asociaciones contaban con un órgano de información o bien editaban los trabajos de sus agremiados si contaban con fondos o mecenas, como es el caso de las *Memorias* de la Academia Mexicana y de la Sociedad Científica Antonio Alzate,[8] *El Liceo*

[8] La Sociedad Científica Antonio Alzate, fundada en 1884, publicó

Hidalgo, Netzahualcóyotl y *El Liceo mexicano,* sendas revistas de las sociedades del mismo nombre.[9] Esta última, fundada en 1885, fue particularmente cercana a la Biblioteca Nacional ya que en varias ocasiones celebró sesiones en su edificio, el ex templo de San Agustín. En su revista encontramos que José María Vigil, solicitado para hacer una definición del pensamiento y los trabajos de la agrupación que alcanzaba cinco años de existencia, prefigura en cierto modo el plan editorial del *Boletín de la Biblioteca Nacional*:

> *El Liceo mexicano* entra en una nueva época notablemente mejorado, lo cual es signo manifiesto de la robustez adquirida por la Sociedad de la cual es órgano. El compromiso que espontáneamente han contraído sus redactores de aumentar el material de lectura, será cumplido con exactitud, pues disponen de abundante caudal, alimentado constantemente por la actividad colectiva de los socios. La formación de una antología mexicana; la colección de documentos para nuestra historia; la publicación de composiciones póstumas e inéditas de nuestros mejores literatos, son ideas felices que darán a la publicación variedad y deleite, ofreciendo a la vez escogida copia de noticias y datos instructivos.[10]

Resta mencionar la presencia renovadora hacia el final del siglo XIX de las importantes publicaciones modernistas

---

una *Revista científica y bibliográfica* en 1899 bajo la dirección de Rafael Aguilar y Santillán, secretario perpetuo. Compuesta de reseñas destinadas a informar a la comunidad científica sobre obras publicadas en otros países, muestra la generosidad de los miembros de la Sociedad Alzate que generalmente no las firmaron. Esta interesante revista acompañaba las *Memorias* de la agrupación con foliación propia.

[9] Alicia Perales Ojeda ofrece una valiosa lista de las agrupaciones que tuvieron órgano de divulgación en su libro *Asociaciones literarias mexicanas del siglo XIX*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Estudios Literarios-Imprenta Universitaria, 1957, pp. 237-245. Al interesado se le recomienda consultar la nueva edición de esta obra publicada en el año 2000, por la Universidad Nacional Autónoma de México dentro de la colección «Ida y regreso al siglo XIX» que impulsa el Programa Editorial de la Coordinación de Humanidades.

[10] "Introducción", en *El Liceo mexicano,* t. 6, núm. 1 (nov. 1890), p. 3.

Revista Azul, *Revista Moderna* y *El Mundo Ilustrado* que indudablemente favoreció el cultivo de los estudios literarios y, en general, el interés por los impresos.

El *Boletín de la Biblioteca Nacional*. Primera época

La creciente difusión de estudios bibliográficos y la multiplicación de los quehaceres relacionados con las bibliotecas demostraban la madurez e importancia que ambos habían alcanzado en el país al cambio de siglo. Para atender sistemáticamente tales necesidades se señaló una institución: la Biblioteca Nacional, que consideró entre sus trabajos, por supuesto, una publicación regular, un boletín. Para acercarnos a la óptica de su fundador conviene recordar que 24 años después de haberse hecho cargo de la conducción de la Biblioteca Nacional, quince de estar formando sus escrupulosos catálogos y más o menos cinco de haber participado en la fundación del primer Instituto Bibliográfico Mexicano como vicepresidente, José María Vigil se entusiasmaba por la multiplicación y fomento de las bibliotecas en el país, "centros permanentes de propaganda civilizadora", confirmaba su fe en los afanes educativos del régimen, y se felicitaba de poner en marcha el proyecto que coronaría su labor administrativa como director y su obra bibliográfica como amante de los libros: la publicación del *Boletín de la Biblioteca Nacional de México* en cuyo primer número del 31 de julio de 1904 informaba a sus lectores:

> Lo que se ha avanzado por este camino revela, a no dudarlo, una de esas evoluciones espontáneas que agitan a los pueblos, cuando en ellos se despierta el anhelo de levantarse a un orden superior de cultura, anhelo acariciado por legítimas esperanzas que acaban realizándose en gloriosas manifestaciones; y coadyuvar por nuestra parte a la consecución de tan noble idea, es un deber patriótico que nos proponemos cumplir hasta donde nos sea posible en el *Boletín de la Biblioteca Nacional de México.*
>
> El solo nombre de esta publicación indica su objeto y su importancia, pues a nadie puede ocultarse la conveniencia de

que el establecimiento a que se refiere posea un órgano de información sobre todo lo que de algún modo contribuye a su mejoramiento y desarrollo progresivo. También es necesario dar a conocer por medio de la imprenta manuscritos preciosos que el tiempo ha respetado, y obras interesantes sobre nuestra historia, nuestra literatura y demás ramos del saber, que han llegado a ser muy raras y están expuestas a una completa desaparición. Por otra parte, revistiendo un interés verdaderamente nacional todo lo que de alguna manera concierne a las bibliotecas públicas que existen en los Estados y Territorios de la Confederación Mexicana, ofrecemos las columnas del *Boletín* a cuantos datos y noticias se nos comuniquen de esos establecimientos que tan poderosamente influyen en el progreso intelectual de los pueblos.

Tal es el programa que seguiremos en la presente publicación a reserva de las modificaciones que vaya indicando la experiencia.

La primera época del *Boletín* abarca trece tomos, y va de 1904-1929, sin embargo y como se sabe, se publicaron con algunas irregularidades en su numeración y cambios de frecuencia de aparición, sin interrupciones de julio de 1904 a julio de 1913, 141 números (dos de ellos extraordinarios dedicados a José María Vigil, 1909, y Alejandro de Humboldt, 1910) en diez tomos, y con muchos saltos los cuatro números que formaron el tomo 11, de noviembre de 1915 a octubre de 1916, las nueve entregas del número 12, de julio de 1917 a diciembre de 1920, y el único número del tomo 13 que corresponde al primer bimestre de 1929. La razón: los agitados tiempos de la Revolución y sus consecuencias. Para tener una idea de la forma en que se afectó el desarrollo y progreso de los trabajos de la Biblioteca Nacional basta recordar que entre 1913-1929 se hicieron cargo de su dirección, después de Vigil y Francisco Sosa, trece personajes de la vida cultural y política de aquellos años: Rogelio Fernández Güell (1912-1913), Luis G. Urbina (1913-1914), Luis Manuel Rojas (1914-1917), Martín Luis Guzmán (1915), Genaro Palacios Moreno (1915), Ciro B. Ceballos (1917-1918), Agustín García Figueroa (1918-1919), Juan B. Iguíniz (1919-1920), Agustín R. Ortiz (1920), Vicente Garrido Alfaro (1920), Ma-

nuel Mestre Ghigliazza (1920-1926), Joaquín Méndez Rivas (1926-1928) y Esperanza Velázquez Bringas (1929). Apoyaron a los directores en la edición del *Boletín* los distinguidos bibliógrafos Agustín Monteagudo (1904-1906), Luis Castillo Ledón (1906-1907), Luis González Obregón (1907-1910) y Nicolás Rangel (1910-1913). Francisco González Guerrero, Ranulfo Penagos y Antonio Tagle acompañaron a Juan B. Iguíniz en la difícil tarea de sacar adelante los tomos 11 y 12 de la publicación (1916-1920), y, al parecer Rafael Aguilar Santillán, nombrado subdirector por Esperanza Velázquez Bringas, solamente logró sacar de la imprenta el rezagado y solitario número del tomo 13 de esta primera época en 1929, a pesar de las buenas intenciones de la directora de continuar la publicación.[11]

El contenido del *Boletín* durante esta primera época no fue siempre de la misma calidad, Mantecón anota que tras la

[11] Esperanza Velázquez Bringas anunciaba en los primeros párrafos de ese número que "Entre las medidas adoptadas por la dirección, para reorganizar los diferentes servicios, figura la publicación de este *Boletín* que se había interrumpido, por diversas causas, desde 1922; año en que acabó de imprimirse el número 9 del tomo XII, correspondiente al periodo de julio a diciembre de 1920.

A partir del presente número, el *Boletín de la Biblioteca Nacional* aparecerá cada dos meses, en vez de cada semestre como antes, con el fin de que las informaciones que contiene acerca de las obras adquiridas por la biblioteca y de las obras de la propiedad artística registradas resulten oportunas.

Este *Boletín* se enviará, como de costumbre, a las instituciones del país y extranjeras que remitan sus publicaciones en canje, a la Biblioteca Nacional de México, y a todas las personas que lo soliciten".

El *Reglamento interior de la Biblioteca Nacional* que se editó ese año establecía las funciones del boletín en tres artículos: "46.- La Biblioteca Nacional publicará mensualmente una Revista Bibliográfica-Científico-Literaria, donde dará cuenta de las obras recibidas, ya sean nacionales o extranjeras. 47.- En la Revista se podrán publicar composiciones literarias o científicas de autores nacionales, como un medio de propaganda y siempre que el Director lo estime conveniente; pero en todo caso se dará preferencia a las noticias bibliográficas, informes, etc., etc. 48.- El Director del Boletín será remunerado y de nombramiento del Ejecutivo". Firma como autor P. Romero Bosque y da su ratificación el subsecretario de Instrucción Pública J. Max Olano. México: San Salvador Imp. Nacional, 1929, p. 14.

muerte de José María Vigil tuvo una "vida lánguida" porque, a partir de entonces, varios números no contienen otra cosa que la "Sección informativa", trabajo de "carácter burocrático", lo calificó Luis G. Urbina, quien intentó durante su gestión devolverle su interés bibliográfico. En efecto, bajo la guía de Vigil, aparecieron sus informes, su propuesta sobre la división de materias y la formación de los catálogos de la Biblioteca Nacional, artículos sobre su historia, la de otras bibliotecas del país y del mundo, asimismo, se editaron transcripciones de manuscritos de misioneros y documentos históricos custodiados por el repositorio, algunos poemas y discursos, notas bibliográficas, traducciones de noticias afines y reseñas de diversa índole. Con la desaparición del fundador del *Boletín*, la "Sección informativa", destinada a presentar estadísticas y dar cuenta de las adquisiciones y la propiedad literaria, ocupó el espacio que dejaron los textos de interés y solamente con la llegada de Urbina y Rangel recuperó algo de su altura anterior. Sin embargo, y a la distancia, esta sección meramente cuantitativa, señalaba Mantecón en 1964, "constituye hoy la única guía para el estudio de la producción libraria en los albores de nuestra centuria".[12] Cabe resaltar la publicación de dos interesantes números extraordinarios, uno dedicado a Vigil en febrero del año en que murió, y el otro dedicado a Humboldt en agosto de 1910. Colaboraron durante esta primera época del *Boletín*, además de los directores y editores responsables citados, Nicolás León, José María Ágreda y Sánchez, Agustín Loera y Chávez, Francisco Fernández del Castillo, Jesús Galindo y Villa, Ramón Mena y Manuel Romero de Terreros y Vinent.

Un hermano menor

Compañero de aventura o hermano menor y, a mi modo de ver, continuador de la primera época del *Boletín de la Biblioteca Nacional* durante algunos de sus años más difíciles es *Biblos: Boletín semanal de información bibliográfica publi-*

[12] "Índice de la primera [...]", p. 33.

cado por la Biblioteca Nacional.[13] Es muy probable que la publicación de esta modesta revista haya sido causante del retraso tan prolongado de la aparición del tomo 13 del *Boletín de la Biblioteca Nacional.* En la declaración de motivos que estamparon los editores de *Biblos* en su primer número del 18 de enero de 1919, al tiempo que se justificaba su nacimiento, se advertía que estaba en prensa el volumen XIII del *Boletín,* y que, debido a su carácter especial, sólo circulaba entre las instituciones similares tanto nacionales como extranjeras, entre otras de carácter científico y entre los profesionales. De manera que encontramos dos cosas: que el *Boletín* debió retirarse de las prensas, puesto que ninguna imprenta se hubiera demorado diez años en imprimir más o menos 300 páginas, y que tal vez fue Juan B. Iguíniz quien distrajo la atención editorial de alguno o de los tres directores de la Biblioteca Nacional entre 1919-1925, Agustín García Figueroa, Vicente Garrido Alfaro y Manuel Mestre Ghigliazza, para dar preferencia a un órgano consagrado

> [...] única y exclusivamente a la vulgarización de los conocimientos bibliográficos, a informar sobre las nuevas adquisiciones, haciendo juicios expositivos sobre las principales, a dar a conocer las figuras más prominentes tanto en la ciencia como en las letras, a presentar en forma clara y breve cuantas noticias sean oportunas acerca del movimiento bibliográfico universal y en fin, a todo aquello que despierte el interés y la curiosidad en cuanto tenga relación con las ciencias bibliográficas.

En realidad, escribir lo anterior no era más que repetir la totalidad de las intenciones del hermano mayor, porque *Biblos* también ofrecía sus columnas para difundir las actividades de otros centros de naturaleza semejante. Iguíniz y

[13] El título original de esta revista fue *Biblios,* más apegado a la etimología, pero solamente lo conservó cuatro meses, pues fue cambiado en el número 40 por el de *Biblos.* Nombre que, por cierto, siete años antes, el librero Francisco Gamoneda había dado a una sencilla, pero interesante revista cultural que alcanzó ocho números.

sus colaboradores debieron considerar poco práctica la forma en que se editaba el *Boletín*, así que para no darle fin a la obra del insigne director fundador, lo hicieron a un lado discretamente de 1919-1926[14] por una publicación semanal de más fácil distribución —era gratuita—, en formato de medio tabloide, cuatro páginas con artículos más breves, notas de cultura general, reseñas e información sucinta de adquisiciones y trabajos de la Biblioteca Nacional. Este boletín semanario debe buena parte de su fama a la sección denominada "Escritores mexicanos contemporáneos", cuya regularidad le permitió publicar 179 biografías[15] anónimas de las jóvenes promesas y los talentos reconocidos de la época, que en algunos casos son la única fuente de información sobre su vida y su obra, pues el mérito de estos artículos consiste en referir la producción de los escritores, además del de incluir sus retratos. Esta especie de "diccionario biográfico de la literatura mexicana de principios del siglo XX" publicado por entregas anticipa el *Diccionario de escritores mexicanos* preparado por Aurora Ocampo y Ernesto Prado en 1967.[16] El responsable o principal promotor de *Biblos*, como hemos anotado, de-

[14] *Biblos* tuvo dos épocas: la primera, del 18 de enero de 1919 al 4 de noviembre de 1922 y comprende 198 números; la segunda, de mayo de 1925 a julio de 1926 y alcanzó quince entregas solamente. Sufrió una suspensión de dos años y medio.

[15] Casi podría afirmarse que apareció una biografía por número porque de los 213 que integran la colección de *Biblos*, hay que recordar que algunos fueron dobles y que las dos últimas entregas de la segunda época agruparon tres y seis números, del 6-8 y del 9-15, respectivamente.

[16] Esta investigación continúa desde entonces bajo la coordinación de Aurora Ocampo en el centro que la vio nacer, pero enfocada a los autores del siglo XX, es decir de los miembros del Ateneo de la Juventud a nuestros días. En 1999 el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM publicó el libro *Biblos. Boletín semanal de información bibliográfica publicado por la Biblioteca Nacional (1919-1926) y su Galería de escritores mexicanos contemporáneos*, se trata de una edición de los índices de la revista y de la recopilación de las biografías, realizadas por Guadalupe Curiel, Miguel Ángel Castro y Luis Mario Schneider, por iniciativa de este último, autor del estudio preliminar de la obra y quien desafortunadamente no alcanzó a tenerla entre sus manos.

bió ser Juan B. Iguíniz que contó con el apoyo de un disciplinado joven redactor, contratado como auxiliar de publicaciones de la biblioteca, nada menos que Francisco Monterde García Icazbalceta.[17] A pesar de que la mayor parte de los textos aparecieron sin firma encontramos entre los colaboradores a bibliógrafos y bibliófilos como Luis González Obregón, Genaro Estrada, Federico Gómez de Orozco, Juana Manrique de Lara, Enrique Santibáñez y Rafael Heliodoro Valle.

Una publicación pariente del *Boletín* y de *Biblos* vino a seguir sus pasos con buena fortuna. La Secretaría de Educación Pública bajo la responsabilidad de José Vasconcelos, siempre interesado en la promoción de la lectura, dio particular atención a las bibliotecas y en 1922 creó la Dirección Central de Bibliografía que hizo suyos varios fines del desaparecido Instituto Bibliográfico Mexicano, entre ellos el de publicar un boletín bibliográfico mensual como órgano informativo de las bibliotecas oficiales, su título sintetizó los propósitos: *El Libro y el pueblo*.[18] Los fundadores fueron Vicente Lombardo Toledano y Jaime Torres Bodet, les siguieron en las seis épocas que vivió —llegó a su fin en 1970— Gilberto Loyo, Rafael Heliodoro Valle, Gui-

[17] Francisco Monterde nos hizo saber de esta responsabilidad en la conferencia sobre revistas literarias mexicanas del primer cuarto del siglo XX que leyó dentro de dos ciclos que sobre el asunto organizó el Departamento de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes en 1962-1963. Con base en este testimonio puede otorgársele a Monterde si no la autoría de todas las biografías de escritores mexicanos publicadas en *Biblos*, sí una participación definitiva en la organización y disposición de tan extensa galería. *Las revistas literarias de México*. México: INBA-Departamento de Literatura, 1963, p. 129.

[18] Nace esta revista porque pretende llenar un vacío dentro de la prensa independiente del país y dentro de las publicaciones oficiales de la Secretaría de Educación.

Hasta antes de ahora no se ha hecho un periódico exclusivamente destinado a orientar al público en la elección y lectura de libros. Esta labor se realiza elementalmente en la escuela y se olvida después por el individuo y se abandona por el Estado. Por esta causa *El libro y el pueblo* toma para sí la tarea de cultivar el amor a la lectura y, sobre todo, la misión de enseñar la manera de ahorrar el tiempo, indicando qué debe leerse y en dónde puede leerse", t. 1, núm. 1 (mar. 1922), p. 1.

llermo Jiménez, Alberto Quiroz, Margarita Michelena, Xavier Wiemer, Andrés Henestrosa, Salvador Pineda y Fedro Guillén. *El Libro y el pueblo* cubrió durante las décadas de los años veinte y treinta el espacio dejado por los boletines de la Biblioteca Nacional, desde su tercer número apareció la sección de bibliografía que ocupó más adelante la mayor parte de sus páginas. Antonio Acevedo Escobedo, María Luisa Ocampo, Juana Manrique de Lara, Ricardo Cortés Tamayo, Alfonso Reyes, Mauricio Magdaleno y el inquieto Francisco Monterde se cuentan entre sus colaboradores.

EL *BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL*. SEGUNDA ÉPOCA

La Biblioteca Nacional se quedó sin órgano difusor de sus trabajos durante más de 20 años. Debió influir el hecho de que en 1929, obtuviese su autonomía la Universidad Nacional de México y se pusiera bajo su custodia la biblioteca. Se terminaba una etapa de cambios y alteraciones que habían obstruido su buen funcionamiento. De modo que, vuelta la calma, entre las tareas más urgentes no figuraba la edición de su revista. Cinco directores, de 1929-1965, Enrique Fernández Ledesma, Aurelio Manrique Jr., José Vasconcelos, Juan B. Iguíniz y Manuel Alcalá se sucedieron y permanecieron en el cargo un tiempo considerable, lo que les permitió echar a andar diversos proyectos encaminados a mejorar la situación de la biblioteca como los siguientes: el traslado de periódicos y revistas al ex templo de San Pedro y San Pablo para establecer en 1944 la Hemeroteca, catalogación de incunables y folletería, edición de obras, encuadernación de materiales, creación de secciones especiales, cambio de la clasificación de Namur a Dewey, formación del catálogo diccionario, restauración general del ex templo de San Agustín —que obligó a suspender y restringir el servicio al público más de diez años, de 1952-1963—, fundación de una sección tiflológica, construcción de una bóveda de seguridad para las joyas bibliográficas y manuscritos antiguos, el restablecimiento del Instituto Bibliográfico Mexicano como extensión de la bi-

blioteca para hacerse cargo, entre otras graves tareas, de la bibliografía nacional corriente y la publicación de anuarios bibliográficos, de la edición de bibliografías especializadas y la coordinación de las labores bibliotecológicas de todo el país, y, por supuesto, llegó el turno de la publicación de una nueva época del *Boletín.*

La segunda época del *Boletín de la Biblioteca Nacional* inició durante la gestión de Juan B. Iguíniz que decidió en 1950, revivirlo para cumplir con la misión asignada desde su fundación, y todavía más comprometido con los avances de la ciencia bibliotecológica en el plano internacional y otros elevados propósitos que anuncian los editores con no poca exaltación en la presentación del primer número:

> El objeto de la publicación será como lo fue desde sus principios, dar a conocer las actividades de la Institución y tener al corriente a los estudiosos y amantes del libro, tanto de las nuevas adquisiciones, como de las riquezas que constituyen su caudal bibliográfico, con la esperanza de contribuir de esta suerte a despertar el interés por las letras, y el estudio de nuestros autores, cuya producción intelectual ha aumentado considerablemente en nuestros días.
>
> Mas no únicamente abordaremos las cuestiones meramente bibliográficas, sino que, introduciéndonos en el campo de la Biblioteconomía nos ocuparemos de los problemas actuales sobre tan importante materia, que tanta atención se les presta en todos los países cultos, y secundando hasta donde sea posible los propósitos de la Organización de las Naciones para la Educación, la Ciencia y la Cultura de laborar por la iniciación de los métodos y sistemas encaminados a la organización, clasificación y catalogación de las instituciones bibliográficas para que en estrecho contacto y formando una especie de liga internacional, sus resultados prácticos sean más efectivos y produzcan en beneficio de la civilización y la cultura frutos verdaderamente apetecibles que redunden en provecho de todos los hombres sin distinción de clases ni condiciones.
>
> Persiguiendo tales propósitos y confiando en su realización, lanzamos nuestro *Boletín* a la publicidad, esperando que no obstante las deficiencias de que pueda adolecer y que procuraremos corregir, llene, hasta donde sea posible su cometido.

Iguíniz y Alcalá encontraron un entusiasta colaborador en David N. Arce para llevar a cabo los ambiciosos y renovados cometidos, bibliógrafo entregado a la Biblioteca Nacional, dejó prueba amplia de sus empeños en la segunda época de su *Boletín.* Ignacio Osorio consideraba incluso que a él se debía la reanudación de la publicación, y que gracias a su dedicación se entregó regularmente cuatro veces al año, entre 1950-1962, el ejemplar correspondiente; sin Arce, añadía, no podría explicarse el florecimiento que tenía el *Boletín* para ese entonces, 1966, año en que murió.[19] Le sucedió en la misión otro apasionado del libro, José Ignacio Mantecón, que contó durante algún tiempo con la ayuda de Ignacio Osorio, ya bajo la dirección de Ernesto de la Torre Villar.

La segunda época del *Boletín de la Biblioteca Nacional* comprende 72 números en 18 tomos, cuatro números trimestrales publicados con cierta irregularidad de 1950-1967. Los colaboradores fijos, miembros de la biblioteca, se hicieron cargo de sus secciones puntualmente, y se dio cabida esporádicamente a otros autores cuyos trabajos fueron del interés de la revista. Como ya se señaló, destaca la presencia del secretario redactor David N. Arce, con una buena cantidad de reseñas agrupadas en su "Fichero crítico";[20] le siguen Juan B. Iguíniz que publicó artículos sobre la historia de la Biblioteca Nacional, la vida y obra de José Toribio Medina, la salida de libros del país y las asociaciones culturales de Guadalajara; Alberto María Carreño que describió manuscritos e incunables de la biblioteca, estudió la vida, obra y biblioteca de Luis González Obregón y sacó varias notas sobre la aparición de primeros impresos en América; Rafael Heliodoro Valle y sus bibliografías de Juan de Dios Peza, fray Alonso de la Veracruz y Miguel Hidalgo y Costilla, su esposa, Emilia Romero de Valle,

[19] "In Memoriam: David Niño Arce (1913-1966)", en *Boletín de la Biblioteca Nacional,* segunda época, t. XVII, núms. 3-4 (jul.-dic. 1966), p. 95.

[20] Alternó con Arce en esta sección, de julio de 1950 a marzo de 1952, un autor que firmó sus reseñas con las siglas A. P. G., que todavía no hemos podido averiguar a quien corresponden.

igualmente aficionada a los libros, colaboró con él en esta última y editó una lista de los seudónimos de don Rafael, y Alberto Valenzuela Rodarte entregó 29 capítulos de un ensayo historiográfico de literatura mexicana. Aparecieron durante los primeros diez años, ciertamente con menor frecuencia, las plumas y fichas de historiadores y bibliómanos como Joaquín Díaz Mercado, Rafael Carrasco Puente, director fundador de la hemeroteca, Juana Manrique de Lara, Roberto Ramos, Jorge Gurría Lacroix, Tobías Chávez, Héctor R. Olea, Ignacio B. del Castillo, Manuel Toussaint, Federico Gómez Orozco, Francisco Gamoneda, Felipe Teixidor, Alexandre M. Stols, Manuel Alcalá y Alicia Perales Ojeda. En 1960 ingresó a las páginas del *Boletín* una nueva generación de bibliógrafos e investigadores de la Biblioteca Nacional: Guillermo Fernández de Recas, Gloria Escamilla, Carmen Crespo de Cebreros, Agustín Millares Carlo, Rafael Montejano y Aguiñaga, Ernesto de la Torre Villar, Ernesto Mejía Sánchez y José Ignacio Mantecón. Recibió la dirección de la Biblioteca Nacional, Ernesto de la Torre Villar en 1965, y un grupo más de jóvenes investigadores que se habían ido interesando por los fondos de la biblioteca se inició en su órgano de difusión: Ignacio Osorio Romero, que llegó a ocupar la dirección del Instituto de Investigaciones Bibliográficas solamente un año y medio, de 1990-1991, pues lamentablemente la muerte lo sorprendió cuando ponía en marcha sus proyectos, Irma Contreras, Israel Cavazos, Germán Viveros, Luis Rublúo Yslas, Salvador Cruz, José Quiñones, Roberto Moreno de los Arcos, Gloria Grajales Ramos, Germán Viveros, Ana María Magaloni, Tarsicio García Díaz y Arturo Gómez Camacho. Muestras interesantes o curiosas de poesía, ingenio y agudeza, así como anécdotas de personajes de la cultura nacional y mundial fueron editadas en el *Boletín* a modo de viñetas bibliográficas, por ejemplo, "Cómo escoger las lecturas para los niños", de André Maurois, "El libro como conflicto", de José Ortega y Gasset, el conocido artículo "Libros que leo sentado y libros que leo de pie", de José Vasconcelos, al que se suma "El libro" de Alfonso Reyes, la crítica de Manuel Gutiérrez Nájera a una escultura

de Dante que se encontraba en la biblioteca; una anécdota de Ignacio Manuel Altamirano sobre los problemas de publicación de libros en su tiempo y un poema a sor Juana, de Elías Nandino. Se obsequió también a los lectores del *Boletín*, a partir de la llegada de De la Torre Villar, con una colección de autógrafos y fotografías de autores y personajes de México y el mundo, reunida por Enrique Fernández Ledesma varios años antes, al parecer desde 1934. Se insertaron cuatro suplementos de estos autógrafos sin foliación en los últimos tres tomos de esta segunda época.

Resulta interesante observar que el cultivo de la bibliografía a partir de 1950 se encontraba distribuido entre diversas instituciones a todo lo largo y ancho del país con resultados muy desiguales, que admiten la escala de calificaciones de muy buenos a no acreditados catálogos, guías, bibliografías, reseñas cortas, medianas y largas, índices de revistas, estudios de biblioteconomía, artículos sobre la imprenta, la prensa, libros raros, manuscritos y bibliotecas en revistas especializadas y de contenido general.

Dos primos y una prima de las publicaciones periódicas de la Biblioteca Nacional

A mi modo de ver, situados en este recorrido sobre los voceros de la Biblioteca Nacional, interesa mencionar, así sea someramente, tres publicaciones que han caminado a su lado a partir de la cuarta década del siglo XX, ya que su aportación en materia documental ha sido muy importante, se trata del *Boletín del Archivo General de la Nación*, del *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público* y de *Historia Mexicana*.

La misión del *Boletín del Archivo General de la Nación*, fundado en 1930, era informativa: dar a conocer la riqueza histórica del acervo del archivo nacional. Luis González Obregón, Rafael López, Julio Jiménez Rueda, Manuel B. Trens, Ignacio Rubio Mañé, Margarita Sepúlveda Amor y Sonia María Alcalá González, directores de la institución, contaron con el apoyo y trabajos de Nicolás Rangel, Ramón

Mena, Ricardo Minenza Castillo, Francisco Fernández del Castillo, Edmundo O'Gorman, Francisco González de Cossío, Ernesto de la Torre Villar, Juan de D. Pérez Galaz, Alfonso Caso y José Bravo Ugarte, entre otros, para darle lustre a las tres series de la publicación de 1930-1988.

El *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público* apareció el 20 de noviembre de 1954 con motivo de la VI Feria del Libro sin grandes planes de vida, sin embargo, su espléndida factura y aceptación le permitieron gozar de buena salud 20 años más. Interesados los editores en llamar la atención de los lectores hacia la información bibliográfica sobre temas o asuntos hacendísticos y económicos del país, pronto derivaron a lo histórico y aun a lo literario. La importancia de la aportación de esta revista a la bibliografía y a la historia del libro y la prensa se constata en sus bien elaboradas secciones "Espejo de libros", "Conciencia de México", "Periódicos y escritores del siglo XIX" y "Publicaciones de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público", en los numerosos artículos, ensayos, biografías, hemerografías y bibliografías debidos a la labor de sus editores y colaboradores entre los que figuran Raúl Noriega, fundador, Manuel J. Sierra, Jesús Castañón Rodríguez, Román Beltrán Martínez, Moisés González Navarro, José Miguel Quintana, Manuel Carrera Stampa, el inquieto Ernesto de la Torre Villar, Eduardo Sierra Basurto, traductor, Luis Rublúo, Enrique González Rojo, Ernesto Lemoine y Malcolm D. McLean.

La revista *Historia Mexicana*, órgano del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, fue fundada tres años antes que el *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda* por Daniel Cosío Villegas, y ha aparecido sin interrupciones hasta la fecha. Debe su prestigio a esta puntualidad y a la copiosa nómina de colaboradores en la que se alfabetizan historiadores de dentro y fuera del país que se han ocupado de estudiar su pasado desde múltiples enfoques. Todos ellos bibliófilos y algunos, además, escrupulosos bibliógrafos y atentos comentadores de libros: el fundador Daniel Cosío Villegas, Xavier Tavera Alfaro, Joaquín Fernández de Córdoba, José Torre Revello, Luis Pé-

rez Verdía, Peter Gerhard, Manuel Romero de Terreros, Stanley R. Ross, Manuel Carrera Stampa, Rafael Heliodoro Valle, Juan Hernández Luna, Germán Somolinos D'Ardois, Susana Fernández de Córdoba, Antonio Gómez Robledo, Edmundo O'Gorman, Juan A. Ortega y Medina, Agustín Millares Carlo, Israel Cavazos Garza, Lota M. Spell, José Luis Martínez, Moisés González Navarro, Lilia Díaz, Luis González y González, Ernesto de la Torre Villar, Carmen Castañeda, María del Carmen Velázquez, Gloria Grajales, José Bravo Ugarte, Manuel Ceballos Ramírez, Guillermo Tovar de Teresa, Josefina Vázquez, Andrés Lira y Luis Muro que elaboró los índices de la revista. Llama nuestra atención la sección denominada "La historia y sus instrumentos" en la que tomó forma la *Bibliografía Histórica Mexicana* bajo el cuidado, primero de Xavier Tavera Alfaro, y después de Susana Fernández de Córdoba. En 1967 se independizó de *Historia Mexicana* debido al volumen creciente de trabajos: 12 450 fichas se publicaron entre 1956-1966, clasificadas por materias y en orden cronológico. Se han editado hasta la fecha, 23 volúmenes anuales de esta *Bibliografía Histórica Mexicana.*

EL *BOLETÍN DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES BIBLIOGRÁFICAS*

El *Boletín de la Biblioteca Nacional* vio su fin cuando tuvieron lugar una serie de cambios administrativos en la universidad. Las reformas que se hicieron al Estatuto General de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1967, reorganizaron las dependencias dedicadas a la investigación en dos consejos técnicos, el de Investigación Científica y el de Humanidades, al que se adscribió el recién nacido Instituto de Investigaciones Bibliográficas que subordinó, a partir de entonces, a la Biblioteca Nacional y la Hemeroteca Nacional, la cual, por cierto, no figuraba en la legislación universitaria. De esta manera se consideraba que la Biblioteca Nacional otorgaría mayor atención a sus "labores científicas largamente acreditadas, puesto que sus finalidades son mucho más vastas y ambiciosas que las de una

institución guardiana de libros y periódicos".[21] Quedó a cargo de la conducción del instituto el director en funciones de la Biblioteca Nacional, Ernesto de la Torre Villar, quien en poco tiempo logró integrar una planta de académicos y bibliotecarios que se proponía realizar trabajos de investigación e iniciar el registro de la producción bibliográfica mexicana. Los primeros se darían a conocer mediante la publicación de ensayos, bibliografías, catálogos e índices, y con la edición de un órgano de difusión *ad hoc*, y ése no era otro que el *Boletín* ahora, del *Instituto de Investigaciones Bibliográficas.* Los resultados de la segunda labor se publicarían en dos revistas, la bibliografía retrospectiva en el *Anuario bibliográfico*, y la corriente o actual en entregas bimestrales con el título de *Bibliografía mexicana.* El año que se tomó como punto de referencia para esta empresa fue el de 1958.

Los acomodos tomaron un tiempo que se prolongó por los sucesos de 1968, así que 1969 saludó la primera época del *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* cuyos editores en las primeras páginas de su número uno resaltaban el vínculo de la universidad con la Biblioteca Nacional, por extensión con la hemeroteca, explicaban los motivos de su reciente subordinación al instituto, distinguían las funciones de instituto, biblioteca y hemeroteca, y describían brevemente el plan editorial del *Boletín*:

> Al crearse el Instituto de Investigaciones Bibliográficas, que comprende tanto a la Biblioteca como a la Hemeroteca Nacionales, su órgano oficial de difusión es el *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* (Biblioteca y Hemeroteca Nacionales) cuyo primer número es el del primer semestre de 1969. Con una periodicidad semestral, el *Boletín* editado por un Consejo Editorial integrado por investigadores de las dos

[21] Esta reforma se publicó en *Gaceta UNAM.* Nueva época, vol. 17, núm. 2 (15 ene. 1968), p. 6. Tomado de "Instituto de Investigaciones Bibliográficas". En *La investigación en los Institutos y Centros de Humanidades: 1929-1979.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1979, «Cincuentenario de la Autonomía de la Universidad Nacional, 4», pp. 69-70.

> dependencias, acogerá preferentemente los trabajos de investigación realizados por los investigadores del Instituto. Publicará también, cuando lo estime pertinente, estudios de personas destacadas en el campo de la bibliografía y la bibliotecología y procurará servir de difusor de estas disciplinas tanto dentro de México como en ámbitos más amplios.

El plan se cumplió más o menos rigurosamente, los diez primeros números aparecieron semestralmente de enero de 1969 a diciembre de 1973, los nueve siguientes fueron anuales y van de 1974-1982, aunque es necesario señalar que del 14-19 aparecieron dos números por volumen, lo que forma una colección de 16 volúmenes. En principio se pensó numerar la colección por tomos, la idea se abandonó en el cuarto número, de modo que el que es, en realidad, el número 3 se editó como número 1 del tomo 2. Todos los números, menos el cuatro, llevan un suplemento, del 1-3 y del 5-6, se continuó la serie de autógrafos de la Biblioteca Nacional formada por Enrique Fernández Ledesma e iniciada en el *Boletín de la Biblioteca Nacional.* Los suplementos siguientes tienen su propia numeración que se interrumpe en los números dobles. Entre algunos de los asuntos que tratan los diez suplementos se encuentran las ediciones facsimilares del *Confesionario mayor en la lengua mexicana y castellana* de fray Alonso de Molina, y de los *Arcos triunfales* de Joaquín Velázquez de León preparadas por Roberto Moreno de los Arcos; la de un documento de Diego de León Pinelo precedida por un estudio sobre el derecho indiano de Ernesto de la Torre Villar, que incluye un apéndice con la bibliografía de León Pinelo y otros documentos; la publicación de una parte de la correspondencia de Margarita Maza de Juárez recopilada por Andrea Sánchez Quintanar; el rescate y descripción de un valioso manuscrito sobre los actos académicos durante el virreinato que se encuentra en la Biblioteca Nacional, realizado por Jesús Yhmoff Cabrera; la versión paleográfica y estudio del *Compendio de providencias de policía de México del segundo Conde de Revilla Gigedo* de Ignacio González Polo; la semblanza de José María Roa Bárcena, y las de los directo-

res de la Biblioteca Nacional, de Luisa Rico Mansard y María Rosa Carreté Puy-Cercús, respectivamente.

En el número 2 se publicaron las conferencias leídas durante las actividades conmemorativas del primer centenario de la Biblioteca Nacional a finales de 1967, con la intención de difundir su conocimiento y reflexionar sobre su quehacer a lo largo de un siglo. El director Ernesto de la Torre Villar, Rubén Bonifaz Nuño, entonces coordinador de humanidades, María Teresa Chávez Campomanes, Manuel de Ezcurdia, Alicia Perales, Pedro Zamora, Rafael Montejano y Aguiñaga, José Ignacio Mantecón, Porfirio Martínez Peñaloza, Juan B. Iguíniz, Francisco Monterde, Ignacio Osorio, Roberto Moreno de los Arcos y Jorge Inclán, revisaron diferentes aspectos de la historia y expusieron interesantes puntos de vista sobre el papel del repositorio nacional. El *Boletín* refleja en cierto modo los cambios de la planta de investigadores del instituto con la incorporación de autores y la separación de otros, como la muy lamentable de Juan B. Iguíniz, a quien se le dedicó el número 4 del segundo semestre de 1970, un par de años antes de su muerte. Entre los investigadores que colaboraron en esta primera época, además de los que ya lo hacían en el *Boletín de la Biblioteca Nacional* como Ernesto de la Torre Villar, Juan B. Iguíniz, Roberto Moreno de los Arcos, José Ignacio Mantecón, José Quiñones, Irma Contreras, Ignacio Osorio, Francisco Monterde, Alicia Perales y Gloria Escamilla, encontramos a María del Carmen Ruiz Castañeda, que ocupó el cargo de directora de la Hemeroteca Nacional y posteriormente del instituto, Ramiro Navarro de Anda, Lucina Moreno Valle, Jesús Yhmoff, Germán Viveros, Andrea Sánchez Quintanar, Lucila Flamand, Ignacio González Polo, Luis Rublúo, Jorge Guerra, Luz Marina Quiroga, Luis Olivera y Francisco Ziga, entre otros. Las aportaciones de este grupo fueron enriquecidas con trabajos de historiadores y bibliógrafos que se acercaron por momentos al instituto como Ignacio Dávila Garibi, Ignacio del Río, Silvio Zavala, Serge Zaïtzeff, Masae Sugawara, James Willis Robb, Roberto S. Vargas, José Miguel Quintana, Gabriel Agraz García de Alba, Ramiro Lafuente

y Rosa María Fernández de Zamora, Luisa F. Rico Mansard y Aurelio de los Reyes. Los diversos intereses de los colaboradores del *Boletín* favorecieron la publicación de artículos, notas, bibliografías, catálogos y reseñas sobre múltiples materias. Muchos de estos trabajos son textos ineludibles para los estudiosos del libro, la imprenta, la prensa, la literatura y la historia de México y, desde luego, de la historia de la Biblioteca Nacional. Así, el estudio en tres entregas sobre las *Gazetas de México* de María del Carmen Ruiz Castañeda, el "Ensayo bibliográfico de Antonio de León y Gama" compuesto por Roberto Moreno, las bibliografías de Heriberto Frías, Alfonso Reyes, Carlos Pellicer y Rafael López, formadas por James W. Brown, James Willis Robb, Othón Lara Barba y Serge Zaïtzeff, respectivamente, el "Inventario del Archivo del Comisario General de las provincias franciscanas de Nueva España y Filipinas" levantado por Ignacio Mantecón, el catálogo de *Guías de forasteros* y *Calendarios mexicanos* que se conservan en la Biblioteca Nacional de Alberto Lamadrid, la bibliografía de partidos políticos mexicanos de Ignacio González Polo, los estudios sobre manuscritos, incunables e impresos e impresores de los siglos XV y XVI de Jesús Yhmoff, las relaciones de efemérides de la Biblioteca Nacional y de la universidad elaborada la primera por Jorge Inclán y la segunda por Rafael Carrasco Puente, los ensayos de Irma Contreras sobre la obra de Manuel Gutiérrez Nájera, numerosos trabajos y reseñas de obras sobre catalogación, bibliotecología y materias afines de Gloria Escamilla y Ramiro Navarro de Anda, la serie de Bibliografía pedagógica a cargo de Francisco Ziga, en fin, una extensa miscelánea bibliográfica, herramienta de consulta indispensable que sufrirá una suspensión de cinco años para continuar en una segunda época.

En efecto el *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* se interrumpió en 1982 e inició una segunda época en 1987 que alcanzó siete números anuales, de los cuales el último apareció hasta 1995. Los cinco primeros se apegan al formato del anterior y son acompañados del suplemento respectivo: el del número uno corresponde a las adiciones a *La imprenta en México* de José Toribio Medina

encontradas por Francisco González de Cossío, el del dos es una cronología histórica sobre la tauromaquia con reproducciones facsimilares de diversos impresos de José Francisco Coello Ugalde, el del tres es un ensayo de Manuel Calvillo sobre un documento del Real Consulado de México que fue enviado a las Cortes de Cádiz en 1811, el suplemento del cuatro es un ensayo bibliográfico de Stella Mastrángelo sobre la vida y obra de Nicolás Maquiavelo, y el del cinco es un trabajo de Jorge Guerra Ruiz sobre libros, editores y grabadores del siglo XVI.

Los objetivos del *Boletín* para esta segunda época fueron ratificados en una breve introducción de la directora María del Carmen Ruiz Castañeda en la que menciona sus antecedentes y explica que

> su función seguirá siendo la de difundir la producción bibliográfica nacional, tanto retrospectiva como actual, la bibliografía extranjera relacionada con México o de interés al desarrollo cultural, técnico y científico del país, y desde luego publicar los resultados de los trabajos de investigación que se llevan a cabo en el propio Instituto.

Pocos cambios en su forma y contenido sufrió el *Boletín* en esta segunda época, se suman los nombres de algunos de los investigadores y técnicos académicos que se incorporaron al instituto entre 1983-1992 y entregaron alguna colaboración relacionada con sus proyectos académicos e intereses: Gabriel Gutiérrez Pantoja, Guadalupe Curiel Defossé, Luis Mario Schneider, Irma Lombardo, José Pascual Buxó, María Teresa Camarillo, Miguel Ángel Castro, Octavio Gordillo, Francisco Márquez, Luz María Mendoza, Silvia González Marín, Alejandro González Acosta, Eva Ríos Servín, Martha Celis, Víctor Manuel Carrillo y Susano Espinosa, entre otros. Al igual que en la época precedente encontraron lugar en el *Boletín* trabajos sobre materia bibliográfica de investigadores de otras instituciones como María Guadalupe García Barragán, Elisa García Barragán, Tomás Fernández Robaina, Miguel Mathes, Roberto Heredia Correa, Stella Mastrángelo, Judith Licea y Dolores Bravo.

En resumen, el *Boletín de la Biblioteca Nacional* recogió el espíritu y algunos propósitos de las revistas literarias más importantes de su época, así como los de su antecesor inmediato el *Boletín del Instituto Bibliográfico Mexicano*, y los orientó, como tenía que ser, hacia la Biblioteca Nacional, pues se trataba de dotarla de un órgano de divulgación que le permitiera vincularse con otras bibliotecas e instituciones educativas para marcar la pauta de sus trabajos, enriquecer sus fondos, mejorar el cuidado, la organización y administración del acervo, así como desarrollar sus servicios de información en general. Bajo esta consigna se inició y continuó en una segunda época que, al cesar, pasó la encomienda más o menos intacta a su sucesor el *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, que, a su vez, ha concluido dos etapas y se encuentra, por fortuna, rebosante de vida en su nueva época, y así, se coloca entre las publicaciones más antiguas o cuando menos, de más rancio abolengo, de la Universidad Nacional.

EL *BOLETÍN DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN*, PULSO DE LA HISTORIA MEXICANA

Ernesto de la Torre Villar
Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México

En la historia cultural de México hay hechos que se dan en forma fortuita, azarosa, y sus productos pasan inadvertidos, sólo promueven alguna acción y pronto son sólo recuerdo. Otros en cambio son coyunturales, aparecen cuando son necesarios, significan cambios de tiempo, son signos de mutaciones hondas. En las letras tenemos las revistas *Azul*, *Revista Moderna* y *Contemporáneos*; en la historia el *Boletín del Archivo General de la Nación*, que no nació con el propósito de singularizarse, pero que tuvo como sino que le fue dado por el correr del tiempo, convertirse en el instrumento que marcara el ritmo y sentido del quehacer histórico mexicano.

El Archivo General de la Nación como la Biblioteca Nacional de México tienen muy honrosos padrinos. Tanto el segundo Conde de Revillagigedo, como Lucas Alamán tienen rango de recios estadistas protectores de la cultura. El doctor Mora también fue estadista como Juárez y a él se debieron hondas transformaciones. Hombres de signos diferentes son los que han formado nuestra cultura, pues ella es conjunción de ideales y de muestra de recias voluntades.

La revolución de 1910 sorprendió a instituciones como las señaladas, realizando callada labor, manteniendo la luz en medio del desorden de las pasiones. Hacia 1920, el paciente, laborioso e incansable Luis González Obregón,

quien con su vida cubre largo trecho de nuestra labor historiográfica, había llegado por sus propios méritos a encargarse como jefe de Investigaciones Históricas, de las publicaciones del Archivo y de la catalogación de sus fondos. Don Luis en 1911 había ingresado como director, mas el movimiento revolucionario cortó su acción. Al reiniciar su labor, prosiguió laborando, metido en uno de los salones superiores del Archivo y guardando numerosas cédulas y papeles en el inmenso escritorio de cortina que escondía su pequeña figura.

En 1930, el Archivo contaba con un director que era el impetuoso poeta Rafael López. Figuraba como jefe de historiadores Luis González Obregón y como historiadores se contaba al guanajuatense Nicolás Rangel y al arqueólogo-historiador Ramón Mena. Era jefe de paleógrafos, el sempiterno Luis G. Cevallos y jefe de servicios o administrador don José Suárez.

El Archivo, impulsado por González Obregón, publicaba eventualmente preciosas series documentales referentes a la cultura virreinal, como *Libros y libreros, Las administraciones virreinales de Bucareli y Revillagigedo, Las fundaciones de Escandón, La Palestra Historial y Geográfica Descripción de Burgoa,* y otros excelentes títulos que enriquecían nuestras fuentes. El Archivo no estaba ocioso, sino que calladamente laboraba en beneficio de nuestra historia.

La revolución institucionalizada tenía que fomentar la cultura. El impulso vasconceliano también motivó al Archivo y a la Biblioteca. Se consolidó el país y actuaron hombres constructivos e inteligentes como Rafael López, Nicolás Rangel, Enrique y Gabriel Fernández Ledesma quienes desde Biblioteca y Archivo promovieron acciones positivas.

Rafael López con ascendencia en los medios oficiales, logró en 1930, que Carlos Rivapalacio, secretario de Gobernación, dependencia que por entonces manejaba el Archivo, al que se estimaba ya como "Memoria de la Nación" emitiera un acuerdo el 2 de agosto de 1930, el cual a la letra dice:

Acuerdo del C. Secretario de Gobernación:

En vista de que el Archivo General de la Nación, se consideraba por su antigüedad secular y por el número y valor de sus documentos, el primero de las Américas, se impone la conveniencia de crearle un órgano periódico, que a semejanza de los que editan otras instituciones similares en los países cultos, sirva para la publicación y propagación de sus manuscritos históricos, muchos de ellos importantes no sólo para eruditos y especialistas de la materia, sino para un mayor número de lectores nacionales y extranjeros, interesados en el estudio de nuestras tradiciones históricas, la azteca y la española, cuyo conocimiento ayuda a explicar nuestras características idiosincrasias raciales.

En consecuencia de lo expresado, y confirmando el empeño manifiesto del gobierno en beneficio de todo propósito educativo, he tenido a bien dictar el siguiente acuerdo:

Único. Se autoriza la publicación de un boletín bimestral, órgano del Archivo General de la Nación, Departamento dependiente de esta Secretaría, y cuyo primer número deberá aparecer el próximo mes de septiembre.

México, D. F., agosto 2 de 1930.
El Secretario de Gobernación. Carlos Riva Palacio.

Este acuerdo fue la partida de bautizo del *Boletín*, el cual previamente preparado por los responsables del Archivo, apareció bajo las indicaciones de ser el tomo I, núm. 1, correspondiente a los meses de septiembre-octubre de 1930.

Impreso en los Talleres Gráficos de la Secretaría de Gobernación, el número uno del *Boletín* que correspondió a los meses patrios, contuvo un trabajo alusivo preparado por don Nico referente a los "héroes que nos dieron patria", como se decía en esas fechas. Rangel, quien trabajó ampliamente en el Archivo de la antigua universidad, preparó un excelente artículo *Estudios Universitarios de los primeros caudillos de la Guerra de Independencia: Miguel Hidalgo y Costilla, 1753-1811*; y *Lic. Ignacio Aldama, 1765-1811*. Este estudio lo continuaría en números posteriores. Es importante el anhelo de Rangel de mostrar la faceta cultural de nuestros próceres. En esto se adelanta a Gabriel Méndez

Plancarte. El trabajo de Rangel va seguido de una nómina interesante de documentos de la Inquisición, y de los ramos de *Historia*, de *Bandos y Ordenanzas*. Sigue una lista de los ramos del Archivo y otra especial del ramo *Universidad*. Al final aparece la lista de investigadores que frecuentaban el Archivo General de la Nación entre los que se contaban Leopoldo Martínez Cosío, y Federico Gómez Orozco. También se menciona a estudiosos extranjeros como France V. Sholes quien tenía magnífica copista, Dolores Hurtado, que haría copias a granel tanto para Scholes como para Woodrow Borah, Howard Cline, Luis Chávez Orozco y Joaquín Meade y muchos más hombres de historia. Esta labor de copia, por entonces existente, la utilizarían investigadores nacionales y extranjeros, antes de la aparición del microfilm y del escáner. Sería el fotógrafo Manuel Camacho, quien introduciría la modernidad años después.

El segundo número del *Boletín*, aparecido con rigurosa periodicidad y aún con magra presencia en noviembre-diciembre de 1930, lleva calurosa felicitación de Genaro Estrada por la aparición del *Boletín*

> que consideró útil y necesario para el conocimiento y divulgación de importantísimos documentos históricos que se conservan en nuestro magnífico Archivo Nacional. Estoy seguro de antemano que este esfuerzo de desinteresada cultura, que tanto auxiliará las investigaciones sobre nuestro país, será recibido con general aplauso entre los estudiosos del mundo.

En este número prosiguió el artículo de Rangel en torno de los *Estudios literarios de José Sixto Verduzco*. Rafael López preocupado por los movimientos estudiantiles de 1929, publicó un trabajo sobre motines estudiantiles en San Ildefonso en 1719. Sumarios de varios ramos y el catálogo de *Bandos y Ordenanzas* preparado por González Obregón cierra ese número y el año.

Los boletines de 1931-1936, contienen eruditos trabajos de Rangel, de González Obregón, presentaciones de documentos salientes relativos a Iturbide, Maximiliano, Palafox, y otros más relacionados con documentación extensa

dedicada a formar volúmenes separados como la *Crónica de Michoacán* de Beaumont.

En 1936 figuraban como historiadores del Archivo General de la Nación, Rómulo Velasco Cevallos y Gustavo A. Salas. El primero, incansable, produciría trabajos sobre Instrucción Pública, Asistencia Social y muchos más, tanto dentro como fuera del archivo. Un artículo amplio y preciso en torno de Lorenzo Boturini, realizado por José Torre Revello en Argentina y aparecido en el *Boletín del Instituto de Investigacicones Históricas de Buenos Aires,* fue incorporado, abriendo así la puerta a contribuciones foráneas. El *Boletín* comenzó a publicar amplia serie de documentos como los referentes al Proceso Inquisitorial de Treviño de Sobremonte.

El tomo VIII de 1937 cambió su presentación y pie editorial que fue el de DAPP y el cual continuó hasta 1939 en que se extinguió el afán centralizador del gobierno. En 1938 falleció Luis González Obregón, cabeza actuante del Archivo desde 1911 y luego de 1919 en adelante. Había iniciado sus publicaciones que sumaban ya 30 volúmenes.

En el tomo IX, núm. 2, de 1938 inició importante colaboración con un artículo de Edmundo O'Gorman *Reflexiones sobre la distribución urbana colonial de la ciudad de México,* al que seguirían otros sobre *Los vecinos de Colima* y otros acerca de los *Mandamientos del Virrey Antonio de Mendoza.*

Los trabajos de Edmundo O'Gorman dejan positiva impronta en el *Boletín.* Ya no son simples presentaciones de documentos, sino análisis e interpretación de ellos. La mayor parte contienen fino análisis jurídico e histórico. Sus introducciones amplias, bien fundadas y escritas son modelo de hermenéutica histórica, de saber, de dominio historiográfico, de macizo conocimiento de las fuentes y del quehacer histórico. Este trabajo representativo del O'Gorman historiador ajustado a las normas clásicas, fue oportunamente recogido en el tomo X de la tercera serie editado en 1986 como Homenaje a don Edmundo O'Gorman. Apareció acompañado del artículo que en el año de su separación del Archivo General de la Nación escribió Ernesto de la Torre, abril-junio de 1952. Su trabajo de reflexión histó-

rica, de creación personal filosófica lo editaría en años posteriores la Universidad Nacional.

La presencia de Edmundo O'Gorman en el Archivo General de la Nación y al lado del *Boletín* marca un hito fundamental en su desarrollo.

En el tomo XX de 1940, se da cuenta de que la plantilla de historiadores del Archivo General de la Nación se había acrecentado con la presencia de Gustavo A. Salas y Ricardo Mimenza Castillo, y que el *Boletín* se imprimiría por largo tiempo en los Talleres Gráficos instalados en la Escuela Vocacional de Tlalpan que anteriormente había sido el Colegio Patricio Sanz, acreditado en el trabajo tipográfico. Don Rodolfo Gómez, encargado de la preparación del *Boletín*, viajaría semanalmente en el tren Tlalpan para vigilar su adelanto.

En el tomo XIV, núm. 3 se da cuenta de la muerte de Rafael López en julio de 1943. Había dirigido el *Boletín* desde 1930, cuando era director del Archivo General de la Nación desde 1920. En 1936 había sido nombrado por la Universidad Autónoma de México, como primer director de su Instituto de Investigaciones Estéticas, antiguo Laboratorio de Arte.

En 1944 fue designado director del Archivo General de la Nación don Julio Jiménez Rueda. El primer número del tomo XV se abrió con un estudio de Genaro Fernández Mac Gregor acerca de Santa Anna, apoyado en la colección de documentos de don José María Iglesias que habían pasado a la institución J. I. Rubio Mañé, incorporado al Archivo, publicó un largo trabajo sobre Emilio Gustavo Nordingh de UIT. Desde entonces Rubio Mañé colaboró masivamente con estudios documentales sobre Yucatán, los virreyes, bodas y familias, padrones de población, etcétera.

O'Gorman prosiguió su meritoria labor e ingresaron como aspirantes a historiadores, Guadalupe Pérez San Vicente, Ernesto Santillán, Ernesto de la Torre, a quienes se destinó a elaborar los modernos y más completos índices de diversos ramos, los cuales conformarían los ficheros o catálogos definitivos del Archivo. Colaboraron en el *Boletín* Manuel Carrera Stampa, Francisco González de Cosío

que se abocó al estudio de la bibliografía mexicana, auxiliado por Yolanda Muriel, Hugo Díaz Thomé y Fernando Anaya. El ingreso de estos jóvenes procedentes de El Colegio de México y de la Facultad de Filosofía y Letras, da un nuevo sesgo al *Boletín*.

En 1953, como señala ese órgano, se retiró Julio Jiménez Rueda e ingresó como director don José Romano Muñoz, O'Gorman se separó del Archivo para ocuparse en tiempo pleno en la Universidad Nacional Autónoma de México.

La rápida gestión de Romano Muñoz dio pie a que ingresara como director del Archivo, don Manuel B. Trens, protegido por su amigo Adolfo Ruiz Cortines. Desde 1945 Rodolfo Gómez había iniciado la elaboración y publicación de una guía de los artículos publicados en el *Boletín*, labor meritoria que se continuó varios años, hasta su muerte ocurrida en 1958.

En 1959 se abrió una segunda serie del *Boletín* con el ingreso como director del Archivo General de la Nación, del señor J. I. Rubio Mañé. Se cambió la cubierta del *Boletín*, por una de color azul; ingresaron como investigadores, estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México: Mercedes Meade, Ernesto Lemoine, José R. Guzmán, Eduardo Báez, Roberto Villaseñor, Masae Sugawara, auxiliados ocasionalmente por Francisco Reyes Palma, Ignacio González Polo, Roberto Moreno y también por colaboradores extranjeros como David Brading, Horst Pietschman. También contribuyeron reforzando el *Boletín* Germán Viveros, Jesús Rodríguez Fausto, Rodolfo Ruz Menéndez. El *Boletín* creció en volumen, sus artículos fueron más monográficos, se privilegió el estudio del movimiento emancipador, la geografía histórica que efectuaron principalmente con seriedad y profesionalismo Lemoine y Guzmán. Miguel Civeira prestó su colaboración y el *Boletín* adquirió el tono de una revista histórica académica, aun cuando siguiera publicando en partes, los catálogos de sus diversos ramos.

La administración anunció el ofrecimiento de un nuevo local para el Archivo. Primero fue en la Ciudadela, más

tarde se pensó en la Ciudad Universitaria en donde se colocaron los cimientos del plantel. Por requerimientos administrativos, parte del Archivo situado en el recinto del Palacio Nacional, se trasladó al soberbio edificio que la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas tenía en la calle de Tacuba.

Los tomos X-XIII correspondientes a 1970-1976 continuaron con las colaboraciones del grupo que había formado Rubio Mañé. En 1977 apareció el último número de esa serie con trabajos de Guzmán, Ramón Sánchez Flores y Rubio.

En 1977 Alejandra Moreno Toscano fue designada para dirigir el Archivo, egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y de El Colegio de México y con estudios realizados en Francia en torno de la historia social. Con ella se abrió otra serie del *Boletín*, la tercera, que se inició con el número 1, abril-junio de 1977, bajo un nuevo formato, en folio y con un Comité Editorial en el que estaban José R. Guzmán, José Luis Mirafuentes y Celia Medina. En ese número se anunciaba el traslado del Archivo al Palacio de Lecumberri, que Alejandra cumplió inteligente y hábilmente, dotando a la institución de un local apropiado y amplio y el cual ha sido transformado en sitio muy adecuado.

El *Boletín* pronto mostró un cambio sustancial. Dejaba de ser la publicación que se ocupara de la historia colonial preferentemente, para convertirse en difusora de la historia contemporánea, moderna; que atendiera los movimientos económicos y sociales de un país en transformación, que utilizara fondos del presente para reseñar aspectos de actualidad, como la participación laboral de la mujer, la revuelta delahuertista, el problema migratorio, la economía nacional, las relaciones exteriores, las intervenciones extranjeras en América Central, tales como el caso de Nicaragua y otros de semejantes índoles.

La gestión de Alejandra Moreno Toscano significó un cambio de 180° en la vida del Archivo. Adaptó el enorme edificio de Lecumberri, convirtiéndolo en magnífico receptáculo para la inmensa documentación que guardaba,

reorganizó y modernizó la administración, apresuró la labor de catalogación de todos los ramos, publicó en atractivos y útiles fascículos los catálogos sumarios de cada uno de los ramos. También se publicaron otros que encierran material existente como mapas, sellos y grabados, lo cual contribuyó a proporcionar una información más extensa de sus fondos.

El *Boletín* se ocupó de temas de historia moderna, redactados por un equipo de estudiantes preparados y coordinados por la directora. Se pasó de los capítulos nostálgicos de los años coloniales a los artículos incisivos referentes a nuestra agitada revolución, a los años en que se crearon establecimientos como el Instituto Mexicano del Seguro Social, las asonadas revolucionarias, los conflictos de personalidades. Acompañaron a esos artículos, algunos reveladores de la penetración de las ideas de la historiografía francesa, como la historia de las mentalidades que hizo Solange Alberro y serio estudio de Luis Mirafuentes sobre la rebelión de los seris. Bello número del *Boletín* fue el consagrado a conmemorar la aparición de la *Gaceta* de Valdés, y la revolución francesa. En fin, el *Boletín* reivindicó la historia moderna, sin dejar de informar acerca de las actividades esenciales del Archivo. Alejandra realizó importante labor, tanto administrativa como académica. El *Boletín*, diferente en forma y fondo al de los años anteriores, asumió su papel de vocero de las tendencias modernas de la historia y encontró en los fondos recientes de la institución, filones maravillosos para encarar el proceso histórico de nuestros días.

Llamada a otras actividades, Alejandra dejó el Archivo a finales de 1984, la sustituyó otra mujer, Leonor Ortiz Monasterio, egresada de la Universidad Iberoamericana y discípula de Edmundo O'Gorman.

Bajo formato semejante, el tomo IX de 1985 salió consagrado a reivindicar la memoria de Toribio Esquivel Obregón. Gloria Villegas reunió amplia documentación e hizo la glosa. El siguiente número se consagró a don Edmundo O'Gorman, de quien se recogieron los artículos publicados en el *Boletín* durante los años que laboró en el Archivo

General de la Nación. Los números siguientes, del 32-34 se refieren a la historia moderna: la campaña electoral de 1909-1910; las patentes de invención durante el siglo XIX, preparados por diversos colaboradores. Ahí termina la tercera serie del *Boletín.*

A esta segunda directora siguió una tercera, Patricia Galeana de Valadés, surgida de la Facultad de Filosofía y Letras. Prosiguió las obras de adaptación del edificio, del que después se habría de desencantar. Retomó la idea de continuar la publicación del *Boletín,* volviendo a su antiguo formato e intercalando estudios a la antigua usanza con otros de tipo y fondo modernos. Pocos números del *Boletín* aparecieron durante su administración.

La cuarta serie, trimestral, se abrió con el número correspondiente al otoño, en formato semejante al original. La coordinación estuvo a cargo de la nueva directora, Patricia Galeana y un Comité Editorial formado por Alicia Hernández, Andrés Lira, Guadalupe Pérez San Vicente, Gisela von Wobeser y Silvio Zavala, esto es, la Universidad y El Colegio de México combinados. La coordinadora en la presentación hizo una breve historia de los órganos de difusión del Archivo y del *Boletín.* Contiene varios ensayos aprovechando material del Archivo, noticias sobre el mismo, colecciones documentales, adquisiciones recientes y reseñas de los libros. La nueva sección llamada *Palabras* informa sobre acciones relacionadas con el Archivo.

En forma trimestral aparecieron ocho números que llevan contenido semejante, artículos de índole histórica, información sobre diversos archivos del país, nuevas adquisiciones, labores, homenajes (Teixidor y O'Gorman), actividades en el Archivo que cada día fueron más numerosas y amplias, conmemoraciones con variada participación; adquisiciones de nuevos fondos entre otros el archivo de Martín Luis Guzmán, reseñas de libros.

Así de 1994-1998, las actividades del *Boletín del Archivo* se diversificaron, se volcaron a numerosos aspectos de nuestro desarrollo histórico y se convirtieron en un órgano de trabajo, de investigación histórica abierta a múltiples campos.

Ese año, final de un centenario, el timón del Archivo fue puesto en manos femeninas. Otra capitana, Stella Rodríguez Cícero, con amplia experiencia en el trabajo archivístico, sensata y dinámica, conduce la nave. No tenemos aún noticias de cual será el destino del *Boletín.*

El amplio panorama que hemos atisbado a vuela pluma, del origen, finalidades, desarrollo y estado de esta publicación, una de las más ameritadas de la actividad historiográfica mexicana, nos obliga a concluir que el *Boletín* ha sido un órgano que ha expresado con certeza los altibajos del sentido, contenido, métodos, objetivos y realidad del cultivo de la historia en nuestro país. Ha sido un catalizador de la labor histórica, un instrumento utilizado por varias y diversas generaciones de historiadores para volcar su verdad, su idea de lo que es la historia y la labor histórica. No se puede ni debe calificársele negativamente, puesto que es el más auténtico y fiel resultado de nuestras concepciones en torno a las actividades, material y espiritual del hombre, que es, lo que es la Historia.

ANALES DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS

Arnulfo HERRERA
*Instituto de Investigaciones Estéticas,
Universidad Nacional Autónoma de México*

UNA REFLEXIÓN SOBRE LA REVISTA *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* obliga a señalar, por principio, tres factores que la sitúan en el ámbito cultural mexicano y le confieren los rasgos y los problemas que le son característicos.

Primero, nació —como otros anuarios en la UNAM— por la necesidad que tenían los investigadores de publicar artículos o trabajos que, por su naturaleza y extensión, no podían esperar a convertirse en libros. Y también, por supuesto, para publicar artículos de investigadores que no pertenecían a la comunidad del Instituto de Investigaciones Estéticas —nacionales o extranjeros—, pero que serían de interés para los lectores. Así fue como los resultados preliminares de un trabajo de investigación, las noticias de la más diversa índole, las reseñas de libros, la crónica anual de las exposiciones de arte y las actividades relevantes de los investigadores, conformaron durante todos esos años el material que la revista se encargó de comunicar a un público relativamente selecto, tanto en México como en los principales países con los que se han mantenido relaciones académicas. No es, por tanto, una revista de "divulgación" en el sentido más corriente del término (ni aspira a serlo), sino una publicación especializada que tiene, por su naturaleza, un tiraje limitado.

Segundo, con apenas unos cuantos cambios en la estructura inicial de su contenido y una actitud conservadora en la presentación formal, *Anales...* prácticamente ha mantenido la misma imagen, como si la forma que tuvo desde el principio conservara aún el vigor que solía tener durante los primeros números. Ahora bien, esta afirmación debe matizarse: si se revisa cuidadosamente, los cambios, aunque muy lentos, apenas perceptibles y graduales, son más o menos numerosos (se vinculan con los cambios de director en el Instituto); se puede decir que todos fueron una cuestión de sobrevivencia, pues respondieron siempre a las circunstancias, es decir, a los cambios mayores que se operaron en la política cultural del país y de la Universidad.[1]

Tercero, no obstante su larga existencia —son ya 64 años; mucha vida para una revista mexicana, así sea un anuario—, la revista *Anales...* no ha logrado todavía consolidarse como un proyecto colectivo de todos los investigadores. A pesar de que jurídica y prácticamente funciona bajo la supervisión de un consejo autónomo (electo por la comunidad), se le sigue mirando como un proyecto oficial cuyo desarrollo compete únicamente a la dirección del Instituto, de ahí que su historia parezca sujetarse a los avatares administrativos de la dependencia. Esta manera de concebir las obligaciones para con la revista, crea una suerte de "media independencia" o indefinición de responsabilidades que ha generado una profunda crisis. Lo importante de este señalamiento radica en que el futuro de la revista —si tiene alguno— dependerá con mucho de que logre convertirse en un proyecto respaldado por todos los investigadores, dirigido como hasta hoy con criterios académicos por un consejo autónomo, completamente independiente de las autoridades del Instituto y de la UNAM.

En 1937 apareció el primer número de *Anales...* Estaba recién conformado el Instituto (había transcurrido poco

[1] En lo sucesivo vamos a emplear los términos "Universidad" e "Instituto" (con mayúscula por razones ortográficas), como sinónimos de Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y de Instituto de Investigaciones Estéticas.

más de año y medio desde su fundación) y era dirigido, entonces, por el poeta Rafael López (1875-1943). Si miramos de cerca aquel momento, observaremos que la pacificación del país era todavía muy precaria, a pesar de que en el régimen de Cárdenas se afianzó la preeminencia de las instituciones sobre los caudillos. La proximidad de las gestas revolucionarias daba a la vida nacional un clima de efervescencia y refundación, como si todo lo precedente tuviera que comenzar de nuevo. Es posible que en algunos ámbitos se tratara sólo de cuestiones organizativas, puesto que el edificio porfiriano no se había derrumbado del todo ni era tan negativo, especialmente en ciertos aspectos de la vida cultural. Claro que, por cuestiones de retórica política, el discurso revolucionario fomentaba la idea de una ruptura completa y el surgimiento de un país nuevo que se encontraba en plena construcción, como se puede contemplar en los numerosos andamios y obras de edificación que aparecen en la pintura mexicana desde los años veinte hasta los sesenta, desde Montenegro hasta González Camarena. Vivíamos en una nación que mediante la lucha armada había conseguido la justicia social —sólo era cuestión de extenderla a todos los rincones del país— y se encaminaba hacia un futuro promisorio. El programa mesiánico y titanesco que había iniciado Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública durante los comienzos de la segunda década, moderó sus ímpetus con los secretarios subsiguientes, pero continuó ensanchando las obras para que la nación alcanzara el ideal de modernidad que se había fijado. La Universidad no fue la excepción y —a pesar de sus constantes conflictos internos— también se benefició del gasto social que derramaban los gobiernos revolucionarios.[2] Se encontraba disgregada entonces en muchos

[2] En 1930, durante los inicios del gobierno de Pascual Ortiz Rubio, se reglamentó la elaboración del presupuesto universitario por medio de la Comisión de Hacienda y se acordó la fundación de la Ciudad Universitaria. Para ello se adquirieron los terrenos necesarios en las Lomas de Chapultepec. Era la segunda vez que este proyecto entusiasmaba a las autoridades. Dos años antes, en 1928, se había proyectado una Ciudad Universitaria instalada en Huipulco (proyecto de los arquitectos

edificios antiguos que todavía caracterizan al Centro Histórico de la Ciudad de México (y así permaneció hasta el traslado a la Ciudad Universitaria en 1954), pero se le consideraba y se le gobernaba como a un solo organismo educativo.

No es difícil suponer que este clima de refundación nacional o de reorientación de las instituciones servía para justificar el alto grado de improvisación que campeaba en casi todas las áreas de la realidad mexicana. Vasconcelos se preocupó tanto por profesionalizar los puestos que se daban en el sector educativo, cuenta en sus memorias que, a punto de inaugurar la Biblioteca Cervantes, casi por casualidad se enteró de un gravísimo error que estuvo a punto de cometer. Francisco de Icaza, que se encontraba en su despacho, le advirtió que a la estatua de Cervantes le faltaba un brazo: "[...] era manco, pero no porque le faltase el brazo, sino porque lo tenía tullido [...]" A lo que el ministro contestó riendo:

> —¡De la que nos hemos librado, don Francisco [...]!; bien se iban a reír de nosotros los eruditos [...]; aquí el ignorante he sido yo, junto con el escultor y los ingenieros [...]; en seguida correré el aviso de que le pongan a ese Cervantes un brazo tieso [...] ¡Ja, ja, ja!; muchas gracias, don Francisco.[3]

Mauricio Campos y Marcial Gutiérrez Camarena) y se habían comprado terrenos en Lomas de Sotelo para construir las casas destinadas a la vivienda de los profesores universitarios. Pero nada de esto se llevó a cabo. No era fácil mantener una institución tan grande y conflictiva como la Universidad y menos si se oponía a los proyectos gubernamentales. Así, entre asignaciones, recortes y regateos presupuestarios, tampoco este proyecto se consumó y en 1935 fue necesario vender los terrenos adquiridos en las Lomas de Chapultepec para costear los gastos más urgentes. En ese mismo año el Consejo Universitario decretó la suspensión de actividades debido a las carencias económicas de la institución. Pasarían ocho años más para que el proyecto de la Ciudad Universitaria nuevamente cobrara vida. En 1943, en la presidencia de Manuel Ávila Camacho, se compraron los terrenos de San Ángel donde se construyó la actual Ciudad Universitaria.

[3] José Vasconcelos: *Memorias* II. *El Desastre.* México: Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 243.

Así, podemos comprender, década y media después, la estampa de un rector como Luis Chico Goerne, con su pistola depositada sobre la mesa de la cantina desde donde solía despachar los asuntos oficiales de la Universidad. O la figura de Rafael López quien no había terminado la carrera de derecho y, por decisión de Justo Sierra, desde 1910 enseñaba literatura española en la Normal de Maestros, desde 1921 dirigía el Archivo General de la Nación y desplazaba en 1937 a Manuel Toussaint en la dirección del recientemente creado Instituto de Investigaciones Estéticas que venía a sustituir al Laboratorio de Arte fundado por acuerdo del rector Ocaranza.[4] Ambos casos, el de Chico Goerne y Rafael López, debieron ser normales en la administración pública y no parecen graves, pero es muy posible que, por la incompetencia más absoluta y la falta de voluntad para desempeñar decorosamente los cargos,

[4] La sustitución de Toussaint por Rafael López no tiene justificación académica. Toussaint era quince años menor que el poeta y había sido también profesor de literatura española como Rafael López, pero en la Escuela Nacional Preparatoria. Del mismo modo que López, había dejado la carrera de derecho después de tres años de estudio. Aunque también había dejado las carreras de medicina y de comercio. Sin embargo, poseía una formación académica más sólida que lo llevó a realizar importantes trabajos literarios sobre sor Juana Inés de la Cruz, fray Manuel Martínez de Navarrete, Enrique González Martínez, Luis G. Urbina, etcétera. Su labor más importante estaba en el campo de la historia del arte. En el ámbito de la investigación destacaban para ese momento sus trabajos sobre la Catedral Metropolitana, sobre Saturnino Herrán, sobre la ciudad de Taxco y sobre la pintura mexicana colonial del siglo XVI; llevaba más de 20 años trabajando sobre temas artísticos y había pasado dos años en el Archivo de Indias en Sevilla; mientras que, en el terreno de la docencia, como profesor universitario, había fundado la cátedra de historia del arte colonial en la Facultad de Filosofía y Letras. Como funcionario público también tenía una carrera más brillante que la de López, desde secretario particular de Vasconcelos al frente de la Universidad y funcionario en la Secretaría de Educación hasta director de la Escuela Nacional de Bellas Artes. Lo que pudo haber pesado en el ánimo de las autoridades es que López era un escritor de buena reputación, dirigía el Archivo General de la Nación desde 1920, había prologado varios trabajos de investigación histórica y, sobre todo, que era más dócil respecto a la libertad de cátedra.

se hayan dado sucesos verdaderamente dramáticos en todas las Secretarías del país.[5]

El primer número de *Anales...* apareció en 1937. Aunque no puede señalarse un modelo directo ni para la forma ni para el contenido, es muy posible que, de la misma manera que muchas otras revistas mexicanas, se haya basado en la famosa *Revista de Occidente.* No tenía colaboraciones de las autoridades del Instituto, es decir, ni el director Rafael López ni el secretario Manuel Moreno Sánchez publicaron algún artículo. Incluía un trabajo histórico de Manuel Toussaint (sobre la *Relación de Michoacán*), y artículos de Rafael García Granados y Vicente T. Mendoza, investigadores de Estéticas y pilares de la primera época de *Anales...* Este número también incluía un trabajo de Gabriel Méndez Plancarte sobre Francisco Xavier Clavigero, tema que el humanista zamorano estaba trabajando desde varios ángulos: desde sus estudios sobre la literatura neolatina en la Nueva España, desde el rastreo de la presencia de Horacio en México (en la poesía escrita en castellano y en latín) y desde su compilación didáctica de los humanistas del siglo XVIII que publicaría la Universidad en 1941. No volvería a colaborar con la revista, sino hasta 1948 —un año antes de su repentina muerte— a propósito de un tea-

[5] Esto no quiere decir que Chico Goerne haya llegado de la nada a la rectoría. Antes había sido director de la Facultad de Derecho. Tampoco quiere decir que su gestión haya sido completamente negativa. En esos años se creó la Orquesta Sinfónica de la Universidad y comenzaron las transmisiones de Radio Universidad, entre otros logros. Fue una figura de conciliación con el gobierno de Cárdenas que permitió enfrentar la crisis económica debida a la pugna por los principios educativos (la obligatoriedad de la educación socialista contra la libertad de cátedra). Luis Chico logró establecer un nuevo estatuto que contemplaba gran cantidad de cambios, entre los que destacaron las cuotas de inscripción y el pago de servicios. Sin embargo, este rector no pudo sobrevivir al proyecto de descentralización: el Consejo Nacional de Educación propuso la creación de seis centros regionales que se encargarían de desarrollar la educación superior en todo el país. Su oposición sumió a la Universidad en una nueva crisis. En 1938 Luis Chico Goerne renunció y, luego de un breve periodo de transición, ocupó el cargo Gustavo Baz.

tro religioso colonial hallado en Zumpango. Y ello es comprensible porque la mayor parte de sus artículos se iban a la revista *Ábside*—que él y su hermano Alfonso habían fundado en 1937—, a las otras publicaciones donde colaboraba con cierta regularidad y a su artículo semanal del diario *Novedades*.[6] Por rudimentario o elemental que haya parecido este número de *Anales...* y pese a su presentación, tan similar a la de otras revistas de la época, casi todas predominantemente literarias (los *Anales del Museo Nacional de Antropología e Historia, Revista Universidad de México*,[7] las *Memorias* de las Academias de Historia y de la Lengua, *Ábside*, el *Anuario de la Sociedad Folklórica de México*,[8] *Alcancía*,[9] etcétera), llevaba ya un alto grado de especialización. Ninguno de los cuatro articulistas del número ni Toussaint ni García Granados ni Vicente T. Mendoza ni por supuesto Méndez Plancarte, el más joven de todos ellos, pues contaba apenas con 32 años de edad, eran escritores improvisados en los temas que tocaban.

El segundo número también está marcado por la dirección de Rafael López y la rectoría de Luis Chico Goerne.

[6] Además, unos años después, de 1942-1945, Gabriel Méndez Plancarte con Francisco Díaz de León serían los encargados del *Boletín del Seminario de Cultura Mexicana*. Estaba patrocinado por la Secretaría de Educación Pública y fue en esa época cuando el *Boletín* alcanzó cierta regularidad.

[7] La revista *Universidad de México* se fundó hasta 1946, sin embargo, su antecedente es una revista muy poco mencionada (y a menudo confundida) que se llama *Universidad Mensual de Cultura Popular*. Estuvo dirigida por Miguel N. Lira y fue patrocinada por el Departamento de Acción Social de la Universidad (precursor de la Coordinación de Difusión Cultural) cuya jefatura llevaba Salvador Azuela. Por otro lado, su formato tamaño oficio no se parece en nada al de *Anales...* (que es "medio oficio", 21.5 × 17 cm), ni por supuesto se puede equiparar en el contenido debido a la periodicidad (un anuario difiere completamente en su estructura de una revista mensual) y al tipo de público que está destinada, pero la comparación que se hace aquí entre todas las revistas mencionadas es por su origen y porque compartieron un mismo momento cultural.

[8] Este *Anuario* era dirigido por Vicente T. Mendoza.

[9] Esta revista fue fundada y dirigida por Edmundo O'Gorman y Justino Fernández en 1937.

Corresponde a 1938. De la misma manera que el número anterior, sólo tiene cuatro artículos, pero esta vez la nómina de los colaboradores es sintomática de una crisis en las relaciones de los investigadores con el director del Instituto. Samuel Ramos escribió un trabajo rutinario sobre estética que muy probablemente fue hecho sobre pedido y nunca más volvió a publicar nada en la revista; algo parecido sucedió con el historiador Arturo Arnáiz y Freg, quien al parecer por invitación escribió sobre la Academia de Bellas Artes de San Carlos y jamás volvió a entregar otro trabajo para *Anales...*[10] Manuel Moreno Sánchez, el secretario del Instituto de Investigaciones Estéticas, publicó un artículo sobre la sociología del arte y una reseña de carácter institucional sobre un libro de Justino Fernández (*El Arte Moderno*). También fue don Manuel, en este sentido, como los demás colaboradores: "ave de paso". El grabador michoacano Carlos Alvarado Lang escribió un artículo sobre el grabado a la manera negra; igual que en los otros casos, sería el único artículo con que contribuiría a la revista, aunque su relación con el Instituto y con *Anales...* —que se siente desde el primer número— duró muchos años más, puesto que las viñetas y los grabados que a menudo se imprimieron en las portadas y en los interiores fueron aportaciones que él hizo y que le dieron a la revista la personalidad que tiene hasta la fecha. Varios años y números después, las viñetas de Alvarado Lang serían sustituidas de manera sucesiva por los dibujos de Émile Benard, Andy Seffert, Vlady, Georgina Quintana, Alberto Beltrán y, finalmente, otro michoacano, Manuel González Galván, discípulo de Francisco de la Maza. En los últimos números de *Anales...* las viñetas se han seleccionado del Archivo; ya no están hechas especialmente para la revista.

El tercer número correspondió a 1939 y presentaba cambios muy notables. Desde la rectoría de la Universidad que ahora estaba en manos del doctor Gustavo Baz (con el

[10] El doctor Arnáiz y Freg sería impulsor permanente de los estudios sobre arte mexicano y, varias décadas más tarde, miembro del Consejo de Asesores de la revista *Artes de México.*

licenciado Mario de la Cueva como secretario general) hasta la dirección del Instituto que, ante los nuevos nombramientos, había recaído en Manuel Toussaint. Entonces, la revista apareció remozada, más voluminosa, con una ilustración a color impresa en cuché e insertada en medio del primer pliego y con una nueva dirección postal: del número 17 de la calle de Argentina, se había trasladado a San Ildefonso 28, en el Centro Histórico. Los cambios de *Anales...* denotan claramente la profesionalización del Instituto o, para decirlo con un anglicismo, el "endurecimiento" académico. Si no se menciona una "nueva época", por lo menos se cambia de volumen (la designación de los tomos o volúmenes es algo que no parece tener un criterio unificado en la revista), se ordenan los índices, se elabora el directorio de los investigadores y se establecen las secciones permanentes. Todos los colaboradores forman parte del Instituto como ocurrirá en los siguientes números publicados hasta la década de los noventa; en realidad, los artículos escritos por autores externos serían más bien excepcionales.

Junto a los nombres que ya se conocían, Rafael García Granados, Vicente T. Mendoza y Justino Fernández (quien había colaborado con algunas notas en los números previos), aparecen los jóvenes Salvador Toscano[11] y José Rojas Garcidueñas, ambos de la misma edad (27 años). También aparece, como investigador honorario, el arquitecto veracruzano Luis MacGregor, adscrito entonces al Departamento de Monumentos Coloniales del Instituto Nacional de Antropología e Historia; y, el más importante de todos, Federico Gómez de Orozco, un bibliófilo de la misma generación que Toussaint y MacGregor, quien gozaba ya para esos años de un inmenso prestigio como investigador de las antigüedades mexicanas. La nómina es indicativa de los temas que perfilarían al Instituto durante sus primeros años y, por supuesto, al tipo de textos que se publicarían

[11] Entre 1933-1934, Salvador Toscano había participado con Rafael López, Octavio Paz Lozano y José Alvarado en una revista que se llamó *Cuadernos del Valle de México.*

en la revista: arte colonial, música mexicana y folklore, arte moderno y contemporáneo, arte prehispánico y literatura novohispana. Todos escritos desde una perspectiva técnica que difería de los artículos de divulgación o de actualidad o de polémica que predominaban en las demás revistas. Incluso en las que dedicaron una buena parte de su contenido al arte como *Frente a frente*,[12] *Arts*,[13] *Letras de México*,[14] *México en el arte*[15] y *Artes de México*.

El cuarto número de *Anales...* apareció en 1939; también llevaba una lámina a color en las primeras páginas y en él estaban consolidados los logros que se habían anunciado en el número anterior. Es especialmente notable el perfeccionamiento de la sección a cargo de Justino Fernández donde se hacía una crónica de las exposiciones de arte realizadas durante el año. Ésta llegaría a ser una de las partes más valiosas de *Anales...* y, muchos años después, una de las más añoradas por los lectores de la revista. También es notable la inclusión, en este número, de un importante colaborador externo que presentó un trabajo sobre Juan Ruiz de Alarcón y sólo volvería a publicar hasta 1962 en torno a una polémica sobre la ampliación de las calles de Tacuba: Antonio Castro Leal. Aunque menor seis años que Toussaint, por afinidades y trabajos realizados en for-

[12] Se trata de una publicación muy a tono con la época, contagiada del "sarampión marxista", dispuesta a reflejar sus compromisos políticos. Fue fundada en 1936, tenía una periodicidad mensual y llevaba como subtítulo *Órgano Central de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios*. El "responsable general" fue, primero, Fernando Gamboa (hasta el número 7) y después Raymundo Mancisidor (del número 8 en adelante).

[13] Una revista mensual aparecida en 1942 y dirigida por Agustín Velásquez Chávez, que tenía como secretario de redacción al poeta exiliado español Juan Rejano.

[14] El subtítulo de esta publicación es *Gaceta literaria y artística*. Fue fundada en 1937 y editada por Octavio G. Barreda. Fue dirigida en distintos momentos por Rafael Solana, Bernardo Ortiz de Montellano, José Luis Martínez, Alí Chumacero y Ermilo Abreu Gómez.

[15] La revista apareció hasta 1948 y fue mensual durante su primer año; después se hizo trimestral. Fue dirigida por Rafael Solana (del número 1-4) y más tarde por Jaime García Torres (del número 5 en adelante).

ma colectiva, pertenece a la misma generación intermedia entre los miembros del Ateneo y los "Contemporáneos". Es extraño que haya colaborado tan exiguamente en *Anales...* puesto que él y el carismático Erasmo Castellanos Quinto ingresaron formalmente como investigadores en el área de literatura del Instituto de Investigaciones Estéticas en 1953.[16]

Así como pueden seguirse en el directorio de *Anales...* los ingresos de los investigadores que con su obra han dado el vigor académico que caracteriza a la comunidad del Instituto, también se pueden seguir los decesos y otros hechos importantes. En el quinto número de 1940 se aprecia la incorporación de investigadores honorarios como Edmundo O'Gorman y Manuel Romero de Terreros. En 1942 apareció entre los investigadores el nombre de Francisco de la Maza quien ya había participado en los dos números anteriores. Clementina Díaz y de Ovando ingresó en 1943, Elisa Vargas-Lugo, en 1953, después llegarían Pedro Rojas, Luis Reyes de la Maza, Ida Rodríguez Prampolini,[17] Manuel González Galván, Beatriz de la Fuente, Jorge Alberto Manrique y así sucesivamente. De igual modo se ven otros eventos importantes, como la salida de Rafael García Granados para fundar el Instituto de Historia (hoy Instituto de Investigaciones Históricas) en 1945 o las colaboracio-

[16] Además de los muchos cargos administrativo-académicos que ocupó en la UNAM y de los puestos públicos que desempeñó en el Gobierno Federal, Castro Leal se dedicó a varias empresas editoriales fundamentales para la cultura mexicana como la Colección de Escritores Mexicanos en Porrúa. Quizás, en el rubro de las revistas, la más importante sea la *Revista de Literatura Mexicana.* Era una publicación trimestral. Sólo aparecieron dos números, correspondientes a los seis últimos meses de 1940. Fue una revista, más de investigación que de divulgación y marcó un hito en el género que no ha podido ser superado hasta la fecha. Entre los colaboradores del Instituto figuran Gómez de Orozco, Rojas Garcidueñas y Manuel Toussaint. En el segundo número de esta revista se encuentra, por cierto, el polémico artículo de Toussaint sobre fray Manuel Martínez de Navarrete que cambió radicalmente la imagen del fraile zamorano que había labrado Francisco Monterde.

[17] Ida Rodríguez comenzó a participar en *Anales...* desde el número 17, publicado en 1949.

nes de Gonzalo Obregón y George Kubler que denotan la variedad de las relaciones académicas del Instituto tanto en México como en el extranjero. En lo que respecta al contenido, se pueden observar no sólo los temas y los descubrimientos en la historia del arte mexicano, sino las distintas maneras de abordarlos, las metodologías y los autores de moda. En los siguientes años se mantendría el curso que había adquirido la revista a partir de su tercer número publicado en 1939. Conservaría esta misma imagen y este impulso durante más de 30 años que abarcaron las direcciones de Manuel Toussaint (hasta 1956), Justino Fernández (hasta 1968)[18] y casi todo el periodo de Clementina Díaz y de Ovando.

En 1972 ocurrió un cambio realmente importante en *Anales...*, aun cuando no se haya manifestado de manera ostensible. Con la muerte de Justino Fernández se hizo visible la figura del editor, lo cual implicaba la posibilidad de independizar a la revista de la dirección del instituto. Hasta ese momento y después de 35 años, *Anales...* sólo había tenido tres "editores" que fueron los directores del Instituto: Rafael López, Manuel Toussaint y Justino Fernández. El primer editor —no tan ajeno a la dirección— fue Xavier Moyssén[19] quien se hizo cargo de esta tarea desde el número 41 hasta el 60. En realidad llevaba cerca de diez años ayudando al doctor Fernández en las labores editoriales de la revista. Su nombre se consignó con un crédito que parecía muy tímido o, por lo menos, muy provisional: "editor de este número". Esta leyenda cambió doce años después, en 1984, cuando el nombre de Xavier Moyssén apareció en el número 54 con un crédito menos preciso ("editor"), pero más firme en el nombramiento. Ya no era el "editor del número", sino el editor de *Anales...*

Pese a las tradicionales demoras del proceso editorial y a las dificultades que enfrentó la imprenta universitaria por

[18] Aunque, debido al reconocimiento de su figura académica, siguió fungiendo como "consejero" de la Dirección y dirigiendo los *Anales...* hasta el día de su muerte.

[19] Moyssén ingresó al Instituto en 1959.

el desmesurado crecimiento de la UNAM, en esta época la revista alcanzó su mayor auge en lo que respecta a continuidad y tamaño. Los anuarios tenían un promedio de doce artículos por número. El 50 —formado de manera especial en 1980, únicamente con las colaboraciones de los investigadores del Instituto—[20] se tuvo que publicar en dos volúmenes. En el último número que trabajó Moyssén se le dio el título de "coordinador" sin que ello implicara ningún cambio en las actividades que había desempeñado durante cerca de 28 años que estuvo ligado a la revista.

El rezago en la producción editorial y los enormes problemas de distribución que enfrentaba la UNAM hacia principios de la década de los ochenta, obligaron a las reformas del rector Jorge Carpizo en 1985. La producción y distribución fueron descentralizadas con la condición de que en cada dependencia (escuelas, facultades e institutos) se formaran comités editoriales y se formularan reglamentos internos de publicaciones. Luego de formar el Comité Editorial, en 1988 se aprobó el Reglamento de Publicaciones del Instituto donde se fijaron las primeras normas para quienes desearan publicar artículos en la revista *Anales...* La única novedad consistió en reglamentar las prácticas que se habían seguido desde siempre. Sin embargo, sentadas las bases jurídicas para controlar la calidad de los trabajos que se presentaban, resultó muy sencilla la modernización de la estructura de la revista tres años después. A partir del número 63 (correspondiente a 1992) se formó un consejo editorial (elegido por votación entre los investigadores del instituto) y un consejo de asesores (propuesto por el Colegio de Investigadores) para sistematizar la dictaminación y atender los problemas relacionados con la revista. Otra

[20] Éste era el segundo número que se propuso llevar sólo trabajos de los investigadores que estaban adscritos al Instituto. Se decidió en una reunión del Colegio de Investigadores para el número 45 —aparecido en 1976— con la finalidad de celebrar el XLV aniversario de la dependencia. Aunque también se decidió que fuera monográfico (sobre la dicotomía entre el arte culto y el arte popular o sobre el estado de las investigaciones en la historia del arte mexicano) los artículos fueron más bien misceláneos.

vez, no se hizo más que legislar sobre una práctica muy antigua en el Instituto: tanto Xavier Moyssén como Alberto Dallal —coordinador de *Anales...* desde el número 61 y hasta el 64, esto es, de 1990-1993—, solían apoyarse siempre en un grupo de colegas para decidir a los dictaminadores idóneos de cada trabajo presentado y para analizar la conformación de los números de la revista. Sin embargo, la instauración del reglamento volvía obligatorias una serie de medidas que habitualmente habían quedado al criterio del editor.

Los números 65-72 (entre 1994-1999) se formaron bajo la tutela de una coordinación colectiva. Los investigadores Clara Bargellini, Pablo Escalante y Renato González se hicieron cargo de aplicar el reglamento y consolidarlo. Durante el tiempo que dirigieron la revista se llevó a cabo una selección muy estricta y cuidadosa de los artículos. Cuidando la forma tradicional, se mejoró muchísimo la presentación de la revista (mediante un concurso abierto de diseño editorial que incluía la incorporación de ilustraciones a color). Se promovió su distribución en todos los ámbitos académicos relacionados con la historia del arte, fundamentalmente en el sur de Estados Unidos, España y América Latina. Se llevaron a cabo los primeros pasos para digitalizar la revista y ponerla a disposición de los usuarios en internet. También se aumentó su periodicidad: dejó de ser un anuario para convertirse en una publicación semestral. De esta medida se desprendieron dos consecuencias inmediatas: la considerable reducción del tamaño de *Anales...* y el descenso en la participación de los investigadores que por momentos se redujo al mínimo. Estos dos factores se juntaron para originar el consabido atraso en la periodicidad. Esta angustiosa situación se ahondó aún más con la prolongada huelga universitaria de 1999-2000 y terminó por profundizar la crisis de la revista hasta el grado de vislumbrar su desaparición.

En la actualidad se ha cuestionado duramente la existencia de la revista, tanto por parte del Colegio de Investigadores como por parte de la dirección, para llegar a un acuerdo sobre las obligaciones que tiene cada una de las

partes en el proyecto académico colectivo que constituye *Anales*... Se han revisado los artículos que conforman el reglamento de publicaciones y se han hecho los cambios necesarios para impedir que los procesos de dictaminación se alarguen demasiado. La directora del Instituto, Teresa Uriarte, ha promovido la restructuración y se ha comprometido a buscar los recursos materiales necesarios para revitalizar la publicación. Por su parte, los investigadores del Instituto han hecho el compromiso de cumplir con una antigua regla interna que obliga a entregar anualmente por lo menos un artículo para su publicación en la revista. La suerte está echada de nuevo; los cuatro números que se encuentran en proceso editorial tienen un volumen mucho mayor, el quinto se está formando con la renovada colaboración de los investigadores y se espera que para la primavera de 2001 se haya abatido el atraso. Se han comenzado los planes para la digitalización de la revista y se están haciendo los trámites para su incorporación en los índices internacionales de publicaciones periódicas. De continuar así las cosas, esperamos conseguir el impulso necesario para que *Anales*... haga un largo y desahogado recorrido por el siglo que comienza, que vaya lleno de aportaciones y siga prestando los beneficios que han nutrido a varias generaciones de estudiosos.

CINCUENTA Y TRES AÑOS DE LAS *MEMORIAS DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA*

Josefina Zoraida VÁZQUEZ
El Colegio de México

LAS *MEMORIAS DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA* se cuentan entre las más antiguas publicaciones periódicas dedicadas a la historia en México, a pesar de la forma irregular en que apareció entre 1970-1989, debido, en buena parte, a los problemas financieros que enfrentó la Academia. Para comprender las características de las *Memorias* hace falta hacer un poco de historia de la institución de la que han sido órgano.

Como es bien sabido, las Academias aparecieron en Francia en el siglo XVII y fueron introducidas en la vida cultural española por la Casa de Borbón, a principios del siglo XVIII. El rey Felipe V fundó en 1713 la Real Academia de la Lengua Española, pero retardó 25 años el establecimiento de la Real Academia de la Historia que hubo de aguardar hasta 1738.

Los orgullosos criollos novohispanos que venían luchando porque se reconociera a la vida cultural del reino la distinción que merecía —en especial ante las ideas de los naturalistas europeos ilustrados—, al consumarse la independencia, iban a anhelar la fundación de instituciones semejantes en México. Es por eso que a pesar de enfrentar toda clase de obstáculos, el gobierno mexicano se empeñó en responder a esta inquietud, decretando en 1836 la fundación de una Academia de la Historia integrada por distinguidos intelectuales. Pero la angustiosa situación de la

República, asediada por amenazas externas, bancarrota hacendística, estancamiento económico e inestabilidad, hizo que la institución quedara prácticamente en el papel.

Dado que la historia fue la rama literaria de mayor importancia a lo largo del siglo XIX, es natural que la aspiración no muriera, de manera que apenas se consolidó la soberanía nacional con el triunfo sobre el imperio en 1867, reapareció el proyecto de la Academia. Resulta curioso que el nacionalismo desbordante que se expresó durante los años de la restauración de la República, no inclinara a los intelectuales mexicanos a fundar academias independientes de las españolas, sino que se empeñaran en fundar correspondientes de aquéllas.

Una vez más, la fundación de la Academia Mexicana de la Lengua se adelantó y en 1875 se establecía como correspondiente de la Real de Madrid. La de la Historia resultó muy controvertida, por haberse multiplicado las expresiones de antihispanismo en el ambiente mexicano. Una de ellas se volvió tan célebre que incluso se publicó. En la década de 1870, con motivo de la promulgación de la ley de colonización se debatió ampliamente su conveniencia y finalidades y, en ese contexto, surgió una acre polémica entre el *Diario Oficial* y la colonia española. Uno de los argumentos repetidos para defender la conveniencia de atraer extranjeros al país, fue la de "mejorar la raza", y éste dio pie para que se debatiera el legado de "la madre patria". De esa forma se expresaron argumentos en favor y contra los elementos que habían legado indígenas y españoles.[1]

Es posible que estas expresiones influyeran en la renuencia de la Real Academia de la Historia de Madrid a patrocinar instituciones correspondientes en Hispanoamérica. Pero los diplomáticos hispanoamericanos acreditados en Madrid no se desanimaron y continuaron insistiendo para conseguirlo. Hacia fines de la década de 1880, los aires parecieron tornarse más receptivos y la Real institución empezó a estudiar y discutir el proyecto de aceptar filiales americanas. Para 1888 se había redactado el reglamento

[1] *Polémica*, 1875.

que regiría a las academias afiliadas y de acuerdo con éste, se establecieron las academias de Buenos Aires, Bogotá y Caracas, pero no se autorizó la de México, no obstante haber sido la Nueva España.

Con la consolidación del porfiriato, los exaltados ánimos nacionalistas de los mexicanos se fueron moderando, tanto que para 1901, el Marqués de Prat, ministro de España en México, por iniciativa propia empezó a promover una negociación para que la Real Academia de la Historia autorizara la fundación de una correspondiente mexicana. Se efectuaron reuniones, se mencionaron los posibles académicos y hasta se seleccionó a don Nicolás León como secretario, pero de nuevo el proyecto quedó congelado, pues la matriz madrileña no otorgó su aprobación.

Un nuevo intento tuvo que esperar a que empezaran a calmarse los ánimos revolucionarios. Esta vez redactores y colaboradores de la *Revista de Revistas*, viendo que empezaba a encauzarse el orden, decidieron fundar, sin patrocinio externo, una Academia de la Historia en 1916. Sin duda los miembros de la nueva institución aspiraban a convertir en correspondientes, pues aprovecharon el viaje de don Manuel Romero de Terreros a España, para encargarle llevar un saludo institucional a la Real Academia de la Historia de Madrid. Según se recordaría durante la ceremonia de inauguración de la actual sede de la Academia en la plaza Carlos Pacheco, encontrándose en aquella Villa y Corte en 1917, don Manuel fue agraciado con el nombramiento de Correspondiente y, unido al padre Mariano Cuevas que también se encontraba en esa ciudad, se dedicó a promover la corresponsalía de la academia mexicana. Don Manuel tuvo que regresar a México, pero don Mariano continuó las negociaciones y alcanzó el éxito. De esa manera, el 27 de junio de 1919, a propuesta de los académicos de número Duque de Alba, Marqués de San Juan de Piedras Alba, Ramón Menéndez Pidal, Julio Pujol, Ricardo Beltrán y Juan Pérez de Guzmán, se aprobó la fundación de la Academia Mexicana.

El 12 de septiembre de 1919 se inauguró la nueva Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real, sujeta al reglamento de 1888, y constituida por 24 sillones

de número elegidos entre historiadores residentes en la República o en el extranjero. Los fundadores fueron Francisco Sosa, Francisco Plancarte (arzobispo de Monterrey), Ignacio Montes de Oca (obispo de San Luis Potosí), Luis García Pimentel, Francisco A. de Icaza, Mariano Cuevas, Manuel Romero de Terreros, Jesús García Gutiérrez (canónigo honorario de la Basílica de Guadalupe), Jesús Galindo y Villa, Luis González Obregón, Juan B. Iguíniz y Genaro Estrada. Se puede notar que, durante las primeras décadas, el común denominador de los elegidos parece haber sido su acendrada posición hispanista-católica, tanto que alguno apenas pudiera considerarse historiador.[2]

Las primeras reuniones se llevaron a cabo en la casa de González Obregón, su primer director;[3] fungieron Romero de Terreros como tesorero perpetuo y Juan B. Iguíniz como censor. Carentes de una sede, los académicos se reunían en lugares relacionados con las pertenencias de directores a diversas instituciones, así lo hicieron en la Secretaría de Relaciones, la Biblioteca Nacional, el Colegio de Abogados, la Sociedad de Geografía y Estadística, el Colegio de las Vizcaínas y un club del centro de la ciudad.

Como toda institución no oficial, tenía dificultades financieras. No fue sino hasta que don Atanasio Saravia y don Manuel Romero de Terreros lograron, con apoyo de importantes empresarios, constituir un fideicomiso en el Banco Nacional de México. Don Atanasio, con habilidad, también consiguió que el presidente Miguel Alemán le donara a la Academia el terreno de la plaza Carlos Pacheco y "mediante un trueque con Bienes Nacionales, del INAH", consiguió la hermosa fachada barroca, que había pertenecido a la residencia colonial de los Condes de Rábago,[4]

[2] En ese caso consideraría a don Guillermo Tritschler.

[3] Ocuparon la dirección de la Academia después: Galindo y Villa (1922), Manuel Mestre Ghigliazza (1925), Genaro Estrada (1930), Ignacio del Villar Villamil (1932), José Lorenzo de Cosío (1941), Atanasio González Saravia (1941), Alberto María Carreño (1952), Manuel Romero de Terreros (1962), Edmundo O'Gorman (1972), Luis González (1991), Miguel León-Portilla (1997).

[4] CARRERA STAMPA, 1969, pp. 113-115.

demolida poco antes. Con todos esos elementos, se construyó la sede que todavía ocupa. El edificio se inauguró el 8 de diciembre de 1953 y fue, de acuerdo con la idiosincrasia de la mayoría que entonces constituían la Academia, solemnemente bendecido por el subdecano y canónigo honorario García Gutiérrez.

Hacia fines de la década de los treinta y principios de los cuarenta la historia empezaba a profesionalizarse. La Escuela de Altos Estudios y después la Facultad de Filosofía de la UNAM ofrecían maestría en historia, que habilitaba a los estudiantes a enseñar en escuelas de educación media. Más tarde, la fundación del Instituto Nacional de Antropología e Historia, de El Colegio de México y de los Institutos de Historia y de Estudios Estéticos de la Universidad Nacional consolidaron formación de investigadores. Este contexto obligó a una visión más amplia y menos partidista del pasado, aunque todavía los años cuarenta presenciarían los excesos del enfrentamiento del encuentro de los restos de Hernán Cortés y los del último emperador mexica Cuauhtémoc.

En ese nuevo contexto, en 1942 la Academia empezó a publicar sus *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid.* De 1942-1970 las *Memorias* aparecieron trimestralmente con una puntualidad encomiable. De los tomos I-XVI la edición de las *Memorias* estuvo a cargo de Juan B. Iguíniz y de ese volumen al XIX, a la de Carrera Stampa.[5] Como es natural, los encargados le imprimieron su sello a las *Memorias.* Iguíniz incluyó en los volúmenes a su cargo un apartado al que tituló Biblioteca de la Academia Mexicana de la Historia; de los siglos III-XV se incluyó la sección "Tlatelolco a través de los siglos" en donde se relataban los trabajos arqueológicos e

[5] En 1956 se instituyó un consejo de redacción formado por Juan Iguíniz, Alberto María Carreño, Pablo Martínez del Río, Manuel Romero de Terreros, Federico Gómez de Orozco y Manuel Carrera Stampa. En 1963 quedaron en el consejo Iguíniz, Romero, Saravia y Carrera Stampa; en 1968 se reducía a Iguíniz, Saravia y Carrera y un año después aparecían Iguíniz, Carrera, Ignacio Rubio Mañé y José Dávila Garibi.

históricos hechos sobre ese barrio de la ciudad. También se incluyó otra sección titulada "Apuntes históricos sonorenses", que a lo largo de los volúmenes V-XIV se refirieron a la conquista temporal y espiritual y algunos otros temas. Muchos de los trabajos eran cortos (algunas veces de dos páginas) y algunos referidos a minucias que distaban de ser producto de investigación. Don Ignacio Rubio Mañé contribuyó con una sección a la que denominó crónica, en donde daba noticias referentes al mundo de los historiadores y promovió también la traducción de artículos interesantes publicados en otras revistas sobre su patria chica. Es interesante que sólo ocasionalmente se incluyeran reseñas. Amén de los artículos se publicaron diversos documentos "inéditos" en la sección que llamaron "folletín" hasta el número XVII, más tarde convertida en la que denominaron "fuentes documentales", las *Memorias* incluyeron los discursos de ingreso de los Académicos de Número y una bibliografía analítica.

Gracias al cuidado del editor Carrera Stampa, en 1970 las *Memorias* publicaron un índice cuidadoso de los 30 primeros volúmenes de la revista, con sus respectivos índices.

Mas al finalizar la década de 1960, la situación se tornó adversa para la Academia Mexicana de la Historia. En 1968 murió don Manuel Romero de Terreros y al año siguiente don Atanasio Saravia, lo que iba a resentirse hondamente en el funcionamiento de la Academia. Una de las señales inequívocas fue el retraso en la aparición de las *Memorias.* Por largos años pareció que su publicación cesaría por completo. Lo que resulta enigmático es que Manuel Carrera Stampa que vivió hasta 1978, abandonara su edición. El número XXX mencionaba a María de las Mercedes Valcarce como encargada de edición y en los siguientes 19 años sólo verían la luz los volúmenes XXXI (a cargo de Juan A. Ortega y Medina y Carlos Bosch García) y XXXII. Desde este último número, aparecido en 1990, empecé a hacerme cargo de la publicación de las *Memorias* y logré regularizar su aparición anual, además de promover el abandono de la anticuada portada en la que se incluía el índice.

A MANERA DE EVALUACIÓN

La Academia estuvo constituida por distinguidos historiadores y anticuarios, pero durante unas tres décadas limitó la selección de sus miembros con criterios ideológicos y de método histórico. El hispanismo de los académicos, al igual que los indigenismos radicales a los que se enfrentaba, eran absurdos y tenían que moderarse con el paso del tiempo. Muchos de los artículos tempranos todavía reflejaban ese empeño por defender el punto de vista hispanista. De todas formas las *Memorias* incluyeron artículos relevantes de historia colonial e historia del arte, además de registrar las importantes investigaciones arqueológicas en Tlatelolco.

Pero era necesario cambiar la forma de historiar el pasado mexicano y en ello iban a influir muchas circunstancias. La fundación del Fondo de Cultura Económica y su empeño por ofrecer la traducción directa de grandes obras de historia y filosofía de la historia, la llegada de los refugiados europeos y españoles, las reflexiones sobre México y su cultura hechas por nacionales como Samuel Ramos (*El perfil del hombre y la cultura en México,* 1939) o el recién llegado José Moreno y Villa (*Cornucopia de México,* 1940) tenían que generar una nueva actitud ante el pasado. El contexto era favorable para repensar posiciones tradicionales; la cátedra de José Gaos y la publicación de sus reflexiones filosóficas, así como la aparición de diversos libros y artículos que replanteaban viejos problemas historiográficos como los de José Iglesias, *Cronistas e Historiadores de la Conquista. El ciclo de Hernán Cortés* (1942) y *El Hombre Colón y otros ensayos* (1944); Edmundo O'Gorman, *Fundamentos de la Historia de América* (1942) y *Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica* (1947), etc. tuvieron que influir en formas más maduras de enfrentar el pasado.

De esa manera, hacia finales de la década de 1940, la Academia empezó a mostrarse menos rígida. En 1956 fue electo Arturo Arnáiz y Freg que propició el ingreso de académicos como Alfonso Teja Zabre, Francisco de la Maza, Justino Fernández y Jesús Reyes Heroles e incluso el gran heterodoxo Edmundo O'Gorman. Sin embargo, Arnáiz

no consiguió, en su interés por llevar a don Daniel Cosío Villegas, el gran investigador de la historia moderna de México, a la Academia.

Pero por desgracia muchos de los distinguidos académicos como Carlos Pereyra, Ángel María Garibay, Guillermo Porras, Alfonso Teja Zabre, Julio Jiménez Rueda, Ignacio Bernal, Wigberto Jiménez Moreno, Sergio Méndez Arceo y algunos otros nunca colaboraron en las *Memorias.* Salta a la vista una característica notable en los primeros 30 volúmenes: la revista fuera fundamentalmente masculina. La mayoría de las historiadoras aparecieron como participantes de Robert Barlow en la sección dedicada a "Tlatelolco a través de los tiempos": Antonieta Espejo, Carmen Cook, Rosaura Hernández y Delfina López Sarrelangue. Eleanor B. Adams aparece como autora de un estudio sobre Yucatán traducido por Rubio Mañé (1944) y después de 1959, Bertha Flores Salinas.

El contenido de las *Memorias* es casi totalmente de historia nacional. De acuerdo con el predominio que tenía la historiografía mexicana en general, 58% de los artículos se refieren al periodo virreinal; 18% al análisis historiográfico, informes sobre repositorios documentales y bibliotecas y discusión sobre el carácter de la historia o su enseñanza; 14% se ocupan de temas decimonónicos; 9% a los prehispánicos y 1% a los de historia universal. Buena parte de los artículos sobre el periodo novohispano es de carácter artístico, al igual que la mayoría de los dedicados al México antiguo son de índole arqueológica.

Algunos autores se ocupan de todos los periodos de historia de México, como en el caso de Vito Alessio Robles, José Bravo Ugarte, Alberto María Carreño, Manuel Carrera Damas, José López Portillo y Weber y Silvio Zavala.

La incorporación de mujeres como miembros de número anunciaba el cambio profundo que ha tenido lugar en la Academia y que, por supuesto, se refleja en las *Memorias* desde el volumen XXXIV (1990-1991). No sólo sus páginas se abrieron a jóvenes historiadores, sino también a toda corriente histórica. Muchos de sus artículos muestran gran sofisticación en tema y desarrollo, entre ellos podríamos

mencionar los de Fernando Escalante, "La sumisa desobediencia. Notas sobre el problema de la autoridad en México", Antonio Annino, "Las ocultas paradojas del Quinto Centenario" (XXXV, 1992), Mauricio Tenorio, "Ciencia e Historia: a la cacería de sentidos comunes" (XXXVII, 1994), Hans-Joachim König, "Reflexiones teóricas acerca del nacionalismo y el proceso de formación del Estado y la Nación en América Latina" (XXXVIII, 1995), Horst Pietschmann, "Corrupción en las Indias Españolas: revisión de su debate en la historiografía" (XL, 1997), o Walther Bernecker y Thomas Fischer, "Auge y Decadencia de las Teorías de la Dependencia sobre América Latina" (XLI, 1998).

En los últimos diez volúmenes también sobresale un mayor número de artículos de historiadoras, así como de historiadores extranjeros, y un incremento en el interés por el siglo XIX, aunque el virreinato sigue manteniendo cierta preponderancia y el siglo XX continúa estando en desventaja. De las páginas de las *Memorias* desaparecieron las noticias y las minucias que incluían los primeros volúmenes. La publicación reúne ahora artículos producto de investigación profesional y desde luego, los discursos de ingreso de los nuevos miembros de número.

A pesar de todo, las páginas de las *Memorias* son un índice interesante para seguir el curso y los cambios de la historiografía en México a partir de 1942. En sus artículos se refleja la forma en que se ejerció y se enseñó la historia en México y, desde luego, el lento proceso de profesionalización.

Es natural que como en el resto de las publicaciones periódicas de historia, los artículos hayan seguido el cauce del interés y de los cambios en interpretación, así como de la forma de historiar. De esa manera, sus 43 vólumenes son indispensables para hacer el análisis de la historiografía mexicana del siglo XX.

Creemos que hoy es una publicación seria que ha merecido ya que el Comité Mexicano de Ciencias Históricas premie uno de sus artículos. La incorporación de reconocidos historiadores extranjeros entre sus corresponsales ha enriquecido las *Memorias*. Entre las asignaturas pendientes

está la de contribuir a superar el provincialismo de la historiografía mexicana propiciando la publicación de artículos de historia hispanoamericana y universal, asimismo, como ampliar su circulación.

REFERENCIAS

CARRERA STAMPA,

1969 "Homenaje póstumo a la memoria de don Atanasio G. Saravia, director de la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia,* XXVIII:2, pp. 113-115.

IGUÍNIZ, Juan B.

1969 "La Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid, en su cincuentenario, 1919-1969", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia,* XXVIII:4, pp. 337-345

Polémica

1875 *Polémica entre el Diario Oficial y la Colonia Española sobre la Administración Virreynal de Nueva España.* México: Imprenta Políglota.

VÁZQUEZ, Josefina Zoraida

1994 *Setenta y cinco años de la Academia Mexicana de la Historia.* México: Grafity, Diseño e Impresión, S. A.

ESTUDIOS DE CULTURA MAYA. UN DIÁLOGO ENTRE MAYISTAS A LO LARGO DE 40 AÑOS

Mercedes de la GARZA C.
Instituto de Investigaciones Filológicas,
Universidad Nacional Autónoma de México

DESPUÉS DE UNA INTENSA LABOR como arqueólogo de campo, que culminó con sus trascendentes trabajos en la gran ciudad maya de Palenque, Alberto Ruz Lhuillier decidió, en 1959, dedicarse al cultivo y fomento de la investigación en la Universidad Nacional Autónoma de México, y se integró al entonces Instituto de Historia. Ahí fundó un Seminario de Cultura Maya, como un núcleo de investigación equivalente al Seminario de Cultura Náhuatl, que dirigía Ángel María Garibay, y de quien era secretario Miguel León-Portilla. Y asimismo, en paralelo con la revista *Estudios de Cultura Náhuatl*, cuyo primer número vio la luz en 1959, surgió *Estudios de Cultura Maya*. La semejanza en el título y la presentación de las dos revistas, dice Ruz, se debe al hecho de que "la Universidad se ha propuesto fomentar en forma sistemática la investigación de dos de las grandes culturas autóctonas que constituyen la raíz y gloria de la Nación Mexicana".[1]

Ambas revistas se proponían

> [...] reunir estudios de muchos especialistas, o de muchos estudiantes que se avezan a serlo, y ponerlos a disposición de

[1] "Presentación" a *Estudios de Cultura Maya*, I, México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras. Seminario de Cultura Maya, 1961.

los estudiosos —que debieran serlo todos los mexicanos, que debieran serlo todos los hombres en capacidad de ello— para que ellos encuentren, o base de nueva edificación, o piedra de escándalo para destruir, con razones, lo que se propuso acaso sin ellas.[2]

A *Estudios de Cultura Maya,* Garibay la llamó varias veces "un gemelo de este modo de estudios".[3]

Garibay expresa su deseo de que se mantuvieran las condiciones externas para la consolidación de la serie sobre los nahuas, deseo que se cumplió y con creces, ya que *Estudios de Cultura Náhuatl,* gracias a la dedicación constante que desde entonces le brinda Miguel León-Portilla y al apoyo del Instituto de Investigaciones Históricas, ha llegado ya a su volumen XXXI.

En cuanto a *Estudios de Cultura Maya,* la revista nunca fue en realidad publicación del Instituto de Historia, ya que antes de la aparición del primer volumen, el Seminario de Cultura Maya se separó del Instituto y a mediados de 1960 fue adscrito a la Facultad de Filosofía y Letras.

El Seminario de Cultura Maya se propuso en su creación

> [...] la investigación de campo y de gabinete, la docencia, la publicación de obras tanto de carácter especializado como de amplia divulgación en nivel universitario, reedición de fuentes históricas, conferencias y discusiones de mesa redonda; en fin, las diferentes formas de contribuir a la adquisición de nuevos conocimientos sobre la vida y la cultura de los mayas [antiguos y presentes] y de darlos a conocer.[4]

Sin embargo, su primera labor, y única durante algunos años, fue la edición de la revista, en la que colaboraron desde el principio, con una ejemplar solidaridad cientí-

[2] Ángel María Garibay: "Proemio", en *Estudios de Cultura Náhuatl,* I (1959), p. 7.

[3] En Alberto Ruz Lhuillier: "Angel María Garibay Kintana (1892-1967), en *Estudios de Cultura Maya,* 7, 1968, pp. 394-395.

[4] Alberto Ruz Lhuillier: "Prólogo", en *Estudios de Cultura Maya,* I (1961).

fica, los más distinguidos mayistas del mundo en ese momento, como Eric Thompson, Herbert Spinden, Alfred Kidder, George Kubler y Gordon Willey. Y como investigadores permanentes del seminario fueron nombrados Calixta Guiteras Holmes, Alfonso Villa Rojas, Alfredo Barrera Vásquez y César Lizardi Ramos. El interés de los mayistas por *Estudios de Cultura Maya* se debió también a que, en ese momento, la revista era la única edición periódica especializada en los mayas en el ámbito internacional, por lo que con gran entusiasmo enviaron sus colaboraciones y contribuyeron a dar el sólido prestigio del que goza hasta hoy la revista.

El primer número se editó en 1961, y los subsiguientes, hasta el volumen VII, aparecieron anualmente, gracias a que el seminario se componía sólo del director, Alberto Ruz, y una secretaria, y se dedicaba casi con exclusividad a la edición de la revista, como hemos señalado. El VIII se publicó en 1970, fecha en la cual el seminario se convirtió en un Centro de Estudios Mayas, con aproximadamente 20 investigadores de distintas disciplinas, y formó parte del nuevo Instituto de Investigaciones Filológicas, empezándose a cumplir íntegramente los propósitos iniciales de la creación del seminario. Asimismo, aumentaron las colaboraciones de los investigadores del Centro en *Estudios de Cultura Maya*, aunándose al carácter internacional de la revista, convertirse en un medio de dar a conocer los trabajos y las líneas de investigación de ese núcleo de mayistas.

Debido a las crecientes actividades del Centro de Estudios Mayas, para la preparación del volumen X se creó una Comisión Editorial (formada por Carlos Serrano, Lorenzo Ochoa y Mercedes de la Garza) quienes se hicieron cargo, tanto de *Estudios*, como de las otras publicaciones que se habían creado en el Centro de Estudios Mayas ("Cuadernos" y "Publicaciones especiales"). Y a principios del mismo año de la aparición de este volumen (1977) un significativo hecho se produjo en el Centro de Estudios Mayas: su fundador y director, Alberto Ruz, se fue de la UNAM para desempeñar el cargo de director del Museo Nacional de Antropología, puesto que ocuparía hasta su muerte, ocu-

rrida en 1979. Alberto Ruz fue sustuido por Mercedes de la Garza, quien dirigió el Centro durante trece años, y mantuvo como publicación prioritaria *Estudios de Cultura Maya,* aunque se creó la nueva "Serie de Fuentes para el Estudio de la Cultura Maya" (1980) y los Congresos Internacionales de Mayistas (iniciados en 1985 y realizados cada dos años al principio, y a partir de 1989, cada tres), sobre los cuales se publican las *Memorias.* De ésta y otras ediciones del Centro de Estudios Mayas se ocupa la Comisión Editorial, constituida hasta hoy por investigadores del centro, lo cual representa una ardua labor.

Hasta 1992 *Estudios de Cultura Maya* mantuvo un buen ritmo temporal, ya que se editaron nueve números (XI, 1978; XII, 1979; XIII, 1981; XIV, 1982; XV, 1984; XVI, 1985; XVII, 1988; XVIII, 1991, y XIX, 1992. De 1992-2000 sólo apareció el volumen XX (1999), lo que ha causado desaliento en los colaboradores, sobre todo en algunos mayistas de otros países, que antes enviaban con regularidad trabajos para darlos a conocer por medio de *Estudios de Cultura Maya.* Actualmente, está en prensa el volumen XXI y en preparación el XXII.

La revista se inició con una nómina de los miembros del Centro de Estudios Mayas y la Comisión Editorial, el sumario, breves *curricula* de los colaboradores en el número en cuestión, una presentación, los artículos, agrupados por disciplinas, reseñas, necrológicas o notas diversas y, al final, una lista de las publicaciones del Centro de Estudios Mayas. El formato es de 16 por 23 cm, y la carátula no ha cambiado, lleva en el centro un dibujo a línea de un relieve de la ciudad de Palenque, Chiapas, conocido como "El escriba".

Por lo general, cada número de esta publicación es un grueso volumen de alrededor de quince artículos, acompañados de mapas, cuadros e ilustraciones a tinta o fotografías, y cerca de 350 páginas, por lo que no se trata propiamente de una "revista" de la que se pueda editar un número por semestre; lo ideal sería recuperar la periodicidad anual o, por lo menos, bianual de esta publicación, conservando el carácter que le ha dado aceptación y reconocimiento entre los especialistas.

En lo que toca a los lectores, *Estudios de Cultura Maya* siempre ha constituido un medio de comunicación entre mayistas del mundo entero y de divulgación de los distintos aspectos y enfoques que en diversos países se da a la investigación sobre los mayas. Así, está destinada principalmente a investigadores de la cultura maya, pero también de las culturas indígenas mesoamericanas, del norte de México y antiguas en general. Edita trabajos en español, inglés y francés; los artículos en otros idiomas, como alemán, ruso o japonés se traducen al español. Incluye algunas reseñas y notas necrológicas, como hemos mencionado, pero el peso fundamental está en los artículos científicos, pues no es una revista de difusión.

La distribución ha estado a cargo de la Dirección General de Publicaciones de la UNAM, y hasta el volumen XVIII un buen número de ejemplares se enviaba por intercambio a bibliotecas de instituciones dedicadas a la investigación en México y en otras partes del mundo, así como a los colaboradores y a mayistas destacados nacionales y extranjeros. El directorio de especialistas incluía investigadores de diversas disciplinas en México, Estados Unidos, Canadá, Guatemala, El Salvador, Honduras, Belice, España, Alemania, Francia, Italia, Japón, Rusia y Australia, entre otros países. Actualmente hay nuevas políticas de distribución de la revista para su venta, y el tiraje ha disminuido de 2 000 a 500 ejemplares.

Pero en cuanto a su contenido, *Estudios de Cultura Maya* ha conservado a lo largo de estos 40 años la calidad de excelencia con la que se creó, pues sigue contando con la colaboración de los mayistas más distinguidos y los trabajos son sometidos a dictámenes de especialistas en la disciplina, además de los de la Comisión Editorial del Centro de Estudios Mayas, y a partir del volumen XX se constituyó un Consejo Editorial, formado por estudiosos de México y otros países; ellos son Katheryn Josserand, Nicolas Hopkins, Alain Breton, Jan de Vos, Beatriz de la Fuente, Carlos Navarrete y Antonio García de León.

La revista, como su nombre lo expresa, no se centra en una disciplina, sino en una cultura, por lo que su carácter

es multidisciplinario, como el del Centro de Estudios Mayas. Recibe trabajos realizados con los diversos enfoques científicos que se dan a la investigación sobre el pueblo maya, su historia y sus creaciones, y no se limita a los mayas preshispánicos, sino que incluye la historia del área maya en la época colonial y los grupos mayances actuales. De este modo, *Estudios de Cultura Maya* publica trabajos históricos, arqueológicos, epigráficos, estéticos, lingüísticos, etnológicos, de antropología física, matemáticos, arqueoastronómicos, sociológicos, etc., o bien, artículos en los que se integran dos o más disciplinas, y está abierta a cualquier tipo de investigación que se ocupe del universo maya y que esté realizada con rigor científico.[5]

Estudios ha sido un importante medio para dar a conocer trabajos e informes arqueológicos, los cuales muchas veces (sobre todo en México) se quedan archivados como reportes de trabajo de campo, sin llegar al conocimiento de los otros investigadores. Se han publicado desde complejos artículos, resultado de la investigación arqueológica, hasta los informes preliminares de un proyecto. Entre los muchos trabajos que de esta disciplina ha editado *Estudios de Cultura Maya* podemos mencionar:[6] "Algunas consideraciones sobre las pinturas de Mul-Chic, Yucatán" de Román Piña Chan (IV); "Brainerd y Ruppert en Xpuhil en 1949" de Harry E. D. Pollock (VI); "Cerámica de la región de Palenque, México" de Robert Rands (VI); "Ceramic Wares in the Maya Área: A Clarification of an Aspect of the Type-variety System and Presentation of a Formal Model for Comparative Use" de Jeremy Sabloff y Robert E. Smith (VIII); "Microscopic Analysis of Chipped Stone Tools from Barton Ramie, British Honduras" de Richard Wilk (X);

[5] Véase Enrique Viloria Viazcan y Javier V. de León Orozco: *Índices Generales de Estudios de Cultura Maya,* vols. I-X, años 1961-1976/1977. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Mayas, 1978.

[6] Los trabajos y autores mencionados de aquí en adelante se han seleccionado únicamente con el criterio de mostrar la variedad y la riqueza del contenido de *Estudios de Cultura Maya.* El número de la revista se indica entre paréntesis.

"Puertos costeros del Postclásico Temprano en el norte de Yucatán" de Anthony P. Andrews (XI); "Los asentamientos prehispánicos y la arquitectura en la isla Can Cun, Quintana Roo" de Ernesto Vargas Pacheco (XI), y "Astronomía sin telescopios. Conceptos mayas del orden astronómico" de John R. Sosa (XV).

Y entre los informes se pueden destacar el de los trabajos en Toniná de 1979, realizados por Pierre Becquelin y Eric Taladoire, y el de Nuevo Jalisco, Chiapas, por Ramón Carrasco (volumen XIII); "Preliminary Report of the Conference on the Prehistoric Ceramics of the Maya Lowlands" por Patrick Culbert (VI); "Notas preliminares sobre el proyecto Arqueología de las Tierras bajas Noroccidentales del Área Maya" por Lorenzo Ochoa (X), y "Trabajos recientes en Xcaret, Quintana Roo, por María José Con (XVIII).

Otros reconocidos arqueólogos que han colaborado en la revista son Gordon Willey (I y V), Peter J. Schmidt (X), Gareth W. Lowe (II y V), Carlos Navarrete (VIII y XVI), John E. Clark (XIII), Andrés Ciudad Ruiz (XIII), Carlos Álvarez (XIV), David Webster (volumen XIV); Roberto García Moll (XII) John E.Clark y Thomas A Lee Jr. (XII); Antonio Benavides (XVIII), y Anabel Ford (XVIII).

Asimismo, hay novedosos trabajos sobre historia y religión maya, tanto de la época prehispánica como de los mayas de hoy, escritos principalmente por historiadores y antropólogos. Cabe mencionar los trabajos de Calixta Guiteras Holmes, "La magia en la crisis del embarazo y parto en los actuales grupos mayances de Chiapas" (I); Lothar Knauth, "El juego de pelota y el rito de la decapitación" (I); Robert Laughlin, "El símbolo de la flor en la religión de Zinacantán" (II); Alfonso Villa Rojas, "El nagualismo como recurso de control social entre los grupos mayances de Chiapas, México" (III), y William R. Holland, "Psicoterapia maya en los altos de Chiapas" (III), que formaron parte del grupo inicial de colaboradores de la revista. Cabe mencionar, además, los trabajos de Robert Bruce, "The Popol Vuh and the Book of Chan K'in" (X); María Montoliú, "Algunos aspectos del venado en la religión de los mayas de Yucatán" (X); Eric Thompson, "Maya Creation

Myths" (partes 1-2, volúmenes V y VI); Eva Alejandra Uchmany, "Supervivencias de formas religiosas pre-hispánicas en la región maya" (III); William Folan, "Kukulcán y un culto fálico en Chichén Itzá, Yucatán, México" (VIII); Miguel León-Portilla, "Nuevas aportaciones al tema del tiempo entre los mayas" (XVII), así como los de Laura Sotelo y Carmen Valverde, "Los señores de Yaxchilán. Un ejemplo de la felinización de los gobernantes mayas" (XIX), y Martha Ilia Nájera, "La iniciación ritual de la partera en las etnografías mayas" (XX).

Y estudios sobre la época colonial, que dan cuenta de este momento histórico tan importante en el destino de los grupos mayances que perviven hasta hoy, son los realizados por Alfredo Barrera Vásquez, "Contrata de un maya de Yucatán, escrita en su lengua materna, para servir en Cuba, en 1849" (I); Ian Graham, "Juan Galindo, Enthusiast" (III); Luis Millet Cámara, "La encomienda de Sor Águeda del Padre Eterno y Sor Feliciana de San Antonio en Chiapas" (XIII); Robert Carmack, "New Quichean Chronicles from Highland Guatemala" (XIII); Ana Luisa Izquierdo, "Documentos de la división del Beneficio de Yaxcabá. El castigo de una idolatría" (XVII); Dolores Aramoni, "Los indios constructores de Palenque en un documento del siglo XVIII" (XVIII); Mario Humberto Ruz, "El conquistador y el jurisconsulto. Testimonios sobre el Itzá" (XIX); "Encontrarán su comida entre los árboles [...] entre las rocas" (*Libro de Chilam Balam de Chumayel*). Épocas de padecimiento y dispersión para los mayas de Yucatán", por Ruth Gubler (XIX); de Gudrun Lohmeyer, "La fundación del convento de Comitán" (XIX), y de Lorraine Williams-Beck y Eduardo López de la Rosa, "Historia de tres ciudades: Ah Kin Pech, Acanmul y San Francisco de Campeche" (XX).

Los artículos epigráficos abundan en *Estudios de Cultura Maya*, sobre todo en los primeros volúmenes, debido a que el Centro de Estudios Mayas se formó cuando se integraron el Seminario de Cultura Maya y el Seminario de Estudios de la Escritura Maya, fundado también por Alberto Ruz Lhuillier, que había estado integrado a la Coordinación de Humanidades, bajo la dirección de Daniel Cazés, y

al que pertenecieron Leonardo Manrique y Maricela Ayala, entre otros. Este seminario se proponía el estudio sistemático de la escritura maya prehispánica, y organizó en 1966 el Primer Seminario Internacional para el Estudio de la Escritura Maya, al que asistieron los más reconocidos epigrafistas de ese entonces, procedentes de Alemania, Rusia y Estados Unidos, principalmente; el volumen VII de la revista se dedicó íntegramente a la publicación de los trabajos presentados en esa reunión académica.

En 1963-1964 se publicaron en *Estudios de Cultura Maya* "Historical Data in the Inscriptions of Yaxchilan" (partes I-II, vols. III y IV), trabajos iniciales de la destacada estadounidense Tatiana Proskouriakoff, de gran trascendencia para la epigrafía y para la investigación mayista en general, de los que parte, al lado de los trabajos de Heinrich Berlin, la línea de interpretación histórica de las inscripciones mayas, que ha cobrado especial importancia en nuestros días. Otros epigrafistas que han colaborado en la revista son: David Kelley, "Fonetismo en la escritura maya" (II); Yuri Knorozov, "Aplicación de las matemáticas al estudio lingüístico" (III); "Principios para descifrar los escritos mayas" (V) e "Investigación formal de los textos jeroglíficos mayas" (VII); Thomas Barthel, "Comentarios a las inscripciones clásicas tardías de Chichén Itzá" (IV) y otros trabajos en los volúmenes V, VI y VII; Dieter Dütting, "Algunas consideraciones sobre el trabajo de H. Berlin 'The Palenque Triad'" (V) y una colaboración más en el volumen VII; Floyd G. Lounsbury y Michael D. Coe, "Linguistic and ethnographic data pertinent to the 'cage' glyph of Dresden 36c" (VII); Maricela Ayala, "Relaciones entre textos y dibujos en el Códice de Dresde" (VII); Roberto Escalante, "Método de descifre" (VII); "Dumbarton Oaks Relief Panel 4" por Mary Ellen Miller y David S. Stuart (XIII); Carolyn Tate, "Summer Solstice Ceremonies Performed by Bird Jaguar III of Yaxchilan, Chiapas (XVI); Nicholas A. Hopkins, "Classic Mayan Kinship Systems: Epigraphic and Ethnographic Evidence for Patrilineality" (XVII), y Michel Davoust, "Nouveaux Commentaires des Textes de Quelques Vases Polychromes de la periode Classique Maya" (XVIII).

De historia del arte e iconografía citaremos los trabajos de George Kubler, como "Chichén Itzá y Tula" (I) y "Pintura mural precolombina" (VI); el primero de estos artículos (que va mucho más allá de un texto sobre arte) despertó una histórica polémica con Alberto Ruz, quien en el volumen II escribió "Chichén Itzá y Tula, comentarios a un ensayo" (II), al cual Kubler contestó, en el mismo volumen II, "Réplica del Doctor Kubler al trabajo de Alberto Ruz que antecede", de Martha Foncerrada de Molina se editó "La arquitectura Puuc dentro de los estilos de Yucatán" (II), y otros autores en estas disciplinas han sido Juan Antonio Valdés, con "Los mascarones del grupo 6C-XVI de Tikal: análisis iconográfico para el Clásico Temprano" (XVIII); Michel Graulich, "Oblique Views and Three-Dimensionality in Maya Art" (XVIII), y Clemency Coggins, "The Manikin Scepter: Emblem of Lineage" (XVII).

Diversos artículos etnográficos, etnológicos y de antropología social se han dado a conocer en la revista; entre ellos se cuentan los de reconocidos especialistas en el ámbito internacional, como Evon Z. Vogt, "Some Aspects of Zinacantan Settlement Patterns and Ceremonial Organization" (I); Alfonso Villa Rojas, "Distribución y estado cultural de los grupos mayances del México actual" (II); Carlo Antonio Castro, "Una relación tzeltal del carnaval de Oxchuc" (II); Roberta Montagu y Eva Hunt, "Nombre, autoridad y el sistema de creencias en los Altos de Chiapas" (II); Henri Favre, "Notas sobre el homicidio entre los chamulas" (IV); Frank A. Cancian, "Efectos de los programas económicos del Gobierno Mexicano en las Tierras Altas mayas de Zinacantán" (V); Rubén E. Reina, "Town, Community and Multicommunity; the Theoretical Implications of a Guatemala Case" (V); June C. Nash, "Época para cazar brujos" (IX), y otros artículos en los volúmenes IV y VIII; de Gary H. Gossen, "Cuatro mundos del hombre: tiempo e historia entre los chamulas" (volumen XII); de Antonio García de León, "Algunas consideraciones sobre los choles" (XII); "El carnaval de Bachajón" de Alain Breton y Aurore Becquelin-Monod (volumen XII); de Perla Petrich, "Los mochós cuentan de dónde vino el fuego" (XV); de

John B. Haviland, "Lenguaje ritual sin ritual" (volumen XX), y de José Alejos, "Vencer o morir. Mitología y sociedad entre los choles" (XX).

Entre las colaboraciones en lingüística destacan las de Pedro Carrasco, "Los nombres de persona en la Guatemala antigua" (IV); Otto Schumann, "Los reverenciales en las lenguas mayas" (XVI); "Introducción al sistema verbal del chortí de Guatemala" de Raúl del Moral (XVII); Barbara Pfeiler, "El uso de dos lenguas en contacto" (XVII); Carlos Lenkersdorf, "Del género y la perspectiva tojolabal" (XX), y "Cinco textos oraculares mayas" René Acuña (XX).

Pocos son los trabajos de antropología física que publicó *Estudios de Cultura Maya,* mientras existió en el Centro esa especialidad. Se citan aquí los de Carlos Serrano, "Estudio comparativo de los dermatoglifos digitales de los zoques y otros grupos indígenas del sureste de México" (X); "The Biological Affinity of the Ancient Populations of Altar de Sacrificios and Seibal" de Donald M. Austin; Julieta Aréchiga, "Antropometría nutricional en la población infantil de Chan Kom, Yucatán" (XI), y Lourdes Márquez Morfín, "La dieta maya prehispánica de la costa yucateca" (XVIII).

En el panorama general que aquí hemos presentado se puede constatar que la publicación periódica del Centro de Estudios Mayas del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, de ningún modo se limita a dar a conocer los trabajos de investigación que en esa dependencia se realizan, sino que los mayistas más reconocidos del siglo XX han colaborado y colaboran en esta revista, fomentando el diálogo científico sobre el pueblo maya y su cultura en el ámbito internacional. Por ello, *Estudios de Cultura Maya* merece un gran impulso y un fuerte apoyo para continuar su trayectoria de excelencia entre las publicaciones especializadas del mundo.

PARA LA HISTORIA DE *ESTUDIOS DE CULTURA NÁHUATL*

Miguel León-Portilla
Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México

Algunos antecedentes

Fue el doctor Ángel María Garibay K., quien en las décadas de 1940-1950 dio nuevo ímpetu, con un enfoque humanista, a los estudios referentes a la lengua y cultura de los pueblos nahuas. Su vinculación con la Universidad Nacional Autónoma de México data de 1940 cuando publicó, como volumen 11 de la Biblioteca del Estudiante Universitario, una antología de composiciones originalmente en náhuatl y traducidas por él bajo el título de *Poesía indígena de la altiplanicie.* A esa contribución siguió otra en la misma colección, también con textos traducidos por él mismo, *Épica Náhuatl,* 1952.

Tras recibir el grado de doctor *Honoris Causa,* con motivo del IV Centenario de la expedición de la Real Cédula que creó la Real y Pontificia Universidad, Garibay se vinculó aún más con esta casa de estudios como profesor extraordinario en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma. Paralelamente había publicado una obra fundamental, su *Historia de la literatura náhuatl,* 2 vols. (Porrúa, 1953-1954.) En ella hizo un minucioso recorrido por el universo de las producciones en náhuatl, desde aquellas que pueden atribuirse a la tradición prehispánica, hasta

las que se elaboraron a lo largo del periodo colonial. Tal aportación vino a ser una piedra miliaria en este campo de investigación. A ella siguieron otras que no mencionaré aquí puesto que no es mi intención ofrecer una bibliografía de la copiosa obra de Ángel María Garibay K.[1]

En el contexto de las publicaciones, conferencias y labor docente de Garibay tuve el privilegio de conocerlo. Ello ocurrió hacia principios de 1953. Regresaba a México, después de haber obtenido una maestría en Artes en la Loyola University de Los Ángeles California. Mi tesis había versado sobre *Las dos fuentes de la moral y la religión* de Henri Bergson. En esa obra él conjugó enfoques que pueden describirse como de historia de las religiones, filosofía y antropología. Leer las obras de Garibay sobre literatura náhuatl fue para mí una revelación. En ellas se ponían de manifiesto las fuentes de otro pensamiento religioso, moral y aún filosófico.

Atraído por las producciones literarias y el pensamiento de los pueblos nahuas, me acerqué a Garibay a solicitar que aceptara ser mi director de tesis para obtener un doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Garibay accedió bajo la condición de que debía llegar a conocer suficientemente la lengua náhuatl. Acepté y lo tuve como maestro hasta que concluí mi trabajo que fue *La Filosofía Náhuatl estudiada en sus Fuentes.*

Algunos vieron con escepticismo y hasta con sonrisas burlonas la sola idea de que hubiera un pensamiento indígena digno de atención. Los textos y citas de códices que reuní en esa tesis, que más tarde se convirtió en un libro publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México, hasta la fecha se aceptan como testimonios fehacientes de lo que antes parecía temeraria pretensión y era en realidad un acercamiento a una visión del mundo de muy grande interés.

[1] Dicha bibliografía ha sido publicada por A. León-Portilla, 1985, vol. 2, pp. 153-158.

Cuando era rector el doctor Nabor Carrillo y secretario general el doctor Efrén C. del Pozo, la Universidad recibió al padre Garibay y a quien esto escribe como miembros del entonces llamado Instituto de Historia, presidido a la sazón por el doctor Pablo Martínez del Río. Esto ocurrió en 1957.

La aparición del primer volumen de *Estudios de Cultura Náhuatl*

El padre Garibay y yo discurrimos ampliamente acerca de la creación de un Seminario de Cultura Náhuatl y del inicio de varias series de publicaciones. El seminario se creó y pronto aparecieron los dos primeros volúmenes de la que intitulamos serie de "Fuentes indígenas de la cultura Náhuatl". Mucho nos interesó también dar principio a otra serie que, a modo de revista o anuario, diera cabida a aportaciones de investigadores mexicanos así como extranjeros sobre cultura náhuatl. Así fue como nació *Estudios de Cultura Náhuatl,* que actualmente comprende 31 volúmenes publicados.

En el proemio al volumen, Garibay escribió lo siguiente acerca de los propósitos de la nueva revista:

> Reunir estudios de muchos especialistas, o de muchos estudiantes que se avezan a serlo, y ponerlos a disposición de los estudiosos [que debieran ser todos los mexicanos, que debieran ser todos los hombres en capacidad de ello] para que en ellos encuentren, o base de nueva edificación, o piedra de escándalo para destruir, con razones, lo que se propuso acaso sin ellas.
>
> Valor diverso, calidad diversa, perfección diversa: como en todo lo humano, dan la tónica de que es precisamente el hombre el que estudia al Hombre. Habrá estudiosos que den la clave; habrá otros que se pierdan con son de flauta en la noche recóndita en las tinieblas. Todos serán no solamente útiles, sino también gratos. Los amantes de lo antiguo, como los amantes de lo nuestro, tendrán fondo en que apoyar el pie, o nube en que volar al vacío.

> Ésta es la razón de que les demos el modesto nombre de *Estudios de Cultura Náhuatl.* No fijamos periodo de aparición, aunque tenemos la intención de que sea una publicación en serie. Cada vez que haya número suficiente de trabajos, cada vez que haya posibilidad económica de darlos a la prensa, aparecerá un volumen, más o menos como los dos primeros que ahora se publican, éste y otro que seguirá en breve. Si tal fuera la suerte que no se realizaran las dos condiciones indicadas, quedarían como huérfanos estos dos. No es probable que suceda así.[2]

El *tonalli* o destino de estos estudios hizo verdad lo anticipado por Garibay, la publicación ha continuado apareciendo y, ya en forma regular en calidad de anuario, a lo largo ya de varios decenios. En ese primer número colaboraron investigadores tan distinguidos como Alfonso Caso, Charles E. Dibble, Arthur J.O. Anderson, Justino Fernández, Rudolf van Zantwijk y también los dos editores-fundadores, Garibay y yo. Ya desde el primer volumen quedaron señalados los que serían principales campos de interés en el estudio acerca de los pueblos nahuas: fuentes documentales —códices y textos en náhuatl escritos con el alfabeto—, temas referentes a su historia, cultura y lengua durante los periodos prehispánicos, colonial y de México independiente. Asimismo, iban a tener lugar importante las aportaciones monográficas de carácter arqueológico, sociológico, antropológico e histórico en general, así como tocantes a sus producciones literarias, justamente con bibliografías y reseñas de libros.

La revista, reflejo de un creciente interés

En los siguientes volúmenes ha habido aportaciones de más de 200 reconocidos investigadores que han hecho campo de su interés, diversos aspectos de la lengua y la cultura de los pueblos nahuas, los prehispánicos, los del periodo colonial y los de los tiempos modernos y contem-

[2] Garibay K., 1959, vol. i, pp. 6-7.

poráneos. Recordaré en este contexto que cuando apareció el primer volumen éramos muy pocos los dedicados a este género de investigaciones. Hoy, en cambio, son mucho más numerosos y no sólo en México, sino también en Estados Unidos, Canadá y varios países de Europa. Pienso que la razón de esto está en la riqueza arqueológica, documental y lingüística en relación con los nahuas prehispánicos, los del periodo novohispano y los modernos y contemporáneos. Tal riqueza abre las puertas para acercarse a una cultura en verdad extraordinaria que floreció primero en aislamiento y más tarde hizo frente a una invasión que se impuso sobre ella, pero no logró aniquilarla.

A diferencia de los primeros volúmenes de *Estudios de Cultura Náhuatl*, que tienen aproximadamente alrededor de 200 páginas, a partir del volumen 12 éstos sobrepasaron las 360 páginas. De hecho en los tiempos más recientes cada volumen ha tenido más de 400. Es esto, otro testimonio del ya referido interés, cada vez más grande, tanto de investigadores como de cuantos buscan estas publicaciones.

Recordaré aquí que, en homenaje a Ángel María Garibay el volumen cuarto de estos *Estudios*, editado en esa ocasión por Demetrio Sodi y quien esto escribe, se publicó en honor del referido maestro. Quien era entonces coordinador de humanidades, el doctor Mario de la Cueva, escribió allí entre otras cosas lo siguiente:

> Dentro del gran conjunto de ensayos y libros, los trabajos del doctor Garibay tienen un encanto especial, pues la poesía y la filosofía forman parte de las más altas manifestaciones de la cultura, son espíritu puro, expresión del alma humana que se eleva sobre las miserias de la vida y las debilidades de la materia, para contemplar lo bello y lo infinito: son la conciencia cristalina del hombre y del pueblo en cada uno de los momentos de su historia. Por eso, desentrañar el sentido que tuvieron en los años en que sus creadores eran dueños del suelo que pisaban, es revivir la vida y la historia real del pueblo y de sus hombres y recoger lo más valioso de sus almas como un presente para las generaciones actuales. Así fue la impresión que recibimos un día del año 1940, cuando tuvimos delante de los ojos ese pequeño extraordinario libro, *Poe-*

sía Indígena, que es una joya de la Biblioteca del Estudiante Universitario.

La coordinación de Humanidades y el Instituto de Historia de nuestra Casa de Estudios, a solicitud de un grupo de alumnos y amigos del maestro, acordó dedicarle este número especial, como una manifestación de afecto y gratitud por su noble labor.[3]

Una toma de conciencia en el volumen 13

Una toma de conciencia de lo logrado hasta 1978 en estos *Estudios* apareció en el volumen 13. Hasta entonces habían participado también como coeditores el doctor Alfredo López Austin y el maestro Víctor M. Castillo. De ahí en adelante me correspondió continuar con la empresa, auxiliado eficientemente en todos los volúmenes por Guadalupe Borgonio Gaspar. Entresacaré como de toda conciencia lo que escribí en el volumen citado.

Cuatro veces trece, en las cuentas de años del hombre náhuatl, era sumar de tiempo, cuando al fin se hacía la atadura, *xiuhmolpía*, "se ataban los años". Los numerales 1-13 habían encaminado ya a los cuatro distintos signos de los años. Y también, en términos del *tonalpohualli*, la cuenta de los destinos, el conjunto de los días, se distribuía en grupos de trece cada uno. Nuevamente, en forma cuatripartita —cuatro veces cinco grupos de 13 días— llevaban a completar de un *tonalpohualli*. Trece eran además, en el pensamiento de ciertas escuelas de sabios, los pisos o travesaños celestes [...]

A lo largo de cerca de 20 años, en el curso de Introducción a la Cultura Náhuatl, varios centenares de estudiantes se han acercado al conocimiento de las instituciones y de la herencia de literatura y pensamiento prehispánicos. Del gran conjunto de quienes han concurrido a esos cursos, se han destacado algunos, que hoy son ya investigadores y maestros. Si tuve la fortuna de recibir de Ángel María Garibay K., hasta el tiempo de su muerte, el 19 de octubre de

[3] Cueva, 1963, pp. 5-6.

1967, lecciones de su amplio y hondo saber, me ha correspondido, en paralelo, participar asimismo, en la requerida transmisión de conocimientos. En mis cursos comenzaron a prepararse —y algunos asistieron a ellos por varios años— estudiantes, hoy investigadores, de orígenes distintos. Mencionaré a algunos: Birgitta Leander, Rudolf van Zantwijk, Alfredo López Austin, Telam Sullivan, Roberto Moreno de los Arcos, Jacqueline de Durand Forest, Víctor M. Castillo, Josefina García Quintana, Francisco Javier Noguez, Mercedes de la Garza, Karen Dakin, Ana Luisa Izquierdo, Selma Anderson, José Rubén Romero y Jorge Klor de Alva.

Conviene señalar aquí que, a partir de 1965, se modificó la estructura del Seminario de Cultura Náhuatl. Sus publicaciones quedaron del todo integradas, en sus correspondientes series, como ediciones del Instituto de Investigaciones Históricas. En cuanto a la docencia, se ampliaron las actividades ya que el seminario, con categoría de posgrado, desarrolló asimismo desde entonces sus tareas, a la par que otros seminarios, en la Facultad de Filosofía y Letras.

Las publicaciones quedaron distribuidas en dos series: una, la de monografías y fuentes para el conocimiento de la cultura náhuatl; otra, *Estudios de Cultura Náhuatl*. En la primera se ha contado con la colaboración de los siguientes investigadores, que han publicado una o más obras: Ángel María Garibay K., Miguel León-Portilla, Alfredo López Austin, Fernando Anaya Monroy y Alfonso Caso. Friedrich Katz, Mauricio Swadesh, Víctor M. Castillo, Claude Nigel Davies, Thelma Sullivan y Fernando Horcasitas. Sus trabajos han versado sobre la visión del mundo, pensamiento religioso, derecho prehispánico, gramática náhuatl, toponimias, calendario indígena, organización social y económica, lingüística nahua, teatro nahua y diversos periodos históricos. Paralelamente han aparecido los volúmenes de fuentes documentales, en ediciones bilingües, náhuatl-castellano. En ellos se ha dado cabida a varias secciones de los *Códices Matritenses* y a las recopilaciones de cantares y poemas mexicanos. En conjunto, han visto la luz, en esta primera serie, 25 volúmenes, varios de los cuales han sido objeto de reediciones, y en algunos casos, de traducciones a lenguas extranjeras.

Respecto a *Estudios de Cultura Náhuatl*, conviene destacar que hasta incluso el tercer volumen, actuamos como únicos editores el doctor Garibay y yo. Posteriormente, colaboraron con nosotros, en calidad de coeditores, Demetrio Sodi (volumen 4), Alfredo López Austin (volúmenes 5-12) y Víctor M. Castillo (volúmenes 10-12). Conviene también recordar que, al aparecer el volumen 11, se ofrecieron, como alcance al mismo, los índices y el elenco de autores de los trabajos publicados en los diez primeros números. Quienes se encargaron de esta tarea, Víctor M. Castillo y Roberto Moreno, dejaron allí registradas 146 aportaciones, debidas a investigadores, muchos de ellos formados en el Seminario de Cultura Náhuatl y otros, también de México, y de Alemania, España, Estados Unidos, Francia, Holanda, Inglaterra y Venezuela. Con lo publicado en los siguientes volúmenes, incluyendo éste, con el que se llega a la trecena, el número de contribuciones se eleva a cerca de 200. De dos países más se han recibido trabajos estimables: Bélgica y Guatemala.[4]

El número de colaboraciones siguió en aumento. Esta revista tenía ya desde varios años antes una especie de hermana, *Estudios de Cultura maya*, establecida por el doctor Alberto Ruz Lhuiller. Éste expresó que, no por mimetismo, sino por razones académicas, creyó atinado que la revista referida a la cultura maya apareciera y se desarrollara en paralelo con ésta.

Presencia de escritores cuya lengua materna es el náhuatl

Interesa mucho destacar también que *Estudios de Cultura Náhuatl* comenzó a dar entrada a aportaciones no sólo de arqueólogos, lingüistas, etnólogos e historiadores, sino también a creaciones de la que hemos llamado *Yancuic Tlahtolli*; la Nueva Palabra. Se publicaron y se siguen publicando aquí creaciones de poesía, narrativa y otras formas litera-

[4] M. León-Portilla, 1978, pp. 12-14.

rias de autores contemporáneos de diversas regiones donde perdura el náhuatl en sus distintas variantes. Tal es el caso de las Huastecas veracruzana e hidalguense, la sierra de Puebla, algunos lugares de Tlaxcala, la República de El Salvador e incluso del Distrito Federal, en cuya Delegación Milpa Alta hay un renacimiento de la cultura náhuatl. De este modo la revista abarca ya en su plenitud temporal la creatividad de pueblos con honda raíz en Mesoamérica y con perdurable presencia en los tiempos modernos.

Otros géneros de aportaciones, que poco a poco han cobrado importancia en esta revista, son el de las reseñas bibliográficas y la noticia comentada de publicaciones recientes sobre lengua y cultura nahuas. Se ha informado así acerca de centenares de trabajos aparecidos en forma de libro, folleto o artículo en diversos lugares del mundo sobre estos temas. Esta labor, de gran valor para quienes trabajan en torno a esta cultura, ha estado a cargo de Ascensión H. de León-Portilla.

En 1974 Víctor M. Castillo y Roberto Moreno de los Arcos sacaron a luz una publicación con índices de autores, lugares y materias de los diez primeros volúmenes de *Estudios de Cultura Náhuatl.* Más tarde, en 1997, la ya referida Ascensión H. de León-Portilla, en colaboración con Guadalupe Borgonio Gaspar, continuó esta tarea ofreciendo los índices correspondientes a los volúmenes 11-20. Con esto se ha vuelto más fácil la consulta de estos *Estudios.*

No creo que sea arrogancia notar que la difusión e influencia cultural que han alcanzado estos *Estudios* han sido muy grandes. Me atreveré a decir que en la gran mayoría de libros y en muchos artículos cuyo tema se relaciona con los pueblos indígenas del centro de México, es frecuente encontrar citas o artículos publicados en esta revista. De hecho no pocos de sus artículos mantienen un interés permanente.

Al contemplar la aparición, en el año 2000, del volumen 31 de esta revista quienes hemos sido editores de ella pensamos en el maestro Ángel María Garibay K., iniciador en los tiempos modernos con profundo sentido humanista de este género de pesquisas. Recordamos también a otros muchos maestros que nos han dejado y cuyas necrologías

han aparecido también en esta publicación. Sólo mencionaré aquí los nombres de Alfonso Caso, Ignacio Bernal, Justino Fernández, Arthur J.O. Anderson, Roberto Moreno de los Arcos y Thelma Sullivan. Fueron ellos portadores de antorchas luminosas que, al partir, nos las dejaron para que nosotros volvamos a hacer entrega de ellas a quienes habrán de proseguir iluminando con su esfuerzo los sectores —saber y rica gama de creaciones— de los pueblos que hablaron y hablan la lengua de Nezahualcóyotl y Cuauhtémoc.

Estudios de Cultura Náhuatl EN EL DESTINO DE LOS PUEBLOS NAHUAS

Se relacionan ahora estos *Estudios* con el presente de los pueblos indígenas, quiero hacer breve reflexión acerca del destino de sus lenguas y culturas. No pocos de ellos luchan por alcanzar o recuperar su autonomía. Además de esforzarse por ser así dueños de su propio destino, se preocupan por el fomento de su lengua, usos y costumbres. Es desafortunadamente cierto que hay lenguas indígenas en grave peligro de desaparición. Otras, como el náhuatl, son habladas por varios cientos de miles de personas e incluso en el caso de esta lengua por cerca de 3 000 000. Sin embargo, esto no significa que dejen de estar amenazadas.

El tercer milenio traerá consigo una nunca antes vista aceleración en los procesos de globalización. Algunos de éstos son inevitables y, debidamente encauzados, pueden tenerse como positivos. Tal es el caso de los procesos de globalización de la tecnología electrónica y de los conocimientos derivados de muchas ramas de las ciencias físico-matemáticas y naturales. Y si bien en esos campos no deja de haber riesgos, como serían algunas de sus influencias en detrimento de la naturaleza, hay otros muchos procesos globalizantes que, más allá de cualquier duda, se presentan como adversos en el universo de la cultura.

En la actualidad hay unas cuantas lenguas que han alcanzado cada vez más amplia vigencia en el mundo. Una de ellas, el inglés, es ya una lengua franca. El español se

impone cada vez más en el ámbito latinoamericano y aún en Estados Unidos donde hasta hoy han subsistido, casi arrinconadas, las lenguas de los pueblos originarios.

¿Es de prever que en el tercer milenio no sólo el inglés, sino también el español se convertirán en un reto para la supervivencia de los idiomas indígenas? Intentemos una respuesta, no teórica, sino encaminada a promover determinadas formas de acción. Reconozcamos, en primer lugar, que toda lengua tiene atributos que hacen valiosa su perduración en el universo cultural. Cada lengua es una especie de gran ordenador, con características propias, del pensamiento humano. Por eso cuando muere una lengua, la humanidad se empobrece. Pero además, para el pueblo que tiene como materna una lengua, es ella elemento insustituible en su discurrir y desarrollarse en el mundo. Es parte esencial de su propio legado. Siendo esto así, la pluralidad de lenguas en un determinado país debe reconocerse, al igual que su biodiversidad, como uno de sus más grandes tesoros.

Ahora bien, ¿cómo puede encauzarse la convivencia de las lenguas de los pueblos originarios con la lengua, bien sea oficial o de uso mayoritario, en un país? Recordaré aquí una anécdota. Natalio Hernández Xocoyotzin, de estirpe náhuatl, fue protagonista de lo que ahora recordaré. En ocasión del XI Congreso de las Academias de la Lengua Española, celebrado en la ciudad de Puebla, en octubre de 1998, fue invitado a hablar en la sesión de clausura. Natalio Hernández, director de la Casa de Escritores en Lenguas Indígenas, fue breve y contundente. "El español también es nuestro" fue el título de su intervención. Coincidió con el poeta mazateco Juan Gregorio Regino, hizo ver a los académicos que la preservación y cultivo de las lenguas indígenas en modo alguno se contrapone con la aceptación del idioma español. Éste, por su misma vigencia, es ya pertenencia de todos y, en países multilingües como México, viene a ser valioso medio de comunicación entre los habitantes de tantas y tan distintas lenguas.

El destino de las lenguas indígenas en el tercer milenio dependerá de quienes las tienen por suyas. Requerirán ellos el reconocimiento de su valor por parte del resto de la so-

ciedad, incluyendo a los gobiernos. Una forma de apoyo la ofrecen *Estudios de Cultura Náhuatl*. Muestran ellos lo que ha sido la rica herencia de quienes fueron maestros de la palabra y creadores de una gran civilización. Y también se reconoce en estos *Estudios* la persistencia de esta lengua y cultura en los tiempos coloniales y en la época contemporánea. Todo esto debe ser acicate y fuente de confianza. El reto es hacer verdad de nuevo lo que expresó un antiguo *cuicapicqui*, poeta, del mundo náhuatl:

No acabarán mis cantos,
no morirán mis flores,
yo cantor los elevo,
así llegarán
a la casa del ave
de plumas de oro.

REFERENCIAS

CUEVA, Mario de la

1963 "Para el doctor Ángel María Garibay K.", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, 4, pp. 5-6.

GARIBAY KINTANA, Ángel María

1959 "Proemio", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, 1, p. 7.

LEÓN-PORTILLA, Ascensión H. de

1985 *Tepuztlahcuilolli. Impresos en Náhuatl. Historia y Bibliografía.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas y Filológicas, vol. 2.

LEÓN-PORTILLA, Miguel

1978 "Volumen 13: una toma de conciencia", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, t. XIII, pp. 12-14.

BREVE HISTORIA DE *ANALES DE ANTROPOLOGÍA* (1964-2000)

María VILLANUEVA
Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México

GRACIAS A LA INVITACIÓN QUE HIZO SOLANGE ALBERRO (directora de la revista *Historia Mexicana*) a Linda Manzanilla (directora del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México) para que en este número 200 de dicha revista participáramos con un breve artículo sobre la historia de *Anales de Antropología,* tuve la oportunidad de investigar alrededor de diversos aspectos de nuestra publicación. Me parece paradójico que justo en el momento en que he dejado de editar la revista, haya tenido que hacer un análisis sobre su trayectoria. Sin embargo, creo que este ejercicio me hubiera sido más difícil de lograr años antes, ya que la experiencia adquirida al penetrar en el complicado y fascinante mundo de la edición, me ha hecho ver las cosas desde dentro y juzgarlas con mayor madurez. Espero que la tarea que mi directora puso en mis manos, sirva a los lectores de *Historia Mexicana* y a los de *Anales de Antropología* para reflexionar en torno a la importancia que tienen nuestras publicaciones en el fortalecimiento de las identidades culturales del país, dentro de un mundo "globalizado" donde se respete y salvaguarde la heterogeneidad biológica y cultural producto de la historia de la humanidad.

EL NACIMIENTO DE *ANALES DE ANTROPOLOGÍA*

La revista *Anales de Antropología* nació en 1964 en la Sección de Antropología que fue creada oficialmente el 1º de agosto de 1963 dentro del Instituto de Investigaciones Históricas (IIH) que entonces dirigía el doctor Miguel León-Portilla. El jefe de la sección, el doctor Juan Comas, fundó y dirigió *Anales* durante catorce años (de los volúmenes 1-14). Al nacer la revista, la Sección de Antropología del IIH contaba con sólo siete investigadores antropólogos, a saber: los doctores Pedro Bosch Gimpera, Juan Comas, Santiago Genovés, Paul Kirchhoff, Mauricio Swadesh y los profesores Eduardo Noguera y Luis Aveleyra Arroyo de Anda. De ellos sólo sobreviven Genovés y Aveleyra.

Este grupo pionero de antropólogos de la UNAM, considerados hoy pilares de la antropología mexicana en sus respectivas especialidades, contaban con una serie: *Cuadernos de Antropología* donde venían publicando trabajos de cierta envergadura, pero requerían de una publicación periódica en la que pudieran dar a conocer trabajos que, si bien importantes eran relativamente breves. Desde un principio, se consideró la pertinencia de que en *Anales* se publicaran trabajos de las cuatro especialidades antropológicas: antropología física, arqueología, etnología y lingüística, todas con sus respectivas subdisciplinas o temáticas, ya que se pugnó por la unidad de las ciencias antropológicas, tal y como hoy se sigue impulsando en el Instituto de Investigaciones Antropológicas, creado en 1973 a partir de la Sección de Antropología. Desde el primer número, la revista estuvo abierta a colegas de otras instituciones del país y del extranjero. Como señala Miguel León-Portilla en la presentación del primer volumen, la revista no sólo concedería particular atención a temas antropológicos relacionados con el ámbito de Mesoamérica, sino también a otras áreas culturales. Además de los trabajos monográficos, incluiría dos secciones, una de noticias acerca de las actividades de los investigadores y otra de reseñas y comentarios bibliográficos.

En el primer volumen participaron con sendos artículos los siete miembros de la Sección de Antropología; hubo, ade-

más, dos invitados, uno nacional y otro del extranjero, Alberto Ruz Lhuillier y Sherwood L.Washburn respectivamente, quienes también publicaron importantes trabajos.

La evolución de la revista

Desde su creación se ha considerado a *Anales de Antropología* como la principal revista de difusión de los académicos (investigadores y técnicos) que han laborado en la Sección convertida luego en Instituto. Por ello conviene conocer el potencial humano propio con el que ha contado, independientemente de los investigadores externos, que siempre han colaborado en ella (véase el cuadro 1). El número de académicos consignados en el cuadro corresponde a las listas que se han venido publicando en los distintos volúmenes, salvo para el 3 y el 26 que las omitieron; así, el dato que aparece en el cuadro para esos dos volúmenes es una aproximación.

Por tratarse de una revista anual, cada volumen debería corresponder a años consecutivos a partir de 1964. Sin embargo, como puede apreciarse, *Anales* empezó a sufrir atrasos, dos volúmenes después de que Comas dejara de ser su editor: los volúmenes 16 y 17 salieron con un año de retraso, 18 y 19 en fecha correcta, y a partir del volumen 20 (ya con dos de rezago) y hasta el 33, no se logró remontar la regularidad que debe tener una revista en cuyo título está enunciada su periodicidad. Así, el Comité Editorial del IIA decidió asignar al último volumen publicado en septiembre de 2000 (vol. 33), los años 1996-1999 para iniciar el nuevo siglo habiendo corregido, aunque sea de esta manera, la periodicidad que exige el Conacyt para que *Anales* forme parte de su lista de "revistas de excelencia".

Las causas de las demoras han sido múltiples, pero a mi entender dos de ellas merecen ser señaladas. En primer lugar, debo decir que por convicción de la mayoría de los académicos del IIA, la revista debe ser editada por un investigador de tiempo completo del instituto. Así, los que hemos recibido el honor de ser nombrados en algún

Cuadro 1

PERIODICIDAD, EDITORES Y NÚMERO DE ACADÉMICOS DE LA INSTITUCIÓN A PARTIR DE LA CREACIÓN DE *ANALES DE ANTROPOLOGÍA* (1964) HASTA NUESTROS DÍAS (2000)

Volúmenes de Anales	*Año*	*Año de publicación*	*Directores*	*Número de académicos*	*Volúmenes de Anales*	*Año*	*Año de publicación*	*Directores*	*Número de académicos*
1	1964	1964	J. Comas	7	18	1981	1981	L. González R.	64
2	1965	1965	J. Comas	7	19	1982	1982	L. González R.	63
3	1966	1966	J. Comas	6	20	1983	1985	L.A. Vargas	69
4	1967	1967	J. Comas	6	21	1984	1986	P. Martel	71
5	1968	1968	J. Comas	8	22	1985	1987	L. Manzanilla y A. Medina	73
6	1969	1969	J. Comas	10	23	1986	1987	L. Manzanilla y A. Medina	74
7	1970	1971	Y. Lastra y C. Navarrete	10	24	1987	1989	R.M. Ramos y A. Medina	73
8	1971	1971	J. Comas	10	25	1988	1989	R.M. Ramos y A. Medina	79
9	1972	1972	J. Comas	10	26	1989	1991	A. Medina	75
10	1973	1973	J. Comas	11	27	1990	1995	A. Medina	71
11	1974	1974	J. Comas	13	28	1991	1993	M. Villanueva	71
12	1975	1975	J. Comas	13	29	1992	1995	M. Villanueva	77
13	1976	1976	J. Comas	32	30	1993	1995	M. Villanueva	77
14	1977	1977	J. Comas	37	31	1994	1997	M. Villanueva	80
15	1978	1978	L. González R.	42	32	1995	1999	M. Villanueva	83
16	1979	1980	L. González R.	42	33	1996-1999	2000	M. Villanueva	87
17	1980	1981	L. González R.	51					

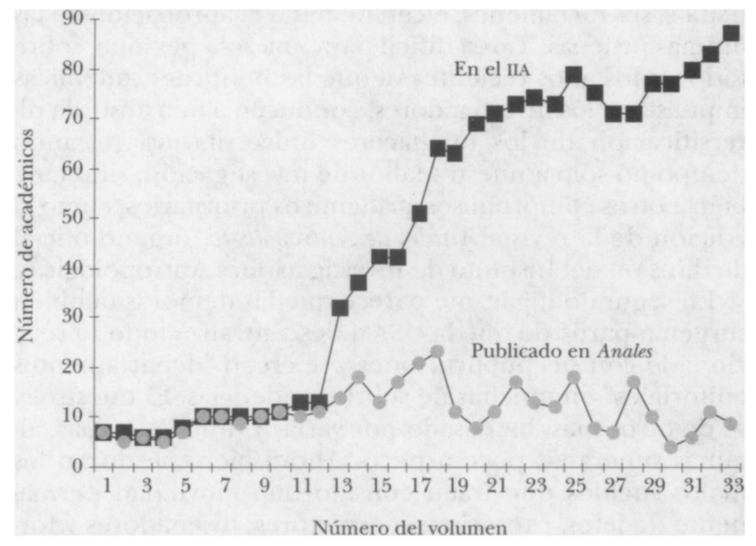
momento editores de *Anales*, además de nuestras labores cotidianas, desinteresadamente hemos estado al tanto de todos los pormenores relacionados con la edición de la revista, que van de la convocatoria para la entrega de artículos, sus dictámenes, etcétera, hasta la aprobación de las últimas pruebas. Tarea difícil para una sola persona, sobre todo en los años recientes ya que las políticas académicas impuestas a los investigadores, conducen a una absurda diversificación de los quehaceres universitarios, restando tiempo no sólo a nuestra labor de investigación, sino también a otros compromisos académicos prioritarios, como la edición de la revista *Anales de Antropología,* órgano oficial de difusión del Instituto de Investigaciones Antropológicas.

En segundo lugar, me parece que las demoras también surgen a partir de que la UNAM descentraliza todo lo relacionado con sus publicaciones y se crean "departamentos editoriales" en muchas de sus dependencias. El nuestro, y sé de otros más, ha pasado por varias y difíciles etapas, algunas superadas poco a poco. Ahora bien, perduran los malos sueldos que traen consigo una movilidad permanente de jefes, capturistas, correctores, diseñadores y formadores, que terminan por aceptar otros trabajos mejor remunerados fuera de la Universidad. En estas condiciones ha sido imposible trabajar a un ritmo adecuado y sostenido. Debemos reconocer que a pesar de que la UNAM es la mayor editora del país, no ha logrado un adecuado funcionamiento de todo lo relacionado con la edición, distribución y venta de sus libros.

Una rápida lectura del cuadro 1 da cuenta de los atrasos que ha sufrido la revista a través de los años y del fuerte incremento de plazas académicas logradas para el IIA entre 1975 y principios de los años ochenta. Así, en teoría, debería haber aumentado el *corpus* de autores del Instituto en los volúmenes de *Anales*. Sin embargo, vemos que el crecimiento del personal académico (curva superior de la gráfica 1) no ha implicado un aumento paralelo en relación con el número (curva inferior de la gráfica 1) de autores internos que publican artículos en la revista.

Gráfica 1

COMPARACIÓN ENTRE EL NÚMERO DE ACADÉMICOS DEL IIA CON ARTÍCULOS EN *ANALES* Y EL TOTAL DE ACADÉMICOS CON CONTRATO AL MOMENTO DE LA PUBLICACIÓN DE LOS 33 VOLÚMENES



Al analizar el hecho he pensado en varias razones que en su conjunto posiblemente expliquen la situación: *1)* las inadecuadas políticas académicas que favorecen a los autores que publican en el extranjero; *2)* cierta pérdida de identidad nacional e institucional de los académicos de la UNAM en un mundo globalizado, y *3)* el favorecimiento del libro sobre el artículo sin tomar en cuenta la calidad de los contenidos.

El tiraje de la revista ha correspondido a las políticas editoriales de la Universidad en general y del Instituto en particular; volúmenes 1-20 fue de 1 500 ejemplares, en el volumen 21 se incrementó al doble (3 000), del 22-26 se imprimieron 2 000 ejemplares, del 27-32 se bajó a la mitad (1 000) y el último editado (vol. 33) tuvo un tiraje de sólo 500 ejemplares. En el cuadro 2 se consigna dicho tiraje y las existencias en bodega, de volúmenes e índices de la revista, a noviembre de 2000.

Cuadro 2
EXISTENCIAS EN BODEGA DE *ANALES DE ANTROPOLOGÍA* (1964-2000)

Volúmenes de Anales	*Tiraje*	*En bodega*	*Volúmenes de Anales*	*Tiraje*	*En bodega*
1-17	1 500	Ninguno	27	1 000	217
18	1 500	604*	28	1 000	278
19	1 500	57*	29	1 000	368
20	1 500	86*	30	1 000	290
21	3 000	1 423	31	1 000	677
22	2 000	701	32	1 000	137
23	2 000	776	33	500	450
24	2 000	1 125	Índices I-XII	1 500	Ninguno
25	2 000	1 232	Índices I-XXV**	?	1 466
26	2 000	1 320	Índices 1964-1993	1 000	841

* Se trata de volúmenes dobles.
** No se asentó el tiraje.

Una revista universitaria que se nutre con artículos de investigación debe tener, por lo menos en parte, requisitos mercadotécnicos distintos de los que rigen a otras editoriales no universitarias. No es posible que hayamos tenido que bajar los tirajes en función de un sistema de distribución y venta, que en lo general se puede calificar de muy deficiente. Para empezar a remediar la situación, en primer lugar deberíamos tomar en cuenta una buena distribución por intercambio, donación o venta de nuestras revistas y libros al interior de la Universidad, lo mismo que por otras, del país y del extranjero, interesadas en la disciplina de sus contenidos, en este caso de antropología. Pero no lo hemos hecho bien. La Universidad Nacional Autónoma de México, es por fortuna una universidad nacional, pública y gratuita, por ello debe seguir subsidiando sus publicaciones sin caer en preceptos mercantilistas, que además son mal llevados. Por otro lado, con la "descentralización editorial" se ha pretendido una autosuficiencia totalmente absurda, suponiendo que se abaten los presupuestos requeridos, y no es así. Los libros ya no son baratos, muchos salen de prensa tarde y editados de cualquier manera y, lo que es peor, van a parar a una bo-

dega repleta en espera de una venta que no llega. La Universidad debe ocuparse mucho más en serio del asunto de sus publicaciones y delegar tareas que no puede cumplir adecuadamente. Nuestros libros y revistas deben estar bien hechos en contenido y forma, estar presentes en los acervos bibliotecarios de instituciones propias y ajenas, en fin, en las manos de los estudiosos. De otra manera la Universidad no podrá cumplir adecuadamente con el tercero de sus objetivos: la difusión del conocimiento, parte del cual lo genera ella misma.

Como muchas revistas universitarias, en un principio los *Anales* eran distribuidos para su venta a las librerías de la UNAM y cada dependencia se quedaba sólo con los ejemplares necesarios para sus investigadores, autores e intercambio bibliotecario. Pero a partir de que el IIA empezó a elaborar sus libros dentro del Instituto, debido a la descentralización editorial emprendida en la UNAM, la venta principal se hace por medio de su Departamento de Publicaciones, entregando a Fomento Editorial de la UNAM, para su distribución y venta, sólo un número muy reducido de ejemplares que varía según el tiraje.

En relación con el intercambio bibliotecario, éste siempre se ha realizado en el IIA y antes también se hacía por parte de la Sección. En la actualidad, la lista correspondiente a *Anales* contempla nueve ejemplares para bibliotecas de la UNAM, 43 para otras del país y 97 para acervos del extranjero.

UN ANÁLISIS BIBLIOMÉTRICO DE LOS CONTENIDOS DE LA REVISTA

De los artículos

En primer término, conté el número de artículos publicados, desde el volumen 1 hasta el 33, para cada una de las cuatro especialidades antropológicas, y en el cuadro 3 dividí los datos en cuatro periodos con la finalidad de analizar el comportamiento por especialidad mediante la trayectoria de *Anales*. Formé rangos de diez años hasta el volumen

Cuadro 3

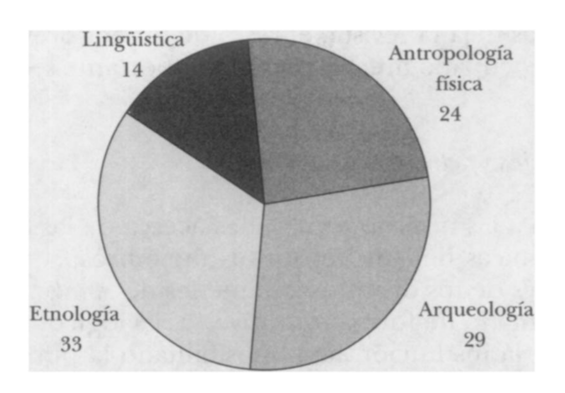
NÚMERO DE ARTÍCULOS PUBLICADOS POR DÉCADA Y ESPECIALIDAD ANTROPOLÓGICA EN *ANALES DE ANTROPOLOGÍA* (1964-2000)

	Volúmenes				
Especialidad	*1-10*	*11-20*	*21-30*	*31-33*	*Total*
Antropología física	30	51	37	12	130
Arqueología	35	65	42	10	152
Etnología	22	72	67	13	174
Lingüística	20	27	20	10	77
Total	107	215	166	45	533

30, y un último rango para los tres primeros volúmenes de la cuarta década de *Anales*; dicha división no tiene que ver con etapas históricas, editores, ni diseños de la revista, son sólo décadas. Así, el total de artículos publicados hasta la fecha es de 533 para las cuatro especialidades: antropología física, 130 artículos; arqueología, 152; etnología, 174 y lingüística, 77. Por lo tanto, se han publicadado más artículos de etnología y arqueología que de las otras dos especialidades. En la gráfica 2 se observa el comportamiento porcentual por especialidad antropológica.

Gráfica 2

RAZÓN PORCENTUAL DE LOS ARTÍCULOS PUBLICADOS EN *ANALES DE ANTROPOLOGÍA* (1964-2000) POR ESPECIALIDAD ANTROPOLÓGICA



Al dividir el número de artículos por décadas y especialidad, como se tiene en el cuadro 3, observamos lo siguiente: *1)* en la primera década de *Anales* se observa que el número de artículos para las cuatro especialidades es más o menos equilibrado; *2)* en la segunda década se duplican los artículos publicados, correspondiendo a la especialidad de etnología el mayor incremento; *3)* en la tercera década todas las especialidades contaron con menor número de publicaciones; por último, *4)* por los resultados de los tres primeros volúmenes de la cuarta década se puede estimar que, si las cosas siguen como hasta ahora, el número de artículos que se publiquen se aproximará a los de la tercera década, pero con mayor equilibrio en relación con las cuatro disciplinas antropológicas.

De las reseñas bibliográficas

El número de reseñas bibliográficas publicadas en *Anales*, también fueron contabilizadas, ya que la revista siempre ha contado con una sección especial dedicada a ellas. La situación de esta sección ha variado mucho a través de los años. Basta decir que en total se publicaron cerca de 350 en los primeros catorce volúmenes y a partir del quince y hasta el 33 no llegan a 120. O sea, que de un total de casi 470 obras reseñadas por 143 distintos autores, corresponde 75% a los primeros catorce años de *Anales* y sólo 25% a los últimos 19 volúmenes. Es evidente que a partir de que Juan Comas deja la revista, el resto de los editores no nos hemos preocupado mucho por esta importante sección.

De las noticias y actividades académicas

En cuanto a las noticias publicadas acerca de las actividades académicas del Instituto y sus miembros, se observa que a través de los distintos volúmenes de *Anales*, éstas se han presentado de forma muy diversa. Es lógico. El crecimiento de la institución ha imposibilitado la publicación

detallada de nuestras actividades, como se hacía en un principio. Por otro lado, los informes que entregamos los académicos para las distintas evaluaciones a que estamos sometidos de manera obligatoria, han suplido a los que antes se reportaban y publicaban de manera abierta y franca.

A través de las páginas de *Anales* han sido publicadas notas necrológicas, muchas de las cuales, por desgracia, se refieren al fallecimiento de miembros de nuestro Instituto. Es el caso de Mauricio Swadesh (1909-1967), Paul Kirchhoff (1900-1972), Pedro Bosch-Gimpera (1891-1974), Eduardo Noguera (1896-1977), Juan Comas (1900-1979), Fernando Horcasitas (1924-1980), María Montoliú (1946-1989), María Cristina Álvarez (1925-1990), José Luis Lorenzo (1921-1996), Luis González R. (1924-1998) y Alfonso Villa Rojas (1906-1998).

De la procedencia institucional de los colaboradores

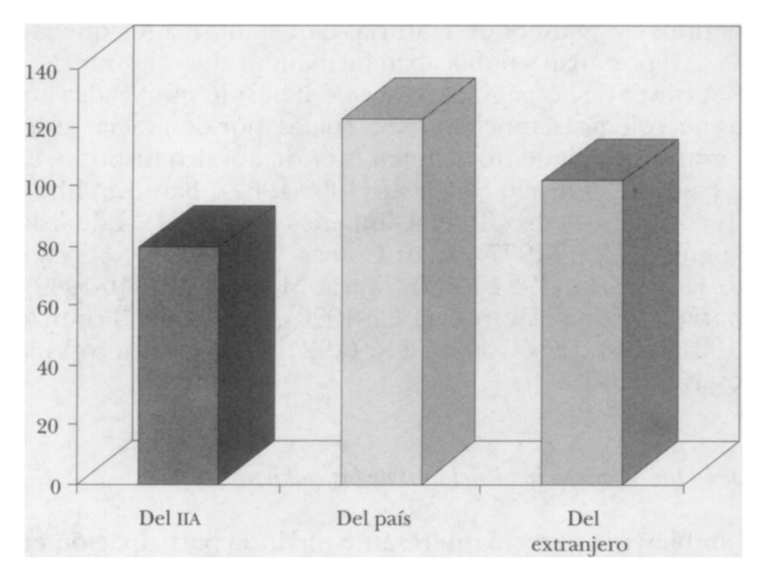
También me pareció interesante medir la participación en *Anales* no sólo de investigadores del Instituto, sino la de investigadores adscritos a otras instituciones nacionales y extranjeras. En el cuadro 4 y en la gráfica 3 consigno la procedencia institucional de los 305 colaboradores que hemos publicado artículos en la revista.

Cuadro 4
PROCEDENCIA INSTITUCIONAL DE LOS 305 COLABORADORES QUE HAN PUBLICADO EN *ANALES DE ANTROPOLOGÍA* (1964-2000)

Procedencia de los investigadores	*Vols. 1-33*	*Porcentaje*
Miembros del Instituto de Investigaciones Antropológicas	80	26.23
De otras instituciones del país	123	40.33
De otras instituciones del extranjero	102	33.44
Total	305	100

Gráfica 3

AUTORES DE ARTÍCULOS EN *ANALES DE ANTROPOLOGÍA* (1964-2000) SEGÚN PROCEDENCIA INSTITUCIONAL



Según los porcentajes del cuadro 4 vemos que la participación de los académicos de otras instituciones del país y del extranjero ha sido superior, juntos o por separado, a la de los miembros del IIA, que alcanzan sólo 26% del número total de colaboradores. Ahora bien, según vimos y representamos en la gráfica 1, no siempre fue tan importante la participación externa; ésta se incrementa, paradójicamente, a partir de que el Instituto cuenta con mayor número de plazas. Cuando nació *Anales*, y aproximadamente hasta su volumen 11, la revista contó con una participación de prácticamente 100% de sus investigadores. Podría divagar mucho intentando dar respuesta al hecho, pero creo que el fenómeno se explica también por las políticas académicas impuestas a los investigadores. Muchos dan preferencia a las revistas extranjeras, en detrimento de las propias. En consecuencia, *Anales* ha tenido que abrirse más al exterior para contar con el material necesario que

requiere una revista voluminosa, que por lo general, ha tenido entre 400 y 500 páginas.

Ya que *Anales de Antropología* es el órgano oficial de los académicos del Instituto de Investigaciones Antropológicas, quise profundizar un poco más en relación con lo publicado por las cuatro especialidades que lo conforman. En la primera columna del cuadro 5 anoté el total de colaboraciones que ha tenido la revista por especialidad antropológica, en la segunda, el número de académicos del IIA que han participado con colaboraciones, en la tercera, el número de colaboraciones correspondientes a dichos académicos, en la cuarta, puse el porcentaje que corresponde sobre el total de cada especialidad y por último, en la quinta columna, anoté el número promedio de artículos que corresponde a cada uno de los cuatro grupos académicos.

Cuadro 5

MIEMBROS DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS QUE HAN PUBLICADO EN *ANALES DE ANTROPOLOGÍA* (1964-2000) Y NÚMERO DE SUS COLABORACIONES POR ESPECIALIDAD

Número total de colaboraciones por especialidad antropológica	*Número de miembros del IIA con colaboraciones por especialidad **	*Número de colaboraciones de los miembros del IIA por especialidad*	*Porcentaje de colaboraciones del IIA por especialidad antropológica*	*Promedio de artículos por cabeza*
Antropología física = 130	20	90	69.2	4.5
Arqueología = 152	26	111	73.0	4.3
Etnología =174	22	70	40.2	3.2
Lingüística = 77	12	49	63.6	4.1

* Se trata de investigadores, técnicos, ayudantes (no de proyecto) y muy pocos investigadores huéspedes.

Aquí es evidente que si bien los artículos etnológicos han sido más (174) en la trayectoria de *Anales*, sólo 40% de ellos han sido suscritos por los miembros de la especialidad de etnología del IIA; mientras que los académicos de las otras tres especialidades, en promedio, hemos participado con más de 68% de las colaboraciones. Dentro del contexto de la antropología mexicana, siempre los temas

que abordan el estudio de las distintas culturas de los pueblos indígenas actuales y sus condiciones sociales de vida atraen más estudiosos. Así, la proporción que guarda el número de artículos publicados en *Anales* por especialidad antropológica, corresponde a la cantidad de investigadores que existe en el país para cada una de estas disciplinas.

Como es lógico, los editores de *Anales* han dado prioridad a los artículos de los miembros del Instituto, trabajos que son dictaminados en igual forma que los que provienen de fuera, pero también siempre se han recibido con agrado los artículos procedentes de otras instituciones; el mejor ejemplo corresponde a los del Instituto Nacional de Antropología e Historia, que han tenido una importante presencia en *Anales.*

De posibles etapas para la revista

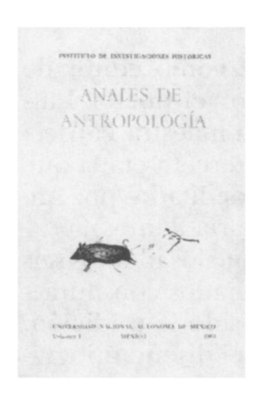
La historia de *Anales de Antropología* ha sido narrada, en parte, por los distintos directores que ha tenido la revista, por Rubén Nieto Hernández (1988) y por Lorenzo Ochoa (1983). En esta breve historia puesta al día he intentado profundizar un poco más. Sin embargo, conviene rescatar algunas opiniones ya vertidas.

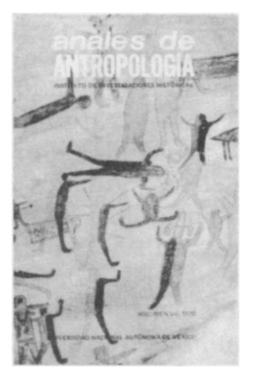
Juan Comas, en el volumen 14 (1977), coloca al principio dos hojas que titula: *El director se despide* y otras dos correspondientes a su traducción al inglés: *The editor says good-bye.* En esta despedida, que sin duda muchos recordamos con tristeza, él mismo marca el término de una primera etapa en la vida de *Anales.* Nos dice: "*Anales de Antropología* ha llegado a su mayoría de edad y es —así lo creo— una de las mejores revistas antropológicas contemporáneas en el mundo iberoamericano". Sigue un poco más adelante diciendo: "Queda pues nuestra revista en manos de las nuevas y entusiastas generaciones de antropólogos adscritos a este Instituto; y con mis mejores augurios" (vol. 14, p. 10).

Y así fue. Todos reconocemos que la primera etapa de *Anales* termina con esa lamentable despedida de su funda-

dor y director, y desde mi punto de vista (seguramente compartido), de quien mejor dirigió la revista. Durante esos catorce años, Comas cambió tres veces la portada de *Anales*, no así el tamaño de su formato, ni las secciones que conforman los contenidos y su ordenamiento: primero los artículos, luego las notas o informaciones diversas y por último las reseñas bibliográficas. Secciones, como se ha visto, que tituladas de una u otra forma, en ese orden o en otro, se han mantenido a lo largo de toda la trayectoria de *Anales*. Las siguientes figuras (1-6) nos dan cuenta de las portadas que ha tenido la revista, tipos que a su vez tuvieron variaciones de color, fotografía o motivo.

Figuras 1, 2 y 3
PORTADAS DE LOS VOLÚMENES 1, 7 Y 12 DE *ANALES DE ANTROPOLOGÍA*, TODOS ELLOS EDITADOS POR JUAN COMAS



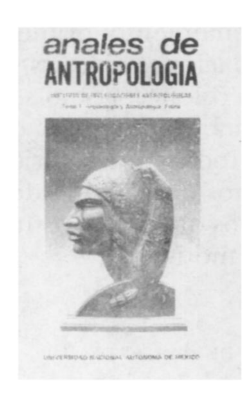


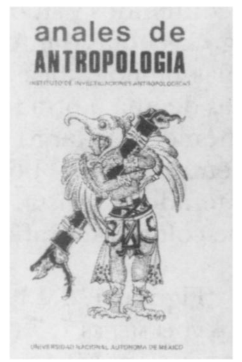


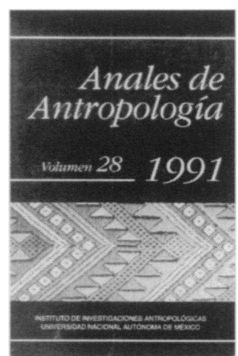
La última de estas tres portadas, con colores distintos, se mantiene hasta el volumen 16. Las siguientes portadas que ha tenido la revista aparecen en las figuras 4, 5 y 6.

En el editorial del volumen 25, que suscriben el doctor Andrés Medina y la maestra Rosa María Ramos, dedicado a la memoria de Juan Comas Camps, se quisieron reconocer tres etapas en el desarrollo de nuestra publicación. La primera, de los volúmenes 1 (1964) al 14 (1977) que dirigió su fundador. La segunda, cubrió los volúmenes 15-21,

Figuras 4, 5 y 6
PORTADAS DE LOS VOLÚMENES 17 (EDITOR LUIS GONZÁLEZ R.), 21 (EDITORA PATRICIA MARTEL) Y 28 (EDITORA MARÍA VILLANUEVA) DE *ANALES DE ANTROPOLOGÍA*







con el doctor Luis González Rodríguez como editor de cinco de ellos (15-19), el 20 editado por el doctor Luis Vargas Guadarrama y el 21 a cargo de la maestra Patricia Martel. Por último, ahí se habla de una tercera etapa que se inició con el volumen 22 (editados o coeditados por Andrés Medina, Linda Manzanilla y Rosa María Ramos).

Fui nombrada editora en 1993 y publiqué los últimos seis volúmenes: 28-33 que aparecen denominados con números arábigos y no romanos como había sido la tradición. Se hizo un nuevo cambio de portada y del diseño tipográfico de la revista; así, podría hablarse de una cuarta etapa en la historia de *Anales*. En fin, cuatro etapas cuya justificación no está muy clara. Creo más bien que en lo general nuestra revista se ha mantenido dentro de los lineamientos que para ella se concibieron desde su inicio, entre los que destaca el hecho de ser una publicación anual que incluye trabajos de las cuatro especialidades antropológicas. La unidad y mutua dependencia entre las especialidades antropológicas es muy importante que se haya mantenido.

UN ANÁLISIS VALORATIVO DE LOS CONTENIDOS DE LA REVISTA

Cuando salió a la luz el primer volumen de *Anales*, la antropología mexicana (según Villanueva, Serrano y Vera, 1999, pp. 101 y siguientes) ya estaba por concluir su "periodo moderno" (1937-1967), cuyo inicio se identificó con la época cardenista, en la que comenzó la profesionalización de la disciplina y que se logró a través de la creación del Instituto Nacional de Antropología e Historia y de su Escuela. Viene luego el "periodo contemporáneo" (1968 en adelante) que se caracterizó por la impugnación de la ideología del estado en la práctica antropológica bajo cuestionamientos políticos y teóricos. Se estimuló la discusión de las bases teóricas de nuestras disciplinas y sus especificidades en el marco de la realidad nacional.

En general, las páginas de *Anales de Antropología* dan cuenta de estos periodos, de las principales líneas de investigación antropológica en México y, por supuesto, de las de los investigadores del Instituto que publican en la revista. Con 36 años de trayectoria y 533 artículos, la revista refleja en sus contenidos, los avances y tendencias de las últimas décadas.

No me atreví a opinar fuera de las fronteras de mi disciplina: la antropología física. Siendo así, tomé la tarea con cautela y consulté, para esta parte del análisis, con los compañeros del Instituto que siempre han estado en la mejor disposición de colaborar con *Anales*, y que me ayudaron durante el periodo en que la edité. Así, Lorenzo Ochoa se sumergió una vez más en las páginas sobre arqueología, Ana Bella Pérez Castro en las de antropología social, etnología y etnohistoria, en tanto Fernando Nava en las de lingüística. Las de antropología física fueron escudriñadas por Carlos Serrano y por mí. La tarea no fue fácil y el espacio para argumentar es corto, pero todos coincidimos en resaltar los trabajos propios, los que se deben a la labor de los antropólogos de la UNAM.

Antropología física

En un trabajo anterior, *Cien años de antropología física en México. Inventario bibliográfico* (Villanueva, Serrano y Vera, 1999), ya habíamos cuantificado los trabajos de antropología física aparecidos en *Anales*, por medio de un análisis bibliométrico de todo un inventario (2432 trabajos), y encontrado que nuestra publicación ocupa el segundo lugar en importancia entre las diez principales revistas, nacionales y extranjeras, que refieren trabajos bioantropológicos en población mexicana. Este segundo lugar estuvo sólo precedido por *Estudios de Antropología Biológica*, revista que cada dos años publica los mejores trabajos presentados en los Coloquios Internacionales de Antropología Física "Juan Comas", a los que concurren biólogos humanos y antropólogos físicos del país y del extranjero; también editada en el IIA. Ahora bien, se vio que en *Anales* predominan los artículos relacionados con el área temática de la somatología (crecimiento y desarrollo, somatometría y somatología, biotipología y somatotipología), por encima del área de la osteología antropológica, que por tradición ha sido la más trabajada en México.

Ahora, al repasar los 130 artículos de "antropología física" publicados en las páginas de *Anales*, pudimos ver que la autoría de 90 de ellos corresponde a 19 académicos que en algún momento pertenecieron o pertenecemos aún a la especialidad de antropología física del IIA. O sea, que somos responsables de casi 70% del total de los artículos de antropología física aparecidos en *Anales*; y las principales líneas de investigación o áreas temáticas abordadas en ellos, por su orden de importancia numérica son:

1. Somatología que incluye crecimiento y desarrollo humanos, somatometría y biotipología de poblaciones adultas (como ejemplo están los trabajos de Casillas*, Brozek, d' Aloja*, Faulhaber*, López Alonso, Malina, Ramos*, Sáenz*, Sandoval*, Schreider, Vargas* y Villanueva*).

* Autores del Instituto de Investigaciones Antropológicas.

2. Osteología de poblaciones antiguas (como ejemplo anotamos los trabajos de Del Ángel*, Civera*, Comas*, Genovés*, Hernández, Jaén, Mansilla, Ramos*, Rivero de la Calle, Romero, Salas, Serrano*, Torres* y Vargas*).

3. Genética y demografía (como ejemplo los artículos de Aréchiga*, Buentello*, Carnese, Comas*, d' Aloja*, Lasker, Ramos*, Sacchetti, Salamanca* y Serrano*).

4. Otras ramas representadas con menor número de trabajos son: *Variabilidad humana y sus consecuencias sociales* (Ainsworth, Comas* y Washburn); *Aportes históricos-epistemológicos, técnicos y didácticos* (Comas*, Faulhaber*, Roberts, Serrano* y Villanueva*); *Evolución y primatología* (Genovés*, Muñoz Delgado, Tobias y Vera); *Antropología nutricional* (Daltabuit*, Vargas* y Casillas*); *Antropología ergonómica* (Casillas* y Vargas*); *Antropología fisiológica* (d' Aloja*, Casillas* y Vargas*); *Antropología del comportamiento* (Genovés*) y, *Antropología del deporte* (Faulhaber* y Sáenz*).

Algunos investigadores de esta especialidad en el Instituto y asiduos colaboradores de *Anales* han venido publicando a través de los años, artículos producto de investigaciones cuyo tema se centra dentro de una línea principal. Es el caso de los trabajos publicados por Faulhaber y Sáenz acerca del crecimiento y desarrollo de niños y jóvenes de clase media de la ciudad de México: "El crecimiento de un grupo de niños normales de la ciudad de México" (vol. 13); "La predicción de la estatura adulta según varios métodos en niños mexicanos" (vol. 19); "Peso y estatura de subadultos mexicanos" (vol. 28); "Características corporales de jóvenes deportistas y jóvenes sedentarios de la ciudad de México" (vol. 32); de los de Serrano sobre las condiciones biológicas de poblaciones antiguas y modernas de México: "Una serie de cráneos procedentes de Campeche, México" (vol. 9); "Craneología cora-huichol, México" en coautoría con Juan Comas (vol. 10); "Distribución de los grupos sanguíneos (sistemas ABO y Rh) en un contingente militar mexicano" (vol. 14); "Un cráneo escafocéfalo mexicano: análisis métrico-morfológico" en

* Autores del Instituto de Investigaciones Antropológicas.

coautoría con José Luis Vera (vol. 28); "Proporcionalidad corporal y adaptación en la población antigua de la cuenca de México" en coautoría con Andrés del Ángel (vol. 28); los de Vargas y Casillas en la línea ergonómica: "Datos antropométricos para el diseño de mobiliario escolar universitario" en colaboración con Patricia Sánchez (vol. 13); "Antropometría de estudiantes y trabajadores universitarios: comunicación preliminar" (vol. 15); "La ergonomía y la antropología física" (vol. 16); los de Daltabuit en la línea sobre nutrición: "Nutrición de las mujeres de los países en desarrollo" (vol. 22); "Cambio de la dieta familiar en Yalcobá, Yucatán" en coautoría con Alicia Ríos (vol. 29); los de Genovés sobre comportamiento humano y violencia: "La agresión y la violencia 'innatas'" (vol. 9); "Declaración sobre la Violencia y Declaración de Venecia" (vol. 23); los de Ramos en relación con menarquia y proporcionalidad corporal en diversas poblaciones: "El ritmo estacional en la aparición de la menarquia de un grupo de adolescentes mexicanas" (vol. 17); "Epigénesis como un determinante del momento de la menarquia" (vol. 24); "Algunos aspectos de proporcionalidad lineal en una población del estado de Oaxaca" (vol. 27); los de d' Aloja sobre características somatofisiológicas y demográficas de poblaciones rurales de México: "Fecundidad en un pueblo rural" (vol. 18); "Características somatofisiológicas de un grupo zapoteca de la sierra de Juárez, Oaxaca" (vol. 25), y los de Villanueva en somatotipología: "Comparación de cuatro técnicas somatotipológicas" (vol. 13); "Somatotipología infantil en dos grupos socioeconómicos de la ciudad de México" (vol. 21); "El somatograma de Sheldon y la elaboración estadística de los datos somatotipológicos" (vol. 26); "Somatotipología de una población universitaria de la ciudad de La Habana, Cuba. Primera y segunda parte" en coautoría con Antonio Martínez y Margarita Carmenate (vols. 25 y 27).

Otros investigadores del Instituto han abarcado muchas líneas de investigación en sus distintas colaboraciones para *Anales*, Comas es el mejor ejemplo que encontramos: osteología, raciología, historia de la antropología, etcétera.

No cabe la menor duda que de los autores citados tenemos en *Anales* artículos de consulta obligada y muchos trabajos no han perdido actualidad debido a la riqueza de sus datos y a la metodología aplicada en los análisis. En fin, hay conclusiones que sin duda son relevantes para el conocimiento antropofísico de nuestras poblaciones antiguas y contemporáneas.

Arqueología

Las contribuciones arqueológicas publicadas en *Anales* reflejan la importante atención que recibe esta disciplina en el Instituto de Investigaciones Antropológicas. De los 152 artículos, 111 corresponden a los académicos del Instituto. Por eso, aquí sólo se hablará de la arqueología de la UNAM, si bien otros colegas mexicanos y extranjeros han colaborado en nuestra revista. Aún así, no es posible hacer un recuento de todos los nuestros.

En el contenido de la revista se aprecia un amplio espectro de enfoques teórico-metodológicos, entre los que destacan desde los de carácter descriptivo-interpretativo, hasta los eminentemente teóricos, sin que estén ausentes los estudios de tipologías cerámicas y líticas, los de corte difusionista y de interrelaciones culturales, y aun los de técnicas aplicadas a la arqueología (Luis Barba, vols. 22, 32 y 33). De igual forma, en las diversas colaboraciones no solamente se abordan problemas relativos a las antiguas culturas del México prehispánico, sino de otras partes de América, de siglos posteriores al contacto europeo y aun de culturas del Viejo Mundo. No faltan, tampoco, planteamientos de paralelismos culturales entre el Viejo y el Nuevo Mundo, o estudios específicos de Asia Menor y norte de África, debidos a Linda Manzanilla quien, entre otros, muestra su modelo teórico para exhibir el papel y la relación Templo-Palacio principalmente en Mesopotamia y Mesoamérica, con el propósito de explicar el desarrollo del urbanismo y el surgimiento del Estado: "Templo y palacio: proposiciones sobre el surgimiento de la sociedad urbana y el Estado" (vol. 22).

Con todo, la arqueología mesoamericana ha recibido especial atención. En efecto, sin que se reste importancia a los trabajos de Pedro Bosch Gimpera, como los dedicados a tratar "Nuevos aspectos del Paleolítico euroasiático en relación con el origen de los cazadores americanos" (vol. 5), o bien "Paralelos transpacíficos de las altas culturas americanas y su cronología" (vol. 7), también los emanados de las investigaciones de Eduardo Noguera abren nuevas líneas de investigación para la arqueología mesoamericana, o aumentaron el conocimiento de tópicos muy específicos.

Las exploraciones de Jaime Litvak en Xochicalco y sus alrededores resultan de primera importancia para reconocer las interrelaciones culturales entre el centro de México con la costa del Golfo y Oaxaca, o para entender los procesos de desarrollo de Mesoamérica. Ahí están "Xochicalco a la caída del Clásico. Una hipótesis" (vol. 7), "Las relaciones externas de Xochicalco: una evaluación de su posible significado" (vol. 9), sin que sea menos importante "En torno al problema de la definición de Mesoamérica" (vol. 12). Por su lado, Carlos Navarrete, con amplia experiencia en recorridos de superficie, aborda asuntos del sur de Mesoamérica en forma por demás sobresaliente, sin olvidar sus contribuciones al problema olmeca o interrelaciones del Altiplano Central de México con aquella área. Imposible acotar todos. Sin embargo, pueden subrayarse "Los relieves olmecas de Pijijiapan, Chiapas" (vol. 6), o bien "El sistema prehispánico de comunicaciones entre Chiapas y Tabasco" (vol. 10) y "El complejo escultórico del cerro Bernal, en la costa de Chiapas, México" (vol. 13). Del problema olmeca fuera del área nuclear puede destacarse el trabajo de Lorenzo Ochoa y Martha I. Hernández: "Los olmecas y el valle del Usumacinta" (vol. 14). Este mismo autor, con Ernesto Vargas sugiere un tópico interesante en su artículo: "Xicalango. Puerto chontal de intercambio: mito y realidad" (vol. 24). Valiosas contribuciones a la metodología y enfoques teóricos se encuentran en un trabajo de Mari Carmen Serra y Yoko Sugiura: "Las costumbres funerarias como un indicador de la estructura social en el Formativo mesoamericano" (vol. 14).

Y en cuanto a estudios específicos de áreas culturales, Bernd Fahmel se ha ocupado de Oaxaca y en particular de Monte Albán en varias ocasiones. Ernesto Vargas de la costa oriental, Mari Carmen Serra del sur de la cuenca de México, María Teresa Cabrero de Zacatecas y el occidente de México, Ann Cyphers de Xochicalco y del área olmeca. De la costa del Golfo, especialmente de la Huasteca, se ha ocupado Lorenzo Ochoa quien, en coautoría con Gerardo Gutiérrez, escribió el novedoso estudio: "Notas en torno a la cosmovisión y religión de los huastecos" (vol. 33).

Por otro lado, problemas relativos a Teotihuacan, especialmente en cuanto a la cerámica, han sido abordados por Evelyn Rattray; María Elena Ruiz ha puesto interés en la distribución de la obsidiana en dicho sitio y Emily McClung en los estudios de paleobotánica. De este asunto debe destacarse el trabajo de McClung: "Investigaciones arqueobotánicas en Mesoamérica y Centroamérica" (vol. 22). En tanto, las investigaciones relativas a la explotación de los recursos lacustres y riverinos, en un intento de analogía etnográfica con el fin de subrayar la importancia que tuvieron las relaciones simbióticas en el pasado, han sido encaradas por Yoko Sugiura en: "Notas sobre el modo de subsistencia lacustre. La laguna de Santa Cruz Atizapán, Estado de México" (vol. 20). No se han mencionado todos los trabajos publicados, pero sí los suficientes como para dar una idea de la importancia de las investigaciones de arqueología publicadas en *Anales de Antropología* por la mayor parte de los miembros de esta especialidad de nuestro Instituto.

Etnología

Como ya se había mencionado, los artículos de la sección de "etnología" aparecidos en los volúmenes de *Anales de Antropología*, suman en total 174. Cabe señalar que aunque todos se ubican en dicha sección, no todos ellos corresponden estrictamente a esta disciplina, sino que parte importante de las contribuciones deben ubicarse en el contexto

de la antropología social y en el de la etnohistoria. De cualquier forma, aquí se dio preferencia a los trabajos que se agrupan dentro de las líneas de investigación abordadas por los investigadores del IIA y sus colaboradores.

1. Estudios prehispanistas. En esta línea incluimos los artículos que, basados en códices y otras fuentes documentales, utilizan diferentes métodos y teorías: Kirchhoff* "La aportación de Chimalpahin a la historia tolteca (vol. 1); Navarrete* "Fuentes para la historia cultural de los zoques" (vol. 7); Horcasitas* "El Códice de Santa Ana Tequisquiapan" (vol. 8); López Austin* "Un repertorio de los tiempos en idioma náhuatl" (vol. 10); "Iconografía mexica. El monolito verde del templo mayor" (vol. 16); "El texto sahaguntino sobre los mexicas" (vol. 22); "Cuerpos y rostros" (vol. 28); "Homshuk. Análisis temático del relato" (vol. 29); Horcasitas* y Bittmann Simons "Anales jeroglíficos e históricos de Tepeaca" (vol. 11); Horcasitas* y Wanda Tommasi de Magrelli "El Códice de Tzictepec: una nueva fuente pictórica indígena" (vol. 12); Olivera* "Papel de los Pillis de Tecali en la sociedad prehispánica del siglo XVI" (vol. 14); Ortiz de Montellano "El canibalismo azteca, ¿una necesidad ecológica?" (vol. 16); Graulich "Ochpaniztli, la fête des semailles des anciens Mexicains" (vol. 18); Oettinger "Apuntes sobre los petroglifos del área tlapaneca del estado de Guerrero" (vol. 20); González Torres "El sistema de castas" (vol. 18); Thiemer-Sachsé "El problema de la definición de regalos, impuestos y tributos en el estado zapoteco en el tiempo precolonial" (vol. 32), y Acuña "Nuevos problemas del *Popol Vuh*" (vol. 19).

2. Organización Social. En esta línea agrupamos los trabajos sobre el parentesco y la organización social, como son los de Medina* "Introducción a los estudios del parentesco en México" (vol. 12); Münch* "La población del obispado de Oaxaca en 1570" (vol. 15), y "Tenencia de la tierra y organización social en Oaxaca durante la colonia" (vol. 17).

* Autores del Instituto de Investigaciones Antropológicas.

3. Antropología: salud y enfermedad. Los trabajos que se relacionan con la concepción del cuerpo, los conceptos de salud y enfermedad, los agentes que provocan la enfermedad, los curanderos y las maneras de curación, conforman este apartado y son: McCullough y McCullough "Las creencias del síndrome de "calor-frío" en Yucatán y su importancia para la antropología aplicada" (vol. 11); Comas* "Un caso de aculturación farmacológica en la Nueva España del siglo XVI: el 'Tesoro de Medicinas' de Gregorio Lopez" (vol. 1); "La medicina aborigen mexicana en la obra de fray Agustín de Vetancurt (1698) (vol. 5); "Influencia de la farmacopea y terapéutica indígenas de Nueva España en la obra de Juan de Barrios, 1607 (vol. 8); Quezada* "Métodos anticonceptivos y abortivos tradicionales" (vol. 12); "Creencias tradicionales sobre embarazo y parto" (vol. 14); Anzúrez y Bolaños "Medicinas tradicionales y antropología" (vol. 15); "El mercado de 'Sonora'" (vol. 28); De Maria y Campos* "Los animales en la medicina tradicional mesoamericana" (vol. 16); Oettinger "Dos métodos de adivinación tlapaneca: medir el hueso y echar los granos de maíz" (vol. 16); Montoliú* "Los dioses de los cuatro sectores cósmicos y su vínculo con la salud y enfermedad en Yucatán" (vol. 17); Villa Rojas* "La imagen del cuerpo humano según los mayas de Yucatán" (vol. 17); "Terapéutica tradicional y medicina moderna entre los mayas de Yucatán" (vol. 18); "Breves consideraciones sobre la creencia del 'mal de ojo'" (vol. 19); "Enfermedad, pecado y confesión entre los grupos mayenses" (vol. 20); Del Valle y Prieto "Parto y aborto en algunas 'ciudades pérdidas' de México" (vol. 17); Pérez Quijada "Las tradiciones del chamanismo en la Mazateca Baja. Trances de posesión" (vol. 30), y Aranda Kilian "Sobrevivencia de los nahualline en una comunidad indígena" (vol. 30).

4. Trabajos etnográficos. Integran este rubro los artículos que ponen de manifiesto la importancia de la etnografía para la investigación. Trabajos como los de Bonfil Batalla* "Notas etnográficas de la región huasteca (vol. 6); Medina*

* Autores del Instituto de Investigaciones Antropológicas.

"Notas etnográficas sobre los mames de Chiapas" (vol. 10); "La etnografía chiapaneca y el estudio de la organización social de los mayas" (vol. 14); Münch* "Etnografía de la colonia Las Águilas" (vol. 18); Villa Rojas* "Valor histórico y etnográfico de los libros de *Chilam Balam*" (vol. 21), y Köhler "La aportación de los estudios etnográficos en los altos de Chiapas para la comprensión de las culturas precolombinas de Mesoamérica" (vol. 24).

5. *Cosmovisión y religión.* Bajo este nombre agrupamos los trabajos que se refieren a la visión del mundo de los pueblos indígenas de México, a sus oraciones, ritos, ceremonias y festividades; a los dioses y especialistas que interactúan en el medio indígena. Trabajos como los de Bonfil Batalla* "Los que trabajan con el tiempo". Notas etnográficas sobre los graniceros de la Sierra Nevada (vol. 5); "Introducción al ciclo de ferias de Cuaresma en la región de Cuautla, Morelos (vol. 8); Lastra* "Dos fiestas chichimecas" (vol. 8); Quezada* "Santa Marta en la tradición popular" (vol. 10); "Oraciones mágicas en la colonia" (vol. 11); Chemin "Rituales relacionados con la venida de la lluvia, la cosecha y las manifestaciones atmosféricas y telúricas maléficas en la región pame de Santa María Acapulco, San Luis Potosí" (vols. 17 y 19); Münch* "La religiosidad indígena en el obispado de Oaxaca durante la colonia y sus proyecciones actuales" (vol. 19); "La teogonía zapoteca y sus vestigios en Tehuantepec" (vol. 20); "*Zaa Guidxi*, las fiestas del pueblo zapoteco en *Gui si* o Tehuantepec" (vol. 21); Montoliú* "Reflexiones sobre el concepto de la forma del universo entre los mayas" (vol. 20); "La diosa lunar Ixchel. Sus características y funciones en la religión maya" (vol. 21); Nicholas Saunders "The Social Context of Shamanism" (vol. 20); López Austin* "Notas sobre la fusión y la fisión de los dioses en el panteón mexica" (vol. 20); "El Dios enmascarado de fuego" (vol. 22); Heiden "Las diosas del agua y la vegetación" (vol. 20); Villa Rojas* "Nociones preliminares sobre cosmología maya" (vol. 22); Rendón* "Las ceremonias agrícolas y la organización productiva milpera en un

* Autores del Instituto de Investigaciones Antropológicas.

ejido del sur de Yucatán" (vol. 26); Galinier "El depredador celeste. Notas acerca del sacrificio entre los mazahuas" (vol. 27); Remington de Willet "El sistema dual de festivales de los tepehuanes del sureste de Durango" (vol. 29); Nava* "Danzas con reverencias para una conquista gentil" (vol. 29); Jiménez-Olivares "Los tratos con el demonio: un proceso inquisitorial" (vol. 30); Lagarriga Attias "El anual y el diablo en la cosmovisión de un pueblo de la ciudad de México" (vol. 30); López Cortés "La sangre de Cristo y la serpiente antigua". "La posesión diabólica en la iglesia Apostólica de la fe en Cristo Jesús" (vol. 30); Anzures y Bolaños "El bien y el mal en la cultura tarahumara" (vol. 30); Amador Naranjo "La desaparición del sol en Yucatán" (vol. 30); Lupo "Palabras rígidas, conceptos elásticos, uso e interpretaciones de algunos textos sagrados cristianos por los indígenas mexicanos" (vol. 32), y Palazón M. "¿Qué es la magia? Un análisis filológico y filosófico" (vol. 32).

Se incluyen también en este rubro, los trabajos de Broda "Metodología en el estudio de culto y sociedad mexica" (vol. 19); el de González Torres "Método comparativo en el estudio de las religiones" (vol. 19), y el de Rodhe "Metodología para el estudio del simbolismo religioso" por considerarlos importantes para el estudio de la religión.

Asimismo, se integran en esta línea los artículos sobre diferentes mitos, en la medida en que la mayoría de ellos está presente la visión del mundo y la religiosidad. Trabajos como los de Montoliú* " El dios solar en la religión y mitología mayas" (vol. 18); Graulich "Los mitos mexicanos y maya-quichés de la creación del sol" (vol. 24); López Austin* "Las dos posibles interpretaciones de un mito pipil" (vol. 25); "Tras un método de estudio comparativo entre las cosmovisiones mesoamericana y andina a partir de sus mitologías" (vol. 32); Rosenzvaig "Mitología y utopismo del azúcar" (vol. 29); Münch* "Acercamiento al mito y sus creadores" (vol. 29); Bartolomé "Revisitando la mitología. Textos míticos y educación indígena" (vol. 29); Cué "El mito de las Siete Ciudades" (vol. 31), y Johansson "El maíz

* Autores del Instituto de Investigaciones Antropológicas.

en un mito náhuatl precolombino y en un cuento contemporáneo: un estudio comparativo" (vol. 31).

6. *Antropología del campesinado*. A partir de la década de los años setenta, se suscitan diferentes movimientos en el agro mexicano, producto de la restricción al reparto agrario. Crisis que, aunada a la del cuestionamiento de la antropología mexicana, repercutirá en la antropología en la medida en que los investigadores no sólo enfocarán su atención al estudio del campesinado, sino también a la búsqueda de nuevos enfoques y teorías para explicar la complejidad del México rural. Producto de lo anterior, se han publicado: Pérez Castro* "Mitos y creencias en los movimientos mesiánicos y luchas campesinas en Chiapas" (vol. 17); "Duraznal: situación actual de una comunidad indígena" (vol. 18); "Movimiento campesino en Simojovel, Chiapas, 1936-1978 ¿Problema étnico o de clases sociales?" (vol. 19); Pérez Castro* y Báez "Por las sendas que conducen al paraíso: 300 años de lucha indígena en el norte de Chiapas" (vol. 28); Acevedo "Movimientos campesinos indígenas. El caso de la presa Cerro de Oro" (vol. 17); Salazar Peralta* "El programa económico del Estado Mexicano y el sector agrario" (vol. 18); "La problemática cafetalera en la región de Simojovel, Chiapas" (vol. 18); Amerlink de Botempo "¿Cultura?, ¿sociedad?, ¿economía?, o de cómo la antropología descubrió a los campesinos" (vol. 19), y Coronado Suzán "La resistencia lingüística como instrumento de lucha política" (vol. 32).

7. *Antropología crítica*. La década de 1970 fue propicia para toda una serie de cuestionamientos respecto a la actividad antropológica representada por la política indigenista. Década que enmarca diversas discusiones sobre la concepción del indio, la política integracionista y la antropología comprometida. Años más tarde, surgiría la crítica a la política del estado, a la seguida en las instituciones donde se ejerce el quehacer antropológico, y sobre todo, se revisan y cuestionan la práctica antropológica y los grandes vacíos que hay en la teoría y la práctica. Preocupacio-

* Autores del Instituto de Investigaciones Antropológicas.

nes que se dejan ver en los trabajos de Bonfil Batalla*, "El campo de investigación de la antropología social en México: un ensayo sobre sus nuevas perspectivas" (vol. 7); "El concepto de indio en América: una categoría de la situación colonial" (vol. 9); Medina* "¿Etnología o literatura? El caso de Benítez y sus indios (vol. 11); "Ortodoxia y herejía en la antropología mexicana" (vol. 13); "El etnopopulismo y la cuestión nacional en México: el espacio político de los grupos étnicos" (vol. 24); "A propósito del 68 mexicano: antropología, marxismo y la cuestión étnica" (vol. 25); Martínez Marín "La etnohistoria: un intento de explicación" (vol. 13); Albórez "El descubrimiento etnográfico del indio chiapaneco, México" (vol. 11); Lagarde "El concepto histórico de indio. Algunos de sus cambios" (vol. 11); Aguirre Beltrán, "El indigenismo y la antropología comprometida" (vol. 12); Nahmad Sitton "Una experiencia indigenista: 20 años de lucha desde investigador hasta la cárcel en defensa de los indios de México" (vol. 27); Krotz "El estudio antropológico del poder en México. Breve panorama de tres lustros de investigación o ¿existe una antropología política mexicana?" (vol. 25); Coronado Ramírez "Antecedentes, origen y primeros años de la Escuela Nacional de Antropología e Historia" (vol. 27); Vázquez León "Investigar en el INAH o la carga de los 300" (vol. 27); Rutsch "Antropología y crisis de sentido: algunos apuntes" (vol. 30); Foladori "Consumo y producción de cultura: dos enfoques contrapuestos en las ciencias sociales" (vol. 29); aunada a la discusión teórica sobre la integración del indígena se encuentran los trabajos que, con ejemplos concretos cuestionan la política integracionista, tal como se aprecia en los de Hartwig G. "Marginalización o integración" (vol. 14); "Proletarización indígena y etnicidad" (vol. 15), y V. de Hartwig "Los yaquis y la integración indígena en México" (vol. 15).

8. Antropología e identidad. A partir de los años ochenta y ante los efectos que han tenido diversidad de conflictos agrarios, religiosos, políticos y económicos, se vuelve imperante

* Autores del Instituto de Investigaciones Antropológicas.

estudiar el tema de la identidad. En este sentido se insertan los artículos de Petrich "La identidad desgarrada: el caso mochó" (vol. 23); Méndez y Mercado* "Cotidianidades confrontadas. Reflexiones en torno a una realidad suburbana" (vol. 25); Pérez Castro* "La identidad de un pueblo migratorio por necesidad" (vol. 25); Esteva-Favregat "Metáforas y transformaciones de la identidad en Mesoamérica" (vol. 30); Rodríguez y Cisneros Reyes* "Identidad chicano-mexicana en Los Ángeles, California (aproximaciones del material estadístico)" (vol. 32).

9. Antropología y educación. En este rubro se incluyen los trabajos que giran alrededor de la formación del antropólogo y de la elaboración del conocimiento, como son los de Firth "Fines, métodos y conceptos de la enseñanza en antropología social (vol. 2); Horcasitas* "La mentalidad difusionista popular" (vol. 6); Tschol "Una reconsideración de "écosis" o sea, la formación de nuevos términos científicos" (vol. 7); Cazés "El proceso social de producción del pensamiento creativo: el caso de los jesuitas y el surgimiento de las universidades mexicanas. Primeras reflexiones teórico-metodológicas" (vol. 23); Medina "Ciencia y política en el evolucionismo contemporáneo: un comentario" (vol. 18); Vogt "The Genetic Model Revisited: On the Origins and Development the Maya" (vol. 19), y Martínez Ascobereta "El comparativismo: historia y metodología" (vol. 19). Además consideramos importante incluir aquellos estudios sobre la educación en las comunidades indígenas, como son los de Jiménez Castillo* "La importancia de la educación formal en Yalcobá" y el de Herrera Labra "La formación profesional del indígena en la educación superior" (vol. 29).

10. Estudios de género. En este rubro quisimos incluir los trabajos dedicados al estudio de la mujer que sin ser todavía considerados como estudios de género se iniciaron en la década de los años setenta. En éstos, sobresalen los artículos de Olivera* "Consideraciones sobre la opresión femenina como una categoría para el análisis socio-econó-

* Autores del Instituto de Investigaciones Antropológicas.

mico" (vol. 13); y los de tipo etnohistórico de Quezada* "La sexualidad en México" (vol. 16); "Sexualidad y magia en la mujer novohispana: siglo XVI" (vol. 24); "Sexualidad y magia en la mujer novohispana. Siglo XVII" (vol. 25), y "Sexualidad y magia en la mujer novohispana: siglo XVIII" (vol. 26). Para la época actual, Browner "La producción, la reproducción y la salud de la mujer. Estudio de un caso de Oaxaca" (vol. 26).

11. Análisis historiográfico. Trabajos en los cuales se aborda la obra y el quehacer de los que han contribuido al conocimiento antropológico y a la de los pueblos indios, como son los artículos de Comas* "Gamio en la antropología mexicana (vol. 12); de Aguirre Beltrán "Franz Boas, la antropología profesional y la lingüística antropológica de México" (vol. 19); de Quezada* "El umbral de la locura: el caso de fray Agustín Claudio" (vol. 23); de Dahlgren* "Un legado de comunicaciones del presidente Bustamante, relativas al cultivo de la grana en Chiapas, muy raro en 1816" (vol. 24); de González Rodríguez* "Joseph Neumann: un mexicano desconocido (1648-1732)"; "José Alberto Llaguno Farías, S.I. Obispo de la Tarahumara, defensor de los derechos humanos (1925-1992)" (vol. 28); "Juan María de Salvatierra en el noroeste (1680-1693)"; González Rodríguez* y Anzúrez y Bolaños "Piccolo y Salvatierra, misioneros italianos de la antigua tarahumara y de la antigua California" (vol. 33).

12. Antropología económica. La importancia de la organización económica, la producción y la distribución ha ocupado un breve espacio en las páginas de *Anales*; páginas escritas por Dyer en "Etnoichtyology and Fish Marketing in Toluca, Mexico" (vol. 18); por Adams en "Political and economic correlates of pilgrimage behavior" (vol. 20), y por Goldin en "De plaza a mercado: la expresión de dos sistemas conceptuales en la organización de los mercados del occidente de Guatemala" (vol. 24).

13. Antropología política. En esta sección se incluyen los pocos trabajos que se han publicado sobre la organiza-

* Autores del Instituto de Investigaciones Antropológicas.

ción política de los pueblos de México, como son los de Anguiano Fernández "El cambio de varas entre los huicholes de San Andrés Cohamiata" (vol. 11); Medina* "Los sistemas de cargos en los Altos de Chiapas y la antropología culturalista" (vol. 21), Korsback "El desarrollo del sistema de cargos de San Juan Chamula: el modelo teórico de Gonzalo Aguirre Beltrán y los datos empíricos" (vol. 24).

14. Antropología jurídica. Línea en la que se aborda la forma en que los pueblos indios ejercen sus derechos. Así, también por ser una línea relativamente nueva en los estudios antropológicos, se incluyen los trabajos que disertan sobre el derecho y los derechos indígenas en la práctica y en nuestra Constitución. Los trabajos son de Constantino y Tosí "Libertad personal y norma social. Algunas tesis sobre la Semana Santa en los tarahumaras de Monérachi" (vol. 18); Rendón* "Propuestas para formular la ley reglamentaria del primer párrafo, artículo cuarto de la Constitución (vol. 29), y de Valdivia Dounce* "Estado, ley nacional y derecho indígena" (vol. 32).

Lingüística

La mayoría de los artículos sobre *lingüística,* que como vimos sumaron 77, pueden agruparse en cuatro grandes subgrupos o líneas generales de investigación que han sido abordadas en los volúmenes de *Anales* por los investigadores del Instituto y por otros colegas del país y del extranjero.

En primer lugar están aquellos dedicados a la "descripción gramatical de una lengua" en particular, definiendo uno o más rasgos, como es el caso de Valiñas* "Un intento de clasificación del verbo náhuatl con base en el pretérito perfecto" (vol. 17).

Un segundo subgrupo está representado por los artículos que se refieren a los estudios de "lengua en relación con cultura y sociedad", Rendón* "Estudio de los factores

* Autores del Instituto de Investigaciones Antropológicas.

sociales en la diversificación del zapoteco" (vol. 12), y "Estudio sociolingüístico de cinco comunidades zapotecas en el distrito de Sola de Vega, Oaxaca" (vol. 13).

Una tercera línea es la "lingüística comparada", con cuatro modalidades o especificidades: *a)* reconstrucción de protolenguas, Swadesh* en "Algunos problemas de la lingüística otomangue" (vol. 1) y otros más; *b)* comparación entre lenguas a corta distancia con el fin de establecer relaciones genéticas próximas, Suárez* "La posición lingüística del mosetén, del panotacana y del arahuaco" (vol. 14); *c)* la clasificación de grupos lingüísticos mediante la comparación a larga distancia para relaciones genéticas lejanas, William Bright "La clasificación de los idiomas indígenas de Norteamérica y de Mesoamérica" (vol. 20), y *d)* la dialectología o diversidad contemporánea de una lengua, con trabajos como los de Lastra* y Horcasitas*: "El náhuatl en el Distrito Federal, México" (vol. 13); "El náhuatl en el oriente del Estado de México" (vol. 14), y otros más; también hay otros artículos sobre lenguas zapotecanas (Rendón* y López Cruz).

Por último, un cuarto subgrupo de artículos corresponden a la "lingüística interdisciplinaria" y que se refiere en concreto a las relaciones entre las distintas especialidades antropológicas, Bosch-Gimpera* "Arqueología y lingüística en el problema de los orígenes vascos" (vol. 1) de *Anales de Antropología.*

Muchos artículos sobre lingüística aparecidos en *Anales* son aportes muy originales, con materiales de consulta obligada. Ejemplo de ello son las contribuciones sobre gramática y dialectología náhuatl y zapoteca. Lo mismo en relación con trabajos sobre algunas lenguas del grupo mayanse (Buenrostro* y Schumann*) y en últimas fechas sobre el purépecha (Nava*).

Cabe mencionar que son pocas las revistas sobre esta disciplina antropológica en México, de modo que *Anales* ha contribuido de manera significativa al haber tenido siempre un espacio para la lingüística antropológica.

* Autores del Instituto de Investigaciones Antropológicas.

A manera de colofón

La convocatoria de Solange Alberro (directora de la revista *Historia Mexicana*) y de Javier Garciadiego (director del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México) me pareció importante y oportuna en el momento político de nuestro país. Si bien es cierto que los investigadores de las instituciones de cultura del país hemos opinado contra las políticas que nos han impuesto, es evidente que nuestras voces no han sido atendidas. Año tras año se vienen dictando medidas que dicen pretender un mejor desarrollo de la ciencia en México, pero que en realidad la perjudican.

Así, muchas de nuestras revistas de difusión y divulgación con una larga e importante trayectoria, hoy se sostienen por inercia, pasan por difíciles momentos y con urgencia se deben remediar importantes aspectos de la vida académica que sin duda se reflejan en ellas. Los académicos debemos seguir publicando nuestros mejores trabajos en nuestras editoriales, en nuestras revistas y fortaleciendo a las ciencias y a las humanidades a partir de nuestra propia lengua.

Si todas las revistas convocadas para narrar sus historias aportan datos y experiencias, el balance que arroje el ejercicio concertado habrá valido la pena.

REFERENCIAS

ANALES DE ANTROPOLOGÍA

1964-1999 vols. 1-33. Sección de Antropología del Instituto de Investigaciones Históricas (vols. 1-10) e Instituto de Investigaciones Antropológicas (vols. 11-33). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

COMAS, Juan

1975 *Índices generales de Anales de Antropología*, vols. I-XII, años 1964-1975. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 78 pp.

NIETO HERNÁNDEZ, Rubén

1988 *Anales de Antropología*, en *La antropología en México. Panorama histórico.* México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, «Biblioteca del INAH», vol. 8, pp. 195-206.

OCHOA, Lorenzo

1983 *Quince años de arqueología en la UNAM.* México: Instituto de Investigaciones Antropológicas. Universidad Nacional Autónoma de México. 139 pp.

RAMOS, Rosa María y Andrés MEDINA

1990 *Anales de Antropología. Índices de los volúmenes I al XXV.* México: Instituto de Investigaciones Antropológicas. Universidad Nacional Autónoma de México, 88 pp.

VILLANUEVA, María

1995 *Anales de Antropología. Índices generales, 1964-1993.* México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 146 pp.

VILLANUEVA, María, Carlos SERRANO y José Luis VERA

1999 *Cien años de Antropología Física en México. Inventario Bibliográfico.* México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 498 pp.

ESTUDIOS DE HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA DE MÉXICO

Álvaro Matute
Instituto de Investigaciones Históricas,
Universidad Nacional Autónoma de México

En los inicios de la profesionalización de la actividad historiográfica en México, alrededor de 1940, prácticamente no existían revistas especializadas en la materia. Si bien se contaba con órganos como los *Anales del Museo Nacional* y el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística,* que daban cabida a artículos de temas históricos, no eran total, sino parcialmente especializadas. También hubo revistas de corta duración, como *Estudios Históricos,* que no se sostenían más allá de un par de años. El proceso de profesionalización fue abriendo la posibilidad de que la revista especializada fuera admitida como un espacio necesario para la comunicación de los resultados de la investigación histórica. Uno de los primeros órganos que satisfizo esa expectativa fue la *Revista de Historia de América,* que contaba con el patrocinio del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y en la que, una vez que los alumnos del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México alcanzaron la posibilidad de expresarse, se convirtieron en colaboradores si no permanentes, por lo menos asiduos de dicha revista. La Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid inició la publicación de sus *Memorias* en 1941, dando preeminencia a los textos de los miembros de la corporación. Don Alberto María Carreño tuvo la iniciativa de publicar cuatro volúmenes de

una revista interesante llamada *Divulgación Histórica*, que merecería una revisión.

Dentro del ámbito de la Universidad Nacional Autónoma de México, los historiadores a su servicio encontraron la posibilidad de dar a conocer sus trabajos en una sección permanente de *Filosofía y Letras*, cuya publicación comenzó, al igual que la de la Academia, en 1941. Los historiadores del arte, por su parte, iniciaron la edición de sus *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. Cabe advertir que tanto las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia* como *Filosofía y Letras* observaron una periodicidad trimestral rigurosa en sus primeros años, y posteriormente fueron abandonando ese rigor. Algunas veces se acudió a la estratagema del número doble y poco a poco se convirtieron en anuarios. De hecho, *Filosofía y Letras* desapareció en 1960 para dar lugar a la edición de anuarios de los que se encargaría cada uno de los colegios que la integraban: Filosofía, Letras, Historia, Geografía, etc. Así, el *Anuario de Historia*, cuyo editor, el doctor Juan Antonio Ortega y Medina, fue una de las primeras revistas especializadas en la disciplina que editó la UNAM.

No fue la primera, porque en 1959 apareció una nueva revista que, para decirlo de algún modo, era doblemente especializada. Se trata de *Estudios de Cultura Náhuatl*, del Instituto de Historia, animada por los fundadores del Seminario de Cultura Náhuatl que albergaba dicho instituto, Miguel León-Portilla y Ángel María Garibay K., ¿por qué doblemente especializada? En un principio la noción de revista especializada se refiere a una sola disciplina, como la historia, o la filosofía, etcétera. Muestra ejemplar de ello ha sido *Historia Mexicana*. El caso de *Estudios de Cultura Náhuatl* es interesante porque llama la atención acerca de la necesidad de ofrecer un órgano de expresión no sólo de una disciplina como la historia, sino de una especialidad dentro de ella, como lo es la cultura náhuatl, es decir, ni siquiera la totalidad del México precolombino. Al respecto, cabe anotar que pronto el doctor Alberto Ruz dedicó sus esfuerzos a la edición de una revista especializada en cultura maya.

Si se piensa con rigor, de hecho una revista como *Historia Mexicana* es especializada en la historia de un solo país. De ahí que una dedicada a una sola cultura se ofrecía como una novedad, por una parte, pero también como la expresión de que a esas alturas del siglo XX era necesario especificar más el ámbito de las especialidades en las que la disciplina histórica había incurrido. Es la época en que se abandonaron las historias generales, de corte enciclopédico, para dar lugar a los estudios particulares, monográficos, constreñidos no sólo a una época, que en el caso mexicano opera la tradición tripartita: historia antigua o prehispánica, colonial, virreinal o novohispana y nacional o moderna y contemporánea. Pero no sólo eso. Pronto se fue dando de manera paralela la especialización en aspectos de la historia, como el político, el cultural, el económico y social, etc. *Estudios de Cultura Náhuatl* tuvo una aceptación inmediata en el mundo académico nacional e internacional y se convirtió en modelo de lo que el Instituto que la patrocinaba podría llevar a cabo.

Cuando Miguel León-Portilla sucedió a don Pablo Martínez del Río en la dirección del Instituto de Historia, que en la gestión del doctor Ignacio Chávez como rector de la UNAM se convirtió en Instituto de Investigaciones Históricas, se determinó publicar otros órganos de expresión de los investigadores, a saber: *Anales de Antropología,* porque el Instituto contaba con una sección de Antropología a la que pertenecían muy distinguidos especialistas, *Estudios de Historia Novohispana* y *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México.* La medida no dejó de enfrentar algún riesgo, ya que no era abundante el número de investigadores especialistas en las épocas posteriores a la independencia de México, pero desde luego hubiera sido muy evidente el contraste consistente en apoyar una revista especializada en la época colonial y omitir hacerlo con otra para los tiempos posteriores. El Instituto contaba con una sólida planta de colonialistas.

Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México comenzó a aparecer en 1965, teniendo al doctor José Valero Silva como editor responsable. De esa manera, puede ha-

blarse de una primera época ligada al nombre de Valero, quien si bien impartía clases de historia colonial y era autor de un breve libro sobre la conquista, su campo preferente era la revolución mexicana, tema que también desarrollaba en la cátedra.

Los primeros tres volúmenes de la revista fueron editados por Valero, de 1965-1970, es decir, funcionó, al igual que el resto de las revistas del Instituto, como "publicación eventual". La mayoría de los colaboradores de esta primera etapa fueron investigadores del Instituto y profesores de la Facultad de Filosofía y Letras, como Ernesto de la Torre, Ernesto Lemoine, Martín Quirarte, Juan A. Ortega y Medina, e historiadores destacados como don José C. Valadés, quien dio a conocer en *Estudios* la *Cartilla socialista* de Plotino C. Rhodakanaty, acompañada de una larga introducción sobre el socialismo en México durante el siglo XIX, que para entonces era una novedad de mucho interés. Asimismo, colaboró en esa época Manuel González Ramírez, quien dio a conocer —al igual que Valero— algunos documentos del archivo que el general Gildardo Magaña acababa de donar a la UNAM. Entre ellos destaca uno en el que Otilio Montaño hace una justificación de "El zapatismo ante la filosofía y ante la historia" que es una de las mejores elaboraciones ideológicas del movimiento del sur. El factor de impacto de la revista puede medirse con el hecho de que este documento no aparece citado por los historiadores del zapatismo, que no le han concedido el peso suficiente al factor ideológico existente en la revolución del sur. Asimismo, se da el rescate de una serie de artículos de Antonio Díaz Soto y Gama sobre agrarismo, de 1913. Estas ediciones de documentos comenzaron a dar un perfil interesante a la revista, cuya sección documental habría que revisar en cada número, sin detrimento de los artículos originales que ofrecían nuevas interpretaciones en torno a algún asunto, como el de Ernesto de la Torre, sobre "La Iglesia en México, de la Independencia a la Reforma. Notas para su estudio", que en 1965 abría perspectivas que apenas han sido aprovechadas en los años más recientes. Fue, como otros trabajos del mismo autor, una

anticipación no exenta de cierto carácter revisionista, sobre un tema de controversia, más álgido entonces que ahora.

La viñeta dibujada por el arquitecto e historiador Manuel González Galván ya no fue utilizada a partir del cuarto número, de 1972. En su lugar, aparecieron viñetas de Posada y una portada poco lograda en cuanto a diseño gráfico con un fragmento del mural de la escalera de Palacio Nacional de Diego Rivera. A partir de ahí comenzó a tener injerencia en la revista el autor de esta reseña, quien funcionó de hecho, como secretario de redacción al lado del maestro De la Torre. Las afinidades bibliográficas de ambos, hicieron crecer la antes inexistente sección de reseñas. El volumen V estuvo a cargo, de manera conjunta, de Ernesto de la Torre, Martín Quirarte y Álvaro Matute. Del VI en adelante, y hasta el XVII, el autor de estas líneas fue el editor responsable, habiendo compartido la responsabilidad, una vez con Carmen Vázquez Mantecón y la última, con Martha Loyo, quien se hizo cargo de la revista desde el volumen XVII, como quedó dicho, y desde el XVIII, como única editora.

No puede hablarse de una diferenciación radical entre la época de Valero y la iniciada a partir del IV volumen. La transición fue más bien lenta y, tanto en éste como en el siguiente se sintió más la presencia de los maestros De la Torre y Quirarte que la mía. En lo que se notó mi presencia fue en el crecimiento de la sección de reseñas, muchas de ellas debidas a mi pluma y otras a la de neófitos a los que se les tuvo confianza para iniciarse en el mundo de las publicaciones y quienes respondieron a la altura de las circunstancias. Lamentablemente, la práctica de la reseña crítica no era muy extendida, aunque en otros órganos había dado muestras de muy buena salud. Con todo, y si bien fue disminuyendo la sección documental en la proporción en la que fue aumentando la de reseñas, ya se contó con ella como una presencia definitiva.

En cuanto a las temáticas, la historia diplomática hizo acto de aparición en la pluma de uno de sus más destacados cultivadores, el hoy olvidado Jorge Flores D., quien contribuyó con un extenso artículo llamado "Apuntes para una historia de la diplomacia mexicana. La obra pri-

ma, 1810-1824". Sin la parafernalia habitual, y con gran precisión, don Jorge Flores visita los más señalados acontecimientos de la diplomacia insurgente, hasta llegar a la prerrepublicana. *Estudios* ha sido una revista con escasa colaboración extranjera. El IV tiene esa excepción a la regla, con una contribución de Robert J. Ward, también de tema diplomático. En este número aparece otro trabajo breve de don José C. Valadés y un obituario que se distingue por el tono humano que le imprime Ernesto de la Torre a la extinción de la vida de Agustín Cué Cánovas.

Los estudios sobre temas de historiografía mexicana, que ya habían aparecido en la pluma de Juan A. Ortega y Medina, con un adelanto sobre José María Vigil, se actualizan con una larga incursión de Martín Quirarte en la obra de José C.Valadés, otro del mismo autor, sobre el hoy también olvidado Ralph Roeder —entonces muy leído— y uno del autor de estas líneas en el que aborda las propuestas de Gilberto Loyo y Rafael Ramos Pedrueza sobre la enseñanza de la historia.

Siguiendo la línea que había abierto Ortega y Medina en el *Anuario de Historia,* a partir del volumen V se contó con la participación de quienes habían egresado de la licenciatura hacía poco tiempo, para que contribuyeran con resúmenes o fragmentos de sus tesis.

Al completarse los diez primeros volúmenes fue elaborado un índice general, que recoge 133 títulos debidos a 66 autores. Estos títulos abarcan 72 artículos, diez presentaciones documentales, 48 reseñas y tres obituarios. Aparte de la utilidad que implica, el índice revela aspectos interesantes, como el hecho de que la historia de la historiografía fue la más frecuentada, con quince contribuciones, seguida de la historia diplomática y la política, con trece cada una, y once artículos dedicados a la historia de las ideas. La historia económica, que conoció gran auge a partir de los años setenta, en cambio, sólo cuenta con nueve trabajos dedicados a ella. El renglón de transcripción de documentos abarca una decena. Hubo otras temáticas tratadas, pero fueron minoría, como biografía, historia social, eclesiástica, regional y de la prensa.

Por lo que toca a temporalidades, las dos más frecuentadas, con quince artículos cada una, fueron "Primer Imperio a la Revolución de Ayutla" y la "Revolución Mexicana", seguidas muy de cerca por la independencia y la reforma y el imperio. La etapa posrevolucionaria, que se cierra en 1940 también tuvo atención, al igual que el porfiriato. Sobre la contemporaneidad posterior a 1940, hubo tres colaboraciones, una de ellas del prestigiado Stanley R. Ross.

Cabe destacar que a partir del volumen V la portada fue hecha a dos tintas, con el fragmento de un cuadro que representa la batalla de Molino del Rey, como fondo. Los colores variaban en cada entrega.

La llegada al volumen X propició que la revista adquiriera el compromiso de hacerse presente de manera más frecuente ante los lectores y que esto sirviera de aliciente a quienes quisieran colaborar en ella. El grabado de Molino del Rey fue sustituido por una litografía que representa el paso de tropas frente a un caserío, a partir del volumen XI, que apareció en 1988. De este año en adelante, se logró mantener una periodicidad anual, hasta 1993. Para el volumen XII se contó con la colaboración de Carmen Vázquez Mantecón como coeditora y del XIII-XVI, Ricardo Sánchez Flores, técnico académico del Instituto, fungió como editor asociado, dado que él fue encargado de llevar a feliz término la elaboración material de cada número. Con la entrega número XIV apareció por primera vez un consejo editorial, que tendría una vigencia de tres años. Esto sucedió en 1991, cuando comenzaron a sentirse presiones externas que culminaron en la declaratoria de excelencia de las revistas académicas, por parte del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt). *Estudios* no obtuvo ese privilegio, dado que el editor, quien esto escribe, funcionaba como *factotum* y no elaboraba dictámenes por escrito ni daba materiales a examinar, de acuerdo con las nuevas reglas del juego. Todo era realizado bajo la responsabilidad compartida del editor y del editor asociado, quienes conseguían colaboraciones, leían, revisaban, corregían, escogían color de portada, viñeta representativa del número y, con todo eso, no se pusieron al día en cuanto a los requerimientos del brazo académico del "ogro filantrópico".

Cabe aprovechar esta remembranza para reflexionar acerca de los elementos que la política desarrollada por el Conacyt ha impuesto a las revistas académicas humanísticas. Esto va conjugado con la política de evaluación del rendimiento de los investigadores, según las normas del Sistema Nacional de Investigadores. Las revistas, en sus etapas difíciles, para no llamarles heroicas, lo cual sería incurrir en la soberbia, con dificultad podían ser satisfechas con la colaboración de los miembros de la casa que las editaba. Los responsables tenían que inventar distintas maneras de colaboración para que se llenaran, en el caso de *Estudios*, las 240 páginas que en promedio ofrecía cada ejemplar. De ahí el concurso de jóvenes de cuyas tesis se rescataban páginas. Asimismo, era política institucional que los investigadores entregaran materiales a los órganos domésticos. De ahí que cuando se decidió seguir los patrones editoriales de las llamadas ciencias duras, consistentes en que lo óptimo es publicar en revistas de circulación internacional y con arbitraje, a quienes nos fogueamos en las épocas difíciles nos costó trabajo adoptar los nuevos patrones. Pese a todo, *Estudios* tenía circulación internacional. Mi mejor anécdota al respecto ocurrió cuando en 1985 Malcolm D. Deas me presentó con el bibliotecario encargado de la sección latinoamericana de la Biblioteca Bodleyana de la Universidad de Oxford. Cuando escuchó mi nombre me dijo "¡Ah, el editor de *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México!*", y procedió a mostrarme la colección en la estantería. Ahí recibí el certificado de internacionalidad de la revista, gracias a la excelente memoria del bibliotecario. El caso es que los investigadores no deben ser candiles de la calle y cumplir doblemente: en casa y en el mundo, pero insisto, el estilo de una revista se lo debe dar la institución que la sustenta. Pienso que en ella se expresa un grupo que tiene un cierto tipo de intereses, afinidades, características, en suma, un estilo. Si todos los investigadores de todas las instituciones sólo publicaran fuera de la suya, no existiría esa característica peculiar de cada órgano y se caería en una insípida globalización.

Ciertamente, la práctica del llamado arbitraje es positiva y le ahorra responsabilidades directas al editor, quien de todos modos debe leer cuidadosamente lo que le llega, pero a la hora de decidir, el dictamen ajeno es un auxiliar muy valioso.

Los volúmenes posteriores al X desarrollan lo que puede llamarse la etapa de madurez de la revista. Por una parte, la periodicidad anual se pudo mantener de manera más regular, aunque tuvo un bache de tres años, relacionado con el cambio de mando en la responsabilidad editorial. Por la otra, que es la sustancial, *Estudios* refleja una interesante puesta al día en los órdenes temático y metodológico. Una clasificación cuantitativa nos revela que fueron publicados, del XI-XX, 80 artículos, 40 reseñas, seis documentos y tres obituarios. La temática es rica y variada, alternando la historia social con la historiografía, la política y la diplomática, y aparecen la historia intelectual, la de las mentalidades, la historia de la prensa, prosopografía y otras especialidades. Hay en estos diez números el concurso de muchos estudiantes o egresados de doctorado, tanto provenientes de casa, es decir, del posgrado de la UNAM, como de El Colegio de México así como algunos del extranjero. Se contó con colaboraciones de autores de prestigio como Jean Meyer, Guillermo de la Peña y Alan Knight. Al lado de ellos, nuestros valores, como don Ernesto de la Torre, quien no deja de colaborar en cualquiera de las secciones de la revista. Y, fiel a su trayectoria, *Estudios* siempre será la casa de jóvenes que en el momento de publicar sus colaboraciones todavía se encuentran en su etapa formativa y que en la actualidad son ya presencias realizadas en el ámbito profesional. En *Estudios* publicaron algunos de sus primeros trabajos: Carlos Illades, Evelia Trejo, Laura O'Dogherty, Elisa Speckman, Alicia Mayer, Felipe Arturo Ávila Espinosa, Enrique Plasencia de la Parra, José Enrique Covarrubias, Silvestre Villegas, Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva, Ariel Rodríguez Kuri y Javier MacGregor, entre otros.

El volumen XVII fue el de la transición cuando el autor de esta nota abandonó el timón, compartiéndolo en ese

número con Martha Loyo, quien asumió la responsabilidad plena en el XVIII. Superado el bache temporal que alargó la continuidad entre el XVI y el XVII, pese a ser entonces dos los editores, pudo regularizarla a partir del XVIII y no sólo eso, sino que logró el *placet* del Conacyt como revista de excelencia. El compromiso implica, entre otras cosas convertirla en semestral, para lo cual, inteligentemente, fue reducido el número de páginas. La otra novedad, en este caso tipográfica, ha sido el cambio en el diseño de la portada, con base sólo en tipografía, muy logrado y moderno. Asimismo, se ha renovado el consejo editorial y se ha creado un comité que integra a todos los miembros de la sección de historia moderna y contemporánea del Instituto. Con ello se pretende mantener el equilibrio de colaboraciones, tanto locales como externas. Martha Loyo ha tenido el mérito de poner al día la revista, conservando las tradiciones que la constituyen.

El futuro que se le abre puede ser promisorio, en la medida en que el binomio modernidad/contemporaneidad aumenta en su temporalidad. Ahora ya es posible hacer referencia al siglo XX completo, lo cual permite y propicia que se vaya dando el caso de que los historiadores avancen en el estudio del tiempo mexicano hacia momentos posteriores al periodo presidencial de Lázaro Cárdenas. Hay que pensar que quienes tienen en 2001, 30 años, nacieron entre el último año de Díaz Ordaz y el primero de Echeverría, lo que los hace recuperar como historia no vivida una época de la que sus mayores somos testigos presenciales. Hegel llamaba historia original u originaria, o simple historia, dependiendo de las traducciones, a la historia que se elabora a partir de la memoria. La profesionalización de la disciplina ha propiciado un alejamiento marcado entre el historiador y su tiempo, acaso para salvaguardar la objetividad y ganar perspectiva y no ser acusado de incurrir en parcialidades que lo alejen de la supuesta nitidez con la que tiene que proceder. Eso ha propiciado la pérdida de dominio de la historia contemporánea y su cesión a sociólogos y especialistas en ciencia política, para quienes algo sucedido hace más de 20 años es remontarse a un pasado

nebuloso. Sin expulsarlos del campo, los historiadores deben compartir el examen de la contemporaneidad con ellos. La emergencia de nuevas generaciones formadas en los rigores de la disciplina tienen mucho que aportar al conocimiento de épocas vividas por las generaciones precedentes. Es ahí donde *Estudios de historia moderna y contemporánea de México* mantiene viva su tradición de ser un espacio abierto para quienes despuntan y para compartirlo con los veteranos. Asimismo, la presión de la necesidad de vivir sometidos a las evaluaciones seguirá propiciando que los espacios establecidos para la publicación en "revistas de circulación internacional con arbitraje", los mantenga abiertos para un número cada vez mayor de colaboradores.

El compromiso que se adquiere es el de ofrecer de 240-300 páginas al año para que en ellos se haga referencia disciplinada a lo acontecido desde la independencia nacional hasta, por lo menos, el último año del siglo XX y los que se vayan acumulando conforme avance el XXI.

PORTADA BARROCA
HACIA EL PASADO NOVOHISPANO

Felipe Castro Gutiérrez
Instituto de Investigaciones Históricas,
Universidad Nacional Autónoma de México

Una portada barroca

La portada se levanta en el antiguo Colegio de San Pedro y San Pablo. La cantería, de denso y delicado follaje, se proyecta para enmarcar la puerta de entrada y guiar la mirada hacia el escudo real y el pontificio. Como toda obra barroca, resulta más fácil apreciarla de cerca que de percibirse en su totalidad. El espectador primero se complace con la gracia y sutileza del cincel, y tiene que alejarse un tanto para apreciar el sentido y las proporciones del conjunto.

No siempre estuvo la portada aquí. El lugar original donde la soñó y construyó el arquitecto Ildefonso de Iniesta Vejarano fue el salón "General" de la antigua Universidad de México; muy cerca se hallaban las otras que edificó entre 1759-1761 para agraciar la entrada principal y la capilla. Las portadas corrieron con triste destino: sufrieron primero los embates del neoclásico y luego las obras de remodelación ordenadas por Justo Sierra en 1908. De todas solamente sobrevivió la que aquí nos ocupa, depositadas en una bodega. Allí la encontró José Vasconcelos y de la oscuridad fue llevada a la luz para engalanar la fachada del Colegio de San Pedro y San Pablo, por entonces destinado a una escuela secundaria.

Cuando en 1966 se presentó ante el lector *Estudios de Historia Novohispana* (en adelante EHN) llevó en su frente y primeras páginas un dibujo de esta obra barroca realizado por Manuel González Galván. Es interesante apreciar que en el frente de la revista, figura la portada con las puertas cerradas, de complejo ensamblado; en el interior estas puertas desaparecen, como si invitaran al lector a penetrar en el pasado.

En el primer artículo de este número inicial pudo leerse un breve texto (apenas unas cuatro páginas) de Francisco de la Maza, titulado precisamente "Las portadas estípites de la antigua universidad". Después de poner en claro la autoría de esta obra barroca y narrar brevemente la historia y destrucción de las portadas, decía el ilustre historiador que "¿Se sustituyó esta devastación con algún edificio moderno mejor que el destruido? No. Ahora es un hacinamiento de pintarrajeadas tiendas de paliacates. Así se "moderniza" la ciudad de México, con una falta de imaginación y de dignidad que raya en lo inverosímil.[1] Francisco de la Maza no volvió a publicar en EHN, pero se mantuvo como una especie de consejero informal en la revista hasta su fallecimiento en 1974.[2]

Esta preocupación conservadora —en el sentido estético y patrimonial del término— acompañó durante años a la nueva publicación. Se complementaba naturalmente con otras inquietudes. En este mismo volumen primigenio, Miguel León-Portilla escogió publicar una conferencia presentada en la Universidad de Salamanca —la más venerable del mundo hispánico, antecedente y paradigma de la mexicana— en un homenaje a fray Bernardino de Sahagún. En ella, concluía diciendo que

> nuestro propósito no es sólo evocar una pasada grandeza. Más que nada, es invitación a proseguir el estudio de la obra extraordinaria del franciscano y, sobre todo, a hacer nuestra esa actitud suya de comprensión profunda y humana de las diferencias culturales.[3]

[1] Maza, 1966.
[2] Martínez Marín, 1947.
[3] León-Portilla, 1966b.

Y, páginas más adelante, podía leerse a otro franciscano, Lino Gómez-Canedo, diciendo que

> Es sorprendente la facilidad con que adquieren carta de naturaleza y son aceptadas por la historiografía mejor acreditada ciertas afirmaciones muy dudosas o carentes en absoluto de base [...] De aquí que la crítica constituya parte esencial de la tarea historiográfica.[4]

Es característico del estilo institucional de entonces que la aparición de esta nueva publicación no viniera acompañada de grandes declaraciones de principios. Pero no sé si expresa o inadvertidamente, puede leerse en estos emblemas y artículos iniciales los principios que la guiarían durante décadas: compromiso con el rescate y conservación del pasado, humanismo, respeto a las diferencias y finalmente, lo que es propio y particular del historiador: la duda, la crítica y la discusión ilustrada.

La revista se mantiene hasta hoy día, abriendo sus páginas a todos los especialistas en historia novohispana, sin distinción de orientación o temática. Sin embargo, la forma y el modo de cumplir con los principios que le dieron origen no son ya los mismos. Las instituciones, el mundo académico y sus publicaciones, los estilos y convenciones han cambiado. La crónica de esta historia lleva consigo las ideas, los conflictos de su tiempo, las tensiones entre continuidad y cambio, entre modernidad y tradición.

De la Arcadia patriarcal a la modernidad institucional*

La época que giró en torno al meridiano del pasado siglo fue un momento cumbre en la historiografía mexicana. Cabe sospechar que lo que ayudó a su consagración fueron los años

[4] Gómez-Canedo, 1966.

* Agradezco a Rosa Camelo la información y referencias bibliográficas respecto a este periodo. Desde luego, la descripción e interpretaciones son de responsabilidad de este autor.

jóvenes de quienes a fines de la centuria estuvieron en posición de construir la memoria del periodo; pero también hay elementos que indican un cambio de rumbo, una coyuntura que marcó claramente un antes y un después.

Fueron, sin duda, buenos años para ser un joven estudiante de historia. En la secundaria podían escucharse las clases de profesores como Juan Ortega y Medina o Arturo Arnáiz y Freg. En la preparatoria de San Ildefonso, donde asistía prácticamente toda la población estudiantil, era fácil acudir a las conferencias que en el Colegio Nacional impartían José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Alfonso Caso, Manuel Toussaint o Diego Rivera. Y con un breve trayecto en tranvía se podía entrar sin restricción alguna a la Facultad de Filosofía y Letras, donde los jóvenes se entusiasmaban con los cursos de Justino Fernández, Samuel Ramos, Francisco de la Maza, Leopoldo Zea, Ortega y Medina y Edmundo O'Gorman.[5]

En la facultad, fueron los años de las grandes polémicas entre los eruditos tradicionales y los historicistas, los "filósofos de la historia".[6] Los historicistas atraían el entusiasmo de los alumnos con su desafío a las normas establecidas, una manera de ver y hacer historia que iba más allá de la compilación ordenada de datos, y una narrativa que permitía el vuelo de la imaginación, muy distinta de la seca reconstrucción tradicional de acontecimientos. Carlos Martínez Marín, quien estudió en la facultad entre 1947-1951, recuerda que

> [...] Cuando yo estudié historia se podría decir que había dos tipos de maestros: los más antiguos, que venían de una formación que no sé si sería justo llamarla positivista pero casi, y los profesores más jóvenes, que estaban imbuidos de modernidad; los de la vieja guardia eran buenos maestros, disciplinados, conocedores a fondo de sus temas, de todas las posibilidades que ofrecían las fuentes de información [...] Los jóvenes, los modernos, estaban enfocados principalmente en el área de

[5] MANRIQUE, 1995, pp. 427-428.
[6] TORRE VILLAR, 1998, p. 64.

historia del arte o entre algunas materias intermedias entre filosofía e historia.[7]

La revista *Filosofía y Letras* de esta facultad de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) proporcionaba un órgano de expresión a los renovadores y dio cabida a una polémica mesa redonda realizada en 1945 sobre "El problema de la verdad histórica".[8]

Los profesores tradicionalistas podían estar a la defensiva, pero ocupaban los puestos de dirección, contaban con el apoyo de las autoridades y, sobre todo, se hallaban al frente de una de las tendencias más notables de la época: la profesionalización de la investigación histórica y la creación de nuevas instituciones de docencia e investigación. En realidad, aunque los relatos sobre el periodo dan la palma a los renovadores, la cuestión de la corriente que a la larga predominó en la historiografía mexicana sigue estando abierta.

La creación del Instituto de Historia en 1945, resultó de las conversaciones y propósitos compartidos de varios prestigiosos historiadores. Entre ellos destacaban los que algunos estudiantes llamaban "los grandes viejos": Pablo Martínez del Río y Rafael García Granados. En la definición del proyecto también participaron académicos con una larga trayectoria, como Alberto María Carreño y Federico Gómez de Orozco e investigadores que tenían la experiencia previa de la creación del Instituto de Investigaciones Estéticas, como Manuel Toussaint, Justino Fernández y Salvador Toscano.

Pocos meses después de la creación del Instituto, Edmundo O'Gorman hizo pública una opinión crítica acerca de su orientación predominante:

> Del Instituto de Investigaciones Históricas quizá puede decirse que se echa de menos en su composición actual elementos

[7] MARTÍNEZ MARÍN, 1998, p. 78.

[8] "Sobre el problema de la verdad histórica", 1945. En esta mesa redonda participaron O'Gorman, Rafael Altamira, Ramón Iglesia, José Gaos, Paul Kirchhoff y Alfonso Caso, entre otros.

> que atiendan, como es de razón, los aspectos filosóficos de la historia, que es de capital importancia para el pensamiento histórico contemporáneo. Es de esperarse que esa omisión pronto se subsane [...]

Y en seguida, hablando de la situación institucional de los estudios históricos, decía que

> Todavía se echan de menos muchas cosas, por ejemplo un Instituto de Investigación de la Cultura Mexicana donde los historiadores pudiesen trabajar en estrecha comunicación e intercambio con el arqueólogo, el filólogo y el filósofo. Es decir, un centro de estudios de las ciencias humanas o del espíritu, en vista de las realidades culturales de nuestro país. Ninguna de las instituciones existentes acaban de satisfacer plenamente esta exigencia, ya por ser demasiado especializadas, ya por la orientación general que les han comunicado sus dirigentes.[9]

El Instituto tuvo en sus primeros años una vida bastante precaria. El espacio físico eran dos pequeñas habitaciones en el edificio de la Biblioteca Nacional —el frío y oscuro convento de San Agustín. En una se hallaba el archivo del general Porfirio Díaz que se encargaba de ordenar y publicar Alberto María Carreño; en la otra trabajaban Rafael García Granados y las jóvenes estudiantes que preparaban el *Diccionario biográfico de historia antigua de México.*[10] A falta de una sala de reuniones, el café Isabel, calle de por medio, servía de lugar de encuentro, sociabilidad y discusión.

Los investigadores laboraban en sus domicilios, en las salas de la Biblioteca Nacional o en el Archivo General de la Nación. No existía un presupuesto para publicaciones; se obtenían los fondos negociando en cada caso con instituciones gubernamentales, editoriales privadas o mecenas particulares, y como recordaría años después Ernesto de la

[9] O'GORMAN, 1945. O'Gorman ingresaría años después al Instituto, donde realizaría muchas de sus publicaciones y llegaría a ser investigador emérito.

[10] BORGONIO, 1998, pp. 20 y 21.

Torre Villar "realmente siento que a veces se trabajaba de milagro [...]" Obviamente, no había publicaciones periódicas propias.

El estilo de dirección era de una simplicidad patriarcal: tanto el director fundador, Pablo Martínez del Río como su sucesor, García Granados, favorecieron la comunicación personal e informal, confiaban en que cada investigador desarrollaría libremente sus actividades y esperaban que los auxiliares cumplieran sus tareas con un mínimo de supervisión. No existía propiamente hablando un plan de desarrollo institucional, informes o evaluaciones, y la burocracia y el papeleo eran mínimos. Tampoco había seminarios, reuniones del personal académico, organización de congresos o bien ciclos de conferencias.

Las condiciones cambiaron un tanto a raíz del traslado a Ciudad Universitaria, donde mayores espacios y presupuesto permitieron contratar a jóvenes egresados de la Facultad de Filosofía y Letras y de El Colegio de México —los primeros que tenían una formación básica en historia. Muchos de ellos arribaron como auxiliares en dos grandes investigaciones típicamente eruditas: la edición íntegra del archivo de Porfirio Díaz y el *Diccionario biográfico de historia antigua de México* de García Granados.

En 1957 ingresaron al Instituto Miguel León-Portilla y Ángel María Garibay, quienes prontamente organizaron el Seminario de Cultura Náhuatl e iniciaron la publicación de *Estudios de Cultura Náhuatl.* Poco después, en 1963, León-Portilla fue designado director, y durante su periodo de gobierno impulsó una reorganización profunda de la estructura y los estilos de comunicación del Instituto. En parte parece haberse tratado de una convicción personal;[11] pero en una perspectiva más amplia, éstos fueron los años en que la UNAM en su conjunto pasó por una restructuración que procuraba establecer normas y procedimientos en una institución que sobre todo a partir del traslado a Ciudad Universitaria había crecido guiada por proyectos y entusiasmos particulares, sin una planeación de conjunto. Dentro de estas medidas estu-

[11] LEÓN-PORTILLA, 1998, pp. 96-101.

vo la reglamentación de los centros de investigación, pues hasta entonces había existido una completa variedad tanto en su denominación como en su organización interna. Así, el Instituto de Historia posteriormente se denominó "de Investigaciones Históricas".

El Instituto adquirió la organización y los estilos de trabajo que en términos generales aún existen. Un cambio significativo en cuanto a formas de hacer historia se refiere, fue la cancelación del proyecto de edición del archivo de Porfirio Díaz, que para entonces sumaba ya treinta volúmenes.[12] Bajo la nueva dirección, se estableció una sección (de antropología, que poco después se separó para dar origen al Instituto de Investigaciones Antropológicas) y varias áreas (prehispánica, colonial, moderna y contemporánea). Y dado que existía el antecedente de una revista dedicada especialmente al área prehispánica, se crearon publicaciones para las demás: primero, *Anales de Antropología* (en 1964, actualmente editada por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM), *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea* (1965) y *Estudios de Historia Novohispana* (1966).

En la presentación del primer número de *EHN*, decía León-Portilla que

> Juntamente con la preparación de obras más extensas destinadas generalmente a publicarse en forma de libro, se ha considerado conveniente editar también una serie de anuarios en los que pueden ofrecerse trabajos más breves, artículos y ensayos, destinados a esclarecer algún punto en particular y que muchas veces podrán ser anticipo de lo que se ha encontrado a lo largo de la investigación.[13]

La revista se presentaba como un anuario (de hecho, en otro artículo del primer volumen se hablaba erróneamente del "Anuario de Estudios Novohispanos"). Sin embargo, como en las demás publicaciones del Instituto, *EHN* se defi-

[12] LEÓN-PORTILLA, 1998. pp. 106 y 109-110; véase también GARRITZ, 1998, pp. 133-134.

[13] LEÓN-PORTILLA, 1966.

nía en la portada interior como una "publicación eventual". La idea prevaleciente es que se trataba de una publicación seriada, pero que no tenía un necesario y forzoso carácter periódico.

La editora del número inicial fue Josefina Muriel, con la colaboración de Rosa Camelo. Recordaría Muriel, años después que Camelo "[...] tenía muchas relaciones con alumnos e investigadores jóvenes, y por tanto, conseguía artículos de personas que no estaban en el Instituto".[14] De hecho, en los volúmenes 2 y 3 Muriel y Camelo aparecen ya como coeditoras. De manera sorprendente, en los dos siguientes números los créditos de edición desaparecieron, hasta que en los volúmenes 6 y 7 se dieron a un comité compuesto por Rosa Camelo, Ignacio del Río, Jorge Gurría y Josefina Muriel. En los volúmenes 8-10 la sola responsabilidad fue de Rosa Camelo, algo que coincide, como veremos, con un cambio en la orientación de los artículos. Entre 1991-1999 la edición estuvo en manos de Felipe Castro Gutiérrez, y desde entonces a la fecha ha estado al cuidado de Pilar Martínez López-Cano.

El nombramiento del editor de las revistas lo realizaba inicialmente el director. Sin embargo, cuando en 1986 se discutió y aprobó un "Reglamento Interno" se determinó que la designación la realizaría el Colegio del Personal Académico. De hecho, la edición de las revistas quedó bajo la absoluta responsabilidad del editor; ni los directores ni el Comité Editorial, que en el Instituto de Investigaciones Históricas aprueba y supervisa la edición de originales, han tenido ni tienen injerencia directa en la edición de las publicaciones periódicas. El procedimiento —y asimismo, los largos periodos al frente de las revistas—, ha permitido que los editores actúen con independencia de criterio y que, hasta cierto punto, dejen su impronta en estilos y preferencia temáticas. Por las mismas razones, aunque las revistas tuvieron en sus orígenes características y propósitos comunes, con el tiempo acabaron por generar estilos, procedimientos y personalidades distintivas.

[14] MURIEL, 1998, p. 44.

Un cambio de cierta importancia formal ocurrió en 1991, cuando la organización y los procedimientos de *EHN* cambiaron para conformarse a los criterios internacionales y, posteriormente, a las recomendaciones y requerimientos establecidos por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología para el registro en el Índice Mexicano de Revistas de Excelencia (después renombrado "de Investigación Científica y Tecnológica"). Así, *EHN* se convirtió en una publicación periódica, primero anual y a partir de 1999, semestral. Asimismo, se estableció un consejo editorial compuesto por investigadores de la UNAM y un comité asesor externo. Se comenzaron a aceptar artículos en inglés, a incluir resúmenes ("abstracts") bilingües y a someter las contribuciones a dictámenes por escrito. El mayor cambio, en realidad, fue la transición de una publicación "en serie" a una propiamente periódica; en otras cuestiones la "modernización" simplemente significó que ciertos procedimientos que se habían realizado de manera informal pasaron a tener una considerable cauda burocrática.

El discurso del método

Estudios de Historia Novohispana no tiene ni ha tenido una adscripción teórica específica ni pertenece a alguna "capilla" particular. Esta orientación (o falta de ella) recibió en su tiempo una ambigua aprobación en el medio académico, como puede verse en una reseña publicada en *Historia Mexicana* donde Irene Vásquez de Warman, después de criticar la desigual calidad del primer volumen, decía que

> [...] el contenido de la revista es y será necesariamente en lo futuro heterogéneo; dará cabida a cualquier tema dentro de la historia colonial y no podrá ofrecer una plataforma definida ya que dentro de sus propósitos está el de incluir todas las tendencias y enfoques posibles. Estas características, que a mi juicio no constituyen un defecto, sí marcan el destino de esta publicación.[15]

[15] Vásquez de Warman, 1967, pp. 153-155.

Los artículos publicados a través de los años reflejan la muy diversa integración del Instituto de Investigaciones Históricas que, si bien fue fundado por historiadores "de la vieja escuela", fue poco a poco incorporando académicos de otras inclinaciones. También muestran, así sea de una manera parcial, las tendencias existentes en general en la investigación histórica de tema novohispano.

Desde luego, sería incorrecto apreciar el modo de ver la historia de un autor solamente por artículos de revistas. En los artículos se presentan habitualmente ya sean estudios particulares, que por su naturaleza no se prestan para desarrollos más amplios, o bien el resultado parcial de una investigación más ambiciosa. Por estas razones, las argumentaciones de mayor vuelo y ambición no son frecuentes dentro de textos que tienen una extensión limitada y una intención muy específica. Sin embargo, viendo las contribuciones en una perspectiva muy amplia, pueden apreciarse ciertas líneas de evolución del pensamiento y el método historiográfico.

Buena cantidad de los artículos publicados en los primeros números son glosa y comentario de documentos o fuentes impresas, o bien, simple y llanamente constituyen estudios preliminares a la publicación íntegra o selectiva de documentos.[16] Hay aquí una necesidad concreta de la profesión del historiador, la de contar con fuentes accesibles y confiables, paleografiadas con cuidado y comentadas con esmero. En ocasiones no existe un propósito ulterior, o éste se deja en manos del curioso lector. El amor por las páginas añejas, la tarea de desenlazar abreviaturas, desentrañar arcaísmos y ocuparse de transcribir lenta y sin prisa las palabras de otros tiempos deviene un propósito en sí mismo.

Es interesante apreciar que este socorrido género, que era uno de los favoritos de la tradición erudita, comienza a tener una presencia cada vez menor en la década de 1980; subsiste en los años siguientes, pero encuentra su lugar en una sección particular titulada "Documentaria". La edición

[16] Véanse HORCASITAS, 1978 y GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, 1991.

de textos llegó a ser considerada como un subproducto o en todo caso como una fase preliminar de la investigación, y no como su objeto propio y distintivo.

Estrechamente relacionado con la edición de textos se encuentran los artículos que pertenecen al género erudito respecto de alguna institución, personaje o acontecimiento, donde se rescatan y reconstruyen fragmentos del pasado, se comparan datos, examinan las contradicciones de los testimonios y dilucidan dudas. Típicamente, la importancia o pertinencia del asunto se considera evidente o, más bien, está fuera de cuestión. No hay una justificación de la trascendencia del tema, la elaboración de algún argumento acerca de su relación con procesos o ideas históricas más amplios, ni tampoco algún género de conclusión. La explicación venía de la narración; un hecho se derivaba del anterior, en una serie consecutiva de acontecimientos cuya explicación correspondía a una sucesión ordenada de documentos probatorios. El pasado era una "cosa en sí", que podía rehacerse a la manera del arqueólogo que pacientemente reúne las piezas de un objeto.

Es frecuente referirse a esta tradición historiográfica como "positivista". Sin embargo, como bien ha señalado Álvaro Matute, el concepto es equívoco por muchos conceptos. La búsqueda de la "verdad" objetiva de los hechos, el apoyo en documentos, el recurso sistemático a la revisión, comparación y conciliación de los testimonios, son de hecho muy anteriores a la aparición del positivismo.[17] Por otro lado, aunque el positivismo insistía en el conocimiento objetivo y la neutralidad del investigador frente a su objeto de estudio, su visión de la historia no se reducía al simple encadenamiento narrativo de hechos. La insistencia positivista en la explicación mediante leyes y el argumento de que existían estadios de la evolución de la sociedad aparecen en la producción historiográfica mexicana a la vuelta del siglo XX, pero su influencia no se prolonga más allá.[18] El positivismo historiográfico ocupa de

[17] MATUTE AGUIRRE, 1991 y 1999, pp. 15-16.
[18] MATURE AGUIRRE, 1991 y 1999.

hecho un breve —aunque importante— periodo en la historiografía mexicana.

No es el caso de la tradición erudita a la manera de Leopold von Ranke y sus sucesores, que establecieron y llevaron a la perfección los métodos que aun ahora, con poca variación, seguimos utilizando. O'Gorman la llamaba "tradición historiográfica-naturalista" o bien "historiografía científica".[19] Matute ha propuesto denominarla (sin mucho éxito) "empirismo tradicionalista". Asimismo, se la podría denominar historia procesal o legalista, y no solamente porque muchos de sus practicantes fueron abogados de formación, sino también porque como ha mencionado Stephen Haber, se basaba en nociones legalistas de prueba y alegato: códigos y ordenanzas, declaraciones de testigos (separándolos en presenciales o indirectos), corroboración comparativa de las declaraciones para dilucidar la verdad objetiva, razonamiento por analogía y construcción de una narrativa que reposaba en el brillo retórico y tenía contenidos morales implícitos.[20]

Se ha vuelto un lugar común denostar a la historia erudita y construir fáciles ironías respecto a su inocencia cognoscitiva, sus ilusiones acerca de la objetividad, la reducción del papel del historiador a un compilador de documentos y el esencialismo anacrónico de sus conceptos. A lo sumo, se le reconoce su capacidad para refinar métodos de trabajo y acumular ordenadamente información sobre el pasado. Sin embargo, en su momento la historia erudita fue una innovación. En sus orígenes, tuvo el propósito de separar la disciplina histórica de la literatura, la filosofía y la propaganda partidista. En el México posrevolucionario esta tradición trató de marcar distancias respecto a los esfuerzos gubernamentales de difundir e implantar ideas acerca de un destino compartido y la inevitabilidad del Estado-nación. Hoy día resulta extraño pensar en la erudición como una forma de disidencia cultural; pero efectivamente tuvo este sentido, aunque fuese una disidencia de carácter más bien simbólica y dirigi-

[19] O'GORMAN, 1947, p. 106.
[20] HABER, 1999, pp. 310-311.

da a un reducido grupo de iniciados. El mismo interés por el pasado colonial, aparentemente innocuo, contradecía una versión oficial que veía el periodo novohispano como una "no-historia", como una especie de paréntesis indeseable entre las glorias culturales del pasado prehispánico, las luchas patrióticas de la independencia y del siglo XIX y la apoteosis agraria y nacionalista de la Revolución.

Los fuegos de artificio del historicismo

Es un lugar común decir que la tradición erudita fue desplazada por el historicismo. La novedad e importancia de esta corriente historiográfica puede ser mal comprendida, precisamente porque muchos de sus postulados acabaron incorporándose en la práctica histórica habitual. No parece muy radical hoy día sostener la idea de que puede haber varias interpretaciones de un hecho o documento, que la verdad histórica es relativa, desconfiar de los esencialismos y la proyección de ideas contemporáneas hacia el pasado, insistir en que la comprensión del pretérito debe atender a sus circunstancias históricas y que el historiador debe reflexionar sobre los problemas cognoscitivos y filosóficos. Pero en su tiempo, fue una verdadera revolución historiográfica, que provocó grandes debates y pasiones encontradas.

La influencia del historicismo en los artículos de *EHN* es poco evidente en los primeros números aunque la editora, Rosa Camelo, se orientaba en esta dirección. En el volumen 4 apareció un artículo suyo, que podríamos llamar de un historicismo precavido, sobre "La idea de la historia en Baltasar de Obregón"[21] donde expone y comenta las ideas providencialistas de este autor. Las conclusiones son tanto del mayor interés como representativas de las preocupaciones de esta tendencia.

Baltasar de Obregón encierra la Historia en Dios, de Él parte su movimiento y los hombres con sus acciones vuel-

[21] Camelo, 1971.

ven este movimiento a Dios porque los hechos históricos tienen como último y verdadero fin su conocimiento y glorificación... a pesar de esta divina dirección, el hombre no pierde su libertad individual, ya que puede obrar bien o mal, siguiendo los caminos de la religión o cayendo en las tentaciones del demonio.

Es solamente en el volumen 7 cuando aparecen dos artículos de Roberto Moreno y de Rosa Camelo, que recogen conferencias impartidas en un ciclo organizado por la Academia Mexicana de la Historia sobre "Historiografía de la Nueva España" y se ubican plenamente dentro del historicismo. Desde entonces, aunque esta perspectiva no fue completamente dominante, se ha mantenido siempre presente.

La lectura del libro de Florescano y Pérez Montfort, *Historiadores de México en el siglo XX*[22] podría llevar a pensar que el historicismo se aceptó con entusiasmo y que se convirtió en la perspectiva hegemónica entre los historiadores mexicanos. Sin embargo, el desarrollo y expansión de esta corriente en México debería ser examinado de una manera crítica, o para hacer honor a sus principios, con ojos historicistas. En realidad, su predominio no es tan evidente, y aunque O'Gorman anunció repetidas veces la decadencia de la historiografía "naturalista", este género de trabajos siguió apareciendo sin mostrar señales de agotamiento. Podría decirse incluso que la monografía especializada, que es el estilo dominante en las revistas históricas contemporáneas, se deriva más de la tradición erudita que del historicismo.

Esto en parte se debe a que la crítica y compilación de fuentes eran y siguen siendo una tarea inevitable y fundamental para el historiador. Para cumplir con este propósito, la tradición erudita proporcionaba un método, una serie de procedimientos y técnicas respecto a la ubicación del material documental y bibliográfico, su clasificación, comparación y conversión en texto escrito que podía enseñarse y aplicarse con aparente facilidad, aunque el resultado fuese frecuentemente árido.

[22] FLORESCANO Y PÉREZ MONTFORT, 1995.

A diferencia, el historicismo no tenía un método propio y específico; consistía, más bien, en un conjunto de principios y actitudes. En las manos de sus principales exponentes, esto se convertía en una elocuente argumentación donde brillaba la vastedad de los conocimientos, la agudeza analítica y la posibilidad de, como decía Rosa Camelo, "penetrar en la vida y los hechos de hombres de otros tiempos, en sus formas de pensamiento y tener la capacidad de situarlos en lo que esas formas de pensamiento y esos hombres fueron".[23] Sin embargo, esta manera de pensar y hacer la historia tenía más de arte que de método; y como ocurre con las manifestaciones artísticas, es más fácil describirlas que imitarlas.

Por otro lado, el historicismo se acomodaba bien a cierto género de estudios, como la historia de la historiografía, la de las ideas o del arte; pero era difícilmente aplicable a los intereses que comenzaron a desarrollarse vigorosamente en los años sesenta, como la historia social, la económica o la demográfica. Para efectos prácticos el historicismo actuaba como si las altas y las bajas de la economía, las cifras de la población o los problemas sociales no incidieran en el pensamiento de los hombres de la época. Es característico que aunque esta corriente favoreció y generó la edición de buen número de crónicas e historias, dependía poco del material documental de archivo. Su aproximación a la historia de las ideas era aquella que los historiadores anglosajones suelen llamar "interna", para diferenciarlo del análisis "externo", que considera las ideas en relación con los acontecimientos y el contexto social.[24] La relación entre los "ratones de archivo", ansiosos por el soñado documento original, angustiados por la posible aparición de algún imprevisto documento que echara por tierra la narración era, en el mejor de los casos, condescendiente. A lo sumo, los acontecimientos importaban en la medida en que permitían a las personalidades manifestar sus opiniones sobre el hombre y el mundo que los rodeaba.

[23] CAMELO, 1998, p. 89.
[24] RAAT, 1971.

Asimismo, el énfasis en las ideas implicaba una fuerte inclinación intelectualista; el interés por los pensadores del pasado permitía trazar líneas de pensamiento que iban desarrollándose y transformándose a través del tiempo y las circunstancias, y situar en su justa perspectiva las polémicas como la muy famosa entre Las Casas y Sepúlveda, de manera tal que se iba más allá de los tradicionales juicios morales que proyectaban hacia el pasado valores contemporáneos.[25] A diferencia, se prestaba menos para comprender y explicar formas de pensamiento poco estructuradas, como las que ocurrían entre grupos semiletrados o analfabetas o creencias que, aunque muy arraigadas, no tenían una coherencia formal, como las que serían, con el tiempo, asunto de la historia "de las mentalidades".

Este intelectualismo elitista se presentó en los años cuarenta y tuvo su momento de auge a mediados de siglo. Pero en los años sesenta comenzó a percibirse la influencia de la llamada escuela de los *Annales*, que trajo consigo un avasallador interés por la historia social, económica y demográfica, el recurso a la cuantificación, a la perspectiva comparativa y el establecimiento de causalidades que, en cierto modo, implicaban un retorno a la visión naturalista de la historia.[26] Es también el periodo de prosperidad del marxismo, que aunque proveía de otra corriente de pensamiento, vino en México a coincidir con la "escuela francesa" en un distanciamiento de la historia política, militar y de las ideas, un énfasis en el estudio de la "infraestructura" de la sociedad y mayor interés por la historia vista "desde abajo".

No era exactamente que en los años previos la "escuela francesa" fuese desconocida. Silvio Zavala (quien se ocupó de que sus obras fuesen conocidas y publicadas en México) o Ernesto de la Torre estuvieron en Francia y conocieron de cerca a los grandes autores de ese tiempo, pero

[25] Véanse las polémicas de O'Gorman, con Marcel Bataillon, André Saint Lu y Laurette Sejourné. O'GORMAN, 1971 y 1974.

[26] Al respecto, véase el "estado de la cuestión" y en cierto modo convocatoria para la acción realizada por Enrique Florescano en la III Reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos, en 1969. FLORESCANO, 1971.

este acercamiento no se reflejó clara y directamente en sus obras.[27] Se trata, probablemente, de un relevo generacional. Si la época dorada de los historicistas coincidió con la formación y el arribo a las instituciones de los primeros académicos que tuvieron a la historia como su formación básica, el auge de la nueva historia social, económica y de implicaciones radicales coincide con la aparición de la "universidad de masas", la multiplicación de las instituciones y la expansión de una actividad profesional que, hasta entonces, había sido asunto de unos pocos elegidos.

La difusión de las nuevas tendencias historiográficas puede apreciarse muy bien en el número 8 de *EHN*, que es probablemente el más notable de esa época de la revista. En este volumen hay dos artículos muy significativos, uno de Norman F. Martin, acerca de los pobres, mendigos y vagabundos en la Nueva España,[28] cercano a lo que entonces era "historia social", y un texto de Ignacio del Río donde el autor utilizaba categorías y modelos conceptuales como el de la acumulación originaria y la destrucción de la comunidad como paso previo para el pleno desarrollo del capitalismo con el propósito de explicar la economía y la sociedad de las fronteras novohispanas.[29]

El énfasis estructural era muy vigoroso en los artículos de esos años. Así, se podía leer a Solange Alberro comparar las cifras de la producción minera con la curva numérica de los casos inquisitoriales de Zacatecas, y proponer un condicionamiento estructural de la conducta:

> En otras palabras, los hombres y las mujeres que cometen o se ven acusados de cometer delitos sin gravedad constituyen justamente la masa sensible a las oscilaciones de la producción de plata que domina la vida de la región. Su personalidad, a menudo poco individualizada, su estado social que los vuelve vulnerables los hacen adoptar comportamientos directamente regidos por la coyuntura económica.[30]

[27] Zavala, 1998, pp. 60-63.
[28] Martin, 1985.
[29] Río, 1985, p. 98.
[30] Alberro, 1985, p. 143.

El momento historiográfico es tanto más notable cuando se toma en cuenta que las investigaciones posteriores de muchos de estos autores fueron por otros caminos. En el artículo de Sergio Ortega que apareció en este mismo volumen 8, sobre "Introducción al estudio de las mentalidades"[31] se argumenta que esta perspectiva aporta un conocimiento de la manera en que los hombres percibieron y vivieron las estructuras económicas y sociales; y en seguida se establece que esta historia acepta el papel determinante de la instancia económica en los fenómenos sociales, y que uno de sus supuestos es que los comportamientos están determinados por las circunstancias económicas y sociales, que inducen ideologías, imágenes y representaciones mentales que los justifican.[32] De hecho, la amplia producción posterior del Seminario de Historia de las Mentalidades consideró a la cultura como una variable con determinantes complejos y su propio ritmo de evolución. Lo mismo puede decirse de la historia de tema indígena, misional y de las fronteras, donde categorías conceptuales como las de dominación, autonomía y negociación ocuparon el centro de la discusión.[33]

Los años recientes resultan menos fáciles de identificar en cuanto a influencias historiográficas. La diversidad proviene de la multiplicación de instituciones de formación básica y de posgrado, la proliferación de centros de investigación, los mayores contactos con otras disciplinas dedicadas al estudio de la sociedad y la ruptura del aislamiento de una historiografía que, si bien hasta entonces no había sido exactamente provinciana, había tenido escasos contactos con las tradiciones académicas del extranjero. También se debe a lo que podríamos llamar la apología del eclecticismo, donde parece conjuntarse el recurso a la metodología erudita, los principios relativistas del historicismo, la perspectiva socioeconómica y social del marxismo y

[31] ORTEGA NORIEGA, 1985, pp. 127-137.

[32] Es ilustrativo comparar este texto con una nueva versión presentada por el mismo autor en el ciclo de conferencias "El historiador frente a la historia", realizado en 1990. ORTEGA NORIEGA, 1992.

[33] RÍO, 1991.

los *Annales*, con una desconfianza hacia los determinismos. Si acaso, podría apreciarse una tendencia hacia una aproximación culturalista y hacia lo que en Estados Unidos ha dado en llamarse "nueva historia cultural",[34] con énfasis en un relativismo cognoscitivo, un retorno al análisis del testimonio escrito como objeto cultural, el interés por las estructuras mentales perdurables y los sistemas simbólicos que no tienen una relación directa con las condiciones materiales.[35] Paradójicamente, esta "nueva historia" recoge inadvertidamente muchas propuestas historicistas, aunque con un enfoque desplazado hacia los grupos subalternos y marginados.

Los grandes temas

En toda revista existe la tendencia a privilegiar ciertos temas, y *EHN* no es la excepción. Para ello contribuyen lo que podríamos llamar los tópicos generacionales en discusión, los estilos institucionales y los intereses de los editores. Asimismo, estas preferencias son las que confieren su personalidad a las publicaciones periódicas.

El estudio biográfico fue uno de los géneros favoritos de la tradición erudita, que estuvo presente con frecuencia en los primeros números de la revista. En ocasiones estos trabajos no pasaban de poner en orden la documentación y los hechos relacionados con un personaje, sin ir más allá ni presentar conclusiones; éstas quedaban abiertas a la inquietud o intereses del lector. Las biografías favoritas fueron casi inevitablemente de conquistadores, funcionarios y eclesiásticos, como Vasco de Quiroga[36] o Diego de Ibarra.[37] Uno de los pocos casos que se sale de este patrón y donde el propósito resulta explícito es el artículo de Josefina Muriel sobre Cuauhtémoc, donde sostiene que

[34] Young, 1999.
[35] Ramírez Ruiz, 2000 y Lavrin, 2000.
[36] Arriaga, 1966.
[37] Porras Muñoz, 1968.

> [...] es el ejemplar más acabado de un hombre en lucha por su libertad. Pero no por una vaga o indefinida idea de libertad, sino por aquella que, hablando en lenguaje de nuestro tiempo, es la que constituye los derechos del hombre: libertad religiosa, libertad política, libertad de propiedad, libertad personal.[38]

La escasez posterior de este género parece resultado de la desconfianza hacia la historia "heroica", elitista y romántica;[39] su decaimiento viene parejo con la expansión de la historia social y económica. Cuando posteriormente reaparece es con una variante peculiar: el personaje es en cierto modo la excusa o la vía de acceso para ingresar a realidades más amplias, como el papel de las personalidades en la formación de la sociedad colonial, la trascendencia de las clientelas personales y de la "familia" en sentido extenso y los mecanismos que permitían a los linajes distinguidos perpetuarse y a la vez renovar su composición mediante alianzas matrimoniales con funcionarios e inmigrantes. Son muy ilustrativos a este respecto los artículos de Victoria González Muñoz, sobre la presencia de inmigrantes vascos en las familias "beneméritas" de Yucatán,[40] y de Gustavo Alfaro Ramírez, quien se ocupa de la manera en que un funcionario acumulaba influencias y enemigos.[41] Es interesante constatar que si las biografías tradicionales privilegiaron el siglo de la conquista, en cambio aquellas que dan al biografiado un enfoque contextual tienden a ocuparse de épocas posteriores y a incorporar elementos de la sociología política.

[38] MURIEL, 1966. Este artículo fue posteriormente reimpreso masivamente por el Partido Revolucionario Institucional con un prólogo del presidente De la Madrid. Debe tenerse en cuenta que por entonces la polémica sobre la autenticidad de los restos de Cuauhtémoc en Ixcateopan (sobre la cual la autora no se pronuncia) era reciente.

[39] Véanse los comentarios respecto de este género de HAMILL Jr., 1971, pp. 285-286.

[40] GONZÁLEZ MUÑOZ, 1994.

[41] ALFARO RAMÍREZ, 1997.

Una evolución en cierto modo contraria a la historia biográfica es la que siguen los estudios sobre la economía colonial. Salvo alusiones marginales, la historia económica estuvo prácticamente ausente en los años iniciales de la revista. Es a partir de la década de los ochenta que apareció con regularidad y que incluso tiende a desplazar a otros géneros. No está por demás mencionar que la actual editora de la revista, Pilar Martínez López-Cano, es una historiadora de la economía y del crédito colonial.

La historia económica tiene una larga tradición en México; Luis Chávez Orozco, destacadamente, dedicó varios trabajos al tema y se ocupó de publicar muchos materiales documentales para su estudio. El auge contemporáneo del género es en parte, resultado de la influencia de autores como Labrousse, Braudel y Vicens Vives en México. El libro de Enrique Florescano sobre *Precios del maíz y crisis agrícola en México* (1969)[42] probablemente marca el inicio de una tendencia que ha tenido una considerable y amplia cauda de publicaciones.

Esta corriente tiene diversas influencias y rutas de ingreso. Sería desde luego excesivo considerar que *EHN* representa y reúne una manera particular de abordar el tema, pero cuando se examinan con detenimiento los artículos respectivos resalta que las cuestiones económicas son abordadas de manera indirecta, mediante el estudio de las instituciones o de ciertas personalidades. Asimismo, el método utilizado es el tradicional de los estudios históricos (la serie ordenada de documentos, con una argumentación que se encamina a convencer, más que a probar hipótesis). Son los casos del artículo de Antonio Rubial, "Santiago de Ocuituco: la organización económica de un convento rural agustino a mediados del siglo XVI"[43] de Gisela von Wobeser, "La política económica de la corona española frente a la industria azucarera en la Nueva España"[44] o de Carmen Yuste, "Francisco Ignacio de Yraeta y el comercio

[42] Florescano, 1969.
[43] Rubial García, 1981.
[44] Wobeser, 1987.

transpacífico".[45] Los temas propiamente económicos y el recurso a las series numéricas y gráficas, pasan a primer plano; se trata sobre todo de estudios acerca de la tributación o los ciclos de la minería como los publicados por Ramírez Gallardo, Bakewell, Hausberger y Hillerkuss.[46]

Sin embargo, en uno y otro casos una conclusión general parece clara: la comprensión plena de los ciclos económicos, de los auges y crisis de los reinos y las regiones tiene una estrecha vinculación con los criterios gubernamentales sobre el buen gobierno, con las tradiciones jurídicas y la actuación de oligarquías y linajes dedicados a controlar e influir en la manera en que los hombres organizaban la vida material. El gran modelo de la economía imperial y la dependencia colonial, la vasta estructura teórica, no parecen haber tenido una utilidad directa o una repercusión práctica en el análisis.[47]

A pesar de que *EHN* en principio se dedicó a todos los aspectos de la historia novohispana, existen ciertos tópicos que se reiteran volumen tras volumen, y que han permanecido constantes a lo largo de las décadas. Éstos son la historia eclesiástica, la misional, la indígena y de la frontera norte del virreinato. Estos temas, como una revisión cuidadosa permite observar, guardan una estrecha relación entre sí. Su frecuencia se presta bien para observar las tendencias, continuidades y transformaciones en la reflexión historiográfica.

En los primeros artículos publicados sobre la Iglesia es evidente el interés por los aspectos fundacionales e institucionales. A esta orientación pertenecen los trabajos de Virve Piho y Ernesto de la Torre Villar sobre la organización eclesiástica,[48] de Josefina Muriel respecto a los primigenios conventos franciscanos[49] y de Lino Gómez Canedo,

[45] YUSTE, 1987.

[46] RODRÍGUEZ GALLARDO, 1985; BAKEWELL, 1991; HAUSBERGER, 1995, y HILLERKUSS, 1996.

[47] Una excepción es la contribución de Cheryl MARTIN: "Modes of Production in Colonial Mexico: The Case of Morelos" (1992).

[48] PIHO, 1991 y TORRE VILLAR, 1970.

[49] MURIEL, 1978.

sobre los antecedentes de la evangelización del occidente novohispano.[50] El tono general es de estilo "ricardiano" y se muestra muy bien en la contribución de De la Torre Villar, cuando argumenta que los gobiernos civil y eclesiástico de América aprovecharon la tradición institucional y colonizadora española, pero también se organizaron con base en experimentos apoyados a menudo en altos ideales y aun utopías, que algunas veces la realidad y otros mezquinos y oscuros intereses contrariaron e hicieron fracasar.

Los cambios pueden observarse en cierta inclinación hacia las heterogéneas manifestaciones de la vida religiosa, tanto entre los eclesiásticos como entre la población laica. Se trata, desde luego, de la heterodoxia, a la que Eva Uchmany[51] y Solange Alberro[52] dedicaron artículos, pero asimismo, de las modalidades escatológicas del cristianismo barroco que fueron atractivas para Carmen León Cázarez y Antonio Rubial García[53] y de otras manifestaciones que, aun dentro de la ortodoxia, constituían corrientes divergentes dentro del catolicismo.[54]

La renovación de este campo de estudios puede haber provenido, como se ha dicho frecuentemente, de la conjunción del método histórico y de la perspectiva antropológica. Sin embargo, lo que se aprecia en *EHN* es sobre todo la influencia de Charles Gibson. La publicación de *Los aztecas bajo el dominio español*, como ha comentado James Lockhart,[55] llevó al primer plano el estudio de los indios como sujetos de la historia, y no meramente como un objeto sometido a los proyectos bien o mal intencionados de religiosos, funcionarios y colonos españoles. Esta obra no trajo consigo, en realidad, nuevas aportaciones metodológicas ni teóricas; pero al cambiar de perspectiva introdujo los principios que hicieron posible una crítica razonada de

[50] GÓMEZ-CANEDO, 1987.
[51] UCHMANY, 1985 y 1987.
[52] ALBERRO, 1985.
[53] LEÓN CÁZAREZ, 1993 y RUBIAL GARCÍA, 1998.
[54] RUBIAL GARCÍA, 1978.
[55] LOCKHART, 1995, p. 162.

la labor misional, alejándola de la añeja y monótona polémica sobre la "verdadera naturaleza" moral de la conquista.

La renovación en el tratamiento de la temática fue paulatina. Todavía en 1966 María Elena Galaviz hablaba del descubrimiento de seris y pimas por los españoles,[56] y en 1968 Delfina López Sarrelangue seguía las crónicas jesuíticas cuando aseveraba que las misiones habían dado preciados frutos en el ejercicio de las cuatro virtudes cardinales de justicia, prudencia, fortaleza y templanza.[57]

No muchos años después (1974) Ignacio del Río retomaba estos temas y en sus comentarios a un informe misional sostenía que

> En cierta forma, la civilización llevada por los misioneros y la consiguiente ruptura del equilibrio entre formas culturales y medio natural que habían logrado establecer los californios como resultado de un proceso milenario de adaptación, obraron también como factores causales del descenso de población, aunque sus efectos en este sentido son difícilmente cuantificables.[58]

En este artículo aparecen las cuestiones de la adaptación a un medio ambiente, de las consecuencias deliberadas e involuntarias del programa misional de cambio cultural, y de la ruptura de los complejos vínculos, relaciones y prácticas que permitían la supervivencia y continuidad de una sociedad que después el autor expondría más ampliamente en *Conquista y aculturación en la California jesuítica, 1697-1768*,[59] donde expone un modelo de análisis sobre la sedentarización de los grupos indígenas en un contexto misional que, hasta la fecha, sigue siendo el más amplio y explicativo.

Es interesante comparar estas consideraciones sobre el cambio cultural atendiendo a su contraparte, esto es, la

[56] GALAVIZ DE CAPDEVIELLE, 1966.
[57] LÓPEZ SARRELANGUE, 1968.
[58] RÍO, 1974.
[59] RÍO, 1984.

forma en que el medio ambiente y la sociedad misional afectaron a los misioneros. La reconstrucción que hace Bernd Hausberger de la vida cotidiana de los jesuitas, basándose en su correspondencia privada, proporciona un curioso panorama sobre la dura realidad que afrontaban los misioneros, y las penas que ocasionaba el cumplimiento (o, en ocasiones, el incumplimiento) de las virtudes teologales en tierra de gentiles.[60]

En cierto modo, la historiografía ha recorrido un camino similar al de los jóvenes misioneros: desde las grandes generalizaciones idealizadas hacia el análisis concreto de las diversas condiciones que dan razón de los acontecimientos. Esto ha permitido hacer evidente que la respuesta indígena ante la conquista y la evangelización no fue pasiva, pero que tampoco puede explicarse con determinismos simplistas o por alguna supuesta voluntad indígena de resistencia permanente al dominio español.

José Luis Mirafuentes se ha adentrado repetidamente en el tema con resultados que son tanto interesantes como sorprendentes. En su estudio sobre las tropas de indios auxiliares en Sonora,[61] describe cómo la conquista y posteriormente la defensa de las fronteras la realizaron los propios indios. Comenta cómo los indígenas llegaron a menospreciar a los soldados españoles y a ver con resentimiento cómo su contribución en la defensa del reino no les ponía a salvo de las depredaciones de militares y colonos. Además, argumenta que estas situaciones se insertaron en las pugnas entre los jesuitas, los colonos vascos y los demás vecinos y autoridades civiles y que fueron estos complejos conflictos los que alteraron las relaciones de autoridad en el seno de la sociedad indígena, provocaron levantamientos y condicionaron la respuesta de las autoridades frente a la violencia de los naturales.[62]

[60] HAUSBERGER, 1997.
[61] MIRAFUENTES GALVÁN, 1993.
[62] LÓPEZ SARRELANGUE, 1968.

Portadas barrocas y estética posmoderna: las revistas al final de un siglo

A mediados del pasado siglo los historiadores mexicanos contaban con media docena de publicaciones periódicas. Ahora, a cinco décadas de distancia las instituciones de investigación y enseñanza de la historia se han multiplicado, y raro es el caso de las que no cuentan con su propia revista. Agréguese a esto que la publicación en revistas extranjeras no es ya algo excepcional, y que estas ediciones pueden adquirirse o consultarse con una facilidad anteriormente inusual.

La posibilidad de una selección "natural", determinada por la pertinencia y calidad no existe, dado que la mayor parte de las revistas sobreviven gracias a subsidios institucionales y persisten aunque el grueso de sus volúmenes acumulen polvo en librerías y bodegas. Hemos arribado a la situación en que el problema para el investigador no es tanto contar con publicaciones periódicas, sino estar al tanto de todas ellas y contar con criterios confiables que permitan distinguir las de interés de las que no lo son. El Índice Mexicano de Revistas de Investigación Científica y Tecnológica del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología ha sido un primer paso en este sentido, avalado por su adopción de criterios internacionales y la existencia de un "comité de pares" para la evaluación del ingreso y permanencia del registro de publicaciones periódicas.

Sin embargo, la cuestión de la calidad intrínseca de las revistas no agota la discusión sobre su sentido y razón de existir. Las publicaciones periódicas surgieron y permanecieron como una forma de comunicar resultados parciales o finales de investigaciones que por su extensión o carácter no podían ni ameritaban presentarse como libros. Las revistas (o al menos algunas de ellas) por su periodicidad, procedimientos y calidad cumplieron con una importante función, y la publicación de ellas se convirtió en una tradición muy arraigada entre los historiadores.

Sin embargo, hoy día la aparición de la edición electrónica —con su bajo costo, facilidad e inmediatez de su consulta por

la gran mayoría del público universitario y no universitario— presenta un serio desafío a la existencia de las revistas. La inercia institucional y cierta resistencia al cambio tecnológico han permitido que las publicaciones periódicas, en su mayor parte, ignoren los cambios y que los editores actúen como, si para efectos prácticos, el mundo permaneciera tal cual era hace tres décadas. Algunas publicaciones fuera de México han iniciado una transición y tienen ediciones tanto impresas como digitales: es el caso, destacadamente, de *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, publicada por la Universidad de Tel Aviv. El camino de la transformación de las revistas académicas parece claro; lo que resulta menos evidente es adónde las conducirá.

REFERENCIAS

ALBERRO, Solange

1985 "Zacatecas, zona frontera, según los documentos inquisitoriales, siglos XVII y XVIII", en *Estudios de Historia Novohispana*, 8, pp. 139-174.

ALFARO RAMÍREZ, Gustavo

1997 "¿Quién encarceló al alguacil mayor de Puebla? La vida, los negocios y el poder de don Pedro de Mendoza y Escalante, 1695-1740", en *Estudios de Historia Novohispana*, 17, pp. 31-62.

ARRIAGA, Antonio

1966 "Vasco de Quiroga, fundador de pueblos", en *Estudios de Historia Novohispana*, 1, pp. 149-155.

BAKEWELL, Peter

1991 "La periodización de la producción minera en el norte de la Nueva España durante la época colonial", en *Estudios de Historia Novohispana*, 10, pp. 31-43.

BORGONIO, Guadalupe

1998 "Editar la historia", entrevista con Laura Espejel, en OLIVERA, RUEDA y ESPEJEL, pp. 19-28.

CAMELO, Rosa

1971 "La idea de la historia en Baltasar de Obregón", en *Estudios de Historia Novohispana*, 4, IV, pp. 51-57.

1998 "Libertad de concebir la historia de otra manera", entrevista con Alicia Olivera, en OLIVERA, RUEDA y ESPEJEL, pp. 85-98.

FLORESCANO, Enrique

1969 *Precios del maíz y crisis agrícola en México (1708-1810).* México: El Colegio de México.

1971 "Perspectivas de la historia económica en México", en *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México. Memorias de la tercera reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos.* México: Universidad Nacional Autónoma de México-El Colegio de México-The University of Texas at Austin, pp. 317-338.

FLORESCANO Enrique y Ricardo PÉREZ MONTFORT

1995 *Historiadores de México en el siglo* XX. México: Fondo de Cultura Económica-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

GALAVIZ DE CAPDEVIELLE, María Elena

1966 "Rebeliones de seris y pimas en el siglo XVIII. Características y situación", en *Estudios de Historia Novohispana,* 1, pp. 187-213.

GARRITZ, Amaya

1998 "Trabajar para los demás", entrevista con Laura Espejel, en OLIVERA, RUEDA y ESPEJEL, pp. 133-148.

GÓMEZ-CANEDO, Lino

1966 "¿Hombres o bestias? (Nuevo examen crítica de un viejo tópico)", en *Estudios de Historia Novohispana,* 1, pp. 29-51.

1987 "Huicot: antecedentes misionales", en *Estudios de Historia Novohispana,* 9, pp. 95-145.

GONZÁLEZ MUÑOZ, Victoria

1994 Andrés Rojo de Ruilova: un hidalgo guipuzcoano en Yucatán", en *Estudios de Historia Novohispana,* 14, pp. 39-60.

GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Luis

1991 "Testimonios sobre la destrucción de las misiones tarahumaras y pimas en 1690", en *Estudios de Historia Novohispana,* 10, pp. 189-235.

HABER, Stephen

1999 "Anything Goes. Mexico's "New Cultural History", en *The Hispanic American Historical Review,* LXXIX:2 (mayo) pp. 309-330.

HAMILL Jr., Hugh

1971 "The Status of Biography in Mexican Historiography", en *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México. Memorias de la tercera reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos.* México: Universidad Nacional Autónoma de México-El Colegio de México-The University of Texas at Austin, pp. 285-304.

HAUSBERGER, Bernd

1995 "La minería novohispana vista a través de los 'libros de cargo y data' de la Real Hacienda (1761-1767)", en *Estudios de Historia Novohispana,* 15, pp. 35-66.

1997 "La vida cotidiana de los misioneros jesuitas en el noroeste novohispano", en *Estudios de Historia Novohispana,* 17, pp. 63-106.

Hillerkuss, Thomas

1996 "Tasaciones y tributos de los pueblos de indios de la provincia de Ávalos, 1535-1555", en *Estudios de Historia Novohispana,* 16, pp. 15-32.

HORCASITAS, Fernando

1978 "Los descendientes de Nezahualpilli: documentos del cacicazgo de Tetzcoco (1545-1855)", en *Estudios de Historia Novohispana,* 6, pp. 145-185.

LAVRIN, Asunción

2000 "La escritura desde un mundo oculto: espiritualidad y anonimidad en el convento de San Juan de la Penitencia", en *Estudios de Historia Novohispana,* 22, pp. 49-75.

LEÓN CÁZAREZ, María del Carmen

1993 "La presencia del demonio en las *Constituciones Diocesanas* de fray Francisco Núñez de la Vega", en *Estudios de Historia Novohispana,* 13, pp. 41-71.

LEÓN-PORTILLA, Miguel

1966 "El primer volumen de Estudios de Historia Novohispana", en *Estudios de Historia Novohispana,* 1, pp. 7-8.

1966b "Significado de la obra de fray Bernardino de Sahagún", en *Estudios de Historia Novohispana,*1, pp. 13-27.

1998 *Egohistorias. El amor a Clío,* en MEYER, pp. 83-122.

1998b "El tesoro del legado y del presente indígena", entrevista con Alicia Olivera y Salvador Rueda, en OLIVERA, RUEDA y ESPEJEL, pp. 99-132.

LOCKHART, James

1995 "Charles Gibson y la etnohistoria del centro de México después de la Conquista", en FLORESCANO y PÉREZ MONTFORT, pp. 160-176.

LÓPEZ SARRELANGUE, Delfina

1968 "Las misiones jesuitas de Sonora y Sinaloa. Bases de la colonización de la Baja California", en *Estudios de Historia Novohispana*, 2, pp. 149-201.

MANRIQUE, Jorge Alberto

1995 *Historiadores de México en el siglo XX*, en FLORESCANO y PÉREZ MONTFORT, pp. 427-435.

MARTIN, Norman F.

1985 "Pobres, mendigos y vagabundos en la Nueva España: antecedentes y soluciones presentadas", en *Estudios de Historia Novohispana*, 8, pp. 99-126.

MARTIN, English Cheryl

1992 "Modes of Production in Colonial Mexico: The Case of Morelos", en *Estudios de Historia Novohispana*, 12, pp. 107-121.

MARTÍNEZ MARÍN, Carlos

1947 "Francisco de la Maza", en *Estudios de Historia Novohispana*, 1, pp. 7-8.

1998 "Entre la historia y una nueva disciplina", entrevista con Alicia Olivera, en OLIVERA, RUEDA y ESPEJEL, pp. 75-83.

MATUTE AGUIRRE, Álvaro

1991 "Notas sobre la historiografía positivista mexicana", en *Secuencia*, 21 (sep.-dic.), pp. 49-64.

1999 *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935).* México: Universidad Nacional Autónoma de México-Fondo de Cultura Económica.

MAZA, Francisco de la

1966 "Las portadas estípites de la antigua Universidad", en *Estudios de Historia Novohispana*, 5, pp. 9-12.

MEYER, Jean (coord.)

1998 *Egohistorias. El amor a Clío.* México: Centre d'Études Mexicaines et Centraméricaines.

MIRAFUENTES GALVÁN, José Luis

1993 "Las tropas de indios auxiliares: conquista, contrainsurgencia y rebelión en Sonora", en *Estudios de Historia Novohispana*, 13, pp. 93-114.

1994 "Estructuras de poder político, fuerzas sociales y rebeliones indígenas en Sonora (siglo XVIII)", en *Estudios de Historia Novohispana*, 14, pp. 117-143.

MURIEL, Josefina

1966 "Divergencias en la biografía de Cuauhtémoc", en *Estudios de Historia Novohispana*, 1, pp. 53-119.

1978 "En torno a una vieja polémica. Erección de los primeros conventos de San Francisco en la ciudad de México", en *Estudios de Historia Novohispana*, 6, pp. 7-38.

1998 "Una vida de amor a la verdad y a la justicia", entrevista con Alicia Olivera, en OLIVERA, RUEDA y ESPEJEL, pp. 29-50.

O'GORMAN, Edmundo

1945 "Cinco años de historia en México", en *Filosofía y Letras* (oct.-dic.), 20, pp. 167-183.

1947 *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. México: Imprenta Universitaria.

1971 "Comentarios a un nuevo libro sobre el padre Las Casas", en *Estudios de Historia Novohispana*, 4, pp. 163-168.

1974 "Fray Bartolomé de Las Casas en la historia universal siglo XXI", en *Estudios de Historia Novohispana*, 5, pp. 233-239.

OLIVERA, Alicia, Salvador RUEDA y Laura ESPEJEL (coords.)

1998 *Historia e historias. Cincuenta años de vida académica del Instituto de Investigaciones Históricas*. Salvador Rueda y Laura Espejel (entrevistas). México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas.

ORTEGA NORIEGA, Sergio

1985 "Introducción al estudio de las mentalidades. Aspectos metodológicos", en *Estudios de Historia Novohispana*, 8, pp. 127-137.

1992 "Introducción a la historia de las mentalidades", en *El historiador frente a la historia. Corrientes historiográficas actuales*. México: Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 87-95.

PIHO, Virve

1991 "La organización eclesiástica de la Nueva España durante los siglos XVI y XVII", en *Estudios de Historia Novohispana*, 10, pp. 11-30.

PORRAS MUÑOZ, Guillermo

1968 "Diego de Ibarra y la Nueva España", en *Estudios de Historia Novohispana*, 2, pp. 49-78.

RAAT, William D.

1971 "Ideas and History in Mexico: An Essay on Methodology", en *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México. Memorias de la tercera reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos.* México: Universidad Nacional Autónoma de México-El Colegio de México-The University of Texas at Austin, pp. 687-699.

RAMÍREZ RUIZ, Marcelo

2000 "Microcosmos. El hombre del Nuevo Mundo y la tradición grecolatina", en *Estudios de Historia Novohispana*, 21, pp. 13- 47.

RÍO, Ignacio del

1974 "Población y misiones de Baja California en 1772. Un informe de fray Juan Ramos de Lora", en *Estudios de Historia Novohispana*, 5, pp. 241-271.

1984 *Conquista y aculturación en la California jesuítica, 1697-1768.* México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas.

1985 "Auge y decadencia de los placeres y el real de la Cieneguilla, Sonora (1771-1783)", en *Estudios de Historia Novohispana*, 8, pp. 81-98.

1991 "Colonialismo y frontera. La imposición del tributo en Sinaloa y Sonora", en *Estudios de Historia Novohispana*, 10, pp. 237-265.

RODRÍGUEZ GALLARDO, Adolfo

1985 "Notas para el estudio del azogue en México en el siglo XVIII", en *Estudios de Historia Novohispana*, 8, pp. 223-242.

RUBIAL GARCÍA, Antonio

1978 "La Insulana, un ideal franciscano medieval en Nueva España", en *Estudios de Historia Novohispana*, 6, pp. 39-46.

1981 "Santiago de Ocuituco: la organización económica de un convento rural agustino a mediados del siglo XVI", en *Estudios de Historia Novohispana,* 7, pp. 2-28.

1998 "Cuerpos milagrosos. Creación y culto de las reliquias novohispanas", en *Estudios de Historia Novohispana,* 18, pp. 13-30.

"Sobre el problema de la verdad histórica"

1945 "Sobre el problema de la verdad histórica", en *Filosofía y Letras* (oct.-dic.), 20, pp. 245-247.

TORRE VILLAR, Ernesto de la

1970 "Erección de obispados en el siglo XVIII. El Obispado de Valles", en *Estudios de Historia Novohispana,* 3, pp. 173-234.

1998 "Entre bibliotecas, archivos y aulas", entrevista con Alicia Olivera y Salvador Rueda, en OLIVERA, RUEDA y ESPEJEL, pp. 51-74.

UCHMANY, Eva Alexandra

1985 "De algunos cristianos nuevos en la conquista y colonización de la Nueva España", en *Estudios de Historia Novohispana,* 8, pp. 265-318.

1987 "Simón Váez Sevilla", en *Estudios de Historia Novohispana,* 9, pp. 67-93.

VÁSQUEZ DE WARMAN, Irene

1967 "Estudios de Historia Novohispana", en *Historia Mexicana,* XVII:1(65) (jul.-sep.), pp. 153-155.

WOBESER, Gisela von

1987 "La política económica de la Corona española frente a la industria azucarera en la NE" (1599-1630), en *Estudios de Historia Novohispana,* 9, pp. 51-66.

YOUNG, Eric Van

1999 "The New Cultural History Comes to Old Mexico", en *The Hispanic American Historical Review,* LXXIX:2 (mayo), pp. 211-247.

YUSTE, Carmen

1987 "Francisco Ignacio de Yraeta y el comercio transpacífico", en *Estudios de Historia Novohispana,* 9, pp. 189-217.

ZAVALA, Silvio

1998 "Conversación autobiográfica con Jean Meyer", en Jean MEYER, pp. 315-332.

RELACIONES, ESTUDIOS DE HISTORIA Y SOCIEDAD. UNA LECTURA DE SU PRODUCCIÓN HISTORIOGRÁFICA

Óscar Mazín
El Colegio de México

La década de 1980 parece cada vez más decisiva en la historia reciente de la educación superior en México. Sobre todo por los avances en la descentralización de la vida académica que hicieron posible los cambios de orientación de la década anterior. Éstos comportaron un acercamiento a las realidades regionales del país y hasta una nueva manera de expresarlas no sujeta a los cánones de la historia oficial, pensada ésta casi siempre a través de la lupa de la ciudad de México. El mejor ejemplo de esa orientación fue acaso *Pueblo en vilo: microhistoria de San José de Gracia* de Luis González, conocido como manuscrito en El Colegio de México desde 1967, y recibido con entusiasmo ya como libro entre 1968-1969 por un público bien dispuesto a entrar en aquellas realidades por la vía de la imaginación abierta, del rigor histórico y del buen relato.[1]

La nueva y decidida orientación de aquella "microhistoria" sirvió también de cimiento para la fundación de un primer colegio semejante al prestigioso El Colegio de México de la capital, pero alejado de ella. Un grupo de jóvenes y entusiastas historiadores y antropólogos había respondido a la invitación de Luis González y se avecindó en la ciudad de Zamora, en un verde valle del México profundo

[1] Andrés Lira: "Jean Meyer en la Academia Mexicana de la Historia", manuscrito leído por el autor el 7 de septiembre de 2000.

por entonces carente de instituciones de educación superior. Así, en 1979 se emprendieron desde aquel Michoacán de *Pueblo en vilo,* investigaciones en historia y ciencias sociales dirigidas prioritariamente a aquella realidad regional. Desde ese momento también se consagraron esfuerzos a la formación de nuevos investigadores.

Entre las actividades prioritarias de la primera hora de El Colegio de Michoacán estuvo la confección de un órgano editorial que diera a conocer los avances de investigación de los de casa, y que propiciara el diálogo entre las disciplinas de dentro y fuera de ella. Dicho medio de expresión es la revista objeto de estas líneas. Ella fue fruto del entusiasmo, del trabajo y hasta de la improvisación de aquel primer grupo de profesores-investigadores, pero responsabilidad directa de Jean Meyer, de Guillermo de la Peña y de Pastora Rodríguez, su primera editora, en una valiente declaración de independencia frente a la ciudad de México que hasta prefirió los métodos artesanales de impresión en linotipo a los más modernos de la capital. Historiador el primero y antropólogos los segundos, vacilaron en el nombre que debía darse a la revista. "Lástima que ya existiera *Nexos*", se dijo, pues había la idea de subrayar el diálogo entre especialidades. Fueron José Lameiras, Ignasi Terradas y Guillermo de la Peña quienes acabaron decidiéndose por *Relaciones, estudios de historia y sociedad,* ya que así se designaba, en las disciplinas sociales, un campo más amplio que el de la sola antropología. Por lo demás, *Relaciones* aludía tanto a las relaciones sociales, como a ese género histórico y literario floreciente en el imperio español, las "relaciones" para la descripción de las Indias occidentales.

Con el respaldo de Luis González al duro trabajo de Meyer, de De la Peña y de Rodríguez, secundado por José Lameiras y Gustavo Verduzco, vio la luz pública el primer número de *Relaciones* en febrero de 1980. Desde ese feliz inicio, la revista ha aparecido ininterrumpidamente cuatro veces por año en los 20 que tiene ya de vida. En ella han colaborado, claro está, los investigadores de El Colegio de Michoacán, pero también han acudido estudiosos

nacionales y extranjeros de la historia, las ciencias sociales y las humanidades. Ajustes más, ajustes menos, la estructura de la revista consiste en la sección de artículos y ensayos, en la edición de fuentes documentales y en las reseñas de obras recientes relevantes.[2]

El objeto de este número de *Historia Mexicana* es presentar las principales revistas de historia existentes en México, lo cual limita estas páginas a la producción historiográfica de *Relaciones.* Con todo, no sería posible hacer justicia a los 225 artículos y ensayos, ni a los 75 documentos de dicha producción en este corto espacio. Como de hecho se impone una selección y un criterio que la justifique, resolví hacer la relectura de sólo algunos textos: aquellos que reflejan el desarrollo de una que otra línea de investigación impulsada por El Colegio de Michoacán y los que acusan la presencia de tendencias historiográficas. Son asimismo, mencionados los textos que dieron lugar a un importante libro de historia. Se incluyen autores tanto de casa como externos, ya que estos últimos eligieron publicar en *Relaciones* por un sentido de pertinencia no sólo con los temas en ella publicados, sino también a causa de su interés en la región, o por habérseles convocado a un número monográfico. En forma paralela a los artículos de historia, comento los de otras disciplinas que participan de las líneas de investigación elegidas o que las refuerzan. Así el lector tendrá una idea de las diversas especialidades que intervienen en la revista.

Comencemos con las pistas que nos dio Luis González, quien hizo acopio de lo hasta entonces averiguado para una de las comarcas de mayor importancia del Michoacán novohispano. Su ensayo "Ciudades y villas del Bajío", de 1980, es claramente una puerta al espacio geográfico objeto de los esfuerzos pioneros de Eric Wolf, David Brading y Claude Morin.[3] Al encomiar la unidad geográfica y la im-

[2] No obstante su carácter interdisciplinario, no es difícil constar que poco más de 50% de los artículos y ensayos, y hasta 90% de los documentos publicados en *Relaciones*, son de historia.

[3] Wolf, 1957, Brading, 1971 y Morin, 1979.

portancia histórica del Bajío, propuso temas para futuras investigaciones.[4] En ninguna otra zona de la Nueva España había surgido igual número de ciudades y villas de población hispana como en la comprendida entre Querétaro al oriente y Guadalajara al poniente. Sobre este desarrollo urbanístico como telón de fondo, el autor destaca la explosión demográfica multiétnica y el crecimiento característico de la minería, la agricultura y los textiles en el siglo XVIII, así como el hecho de haber sido el Bajío el principal teatro de implantación de las reformas borbónicas y la cuna de la gesta insurgente de 1810. Luis González invitó aquí al estudio de numerosas corporaciones eclesiásticas en ciudades y villas, así como al de la educación por ellas impartida con el fin, entre otros, de averiguar los nexos entre la formación "ilustrada" de las élites y los móviles de los líderes insurgentes.

Pareciera consecuencia de este ensayo que en el número siguiente David Brading haya hecho, en "El clero mexicano y el movimiento insurgente de 1810", una de las primeras aportaciones a la historia social de la guerra de independencia desde la perspectiva de enfoque regional propia de *Relaciones*.[5] En trabajos anteriores, este autor había destacado el liderazgo del clero rural en aquella contienda. Pero esta vez se propuso delinear rasgos más formales de la Iglesia que de hecho predispusieron a ese clero a participar y, como hiciera Luis González, los buscó en el Bajío, cuya estructura agrícola ya le interesaba.

El mundo del Michoacán virreinal es fuertemente eclesiástico. La presencia e influjo de obispos sin autoridades seculares que compitieran con su poder y el de su clero, ha sido rasgo regional orientador de numerosos estudios. El artículo de Brading muestra la absoluta necesidad de escudriñar la Iglesia y sus numerosas corporaciones. De otra manera no sería posible saber que el aumento en el número de clérigos, provocado por el ingreso de individuos en busca simplemente de un modo de vivir, dio lugar a un

[4] GONZÁLEZ, 1980, pp. 100-111.
[5] BRADING, 1981, pp. 5-26.

amplio desempleo y pobreza entre ellos, dado que no se había verificado un aumento equivalente en el número de beneficios eclesiásticos ni de estipendios. Pero Brading también propuso nuevos derroteros para la investigación, todos en el Michoacán novohispano, es decir, en la extensa circunscripción diocesana del mismo nombre que abarcaba la totalidad de las actuales entidades de Michoacán y Guanajuato, y buena parte de las de San Luis Potosí, Jalisco, Colima y Guerrero. Entre aquéllos se cuentan la secularización de las doctrinas o parroquias en manos de las órdenes mendicantes desde los días de la conquista; la formación del clero secular que sustituyera a los frailes; el conocimiento de las diversas formas de ingreso eclesiástico y el proceso de asalto a los privilegios e inmunidades del clero por parte de las autoridades borbónicas en la segunda mitad del siglo XVIII.

Con los años, éste y otros trabajos dieron lugar a un importante libro de Brading, el primero en ofrecer una visión de conjunto de la Iglesia y la sociedad para una diócesis de la Nueva España.[6] Iniciada la dinámica, todo parece comenzar a alimentar el río. Quien esto escribe recogió la inquietud sobre el numeroso clero parroquial desempleado que aquel autor llegó a ver como una especie de "proletariado" en los días de la insurgencia. Al comparar la situación de Michoacán con la de las otras diócesis centrales de México y Puebla, se echa de ver que al menos desde 1750 el clero catedralicio de Michoacán se opuso a toda segregación territorial que dividiera o aumentara el número de parroquias existentes. Así se evitó cercenar aún más los ingresos de la catedral, pues consta que al menos desde finales del siglo XVI las parroquias de las numerosas ciudades y villas de españoles en la diócesis de Michoacán recibieron anualmente de la iglesia sede una porción de las rentas procedentes del diezmo. Esta explicación no hace sino confirmar la importancia del Bajío como la región más urbanizada del centro de México. Hacia

[6] BRADING, 1994. Traducción. *La Iglesia asediada.* México: Fondo de Cultura Económica.

él, en él y a partir de él había tenido lugar uno de los procesos más dinámicos de pacificación, población, repoblación y avance de frontera hispánica de todo el continente.[7]

El "Gran Michoacán" fue cuna de la gesta independiente. Desde la historia de las ideas, y en su "Hidalgo, la justificación de la insurgencia",[8] Carlos Herrejón muestra que el cura de Dolores se inspiró no en los enciclopedistas franceses, según quiere la conseja de la historia nacionalista, sino en las fuentes de una antigua tradición político teológica de raigambres latina e hispana cuya doctrina sobre el bien común, apoyada en el pacto entre el pueblo y el príncipe, podía rescindirse en perjuicio de este último en los casos de tiranía. El texto de Herrejón escudriña los rudimentos de tal doctrina en la formación de clérigos como Miguel Hidalgo en Valladolid de Michoacán, y los remite a las fuentes europeas medulares de aquella tradición en autores como Francisco Suárez, Roberto Belarmino, Domingo de Soto o Francisco de Vitoria.

El interés por lo regional en Michoacán y otras zonas del centro-occidente de México también se expresa en *Relaciones* en la edición de aquellos testimonios que describen la vida de las localidades, según ilustra el temprano y rico testamento zacatecano de 1550 dado a conocer por Thomas Calvo,[9] y dos descripciones: una publicada por Heriberto Moreno sobre Zamora y su distrito tras la implantación del régimen de intendentes,[10] y otra transcrita y anotada por Beatriz Rojas sobre la jura de Fernando VII en esa misma ciudad, valiosa y rara fuente para el estudio hoy tan en boga de la imagen del rey en Hispanoamérica.[11]

[7] MAZÍN, 1989, pp. 69-86.

[8] *Relaciones*, 13, pp. 31-53.

[9] "Un testamento zacatecano de 1550", introducción de Thomas Calvo, 1982, pp. 121-128.

[10] "Estado en que se hallaba la jurisdicción de Zamora en el año de 1789". Introducción y notas de Heriberto Moreno García, en *Relaciones*, 1 (invierno 1980), pp. 91-127.

[11] "La jura de Fernando VII en Zamora (1808)", en *Relaciones*, 40 (otoño 1989), pp. 131-140.

No ofrece duda referir a un texto de antropología escrito por Guillermo de la Peña en los primeros años de *Relaciones*; sobre todo porque nos presenta diversos paradigmas en el uso del concepto de región surgidos de la investigación de historiadores, antropólogos y arqueólogos según el carácter histórico y politético de dicho concepto.[12] De tales paradigmas interesa aquí el de historiadores como Luis González para quienes

> [...] la región es un marco de referencia que surge irremediablemente al hablar de fenómenos locales —pero que varía a través del tiempo—, cuyos componentes "estratigráficos" son las oleadas de poblamiento, los sistemas de propiedad territorial y su concreción en patrimonios y heredades, los sistemas de producción agraria y de organización del trabajo, las formas de dominación administrativa e ideológica y sus dimensiones espaciales, la conciencia de un espacio propio [...]

Estos elementos han sido objeto de diversas investigaciones tanto de profesores como de estudiantes de El Colegio de Michoacán. Algunos reflexionan sobre el concepto de región; otros simplemente estudian problemas más concretos en distintos ámbitos espacio temporales. Lo cierto es que por más excesivo que parezca el predominio de la Iglesia y sus corporaciones en los procesos de conformación social, su peso resulta innegable y ha contribuido a perfilar una extensa región articulada en torno a la circunscripción diocesana, vigente a lo largo de los siglos de la Nueva España y de los primeros 60 años del siglo XIX.[13]

Asimismo, interesa llamar aquí la atención sobre el paradigma ecológico-neoevolucionista también considerado por De la Peña y que plantearon las investigaciones de Ángel Palerm y de Eric Wolf. Sobre todo a causa de haber

[12] PEÑA, 1981, pp. 43-93.

[13] Basten como ejemplos BARRERA BASSOLS, 1986, pp. 29-42; MAZÍN, 1986, pp. 23-34; MORIN, 1983, pp. 6-18; JARAMILLO MAGAÑA, 1992, pp. 141-156, y GARCÍA MARTÍNEZ, 1998, pp. 25-58. El número 72 de *Relaciones* correspondiente al otoño de 1997 está dedicado al tema del concepto de región en ciencias sociales.

mostrado este último investigador, en un estudio de los años cincuenta,[14] cómo la región del Bajío

> [...] articulaba una serie de segmentos interdependientes: la empresa minera que proletarizaba a sus trabajadores y demandaba alimentos para hombres y bestias, así como una gran variedad de artículos requeridos por los sistemas de producción; las haciendas agroganaderas que surtían a las minas de los alimentos, cueros, bestias de tiro; las empresas textiles y en general las pequeñas industrias y artesanías cuya demanda provenía a la vez de minas y haciendas; las empresas comerciales y transportistas; las comunidades campesinas; los ranchos; las burocracias [...]

Al explorar la función de los mecanismos internos y externos de articulación regional, Wolf, entonces, sentó un importante precedente para la historiografía referente a la Nueva España.

Bajo el influjo de Pablo Martínez del Río, de Paul Kirchhoff y del arqueólogo Pedro Armillas, Wolf y Palerm también sentaron las bases en México de la perspectiva fincada en la ecología cultural mediante su hipótesis de que en las condiciones prehispánicas de desarrollo de las fuerzas productivas (falta de arado y animales de tiro, tecnología deficiente en materia de transporte y metalurgia) sólo podían generarse excedentes agrícolas significativos mediante la agricultura de riego. La atención de los investigadores se centró, entonces, en los aspectos tecnológicos, en la localización del fenómeno urbano en Mesoamérica, en la búsqueda de evidencias de una agricultura intensiva y en la organización sociopolítica y económica. La hipótesis fue sustancialmente probada por Palerm y por sus discípulos para el valle de México y pronto conformó en El Colegio de Michoacán una línea de investigación a cargo de Brigitte Bohem sobre la ciénaga de Chapala, de cuyos resultados ha dado cuenta *Relaciones.*[15] Boehm parte de la detección

[14] Wolf, 1957.

[15] Boehm de Lameiras, 1985, pp. 91-110 y 1986, pp. 13-22. Véase el número 80 de *Relaciones*, cuya sección monográfica se refiere a la cuenca del río Lerma-Santiago.

de cambios verificados en las formas de obtención de la subsistencia de los actuales pueblos de la ciénaga; en seguida descubre los efectos nocivos sobre una ecología antiguamente floreciente en sistemas de regadío, donde hoy no hay ya sino llanuras salitrosas; emprende por fin una etapa ulterior que abarca toda la cuenca del río Lerma, sobre todo su porción alta, lo cual permite al equipo de investigadores estudiar los efectos destructivos que el crecimiento de la ciudad de México ha ejercido sobre antiguos y recientes sistemas de producción agrícola.

Una aportación más desde la antropología, aunque muy sensible a la historia y específicamente a las manifestaciones sociorreligiosas de diversos parajes de Michoacán, es el trabajo de Jesús Tapia "identidad social y religión en el Bajío Zamorano, 1850-1900, el culto a la Purísima, un mito de fundación". Allí se lee cómo una epidemia de cólera sólo vencida por la intervención divina dio lugar a la instauración de una fiesta en honor de la Inmaculada Concepción. Ahora bien, el autor muestra que la secuencia de esos hechos conformó un paradigma político local. Dicho de otra manera, aquellos fenómenos y la afirmación del culto a la Inmaculada Concepción correspondieron a la afirmación de una emergente burguesía agrocomercial, pero también a una unificación regional en torno a Zamora, el centro urbano administrativo de un proyecto católico antiliberal que incluso pretendió hacer de la región un estado independiente de la República Mexicana.[16]

Como en este último caso, *Relaciones* ha publicado artículos decisivos en la elaboración de importantes libros de historia, bien sea debidos a la pluma de profesores visitantes en El Colegio de Michoacán, como de los investigadores formados en sus aulas. Además de los ejemplos de Brading y Tapia, conviene mencionar por lo menos dos más. En el primero, Juan Pedro Viqueira reproduce las actitudes de las élites del siglo XVIII ante la muerte y las caracteriza como diferentes a las del resto de la sociedad novohispana. Enseña que al tratar de alejar de sí el senti-

[16] TAPIA SANTAMARÍA, 1986, pp. 43-73 y 1986a.

miento de angustia y dolor ante la muerte, el ilustrado buscó quedarse sólo con el rostro tranquilizador de esta última, y la rechazó como la irrupción salvaje e irracional que ponía en peligro la armonía social. Por eso convivieron en el México del siglo XVIII dos imágenes: la de la muerte domada y santa de los justos, y la salvaje y terrible de los impíos. En su intento de domar a aquélla, las clases acomodadas disfrutan de los placeres y encantos de las riquezas, productos de las "fatigas" del trabajo, aunque según una nueva moral preocupada por la integridad familiar, por la salud, por la asepsia y por la moderación en las diversiones y en los gastos. Este texto resultó clave en la confección del libro *¿Relajados o Reprimidos?* del autor.[17]

El otro trabajo que vio salir de sus entrañas una obra histórica se debe a William B. Taylor,[18] quien parte de las teorías sobre la naturaleza del indio americano de los siglos XVI-XVIII recogidas y sistematizadas hace algunas décadas por Anthony Pagden y Benjamín Keen. En seguida las confronta con una muy abundante base documental referente a las nociones que sobre los indios de la Nueva España tuvieron diversos personajes: curas, obispos, alcaldes, corregidores y otros funcionarios del siglo XVIII en el centro y occidente de México. Las expresiones más empleadas, "miserables" y "niños" llevan al autor a concluir que los conceptos sobre los indios a fines de la época colonial se apegaban más a la teoría de la infancia natural que culminara en los escritos del padre José de Acosta, que a cualquier concesión hecha por las teorías deterministas a los métodos científicos de cuño experimental; ello a pesar del creciente interés por la educación y del bien dispuesto optimismo dieciochesco por las habilidades de los indios para aprender. Este artículo se sitúa a medio camino de una investigación de dos décadas al cabo de la cual William Taylor nos entregó sus *Ministros de lo sagrado, sacerdotes y feligreses en el México del siglo XVIII*,[19] obra en la que por pri-

[17] VIQUEIRA, 1985, pp. 27-62 y 1987.
[18] TAYLOR, 1989, pp. 5-67.
[19] México, coedición de El Colegio de Michoacán, la Secretaría de

mera vez se presenta una visión de conjunto y a la vez comparativa de las diócesis de México y Guadalajara y las vecinas del Michoacán virreinal.

Otros estudios, pero ahora provenientes de la filología, de la lingüística y de la crítica literaria, también enmarcan la producción historiográfica de *Relaciones* en razón del interés de que han sido objeto en El Colegio de Michoacán las disciplinas humanísticas; así en la vertiente de origen europeo como en la indígena. Uno de los autores, Herón Pérez Martínez, advierte en las ciencias del lenguaje un ímpetu en favor de un retorno de las humanidades a la escena de la ciencia en este final de milenio.[20] A Pérez Martínez se debe un serio esfuerzo por restituir el texto auténtico de la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España,* de Bernal Díaz del Castillo. El autor traza la historia de los diversos manuscritos de Bernal distinguiendo sus enmiendas, modificaciones y sucesivas redacciones, así como las confusiones y errores a que dieron lugar. Otros investigadores como Cristina Monzón se han interesado en seguir las influencias de la lengua latina o de sus modelos gramaticales en la confección de las primeras gramáticas en lenguas indígenas, y en particular en la lengua purhépecha de Michoacán.[21] Finalmente, Rosa Lucas González nos conduce a los orígenes de la filología y en particular estudia su transmisión en la tradición literaria clásica grecolatina. La autora parte de los factores que permiten o frenan dicha transmisión en la historia de occidente y en un segundo momento sigue la tradición manuscrita de la epístola XII de Séneca, uno de los textos clásicos que han experimentado una más larga y azarosa trayectoria.[22]

Vimos al principio de este trabajo que en el arranque de *Relaciones* hubo un texto fundador, el *Pueblo en vilo* de Luis González. Es preciso recordar que este último se propuso es-

---

Gobernación y El Colegio de México, 1999, 2 vols. La edición original en inglés en un volumen, de Stanford University Press, es de 1996.

[20] PÉREZ MARTÍNEZ, 1991, pp. 67-87 y 1997, pp. 101-136.

[21] MONZÓN, 1991, pp. 47-65.

[22] LUCAS GONZÁLEZ, 1994, pp. 239-271.

cribir una "microhistoria de San José de Gracia", es decir, alcanzar una comprensión lo más universal posible, una especie de totalidad en términos de historia social a la hora de dar cuenta de una localidad, terruño matria o patria chica. En consecuencia la producción de *Relaciones* ha ido aportando elementos para una mejor caracterización de ese otro universo de índole regional, el centro-occidente de México, en el que se comprenden los actuales estados de Michoacán, Guanajuato, Jalisco, Aguascalientes, el suroeste de San Luis Potosí, Nayarit, Colima y el extremo poniente de Guerrero. Sin embargo, esta aspiración universalista también supone dos aspectos para el investigador: primero, la necesidad de construir una región que resulte pertinente con la realidad histórica que se ha de estudiar, en lugar de emplear anacrónica e irreflexivamente –como todavía suele darse, las actuales entidades federativas como principal criterio de ubicación; segundo, evitar la sobreespecialización de las investigaciones.

Tocante a este último aspecto, hay que decir que en un artículo cuya traducción al castellano publicó recientemente *Relaciones*, el célebre historiador John H. Elliott acusa una creciente fragmentación y una extrema atomización en el actual panorama historiográfico.[23] Propone como solución la historia comparativa y define esta perspectiva en sus líneas principales. Su artículo es una invitación a emprender la búsqueda de medios que reconstituyan los nexos entre realidades históricas dispares. En realidad, *Relaciones* ha compartido esta inquietud desde hace algunos años, y lo ha hecho mediante la voluntad de trasponer los límites estrictamente nacionales de la historiografía mexicana. Por mucho tiempo dedicados a darnos un rostro peculiar, nacional, hemos descuidado o negado parentescos, similitudes e identidades. Hoy se impone más que nunca la necesidad de comparar, de conectar sociedades con procesos históricos comunes. En consecuencia, la revista ha querido contribuir a ampliar los horizontes historiográficos a un universo más en el sentido de *Pueblo en vilo.* Me refiero al mundo hispánico, raíz y común civilización

[23] ELLIOTT, 1999, pp. 229-247.

de un conjunto de sociedades desde hace siglos hermanadas con la mexicana.

De este enfoque destacaremos, primero, aquellas colaboraciones con una índole más metodológica. Hay un primer trabajo surgido de un interés creciente por la Edad Media ibérica, en la medida en que ésta nos brinda elementos para ahondar la comprensión de los primeros siglos de la Nueva España. Su autora, Adeline Rucquoi, entabla un diálogo crítico con la escuela francesa de *Annales* a propósito de la publicación, también en *Relaciones*, de la versión en castellano del prefacio de Jacques Le Goff a *Los Reyes taumaturgos* de Marc Bloch. En su artículo, Rucquoi aborda el problema de los fundamentos de la realeza en España.[24] Piensa los procesos a partir de un mundo mediterráneo que, sin solución de continuidad con la antigüedad grecorromana, constituyó el verdadero centro del mundo medieval. En esto difiere de la historiografía francesa que, al hacer del norte de Europa ese centro, concibe en consecuencia las realidades ibéricas como marginales, como periféricas. Situar a España en el centro del mundo medieval hace que adquieran toda su relevancia fenómenos como la vocación de los reyes ibéricos por el saber y la enseñanza y la permanencia del derecho, principales sustentos de legitimidad del poder real. La réplica de la autora a Bloch y a Le Goff consiste en que no se puede esperar que los reyes hispánicos fueran taumaturgos como sus homólogos de Francia e Inglaterra. La creencia en el poder curativo de los reyes, propia de sociedades nórdicas carentes en la alta Edad Media de un derecho escrito de cuño romano, resulta en realidad ajena a las tradiciones del mundo mediterráneo.

Otra toma de posición en favor de estudios históricos más acordes con las necesidades y peculiaridades del mundo hispánico se debe a Ruggiero Romano. En una invitación a recuperar la historia económica, este autor parte del supuesto de que el saber histórico debe sobre todo res-

[24] Rucquoi, 1992, pp. 55-100. En el mismo número se halla publicado el prefacio de Jacques Le Goff al libro de Marc Bloch, pp. 7-54.

ponder en cada país a las necesidades locales y no sólo fincarse en las tendencias de una escuela de pensamiento a la moda, por más que ésta ofrezca aportaciones e instrumentos irrenunciables de análisis. En un testimonio más de una trayectoria consagrada a la construcción de un modelo para la historia de la América Ibérica, Romano nos insta a reconstituir los mecanismos del hecho económico y a considerar su imbricación con los aspectos político, social, cultural, jurídico o religioso. Pero también previene contra la utilización de instrumentos técnicos y teóricos tal vez aptos para el análisis económico del presente, pero inadecuados para la interpretación del pasado. Explica cuáles son las posibilidades y los temas de estudio para los jóvenes investigadores de Hispanoamérica.[25]

Como el tema de las relaciones entre las imágenes y el oficio de historiar interesa cada vez más a la comunidad académica, *Relaciones* convocó a varios estudiosos de esa cuestión. El resultado es un número que proporciona medios para no ignorar las numerosas posibilidades de las imágenes como fuente histórica y como recurso para escribir la historia. También se trata de un desafío, pues trabajar con imágenes en un mundo repleto de ellas exige de los investigadores no sólo una conversión de la mirada, sino un arduo y largo entrenamiento hacia el desciframiento de un paraíso de formas, de significados, de texturas y de colores.[26] De ese número hay que destacar dos trabajos que vienen a cuento de nuestra explicación. Uno de Jean-Claude Schmitt quien, tras constatar el creciente interés de los historiadores por las imágenes y el arte con sendas consecuencias para las disciplinas que les atañen, realiza un seguimiento de doble rodada: las condiciones historiográficas que han alentado y frenado los términos del acercamiento, y aquellos métodos mediante los cuales es posible analizar hoy las imágenes. El segundo trabajo es de

[25] ROMANO, 1999, pp. 15-25.

[26] *Relaciones*, 77, invierno de 1999, "Las imágenes y el historiador", 275 pp.

Víctor Mínguez y centra su atención en una pintura del siglo XVII, el "acto de devoción del archiduque Rodolfo I", de Pedro Pablo Rubens y de Jan Wildens. Mínguez expresa su preocupación por la necesidad del historiador que se sirve de imágenes de entender, primero, su rejuego y significados antes de emplearlas como instrumento de trabajo. Asimismo, el texto pone de manifiesto el uso político, propagandístico y aleccionador del lienzo cuyo tema, la adoración del santísimo sacramento, ocupó un lugar de honor en el repertorio iconográfico de los monarcas de la casa de Austria.

En los últimos años, *Relaciones* ha venido editando números con una sección monográfica cuyos artículos suelen yuxtaponer elementos para una eventual comparación entre las sociedades hispánicas. El dedicado al poblamiento y la formación de las sociedades de frontera resulta ilustrativo. En él Manuel González Jiménez destaca la repoblación durante la reconquista ibérica como fenómeno de una sociedad de frontera con agricultura de cereales y ganadería intensiva, si bien volcada a la guerra. Durante ese proceso se intentó implantar un modelo mixto de sociedad cristiano-mudéjar, aunque tras la eventual desaparición de la población autóctona, procedió una intensa castellanización.[27]

En el otro lado del Atlántico, desde Michoacán, asimismo, Esteban Barragán concibe el poblamiento como un proceso de frontera todavía vigente en el que se da la formación de sociedades rancheras que, por cierto, cuentan con homólogas en otros ámbitos de la América hispana. Los rancheros actúan en los espacios periféricos ocupando pequeñas y medianas propiedades donde combinan la producción para el autoconsumo y para el mercado. La gran capacidad de adaptación de los rancheros y su amplia gama de actividades, que evoluciona hacia actividades diversas, hacen de ellos una verdadera "punta de lanza" del poblamiento. Barragán caracteriza las continuidades de un mismo proceso, pero también destaca la apertura de sus

[27] GONZÁLEZ JIMÉNEZ, 1997, pp. 21-40.

nuevos frentes hacia Estados Unidos y hacia las grandes ciudades mexicanas.[28] Uno y otro artículos muestran que las sociedades hispánicas han estado siempre en marcha y que en esa movilidad caben expresiones y continuidades insospechadas en el tiempo largo de la historia, de los grupos y de los individuos; como aquel Pedro Bohórquez, el andaluz, cuya historia nos presenta Ana María Lorandi. Llegado a Lima hacia 1620, se muestra decidido a alcanzar en loca aventura uno de los reinos dorados de Indias, el Paytiti, y a hacerse reconocer como inca en el verde corazón de América del Sur.[29]

La impronta urbana mediterránea ha servido de fundamento a las sociedades hispánicas y la historiografía muestra que el peso de la ciudad es determinante. De la cuenca mediterránea trajeron los conquistadores y primeros pobladores esa tradición milenaria que la reconquista les dio ocasión de enriquecer con técnicas de repoblamiento. La inmediata fundación de un primer ayuntamiento por Cortés responde a esa tradición. Pero también la actividad consistente en denominar el espacio, es decir, de asignarle un nombre. En un número de *Relaciones* dedicado a la geografía histórica, Carmen Val Julián y Alain Musset nos presentan la evolución del nombre de "Nueva España" que asignaron los conquistadores al territorio que dominaron entre 1519-1521. Los autores siguen la evolución hasta llegar al nombre prevaleciente de "México" tomado de la ciudad capital. Se apoyan en un extenso cuerpo de textos y de cartas geográficas.[30] Por su parte, en una revisión crítica de la bibliografía en torno a los principales temas de la historia de la ciudad de México, Esteban Sánchez de Tagle, María Dolores Morales y María Amparo Ros anticipan una historia urbana que está aún por hacerse en nuestro país: aquella que sea capaz de sistematizar los conocimientos históricos en un esfuerzo de síntesis que los integre a la

[28] Barragán López, 1997, pp. 121-162.
[29] Lorandi, 1997, pp. 159-192.
[30] Musset y Val Julián, 1998, pp. 111-140.

ya mencionada tradición de origen mediterráneo, según la cual la ciudad constituye un verdadero eje explicativo.[31]

Convencidos desde San Isidoro de Sevilla de que "la ignorancia es madre de todos los errores", los reyes hispanos favorecieron durante siglos el conocimiento y la enseñanza. Si se vinculan saber y lucha con el error, se sientan las bases de una alianza entre poder y saber, lo cual constituye una de las características más notables del mundo hispánico. Asimismo, se asocia a esa vocación por saber, heredada de la antigüedad, la búsqueda y definición sobre las raíces de las nuevas sociedades, pero también como diferenciación y síntoma de arraigo y de repliegue en el concierto de una monarquía "desparramada" en que las distancias respecto a la corte de Madrid se antojan cualitativamente mayores a partir de la segunda mitad del siglo XVII.

Ante semejantes realidades, es preciso insistir en que pocas tareas son tan urgentes como la de abrir los horizontes de la historiografía mexicana al contexto del vasto conglomerado de reinos del cual formaron parte las Indias de Castilla. De hecho, durante los últimos diez años en ciertas universidades europeas y estadounidenses se escribe una nueva historia política de la monarquía española. Con el afán de conocer esta tendencia y de entrar en diálogo con ella, *Relaciones* convocó a algunos de sus autores. La distinta adscripción de los diferentes reinos a la monarquía —por conquista, por agregación patrimonial y por herencia dinástica— hizo del monarca prácticamente el único vínculo de unión entre los dominios. En consecuencia, fue el problema de cómo se relacionaron los grupos políticos locales con la corte del rey al que intentan responder los trabajos reunidos en ese número, uno por dominio.[32]

Pero la vigencia y hondura de la raíz hispánica no se limitan a los siglos novohispanos o coloniales para los que la monarquía es el referente obligado. Una vez en ausencia de esa realidad, la perspectiva resulta igualmente im-

[31] SÁNCHEZ DE TAGLE, MORALES y ROS, 1998, pp. 14-48.

[32] *Relaciones*, 73, invierno de 1998, "La Monarquía española: grupos políticos locales ante la corte de Madrid", 324 pp.

portante para los últimos dos siglos; primero, porque es quizá menos conocida; además, porque con las independencias no se interrumpió la vigencia de la raíz hispánica. Esto queda manifiesto en un artículo de Horst Pietschmann publicado en *Relaciones.* Allí se estudian las formas de conflicto entre poderes locales y gobiernos centrales en la Nueva España y su proyección en la historia política del siglo XIX. Al distinguir un tiempo largo aplicable al pasado anterior a las reformas borbónicas y el de la coyuntura de estas últimas, el autor logra mostrar el proceso de una paulatina "federalización" del antiguo virreinato.[33]

Un último tema del universo hispánico abordado por *Relaciones* es aquel que concierne a los procesos de transformación de las poblaciones indígenas a partir de la conquista española del siglo XVI. Originalmente llamados indios en alusión a las Indias que Colón creyó haber hallado, hubo que esperar hasta las postrimerías del siglo XVIII para ver aparecer el vocablo "indígenas" que en adelante competiría con aquél. *Relaciones* convocó a tratar del proceso histórico lingüístico que media entre ambos vocablos con el fin de contrarrestar la tendencia a hacer de las poblaciones autóctonas una especie de esencia inmutable en el tiempo. Los trabajos reunidos muestran, no obstante, que tratar de los cambios en las sociedades autóctonas es una empresa sumamente compleja y sujeta a mil y un matices impuestos tan sólo por el contexto histórico, la lengua o la región de que se trate. Por eso, más que de "procesos de transformación", el número presenta un mosaico de perspectivas, de problemas de investigación y de propuestas de solución.[34]

Por muy subjetiva que parezca la selección de los textos aquí comentados, me parece que se estará de acuerdo en que *Relaciones* ha sabido ser fiel a su nombre. La revista de El Colegio de Michoacán ha sido escenario de contactos entre investigadores de diferentes rumbos del saber sobre el hombre

[33] PIETSCHMANN, 1998, pp. 51-83.

[34] *Relaciones,* 78, primavera de 1999, "De los *indios* a los *indígenas*: procesos de transformación", 319 pp.

en sociedad; pero también ha sido vehículo hacia escuelas y tendencias de sabiduría histórica florecientes en diversos horizontes. Su declaración fundacional de independencia frente a la ciudad de México y su opción preferencial de la primera hora por el estudio de las realidades locales del centro-occidente de México no hicieron de ella una revista provinciana entre muchas, como lo probarían tan sólo las obras históricas que germinaron en sus páginas. En un plano de mayor refinamiento, el afán de los escritores de *Relaciones* de construir críticamente la región bajo estudio al dar cuenta de los procesos sociales e históricos, merece contarse asimismo entre sus mejores prendas.

Sin embargo, ese interés constructivo parece sintomático de otro afán: el de la visión comprensiva a la que aspira en historia social, una explicación ávida de nexos que la enlacen de manera pertinente con unidades más amplias de inteligibilidad. De ahí que en los artículos de calidad que escudriñan los más apartados rincones de una región no falte una dimensión que los vincule al caudal universal de alguna prestigiosa herencia como puede ser el legado grecorromano, el mundo mediterráneo, la antigua Mesoamérica o la raíz hispánica. Dicho de otra manera, la decisión fundacional de *Relaciones* de escrutar los rincones de la suave patria desde una de sus provincias ha conducido a una voluntad universalista que, sin perder de vista esos parajes, los redimensiona trasponiendo los límites nacionalistas de la vieja historiografía.

REFERENCIAS

BARRAGÁN LÓPEZ, Esteban

1997 "La 'rancherada' en México, sociedades en movimiento, anónimas y de capital variable", en *Relaciones*, 69 (invierno), pp. 121-162.

BARRERA BASSOLS, Narciso

1986 "Notas para la elaboración de la cartografía histórica del estado de Michoacán", en *Relaciones*, 27 (verano), pp. 29-42.

BOEHM DE LAMEIRAS, Brigitte

1985 "Cultura criolla y migración en la Ciénaga de Chapala", en *Relaciones*, 24 (otoño), pp. 91-110.

1986 "Mesoamérica, sociedades y culturas", en *Relaciones*, 26 (primavera), pp. 13-22.

BRADING, David A.

1971 *Miners and Merchants in Bourbon México, 1763-1810.* Cambridge: Cambridge University Press.

1981 "El clero mexicano y el movimiento insurgente de 1810", *Relaciones*, 5 (invierno), pp. 5-26.

1994 *Church and State in Bourbon Mexico, the Diocesis of Michoacan, 1749-1810.* Cambridge: Cambridge University Press.

ELLIOTT, Sir John

1999 "La historia comparativa", en *Relaciones*, 77 (invierno), pp. 229-247.

"Estado"

1980 "Estado en que se hallaba la jurisdicción de Zamora en el año de 1789", en *Relaciones*, 1 (invierno), pp. 91-127.

GARCÍA MARTÍNEZ, Bernardo

1998 "En busca de la geografía histórica", en *Relaciones*, 75 (verano), pp. 25-58.

GONZÁLEZ, Luis

1980 "Ciudades y Villas del Bajío Colonial", en *Relaciones*, 4 (otoño), pp. 100-111.

GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel

1997 "La repoblación de Andalucía (siglos XIII-XV)", en *Relaciones*, 69 (invierno), pp. 21-40.

JARAMILLO MAGAÑA, Juvenal

1992 "Apuntes sobre un territorio perdido. La Barca, Colima y Zapotlán a finales de la Colonia", en *Relaciones*, 51 (verano), pp. 141-156.

"La jura"

1989 "La jura de Fernando VII en Zamora (1808)", *Relaciones*, 40 (otoño), pp. 131-140.

LORANDI, Ana María

1997 "Por los senderos de un héroe", en *Relaciones*, 70 (primavera), pp. 159-192.

LUCAS GONZÁLEZ, Rosa

1994 "Tradición literaria clásica y su transmisión: Epístola XII de Séneca", en *Relaciones*, 59 (verano), pp. 239-271.

MAZÍN, Óscar

1986 "Secularización de parroquias en el antiguo Michoacán", en *Relaciones*, 26 (primavera), pp. 23-34.

1989 "Reorganización del clero secular novohispano en la segunda mitad del siglo XVIII", en *Relaciones*, 39 (verano), pp. 69-86.

MONZÓN, Cristina

1991 "Declinación purhépecha en las gramáticas de Gilberti y Lagunas: marco y metalenguaje gramatical", en *Relaciones*, 48 (otoño), pp. 47-65.

MORIN, Claude

1979 *Michoacán en la Nueva España del siglo XVIII. Crecimiento y desigualdad en una economía colonial.* México: Fondo de Cultura Económica.

1983 "Proceso demográfico, movimiento migratorio y mezclas raciales en el estado de Guanajuato y su contorno en la época virreinal", en *Relaciones*, 16 (otoño), pp. 6-18.

MUSSET, Alain y Carmen VAL JULIÁN

1998 "De la *Nueva España* a *México*, nacimiento de una geopolítica", en *Relaciones*, 75 (verano), pp. 111-140.

PEÑA, Guillermo de la

1981 "Los estudios regionales y la antropología social en México", *Relaciones*, 8 (otoño), pp.43-93.

PÉREZ MARTÍNEZ, Heron

1991 "¿Cuál es el texto auténtico de la *Historia Verdadera*?", en *Relaciones*, 48 (otoño), pp. 67-87.

1997 "Tradición y crisis en las ciencias del texto", en *Relaciones*, 71 (verano), pp. 101-136.

PIETSCHMANN, Horst

1998 "Actores locales y poder central: la herencia colonial y el caso de México", en *Relaciones*, 73 (invierno), pp. 51-83.

ROMANO, Ruggiero

1999 "La historia económica, ¿por qué?, ¿cómo?", en *Relaciones*, 79 (verano), pp. 15-25.

RUCQUOI, Adeline

1992 "De los reyes que no son taumaturgos; los fundamentos de la realeza en España", en *Relaciones*, 51 (verano), pp. 55-100.

SÁNCHEZ DE TAGLE, Esteban, María Dolores MORALES y María Amparo ROS

1998 "La ciudad de México (1521-1857)", en *Relaciones*, 76 (otoño), pp. 14-48.

TAPIA SANTAMARÍA, Jesús

1986 "Identidad social y religión en el Bajío Zamorano, 1850-1900, el culto a la Purísima, un mito de fundación", en *Relaciones*, 27 (verano), pp. 43-73.

1986a *Campo religioso y evolución política en el Bajío zamorano.* Zamora: El Colegio de Michoacán-Gobierno del Estado de Michoacán.

TAYLOR, William B.

1989 "[...] 'de corazón pequeño y ánimo apocado'. Conceptos de los curas párrocos sobre los indios en la Nueva España del siglo XVIII", en *Relaciones*, 39 (verano), pp. 5-67.

"Un testamento"

1982 "Un testamento zacatecano de 1550", en *Relaciones*, 9 (invierno), pp. 121-128.

VIQUEIRA, Juan Pedro

1985 "El sentimiento de la muerte en el México ilustrado del siglo XVIII a través de dos textos de la época", en *Relaciones*, 5 (invierno), pp. 27-62.

1987 *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces.* México: Fondo de Cultura Económica.

WOLF, Eric

1957 *The Mexican Bajio in the Eighteenth Century: An analysis of Cultural Integration.* Nueva Orleáns: Tulane University, Middle American Research Institute Publication, 17.

CUICUILCO. LA HISTORIA EN SUS PÁGINAS

María Concepción Obregón
y Pablo Yankelevich
Escuela Nacional de Antropología e Historia

Avicena dedicó buena parte de su vida a investigar las técnicas del diagnóstico, y entre ellas, el pulso ocupaba un lugar privilegiado. El sabio persa enseñó a sus discípulos la importancia de interpretar esos ligeros movimientos perceptibles en las muñecas de los humanos; de aprender a hacerlo, decía, se develarían casi la totalidad de los signos vitales del paciente, sucede que el pulso, sentenció Avicena, "es el mensajero que siempre dice la verdad".

Con las revistas institucionales pasa algo semejante, al emprender su lectura, es posible sentir el pulso de una vida académica, siguiendo el ritmo de una existencia indisolublemente ligada a los avatares de los tiempos. En ese pulso resuenan los momentos fundacionales, las expectativas depositadas en la empresa, los climas de época, los reacomodos disciplinarios, las polémicas, las preocupaciones políticas, las crisis de crecimiento y las de sobrevivencia.

El objeto del presente trabajo es tomar el pulso a *Cuicuilco*, revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Centraremos nuestra atención en la producción historiográfica reflejada en las páginas de una revista multidisciplinaria, donde la historia comparte un mismo espacio con otras disciplinas como la antropología social y física, la arqueología, la lingüística, la etnohistoria y la etnología.

Es bien sabido que los responsables editoriales de una publicación periódica imprimen dirección y contenido a los materiales publicados. Ahora bien, para el caso de la ENAH, ubicar el origen de *Cuicuilco* obliga a dirigir la mirada a una generación de intelectuales marcados por una crisis en la antropología mexicana, crisis que cuestionó tanto a los fundamentos y objetivos de la disciplina, como de los espacios y los métodos de su enseñanza.

Delinear los perfiles de *Cuicuilco,* obliga entonces a atender las discusiones que signaron la práctica y sobre todo la docencia de la antropología en la ENAH. Discusiones iniciadas a finales de los años cincuenta, que encontraron acabada formulación en las décadas de los sesenta y setenta, y que estuvieron muy ligadas a la lucha por ampliar los espacios de participación y de crítica ante un régimen político que comenzaba a mostrar sus aristas más autoritarias.

Fundada en 1938, la ENAH fue creciendo a la sombra del paradigma indigenista formulado y dirigido por Alfonso Caso. Era una institución pequeña, cuyo alumnado no alcanzaba el medio centenar durante los años cuarenta. Figuras como el propio Caso, Juan Comas, Pablo Martínez del Río, Eusebio Dávalos, Wigberto Jiménez Moreno, Daniel Rubín de la Borbolla y Miguel Othón de Mendizábal fueron los encargados de formar a las primeras generaciones de antropólogos mexicanos. Al tiempo que investigadores extranjeros como Paul Rivet, Morris Swadesh, Paul Kirchhoff, Bronislaw Malinowski y Sol Tax, vinculados con proyectos de investigación en el campo de la arqueología, la antropología y la lingüística mantuvieron una permanente relación con la ENAH.

Al cabo de pocos años, los egresados de la escuela se perfilaron como profesionales que se insertaban con relativa rapidez en espacios estatales vinculados con cuestiones indígenas. De hecho, la fundación del Instituto Nacional Indigenista (INI) en 1947, orientó el contenido de las disciplinas antropológicas, estrechando aún más los vasos comunicantes entre la formación y la práctica profesional.

Sin embargo, la tersa relación entre la ENAH y las instituciones oficiales mostró los primeros signos de agotamien-

to en la segunda mitad de los años cincuenta. El aumento de la matrícula escolar, que ya se contaba por centenas, y la reducción del presupuesto sirvió de detonador de una primera huelga en 1956. Las reivindicaciones se desplegaban en torno a la necesidad de dotar de un marco institucional la vida académica de la escuela, junto a reclamos por aumento del presupuesto los estudiantes exigían participar en la conducción de la institución. Buena parte de los pedidos fueron satisfechos, aunque en 1958 se expidió una reglamentación que entre otros puntos, sancionó la creación del Consejo Técnico como máximo órgano de gobierno, con participación no igualitaria de todos los sectores de la comunidad académica. En aquel año, anunciando los tiempos venideros, la escuela se solidarizó activamente con el movimiento huelguístico de los trabajadores ferroviarios.

Desde tiempo antes, el estudiantado comenzó a sentar presencia en los distintos espacios de la ENAH. En 1952 la sociedad de alumnos fundó la revista *Tlatoani*, antecedente inmediato de *Cuicuilco*. Aquella publicación, con una periodicidad irregular, conoció dos épocas, una primera muy corta, entre enero de 1952 y septiembre de 1953, combinando artículos académicos, reseñas y notas informativas. Entre los primeros destacan materiales que, con el correr de los años, terminaron convertidos en "clásicos" de la antropología, como es el caso del texto de William Sanders "El mercado de Tlatelolco, un estudio de economía urbana".[1] Profesores nacionales y extranjeros, así como estudiantes compartieron las páginas de esta publicación,[2] donde los alumnos no tardaron en hacer sentir sus opiniones. En efecto, frente a esta experiencia, un editorial de 1953 anunciaba el inicio de una nueva época ante el abandono de los objetivos trazados en la anterior.

[1] *Tlatoani*, 1 (ene. 1952).

[2] Entre otros, publicaron en la primera época de *Tlatoani*, Pedro Armillas, Pedro Carrasco, Ernesto de la Torre Villar, Julio César Olivé, Alberto Ruz, Frederick Peterson, Walter Miller, Manuel Maldonado Koerdebell, Robert Heine-Geldern y Gordon Ekholm.

Según los alumnos, *Tlatoani* había dejado de ser expresión de su comunidad, para atender asuntos de mero interés académico. La crítica apuntaba a haber dado preferencia a ciertas materias y a ciertos autores, sobre todo extranjeros, con un alejamiento cada vez más marcado de los problemas nacionales.[3]

El consejo de redacción amplió el número de sus miembros, dando cabida a algunos jóvenes estudiantes, integrantes de una nueva generación que a la postre sería responsable de elaborar la crítica más demoledora a la que fue sometida la antropología en la segunda mitad del siglo XX mexicano.[4] Ya en 1956, en el marco de la primera huelga que mencionamos, en un editorial de la revista se indicaba la "necesidad de democratizar la antropología, abriéndola a saludables corrientes tonificadoras de la realidad [...], acercar la antropología al hombre común [...], pero también nacionalizarla, es decir, buscar sus métodos e instrumentos en la materia prima que le brinda la realidad actual de México".[5]

Corrían los años en donde la polémica y la controversia quedó instalada en el medio antropológico a partir de una toma de posición teórica y política que tuvo al marxismo como nuevo paradigma. En materia política y cultural, los proyectos más creativos del México revolucionario mostraban claros síntomas de agotamiento, frente a ello, para esta nueva generación de antropólogos, la experiencia cubana renovó la utopía de construir sociedades más justas e igualitarias. La Cuba de Fidel y el Che Guevara, la de bahía Cochinos y la de Casa de las Américas, potenció una reflexión que pasó a desenvolverse en un marco continental. América Latina se convirtió en escenario de teorizaciones

[3] *Tlatoani,* 7 (oct. 1953), p. 2.

[4] En 1953, en la dirección de la revista es remplazada Carmen Cook de Leonard por Pedro Elías, e ingresan al comité de redacción Mercedes Olivera, Leonel Durán, Mario Vázquez, Eugenia Vargas, Guillermo Bonfil, Juan José Rendón, Irene Vázquez y Alfonso Muñón, Rodolfo Stavenhagen figura como encargado de relaciones públicas, responsabilidad que ya desempeñaba desde la anterior época.

[5] Cita tomada de GALÍ, 1988, vol. 9, p. 607.

que a su vez fueron insertadas en un movimiento de mayor alcance: el tercer mundo, donde las experiencias de descolonización en Asia y África posibilitaron una mirada optimista frente a situaciones que entonces fueron definidas como de subdesarrollo y dependencia.

Todo este clima de época propició una mirada crítica a los paradigmas occidentales, no sólo de parte de los intelectuales del tercer mundo, sino también una reflexión autocrítica desde el corazón de occidente. En el prólogo a *Los condenados de la Tierra* de Frank Fanon, publicado en 1961, Jean-Paul Sartre mostró el otro rostro del expansionismo occidental, introduciendo la dimensión antropológica en el seno del marxismo. Desde otras vertientes, antropólogos franceses, discípulos de Marcel Mauss y Claude Lévi-Strauss, como Robert Jaullin y Maurice Godellier, empezaron a mostrar interés por los problemas del tercer mundo, en particular, por aquellos vinculados con las minorías étnicas. Se acuñó entonces el concepto de etnocidio, para referir al exterminio cultural de grupos étnicos por medio de su integración a un proceso de desarrollo económico impulsado por formas imperialistas de dominación.[6]

En México, hacia 1962 se publicó *Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis, obra que puso en tela de juicio la solidez de los pilares en que descansaban los ideales y las prácticas de una muy pregonada modernización nacional. Al tiempo que, acorde con las polémicas en el medio europeo, en un editorial de *Tlatoani* publicado en 1963, se comenzaron a trazar los nuevos derroteros de una disciplina:

> Las comunidades indígenas pertenecen a un sistema más amplio del cual forman parte. Sin embargo, el antropólogo [...] aún sale al campo en busca de grupos étnicos, objeto último de su visión, para integrarlos a la sociedad mexicana [...] Pero el problema radica en que los grupos étnicos han sido ya parcialmente integrados, no precisamente por los antropólogos, sino por explotadores mestizos comerciantes y acaparadores [...] El antropólogo tiene el deber, no sólo de estudiar

[6] Véase Méndez Lavielle, 1988, vol. 2, pp. 354 y ss.

las características de la organización indígena, sino también analizar las bases en que se funda su propia cultura.[7]

El emblemático año de 1968 marcará un punto de inflexión. Mientras en Francia estallaba la rebelión estudiantil, la juventud mexicana se encaminó en la misma dirección. Los sucesos de aquel año, marcaron definitivamente el derrotero de las disciplinas antropológicas, como también la suerte de la institución encargada de formar a estos profesionales.

El marxismo tomó especial fuerza, y a la sombra de la llamada teoría de la dependencia, una buena parte del universo de las ciencias sociales, pasó a girar en torno a las tesis que explicaron el atraso y la pobreza a partir de un desenvolvimiento desigual en las relaciones de producción entre los países subdesarrollados y las naciones centrales. Estas teorías, en sus distintas modalidades, alcanzaron a la antropología y encontraron su máxima expresión en el ámbito de los estudios rurales, como reflejo de la necesidad por explicar la naturaleza del sector agrícola, base de las sociedades dependientes. Así fue que, como sus diferencias teóricas, autores como Rodolfo Stavenhagen, Arturo Warman y Roger Bartra se perfilaron como los más destacados en materia de estudios e interpretaciones sobre el campesinado mexicano.

La obra colectiva *De eso que llaman antropología mexicana* publicada en 1970, sintetiza la posición teórico-política de la antropología frente al problema indígena. Esta obra recogió las discusiones de toda una década y terminó por consagrar la ruptura con una tradición fundada por José Vasconcelos y Manuel Gamio.

Uno de los autores del libro,[8] Guillermo Bonfil, expone el sentir de toda una generación. La meta del indigenis-

[7] GALÍ, 1988, p. 609.

[8] Arturo Warman, Guillermo Bonfil, Margarita Nolasco, Mercedes Olivera y Enrique Valencia, son los autores de esta obra que originalmente se publicó bajo el sello editorial de Nuestro Tiempo, y que posteriormente ha conocido distintas ediciones a cargo de organizaciones estudiantiles de la ENAH.

mo, "dicho brutalmente, es lograr la desaparición del indio" y en esa tarea, el antropólogo no había sido más que un "técnico en manipular indios". La antropología, al dotar de los conocimientos necesarios para comprender la cultura indígena, fue capaz de señalar las vías para que, con el menor grado posible de tensión y conflicto, las comunidades se integraran a las necesidades y finalidades de la sociedad dominante. Bonfil trazó una agenda temática tendiente a redefinir toda la disciplina: se trataba de penetrar el entramado social mexicano, entrecruzando las categorías de nación y etnia con la de clase social. Se debía comprender que el objetivo de la antropología no era estudiar comunidades indígenas aisladas, sino los nexos entre ellas y la sociedad global. En esa sociedad radicaban los problemas, y para resolverlos era necesario asumir un compromiso social, entendido en los términos de que los conocimientos adquiridos fueran puestos al servicio de la liberación del hombre.[9] Y fue este compromiso el que marcó a la antropología desde 1968, en un intento por comprender y transformar una realidad que fue analizada desde los diversos miradores marxistas instalados en la cultura política de la izquierda mexicana.

La ENAH fue uno de los escenarios donde se consumó aquel compromiso. Y fue así, no sólo porque en ella circuló aquella generación primero como estudiantes, y después como docentes, sino porque la institución en sí misma, era la responsable de la formación profesional de los nuevos antropólogos.

Ahora bien, en este proceso confluyeron una serie de determinantes, por una parte, el autoritarismo y la represión gubernamental potenció el surgimiento de un heterogéneo colectivo de izquierda, y en un sector de este colectivo, el compromiso social se desplazó del campo antropológico al terreno de la militancia política. Los paradigmas académicos debían ser puestos al servicio de una causa liberadora, y en este proceso la ortodoxia doctrinal fue anulando la crítica creativa, y tras su original reclamo de-

[9] BONFIL, 1988, pp. 39 y ss.

mocratizador, comenzó a emerger un sectarismo que limitó los espacios académicos y las polémicas disciplinarias.

Por otra parte, y a consecuencia de la movilización de 1968, la vida de la ENAH resintió la salida de buena parte de aquella generación de antropólogos críticos.[10] La escuela enfrascada en discusiones más políticas que académicas, quedó sin una parte sustancial de sus docentes, y en este contexto ingresaron un conjunto de profesionales procedentes de otras disciplinas, sobre todo de la economía y de las ciencias políticas, que desconociendo la especificidad de la antropología, introdujeron las corrientes marxistas sin mayores reflexiones en torno a su vinculación con la teoría antropológica. Junto a ello, al inicio de los setenta, y en el marco del gobierno de Luis Echeverría, una parte de aquellos antropólogos críticos pasaron a ocupar puestos de dirección en la política cultural mexicana. Guillermo Bonfil se hizo cargo del INAH, liderando una propuesta renovadora, que convenció a muchos, pero para otros no dejó de considerarse una claudicación a las ya históricas posturas sostenidas una década antes.

Entre tanto, en la ENAH la movilización fue en aumento. En 1968 participó activamente en el Consejo Nacional de Huelga, al tiempo que la represión al movimiento estudiantil en junio de 1971, incrementó la efervescencia política. Un año más tarde, dio inicio una amplia restructuración fundada en posiciones autogestionarias, de representación igualitaria de estudiantes, profesores y trabajadores en el proceso de toma de decisiones en el gobierno de la institución. Como consecuencia de ello, en lo académico se observa un abandono de las corrientes de la antropología clásica, y en lo político la escuela puso distancia respecto al INAH, con momentos muy cercanos a la ruptura para con una institución de la que forma parte.

[10] Las autoridades del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), en 1969, decidieron cancelar la contratación de Guillermo Bonfil, y como protesta, un sector importante de profesionales de la antropología renunciaron o se alejaron del INAH, y por consiguiente abandonaron sus tareas docentes en la ENAH.

En 1979, y en el apogeo de la experiencia autogestionaria, la escuela se trasladó a su actual sede, junto a la pirámide de *Cuicuilco*.[11] La doctora Mercedes Olivera había llegado a la dirección de la escuela por medio de la elección directa de profesores, estudiantes y trabajadores, y en la simbólica fecha del 26 de julio, en su discurso de toma de posesión, la flamante directora dio a conocer su plan de trabajo anunciando entre otros asuntos, la creación de "una revista de alto nivel que proporcione un marco para la discusión y el análisis antropológico".[12]

En junio de 1980 nació *Cuicuilco*, que de manera ininterrumpida se ha publicado a lo largo de los últimos 20 años. En su primer número se anunciaba que la revista se constituiría en un espacio para la difusión del conocimiento en cada una de las especialidades que se impartían en la ENAH, subrayando que se trataba de un esfuerzo por alcanzar mejor comprensión de la realidad, pero también de una empresa que buscaba exponer las alternativas científicas necesarias tendientes a la deseada transformación social.[13]

La revista surgió sin un equipo técnico y sin un presupuesto que garantizase su continuidad; se trataba del esfuerzo de un núcleo de profesores, movidos por la voluntad de dotar a la ENAH de una publicación periódica. Acorde con los tiempos que corrían, se organizó un consejo editorial donde pudieron participar todos los que lo desearan, pero con una misma representatividad, esto es, cada especialidad contaba con un voto en el proceso de toma de decisiones. Este consejo estaba presidido por un coordinador.[14]

[11] Traducido por José Corona Núñez como "lugar de pinturas o jeroglíficos", GONZÁLEZ APARICIO, 1973.

[12] "Discurso pronunciado por la doctora Mercedes Olivera en la toma de posesión como directora de la ENAH", en *Cuicuilco*, 1 (jun. 1980), p. 57.

[13] "Editorial", en *Cuicuilco*, 1 (jun. 1980), p. 8.

[14] Durante su Primera época, *Cuicuilco*, estuvo bajo la coordinación de Arturo Arias, y el consejo editorial, en distintos momentos, estuvo integrado por Arturo España, Antonio Félix, Alejandro Figueroa, Silvia

Al año de su creación, los editores de *Cuicuilco* quisieron dejar constancia de algunos progresos, como el de haber sido dotados de un espacio físico para las tareas editoriales, así como de un presupuesto para solventar el trabajo, con optimismo se escribió: "se terminaron los tiempos de andar vagando como gitano [...] por la falta de un local. Ahora todo se vuelve más simple y cómodo. El trabajo es más agradable y la voluntad de invertir más trabajo y amor en la revista, es aún mayor".[15]

Sin embargo, aquella voluntad parece no haber despertado mayor interés entre el resto de la comunidad, ya que agregan "se creció ante la relativa indiferencia de las diversas especialidades de la escuela, y ante una difícil incomprensión por parte de la institución madre: el INAH".[16] Relacionado con lo primero, y frente a una marcada apatía del estudiantado, fue permanente la invitación a que participaran en las tareas editoriales; y en relación con el INAH, el reclamo se refería a la lenta y a veces nula distribución de la publicación.[17]

Aunque originalmente se pensó en una revista con una periodicidad trimestral, esto no siempre pudo cumplirse. La crisis económica de 1982, rompió por primera vez la regularidad y puso en entredicho la viabilidad del emprendimiento. Ocho meses transcurrirían entre la publicación de los números nueve y diez (de julio de 1982 a marzo de 1983). Para hacer frente a dichas dificultades, el consejo editorial puso en marcha un plan de austeridad, que a la postre resultaría exitoso.[18]

Los problemas financieros, pero sobre todo los cambios en los equipos de dirección de la escuela, determinaron

---

Romeu Adalid, Lucinda Sancho de la Vega, Xavier, Alejando Lozano, Griselda Martínez de León, Juan Manuel Pérez, Anne Perrruchot, Luis Ricardo Ruiz, José Díaz, Augusto Urteaga, Rosa Espada, Pablo Montero y Eyra Cárdenas.

[15] "Editorial" en *Cuicuilco,* 5 (jul. 1981), p. 6.

[16] "Editorial" en *Cuicuilco,* 9 (jul. 1982), p. 10.

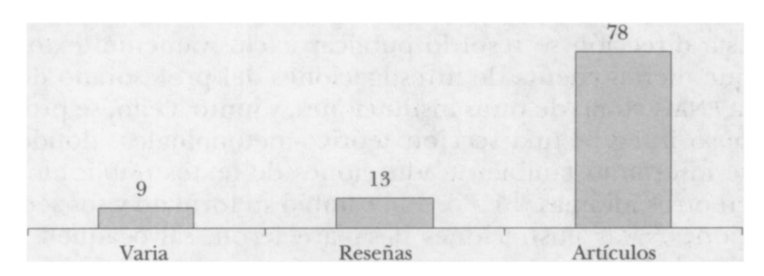
[17] Véanse los editoriales de *Cuicuilco,* 6 (oct. 1981) y 10 (mar. 1983).

[18] "Editorial" en *Cuicuilco,* 10 (mar. 1983), pp. 10-11.

que *Cuicuilco* conociera cinco épocas,[19] sin que cada una significara un corte sustancial respecto a las anteriores. Sin embargo, en todas ellas el mayor porcentaje de las páginas está dedicado a la publicación de artículos científicos, y en menor proporción a reseñas y a una sección variada que incluye testimonios, correspondencia, documentos, polémicas, semblanzas históricas, notas informativas, etcétera.

Gráfica 1

PORCENTAJE POR TIPO DE PUBLICACIÓN EN *CUICUILCO*, 1980-2000



En esta última sección tomó cuerpo, de manera muy notoria, un clima de época propio de la izquierda mexicana en la primera mitad de los ochenta. La solidaridad para con los movimientos sociales centroamericanos (la revolución sandinista, la guerra en El Salvador, pero sobre todo la lucha armada en Guatemala), al igual que una presencia significativa de exiliados latinoamericanos entre los profesores y los estudiantes de la escuela, explican el peso de estas temáticas en la primera época de *Cuicuilco*, peso que disminuiría significativamente a partir de 1983.[20]

[19] Primera época de (jun. 1980 a mar. 1983), núms. 1-10; Segunda época (jun. 1983 a abr.-jun. 1986), núms. 11-17; Tercera época de (jul. 1987 a abr.-jun. 1988), núms. 18-21; Cuarta época de (mar. 1990 a ene.-feb. 1993), núms. 22-33/34, y Quinta época de (mar.-ago. 1994 a la fecha), núms. 1-18.

[20] Entre estos materiales, véanse "Los pueblos indígenas de Guatemala ante el mundo", en *Cuicuilco*, 1 (jun. 1980), pp. 2-7; "El indígena guatemalteco ante la lucha armada", en *Cuicuilco*, 3 (ene. 1981), pp. 2-3; "Tribunal permanente de los pueblos: sesión sobre El Salvador" en

A mediados de aquel año, y después de una evaluación interna, sus editores decidieron iniciar una segunda época. Se trabajó sobre la idea de convertir a la revista en una publicación eminentemente científica, dejando a un lado los materiales de difusión de actividades del plantel educativo, y reduciendo el espacio para la reproducción de documentos vinculados con la movilización social en Centroamérica. Se dirigiría a un público especializado, ya que "la experiencia nos ha mostrado que es imposible ser un canal de difusión de actividades cotidianas a la vez que convertirse en un medio de comunicación académica". En esta dirección se resolvió publicar exclusivamente textos que dieran cuenta de investigaciones del profesorado de la ENAH como de otras instituciones, y junto a ello, se propuso integrar una sección teórico-metodológica, donde se insertaran también traducciones de textos publicados en otros idiomas.[21] La revista cambió su formato y sus secciones,[22] las ilustraciones desaparecieron, salvo aquellas vinculadas directamente con los artículos, su periodicidad siguió siendo trimestral y como novedad, se organizaron algunos números temáticos.[23]

Cuicuilco, 4 (abr. 1981), pp. 51-57; "El Salvador: testimonio gráfico de una guerra", en *Cuicuilco,* 5 (jul. 1981), pp. 2-4, y "El caso argentino: desapariciones forzadas como instrumento básico y generalizado de una política", *Cuicuilco,* 9-10 (jul. 1983) y (mar. 1983), pp. 2-8 en ambos números.

[21] "Editorial" en *Cuicuilco,* 11 (jun. 1983), pp. 2-3. Hasta enero de 1984, Arturo Arias continuó en la coordinación de la revista, fue remplazado por Monserrat Galí en abril de ese año. El Consejo Editorial estuvo integrado en distintos momentos por Antonio Félix, José Luis Fernández, Elio Masferrer, Carlos Garma, Juan Manuel Pérez, Anne Perrruchot, Luis Ricardo Ruiz, María Cristina Sacristán, Jesús Nárez, Bárbara Cifuentes, Cecilia Navarro, Víctor Romo de Vivar Gayol, Felipe Bate, Crystal García, Gerardo Sámano, Laura Valladares, Sandra Sepúlveda y Leo Zuckerman.

[22] Las secciones fueron Antropológicas, Documentos y Testimonios y Reseñas.

[23] Los núms. 14-15 (jul.-dic. 1984), estuvieron dedicados a religión popular e identidad, el 17 (abr.-jun. 1986) se dedicó a antropología urbana y el 18 (jul.-sep. 1987) a historia y antropología andina.

A comienzos de 1986 un cambio en la dirección de la ENAH, inauguró una tercera época en *Cuicuilco*, que tan sólo tuvo cinco números; y otro cambio en 1990 abrió la cuarta época en que se publicaron doce números. No se observan modificaciones sustanciales entre estos dos momentos, salvo en cuestiones de formato e ilustración. En ambos se trabajó bajo el modelo de números temáticos, además de una sección miscelánea y otra de reseñas.[24] Ahora bien, es de subrayar que en estas dos épocas, se careció de una dirección y de un consejo editorial; durante ocho años *Cuicuilco* estuvo bajo la responsabilidad de la Subdirección de Extensión Académica. En tal sentido, fueron las autoridades en turno quienes imprimieron rumbo, sin un equipo de académicos trabajando *ex profeso* en estas cuestiones. En realidad, la revista funcionó a partir de coordinadores de números temáticos, quienes asumían la responsabilidad de convocar a los autores y de dictaminar los textos. No existían tampoco criterios explícitos para la aprobación de propuestas para nuevos números, al tiempo que eran poco formales los mecanismos de evaluación de los artículos y las reseñas que recibía el Departamento de Publicaciones de la ENAH.

A comienzos de los noventa, la escuela inició un proceso de profunda reorganización. Desde hacía una década, la experiencia autogestionaria mostraba signos de agotamiento, el casi permanente estado de movilización había desaparecido y la marcada politización de los espacios académicos había cedido lugar a proyectos de investigación y de docencia que requerían de una nueva estructura institucional. En este marco, las autoridades impulsaron una reforma completa de la organización del plantel. Se procedió a la aprobación de un reglamento interno que definió con claridad la naturaleza y funciones de las instancias de gobierno, dando lugar a una nueva organización académica, que por supuesto redefinió la vinculación con el INAH.

[24] En el núm. 20 (ene.-mar. 1998), correspondiente a la Tercera época, se anunció la creación de una sección sobre bibliografías temáticas, sin embargo, esta iniciativa no llegó a convertirse en una sección permanente.

Como parte de este proceso *Cuicuilco* inauguró su quinta época, tratando de rescatar los elementos positivos de una experiencia editorial de casi tres lustros, para construir un espacio de excelencia académica donde publicar resultados o avances de investigación tanto de la ENAH como de otras instituciones nacionales y extranjeras. El punto de partida fue adoptar los estándares vigentes de publicación en el medio académico nacional e internacional, como garantía para obtener el grado de calidad de toda revista científica. Con esta idea tuvo lugar una completa reorganización, que contempló desde cuestiones de diseño editorial, hasta la definición de las normas que reglamentarían su funcionamiento.

La revista pasó entonces a depender de un director, que en un primer momento fue llamado editor, auxiliado por un comité editorial y uno de asesores.[25] Se definieron estrictos criterios de arbitraje externo y se trató de conseguir partidas presupuestales para garantizar una periodicidad, esta vez cuatrimestral.

En esta nueva época *Cuicuilco* ha mostrado renovada vitalidad. Sus páginas se organizan a partir de un *dossier* temático, siempre coordinado por un profesor de la ENAH. A estos materiales se suman artículos de diversas disciplinas organizados en la sección "Miscelánea", junto a otra sección dedicada a reseñas. Los textos son sometidos a un proceso de dictaminación, y la dirección de la revista recae sobre un colectivo de académicos que garantizan la continuidad de una empresa editorial con independencia de

[25] Desde 1994 han sido directores de *Cuicuilco*, Pablo Yankelevich, Alberto del Castillo y José Luis Vera. El Comité de Redacción estuvo integrado en distintos momentos por Sergio Raúl Arroyo, Marie Odile Marion, Sergio Bogard, Eyra Cárdenas, Alberto del Castillo, Paloma Escalante, Raymundo Mier, Hilda Iparraguirre, Vera Tiesler, Carlos Garma, Luis Barjau, Carlos López Beltrán, Melchtild Ruscht, Otto Schuman, Yoko Siugira, Luis Alberto Vargas, Luis Vázquez León, Celia Zamudio. El Comité Asesor está integrado por Roger Bartra, Heraclio Bonilla, Johanna Broda, Camilo José Cela Conde, Christian Duverger, Néstor García Canclini, Michel Graulich, Friedrich Katz, Herbert Klein, Alfredo López Austin, Robert Malina, Randall Mc Guire, Nelson Manrique, Héctor Pérez Brignoli, Antonio Pérez Gollán, Armando Silva, Rodolfo Stavenhagen, y Ricardo Ventura.

los cambios en las instancias de gobierno tanto de la ENAH como del INAH.

Desde 1994, la revista rompió con una práctica endogámica, para abrir sus páginas a colaboradores de otras instituciones de México y del extranjero. La transparencia en los procesos de dictaminación y la garantía de su periodicidad cuatrimestral, la han convertido en un espacio atractivo que recibe regularmente una buena oferta de artículos y reseñas, circunstancia que permite programar números con suficiente anticipación. Un buen ejemplo de esta situación, relacionada con la oferta de artículos, radica en el hecho de que desde 1998 *Cuicuilco* ha duplicado su paginado, contando en la actualidad con 300 páginas en un tiraje de 1 000 ejemplares. Todo este esfuerzo fue reconocido en 1998 por el Consejo Nacional para la Ciencia y la Tecnología (Conacyt), quien incorporó esta publicación a su padrón de revistas de excelencia.

La última época refleja también un proceso de cambio significativo dentro de la escuela: disciplinas abiertas a nuevos campos de estudio, entrecruzándose en una pluralidad de perspectivas teóricas y metodológicas, que han permitido construir un inventario de temas que enriquecen los territorios de la antropología y la historia en México. Asuntos como psicoanálisis y antropología, los nuevos encuentros entre la historia y la antropología, entre la estética y la antropología, el uso del cine y la fotografía como fuente histórica, la teoría y la práctica de la museografía, y los nuevos enfoques de la antropología simbólica, son algunas muestras de los aires de renovación expresados en sus páginas.

Sin embargo, cabe destacar que los editores no han podido solucionar el verdadero cuello de botella de toda publicación académica: su distribución y comercialización. Aunque justo es reconocerlo, no depende enteramente de ellos la solución del problema, porque para hacerlo se requiere de una modificación en las estructuras del INAH, cuyas inercias burocráticas vuelven lento cuando no imposible, ensanchar los mecanismos de distribución de sus ediciones. Entonces, aún queda pendiente una de las razo-

nes de ser de toda publicación: llegar a la mayor cantidad de lectores posible. Corresponde a los responsables de *Cuicuilco* diseñar estrategias para que así sea, porque mientras la distribución académica parece garantizada por la vía de los intercambios con bibliotecas y universidades, la faceta comercial está reducida a las librerías del INAH, salvo en muy honrosas excepciones.

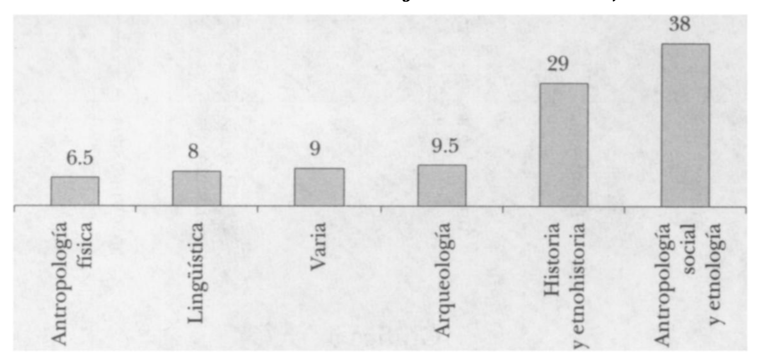
Ahora bien, vista en la perspectiva que otorga dos décadas de existencia, cabe destacar que en el conjunto de disciplinas sobre las que se enseña e investiga en la ENAH, la antropología social y la historia[26] ocupan en las páginas de *Cuicuilco* un lugar prominente. Esto es, dos tercios de la revista han estado dedicados a estas disciplinas, muy por encima de la lingüística, la antropología física y la arqueología. Si bien la presencia de cada disciplina varía de época a época, la tendencia general antes descrita parece mantenerse. Ello puede atribuirse a una serie de razones: en primer lugar, al grado de desarrollo y consolidación de equipos de investigación capaces de ofrecer de manera periódica materiales para su publicación; en segundo lugar, a la existencia de otras revistas o espacios editoriales especializados, incluso dentro del INAH, dónde publicar resultados de investigación de algunas disciplinas como es el caso de la arqueología. En tercer lugar, a la orientación disciplinaria que imprimen los responsables editoriales. La presencia de la antropología física en la primera y segunda épocas de *Cuicuilco,* en mucho pudo deberse a la activa presencia de profesores de esta disciplina en el consejo editorial.

Por otra parte, se observa una tendencia marcada a la disminución de la sección "Varia", lo que puede explicarse por la explícita decisión de evitar la publicación de materiales ajenos a una revista académica. En este sentido, cabe mencionar que la ENAH edita desde mediados de 1980 un boletín informativo que permitió descargar de las páginas de la revista las notas de información general; y por otro

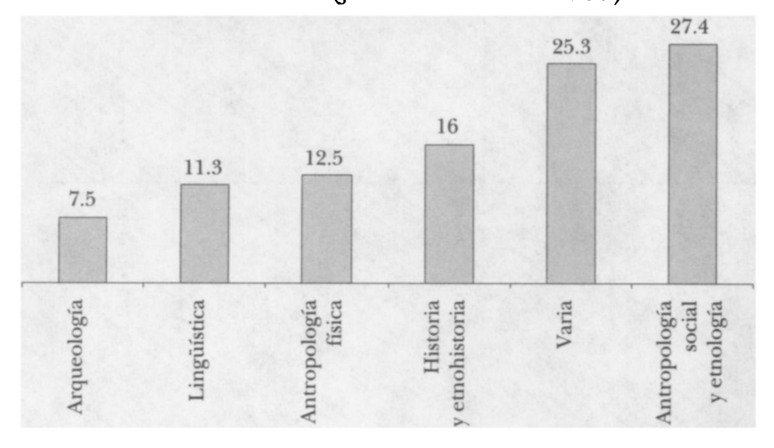
[26] Después de revisar el contenido de los artículos y reseñas de la colección completa de *Cuicuilco,* y con exclusivos fines expositivos, incluimos a la etnología y a la etnohistoria dentro de la antropología y de la historia respectivamente.

lado, por la también explícita decisión de abrir sólo coyunturalmente una sección sobre temas de singular importancia, como es el caso de la sección inaugurada a mediados de 1999, atenta a reproducir las polémicas y propuestas desatadas en torno a la iniciativa de Ley General del Patrimonio Cultural de la Nación.[27]

Gráfica 2
DISCIPLINAS EN *CUICUILCO*. PORCENTAJE DE PARTICIPACIÓN, 1980-2000



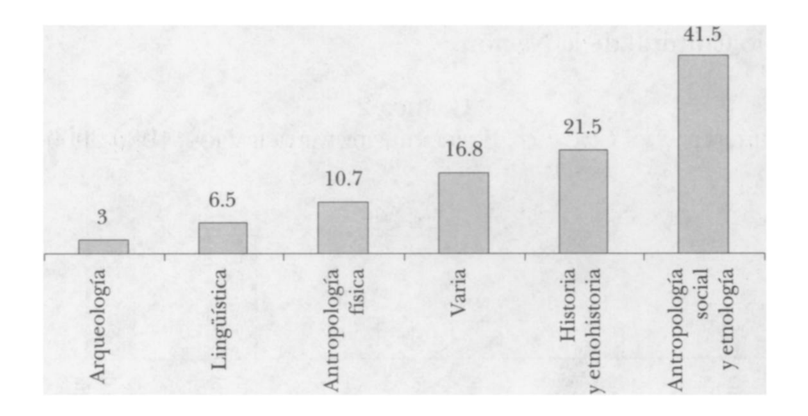
Gráfica 3
DISCIPLINAS EN *CUICUILCO*. PORCENTAJE DE PARTICIPACIÓN.
PRIMERA ÉPOCA (JULIO 1980-MARZO 1983)



[27] Véase la sección "Perfiles", en *Cuicuilco*, 16 (mayo-ago. 1999).

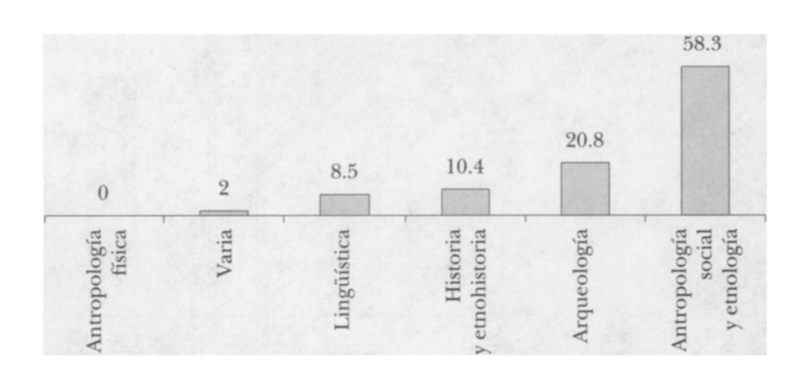
Gráfica 4

DISCIPLINAS EN *CUICUILCO*. PORCENTAJE DE PARTICIPACIÓN.
SEGUNDA ÉPOCA (JUNIO 1983-ABRIL/JUNIO 1986)

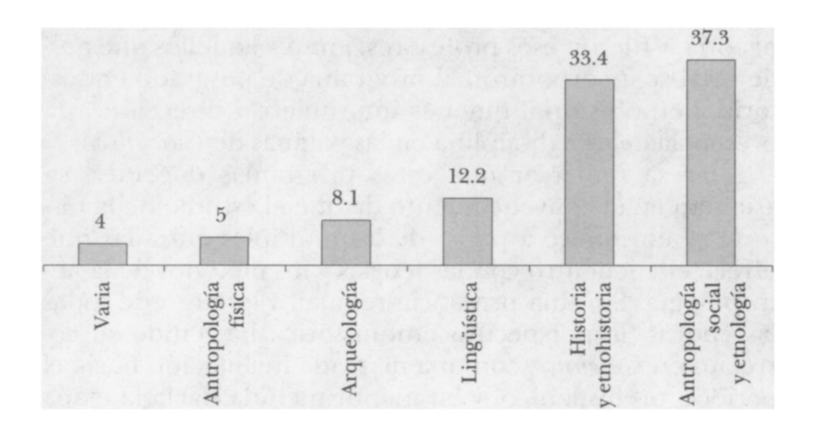


Gráfica 5

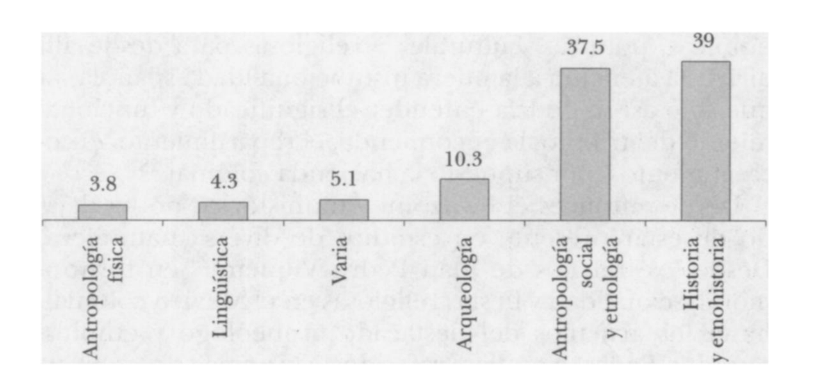
DISCIPLINAS EN *CUICUILCO*. PORCENTAJE DE PARTICIPACIÓN.
TERCERA ÉPOCA (JULIO/SEPTIEMBRE 1987-ABRIL/JUNIO 1988)



Gráfica 6
Disciplinas en *Cuicuilco*. Porcentaje de participación. Cuarta época (marzo 1990-enero/febrero 1993)



Gráfica 7
Disciplinas en *Cuicuilco*. Porcentaje de participación. Quinta época (mayo/agosto 1994-enero/abril 2000)



LA HISTORIA EN *CUICUILCO*

Si bien la investigación histórica es consustancial a las tareas del INAH, en la ENAH los historiadores tuvieron su propio espacio en 1980, cuando se fundó la licenciatura en historia, y fueron esos profesores, junto a aquellos que desde 1984 se incorporaron al programa de posgrado en historia y etnohistoria, quienes imprimieron dirección a la presencia de esta disciplina en las páginas de *Cuicuilco.*

Interesa remarcar que estos programas docentes, se asientan en el convencimiento de que el estudio de la historia se enriquece a partir de las múltiples entradas que ofrece el encuentro con las teorías y los métodos de la antropología. Sin una presencia regular a lo largo de todas las épocas, la perspectiva etnohistórica ha tenido su correlato en *Cuicuilco,* con una marcada inclinación hacia el periodo prehispánico, y en menor medida hacia la etapa colonial e independiente de la historia mexicana.

En 1980, Johanna Broda dejó constancia de estas preocupaciones en un artículo dedicado a explorar las instituciones indígenas de factura prehispánica y sus transformaciones a partir de la conquista y colonización europeas. La autora, abogaba por la necesidad de entender a la comunidad indígena prehispánica en sus múltiples articulaciones económicas, políticas, culturales y religiosas para desde allí dirigir la atención a la nueva institucionalidad española, ya que sólo así se podría entender el significado y funcionamiento del tributo, la encomienda, el repartimiento, el corregimiento y por supuesto la hacienda colonial.[28]

Desde entonces el horizonte etnohistórico no ha dejado de estar presente en estudios de diversa naturaleza. Desde los trabajos de Juan Pedro Viqueira[29] en torno a moral, sexualidad y fiestas religiosas en el México colonial, hasta los artículos del destacado arqueólogo y etnohistoriador Pedro Armillas, referidos a sistemas de cultivos,

[28] *Cuicuilco,* 2 (oct. 1980), p. 34.
[29] VIQUEIRA, 1984.

cuestiones tecnológicas y religiosas en las civilizaciones mesoamericanas.[30]

El interés en mantener esta perspectiva, determinó que *Cuicuilco* iniciara su quinta época con un *dossier* dedicado a los encuentros entre historia y antropología. Marc Augé, Johanna Broda, Brígida von Mentz, Antonio García de León, Henri Favre y Gordon Brotherston entre otros autores, presentaron un abanico de temas y problemas, en su mayoría de naturaleza teórica, en torno a las potencialidades de combinar el espacio histórico de la antropología y el tiempo antropológico de la historia.[31]

Por otra parte, resulta digno de destacar que si bien la historia en *Cuicuilco* está mayoritariamente dirigida al pasado mexicano, la presencia de América Latina tiene representación en casi todas las épocas de la revista; y buena parte de esa representación alude a estudios que, desde una perspectiva etnohistórica, están dedicados al estudio del área andina. No sorprende entonces que desde la ENAH, se dirija la mirada al otro gran complejo civilizatorio de la América prehispánica, dedicando a esta cuestión diversos artículos como un número temático titulado "Historia y antropología andina".[32]

En distintas oportunidades, *Cuicuilco* cedió espacio a antropólogos e historiadores peruanos de la talla de Franklin Peace, Luis Millones y María Rostowroski, entre muchos otros, para que publicaran trabajos sobre una diversidad de cuestiones: la mujer en el imperio incaico, los incas en el recuerdo poético andino, el uso de alucinógenos en las sociedades prehispánicas del sur andino, etc. Entre estos materiales, destaca un artículo de Franklin Peace donde combina la reflexión teórica acerca de la historia y sus métodos, con la preocupación por dar cuenta del proceso de construcción de la identidad nacional peruana. Reconstruir un tejido de consensos y conflictos requiere no sólo de diversas aproximaciones, señala el autor, sino que también vuelve necesario constatar las distintas originalidades locales o regionales,

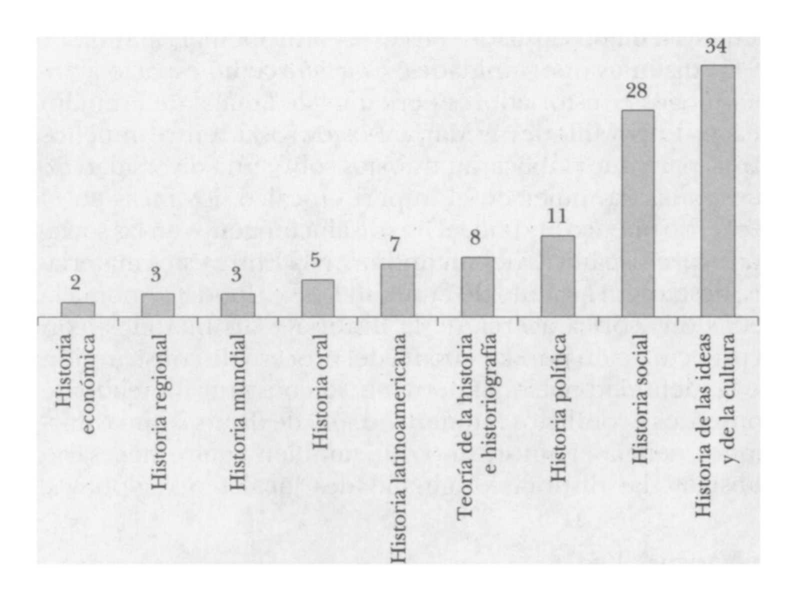
[30] ARMILLAS, 1984.
[31] *Cuicuilco*, 1, vol. 1, Nueva época (mayo-ago. 1994).
[32] *Cuicuilco*, 18 (jul.-sep. 1987).

étnicas o nacionales. Desde este horizonte, la perspectiva etnohistórica muestra toda su utilidad permitiendo una reconstrucción histórica atenta a los contrastes, las oposiciones y las marginaciones, pero que tampoco se agote en ellas, sino que intente integrar las diferencias en la búsqueda de una unidad común.[33] Es así como la etnohistoria ha servido también tanto de puente para el conocimiento de otras latitudes, como de plataforma desde donde se presentan temáticas compartidas entre los Andes y Mesoamérica.

Ahora bien, en los artículos de carácter histórico publicados en *Cuicuilco*, aparece como una constante el interés por la historia social, en especial los estudios sobre el mundo del trabajo y los trabajadores en el medio rural y urbano. Casi una tercera parte de las publicaciones de historia están centradas sobre este campo de especialidad.

Gráfica 8

Cuicuilco, 1980-2000. Porcentaje por campo de especialidad en artículos y reseñas sobre historia



[33] Peace, 1985, pp. 54-59.

Desde el primer número de *Cuicuilco*, encontramos esta temática, muchas veces reclamando un espacio frente a otras disciplinas tradicionalmente más cercanas al estudio de los obreros y trabajadores en general. Victoria Novelo introdujo la polémica en el seno de la antropología mexicana, con sus estudios pioneros en torno a la vida cotidiana en comunidades obreras. "Nos han dicho de todo, que éramos una vergüenza para la antropología mexicana al abordar temas tan lejanos a su contenido original, además de calificarnos de malos aprendices de economistas o sociólogos."[34] Los trabajos de Novelo, junto a los de Augusto Urtiaga y José Luis Sariego, todos ellos desde la antropología del trabajo tendieron puentes hacia la historia obrera. No resulta extraño entonces, que años más tarde, se llegara a dedicar todo un número de la revista al tema "Antropología y clase obrera", rematando con la traducción de un texto clásico de E. P. Thompson.[35] En efecto, historiadores como Hilda Iparraguirre, Mario Camarena, José Pantoja, Gerardo Necoechea y Leaf Adleson, entre otros, capitalizaron ese encuentro con la antropología e iniciaron un esfuerzo que se continúa hasta nuestros días. El *dossier* "Historia de los trabajadores", en la quinta época de *Cuicuilco*, exhibe las preocupaciones metodológicas y temáticas de este núcleo de profesionales. En una serie de artículos, se pasa revista a experiencias tan diversas como lo fueron la servidumbre colonial, los artesanos en proceso de proletarización durante el siglo XIX, y los mecanismos de disciplinamiento y de gestión de ciudadanía política en las filas de obreros y artesanos a finales del siglo XIX y principios del XX.[36] Junto a estos materiales, resulta sugerente la

[34] NOVELO, 1980, p. 22

[35] *Cuicuilco*, 19 (oct.-dic. 1987). El texto de Thompson se titula "Sociedad patricia, cultura plebeya". Cabe destacar la temprana presencia de traducciones de textos de autores europeos en el marco de esta preocupación por la historia social del trabajo, véase LEVI, PASERINI y SCARAFFIA, 1981.

[36] *Cuicuilco*, 4, Nueva época (mayo-ago.), 1995. La agenda de preocupaciones temáticas está planteada en la presentación a este *dossier*, texto redactado por Hilda Iparraguirre, Mario Camarena y José Pantoja.

inclusión de trabajos de autores europeos como el historiador Giovanni Levi y la antropóloga Amalia Signorelli,[37] quienes introdujeron reflexiones teóricas y metodológicas en el estudio de los llamados sectores subalternos.

Directamente vinculado con el interés por la perspectiva etnohistórica y con el peso de la historia social, es significativa la presencia de artículos en torno a la técnica y las posibilidades interpretativas abiertas por la historia oral. Al respecto y con una década de distancia, se publicaron dos números temáticos, y el tiempo que media entre uno y otro, evidencia el emerger de nuevas preocupaciones historiográficas.[38] Así, desde una marcada inclinación hacia la historia de los trabajadores, la oral fue abriendo su horizonte temático para incorporar, diez años más tarde, asuntos vinculados con la historia intelectual, con la urbana, con las representaciones políticas, así como reflexiones en torno a la construcción de identidades individuales y colectivas.

Si bien la historia social registra una presencia permanente y sobre todo homogénea en la temática obrera; el mayor número de artículos sobre historia en *Cuicuilco* se refieren a un conglomerado que agrupamos bajo la categoría de historia de las ideas y de la cultura, para referir a textos acerca de temas como: historias de la vida cotidiana; de la salud; de la familia; literatura, fotografía, música, cine e historia; cosmovisiones y religiones, historia de las ideas, y de los mitos y los símbolos nacionales. Se trata de un conjunto marcadamente heterogéneo, de un abanico extenso de especialidades y de una diversidad de autores, no necesariamente adscritos a la ENAH, que han encontrado en esta revista un espacio para la publicación de sus materiales.

Este universo está integrado por cerca de 60 artículos, algunos de los cuales forman parte de números temáticos. Es el caso de "El tiempo y las palabras",[39] *dossier* dedicado a explorar las posibilidades de encuentro de las ficciones li-

[37] LEVI, 1995 y SIGNORELLI, 1995.
[38] *Cuicuilco,* 22 (mayo 1990), y 16, Nueva época (mayo-ago. 1999).
[39] *Cuicuilco,* 2, vol. 1, Nueva época (sep.-dic. 1994).

terarias y las verdades históricas en México. Se trató de un ejercicio por reconformar la percepción de dos sistemas de escritura en permanente comunicación, con entramados convergentes, e incluso con sendas comunes. En la exploración de nuevas temáticas se ubican también algunos artículos incluidos en otros números como lo fueron "Nueva museología mexicana", "Miradas sobre la familia" y "Antropología e Imagen". En el primero, estamos frente a una revisión crítica de prácticas y discursos museográficos como cristalización de formas de gestar y regular el saber histórico.[40] En el segundo caso, se intentó una aproximación al núcleo familiar desde una perspectiva que transita por disciplinas que van desde historia hasta sociología y psicología;[41] y en relación con el tercer caso, se pretendió una exploración a partir del estudio de casos concretos y de textos de carácter reflexivo alrededor del valor de la fotografía como documento histórico y antropológico.[42]

La historia política es el tercer campo de especialidad en *Cuicuilco.* Con una baja presencia entre 1980-1983 (primera época) desapareció de la revista durante siete años, para regresar y mantener una permanencia constante desde 1990 hasta el presente (cuarta y quinta épocas). Esta evolución no es ajena a la suerte que han corrido los temas políticos dentro de la disciplina; parece entonces que, desde mediados de los ochenta, *Cuicuilco* se acerca a una evolución general marcada por la revaloración de la política en la historia. Las áreas de interés propias de la década de los ochenta, hicieron que se publicara sobre asuntos dedicados al campesinado y a su participación en el zapatismo;[43] pero también y por tratarse de la época donde la revista estuvo muy cercana a la temática centroamericana, aparecen materiales escritos a la luz de aquella

[40] *Cuicuilco,* 7 y 8 vol. 3, Nueva época (mayo-ago. 1996) y (sep.-dic. 1996).

[41] *Cuicuilco,* 9, vol. 4, Nueva época (ene.-abr. 1997).

[42] *Cuicuilco,* 13, vol. 5, Nueva época (mayo-ago. 1998).

[43] Véanse Espejel, 1981 y Rueda, 1981.

experiencia insurreccional.[44] Años más tarde, la historia política muestra más variados núcleos de interés, así junto a temas de naturaleza clásica, como la construcción de formas de liderazgo político y sindical,[45] aparecen asuntos como la administración pública y la impartición de justicia en el siglo XIX, las influencias extranjeras en los procesos políticos en los siglos XIX y XX, rebeliones y motines populares en el siglo XIX, así como materiales en torno a la construcción de legalidades y legitimidades políticas.[46]

A diferencia, la historia en *Cuicuilco* no vivió el expansivo desarrollo alcanzado por los estudios regionales. Hasta 1990 no hay registros sobre ellos, y con una débil representación comienzan a sentar presencia en la cuarta y quinta épocas de la revista. Igual suerte corre la historia económica, siendo éste el campo de especialidad el menos representado. Las explicaciones necesariamente deben orientarse a la ausencia en la ENAH de equipos de trabajo interesados en estas áreas, y a la inexistencia de vínculos entre los profesionales de la escuela y aquellos dedicados a la historia económica en otras instituciones.

En el terreno de la teoría de la historia y la historiografía existe un interés manifestado muy desigualmente en la vida de la revista. Es superior el número de artículos de carácter historiográfico frente a los de naturaleza teórica, y entre estos últimos cobran sustancia los dedicados a explorar las potencialidades de la perspectiva etnográfica.[47]

En *Cuicuilco* el estudio del pasado está casi exclusivamente referido a México, como en la mayoría de las revistas mexicanas. En el país no existe tradición ni escuelas historiográficas dedicadas a la historia en otras latitudes, siendo este el talón de Aquiles de una práctica historiográfica autorreferencial, y por tanto poco acostumbrada a la comparación. Esta circunstancia resulta preocupante en el caso de una revista que aspira a dar cabida a los trabajos

[44] Véanse LÓPEZ VALLECILLOS, 1980 y PÉREZ SÁNCHEZ, 1981.
[45] TEJEDA GONZÁLEZ, 1991.
[46] BIRRICHAGA GARDIDA,1997; KNIGHT, 1995, y GONZÁLEZ DE LA VARA, 2000.
[47] Véanse ROMANO, 1995 y GOOD, 1994.

de profesionales de una disciplina que se enseña en la categoría de grado y posgrado. La historia de otras realidades regionales o nacionales, en particular del mundo extra hispanoamericano es más la excepción que la regla, y cuando algún artículo se publica se trata, por lo general, de una traducción que conoció una edición previa.

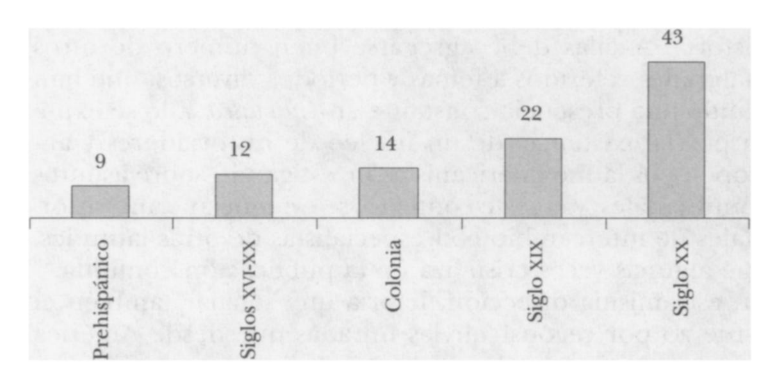
Este panorama es un poco más alentador para el caso hispanoamericano, ya que como hemos indicado hay interesantes entradas al mundo andino por la vía de la etnohistoria. A ellas debe agregarse buen número de otros materiales referidos a temas y periodos diversos, que han tenido una presencia constante en *Cuicuilco.* Ello se explica por la existencia de un núcleo de historiadores y antropólogos latinoamericanistas investigando sobre asuntos continentales, y en este contexto, se evidencian canales formales de intercambio con especialistas de otras latitudes, que algunas veces cristaliza en la publicación conjunta.[48] En esta misma dirección, habría que señalar también el esfuerzo por reconstruir las miradas que desde América Latina se dirigieron hacia procesos históricos mexicanos, en especial, sobre la revolución mexicana. Acerca de ello, se dedicó un número de la revista donde se incluyen trabajos dedicados a explorar las lecturas andinas y rioplatenses de la Revolución.[49]

Por otra parte cabe destacar que, entre todos los periodos de la historia nacional, el siglo XX ha sido el más representado en *Cuicuilco.* En ello existe una correspondencia directa con la distribución temática ya referida. La historia social de los trabajadores, y los aspectos políticos, ideológicos y culturales del primer tercio del pasado siglo, se ubican muy por encima de otros periodos cronológicos. En orden decreciente el siglo XIX, la etapa colonial y la prehispánica están presentes en casi todas las épocas de la revista. A ello se debe agregar un número cercano a la veintena de artículos, en su mayor parte de carácter etnohistórico, que atraviesan temporalidades mucho más largas. Sin embar-

[48] Véanse MELGAR BAO, 1991 y FUNES y ANSALDI, 1994.
[49] *Cuicuilco,* 31-32 (jul.-dic. 1992).

go, resulta interesante remarcar la baja representación del periodo prehispánico en el total de materiales publicados en la revista.

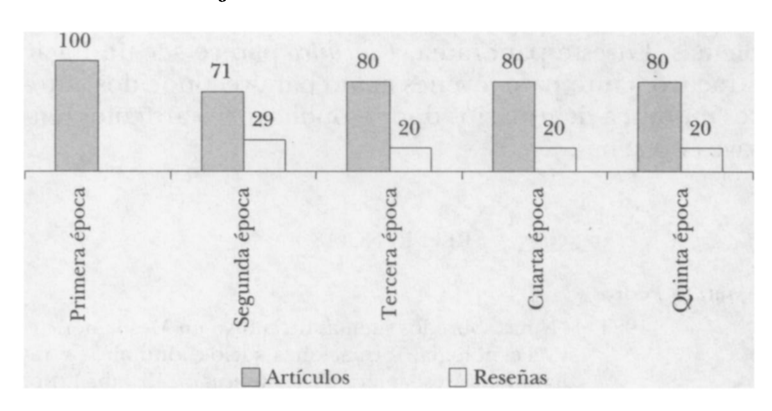
Gráfica 9
Cuicuilco, 1980-2000.
Porcentajes por periodos históricos en artículos y reseñas sobre historia



Como es sabido las reseñas son el medio idóneo para informar y actualizar el conocimiento. En el campo de la historia, desde 1983 se mantiene una presencia sostenida de este tipo de materiales. De hecho, a partir de 1987, del total de textos vinculados con la historia, 20% corresponden a reseñas, porcentaje superior al promedio general de reseñas en la vida de la revista (véanse gráficas 1 y 10). Más allá de los datos de orden cuantitativo, la gran mayoría de los libros reseñados se refieren a textos editados en español, en este sentido, el idioma es todavía un obstáculo que impide entrar en contacto con las novedades editoriales publicadas en otras latitudes. Pero este aspecto se combina con otro aún más preocupante: la ausencia de una cultura de crítica bibliográfica. Buena parte de las reseñas publicadas en *Cuicuilco* parecen hechas a la medida del elogio, en tal sentido, sólo es digno de reseñarse aquello con lo que se acuerda. Expresar puntos de vista encontrados, someter el texto a una lectura atenta a sus hipótesis, a sus fuentes y

a la validez de sus argumentaciones, resulta ajeno a la empresa de reseñar. Ahora bien, integrar una sección de reseñas no sólo atiende a la cantidad de páginas que se dediquen a ellas, sino a un proceder que debería incluir cierta inversión de la forma en que la revista se abastece de estos materiales. Esto es, deberían ser los editores quienes soliciten las reseñas y no sólo los lectores quienes ofrezcan sus trabajos para publicar. *Cuicuilco*, ha flaqueado en esta sección, aunque por fortuna, las excepciones abundan sobre todo en su quinta época.[50]

Gráfica 10
Cuicuilco, 1980-2000.
Porcentaje de artículos y reseñas sobre historia



A 20 años de distancia, *Cuicuilco* goza de buena salud. El solo hecho de haber sobrevivido debería ser motivo de orgullo para sus fundadores. La revista no sólo soportó las crisis más diversas, sino que aprovechó muchas de ellas para crecer, ampliando el imprescindible espacio editorial que requiere toda institución académica.

Hoy ya nadie necesita justificar esta empresa, quienes tuvieron la responsabilidad de dirigirla consiguieron institucionalizar, pero sobre profesionalizar un proyecto editorial

[50] Véase Liendo Stuardo, 1995; Urrego, 1997, y López Hernández, 1998.

producto del empeño de un grupo de profesores de la ENAH. Con el transcurso del tiempo, a fuerza de voluntad, *Cuicuilco* ganó espacios, recursos e infraestructuras financiera y humana que garantizan su continuidad, pero sobre todo, conquistó un lugar entre las publicaciones académicas de México.

La quinta y última época de la revista, ha sido la más prolongada en toda su historia, desde 1994 se han sucedido tres administraciones en la ENAH, sin que ello repercutiera de manera sustancial en un quehacer editorial fundado en normas y criterios académicos sobre los cuales no existen desacuerdos.

Y en este proceso, la historia ha tenido una creciente presencia, ello muestra a una disciplina que está activa en la institución, explorando nuevos temas y renovados problemas. En este panorama, *Cuicuilco* parece ser un lugar atractivo, tanto para jóvenes como para reconocidos autores en busca de espacios donde publicar sus artículos, ensayos y reseñas.

REFERENCIAS

ARMILLAS, Pedro

1984 "Notas sobre los sitemas de cultivo en Mesoamérica" y "Tecnología, formaciones socio-económicas y religión en Mesoamérica", en *Cuicuilco,* 13 (abr.), pp. 28-43.

BIRRICHAGA GARDIDA, Diana

1997 "La organización municipal durante la dictadura de Santa Anna", en *Cuicuilco,* 10-11, vol. 4, Nueva época (mayo-dic.), pp. 163-182.

BONFIL, Guillermo

1988 "Del indigenismo de la revolución a la antropología crítica", en GARCÍA MORA, pp. 39 y ss.

ESPEJEL, Laura

1981 "Movimiento campesino en el oriente del Estado de México: el caso de Juchitepec", en *Cuicuilco,* 3 (ene.), pp. 33-37.

FUNES, Patricia y Waldo ANSALDI

1994 "Patologías y rechazos. El racismo como factor constitutivo de la legitimidad política del orden oligárquico y la cultura política latinoamericana", en *Cuicuilco*, 2, vol. 1, Nueva época (sep.-dic.), pp. 193-232.

GALÍ, Montserrat

1988 "Tlatoani", en GARCÍA MORA, vol. 9, p. 607.

GARCÍA MORA, Carlos (coord.)

1988 *La antropología en México. Panorama histórico. Las organizaciones y las revistas.* México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

GONZÁLEZ APARICIO, Luis

1973 *Plano reconstructivo de la región de Tenochtitlan.* México: Instituto Nacional de Antropología e Historia-Secretaría de Educación Pública.

GONZÁLEZ DE LA VARA, Martín

2000 "La rebelión de los cañeros en Nuevo México, 1837-1838", en *Cuicuilco*, 18, vol. 7, Nueva época (ene.-abr.), pp. 223-256.

GOOD, Catherine

1994 "Trabajo, intercambio y la construcción de la historia: una exploración etnográfica de la lógica cultural nahua", en *Cuicuilco*, 2, vol. 1, Nueva época (sep.-dic.), pp. 139-152.

KNIGHT, Alan

1995 "Actitudes anglosajonas hacia la Revolución Mexicana", en *Cuicuilco*, 4, vol. 2, Nueva época (mayo-ago.), pp. 151-176.

LEVI, Giovanna, Luisa PASERINI y Lucella SCARAFFIA

1981 "Vida cotidiana en un barrio obrero: la aportación de la historia oral", en *Cuicuilco*, 6 (oct.), pp. 8-12.

1995 "Carreras de artesanos y mercado de trabajo en Turín (siglos XVIII y XIX)", *Cuicuilco*, 4, Nueva época (mayo-ago.), pp. 9-24.

LIENDO STUARDO, Rodrigo

1995 "Living with the Ancestors, Kinship and Kingship in Ancient Maya Society", en *Cuicuilco*, 5, vol. 2, Nueva época (sep.-dic.), pp. 230-232.

LÓPEZ HERNÁNDEZ, Conrado

1998 "Hábitos, normas y escándalos. Prensa, criminalidad y drogas durante el porfiriato tardío", en *Cuicuilco,* 13, vol. 5, Nueva época (mayo-ago.), pp. 291-300.

LÓPEZ VALLECILLOS, Ítalo

1980 Hacia una cronología de la insurrección popular campesina de 1932 en El Salvador", en *Cuicuilco,* 2 (oct.), pp. 2-8.

MELGAR BAO, Ricardo

1991 "Las categorías utópicas de la resistencia étnica en América Latina", en *Cuicuilco,* 21 (jul.-sep.), pp. 49-60.

MÉNDEZ LAVIELLE, Guadalupe

1988 "La quiebra política, 1965-1976", en GARCÍA MORA, vol. 2, pp. 354-560.

NOVELO, Victoria

1980 "La vida obrera, un nuevo campo para la etnología", en *Cuicuilco,* 1 (jun.), pp. 22-24.

PEACE, Franklin

1985 "Historia andina: hacia una historia del Perú", en *Cuicuilco,* 16 (ene.-jun.), pp. 54-59.

PÉREZ SÁNCHEZ, Juan José

1981 "América Central: una década después", en *Cuicuilco,* 6 (oct.), pp. 48-51.

ROMANO, Ruggiero

1995 "Historia, antropología y folklore" en *Cuicuilco,* 4, vol. 2, Nueva época (mayo-ago.), pp. 177-184.

RUEDA, Salvador

1981 "Consideraciones generales para el estudio del movimiento armado: la zona zapatista de Genovevo de la O", en *Cuicuilco,* 3 (ene.), pp. 38-43.

SIGNORELLI, Amalia

1995 "El valor del trabajo en la experiencia biográfica: confrontación de dos historias de vida comparadas", en *Cuicuilco,* 4, Nueva época (mayo-ago.), pp. 123-150.

TEJEDA GONZÁLEZ, José Luis

1991 "El lombardismo y el movimiento obrero en la década de los treinta", en *Cuicuilco,* 28 (oct.-dic.), pp. 65-74.

URREGO, Miguel Ángel

1997 "Subcomandante Marcos. El sueño zapatista", en *Cuicuilco*, 9, vol. 4, Nueva época (ene.-abr.), pp. 157-161.

VIQUEIRA, Juan Pedro

1984 "Matrimonio y sexualidad en los confesionarios en lenguas indígenas" y "La Ilustración y las fiestas religiosas populares en la ciudad de México (1730-1830)", en *Cuicuilco*, 12 (ene.) y 14-15 (dic.), pp. 27-37 y 12-19 respectivamente.

HISTORIAS. TRAYECTORIA DE UNA IDEA

Consejo de Editores de la revista *historias*
Dirección de Estudios Históricos,
Instituto Nacional de Antropología e Historia

TAL VEZ LA LECCIÓN MÁS ARDUA DE LA AGITADA década de los sesenta consistió en la clausura de las visiones únicas y lineales de la vida. También puede ser la lección más provechosa. Esto tuvo que ver con un hecho cíclico y al parecer sin mayor trascendencia: la apertura de los centros y departamentos de investigación a las nuevas generaciones. Ahí se enfrentaron al menos, en principio, dos formas de entender la vida del saber: una, la de los miembros señeros en las instituciones, desacostumbrados al diálogo, excluyentes, y rígidos; la otra, presuntamente más fresca, menos desinhibida, más ingenua, y también con su dosis de arrogancia y rigidez. Las tareas de las nuevas generaciones apostaron, entonces, tanto al rigor científico como al ensayo de la libertad.

Años después, en el interior de uno de esos centros de investigación: la Dirección de Estudios Históricos, del INAH, un grupo de esos investigadores se planteó la necesidad de crear una revista que enfrentara el reto de pensar la pluralidad en las maneras de ver el pasado y en captar las distintas aristas que son el complejo nudo del tiempo. El nombre de la revista evadió la duda: *historias*, suma de realidades que se relacionan y se tensan, producto de lecturas y debates sobre los alcances del oficio y sus sentidos, indagaciones directas en archivos públicos y privados, en

bibliotecas y hemerotecas, siempre atendiendo las exigentes reglas de la historiografía y la obligación de construir nuevos saberes.

Parte de la novedad de este proyecto radicó en su amplitud de perspectivas que se conjuntaron en una sola vía de divulgación, en la frescura de su lenguaje, en la agilidad de su presentación miscelánea. La trayectoria de *historias* ya es mesurable: casi dos centenares de autores han desfilado por sus páginas por medio de largos ensayos historiográficos, en un abanico cronológico que recorre cinco siglos, desde los medievales presagios colombinos hasta las propuestas interpretativas de sucesos fundamentalmente mexicanos que no han perdido su sabor presente. Textos que muestran autores preocupados por perseguir lo verdadero, respaldados en la seguridad del acontecimiento probado, reflexiones que, no sin buen oficio, hablan a otros historiadores sobre los asuntos que les incumben.

Organizada en secciones que al principio eran sólo un esbozo y hoy la estructura de la revista, *historias* ofrece a sus lectores bibliografías temáticas especializadas, reseñas y noticias sobre libros y revistas, juegos de ilustraciones que en sí mismas son otras historias. Hoy, con un formato que rebasa las 150 páginas en promedio, la revista alcanza ya el número 50.

Primeros pasos

La revista *historias* nació como iniciativa de los investigadores de la Dirección de Estudios Históricos. Fue su foro de expresión escrita, de cara a un público formado originalmente por los colegas en otros centros de enseñanza e investigación, interesado en los sistemas pretéritos, que exigiera saber con profundidad las causas y el desarrollo de los diversos procesos que delinearon nuestros múltiples pasados. Desde el principio se alejó de las meras descripciones, de los inventarios del pasado, de la abigarrada suma de fechas y de acontecimientos. En cambio, se propuso alentar los ensayos narrativos, relatar antes que pontificar.

Así fue que el ensayo monográfico se presentó como el género que daría cuerpo a la comunicación de las nuevas investigaciones y de la opinión de cada autor.

Si revisamos los primeros números, puede notarse cierta insistencia sobre temas de historia social e historia económica, que reflejaron su inclinación hacia las maneras de pensar historiográficas de las influyentes corrientes francesas. Por otra parte, no se eludieron los debates de teorías y métodos, sobre todo los que ponían en duda la eficacia de los modelos marxistas predominantes de unos años antes. Desde los primeros números se adivinó el adiós al marxismo endurecido que pesaba en otros ámbitos académicos. Con el paso del tiempo, y fiel a su apuesta inicial de la pluralidad de enfoques que enriquecen la mirada hacia el pasado, la revista dirigió sus páginas a temas que tienen que ver con la historia cultural, de las mentalidades, de las epidemias, de la muerte, de las secularizaciones como obsesión desde el siglo XVIII, de las guerras y revoluciones y de los rostros menos formales de la vida política. Por supuesto, sobresalen con mucho, los temas del pasado mexicano, de sus movimientos campesinos y obreros, del desarrollo urbano, de su creatividad artística que no es ajena al discurso político, de las olvidadas historias de perdidos territorios indios, de los ritmos cotidianos de producciones mineras y fabriles, de apuestas empresariales y vicisitudes monetarias, de las agitadas luchas por la tierra, de instituciones clericales y laicas, de linajes empresariales, de corporaciones y sindicatos, de programas políticos y efectos jurídicos, de exilios y migraciones de extranjeros y de autores e intelectuales que se releen al exhumar viejos documentos e impresos. Con una diversidad de perspectivas, evidencia de la respuesta de un mundo académico en eterno desafío a las explicaciones más convencionales y a las modas que marca cada época.

La revista *historias* ha puesto atención a las inquietudes de historiadores y de sus lectores ideales, a una ecuménica historiografía en perpetuo alumbramiento. Historiografía sin remansos. Así, las perspectivas continentales, amplias en espacio geográfico, buscan hoy explicar conceptos que la

historia regional y la microhistoria quisieron agotar apenas ayer. También ensaya las lecturas alternativas. En este momento, puede señalarse, las imágenes que ilustran cada número a lo largo de su contenido misceláneo abren otras posibilidades interpretativas del pasado, al dejar que expresen sus discursos implícitos.

El espectro de colaboradores también ha crecido a lo largo del tiempo de manera importante. La revista *historias* no se ha cerrado como foro de los investigadores de la Dirección de Estudios Históricos, sino que ha ofrecido sus páginas a investigadores de otras instituciones: ENAH, UNAM, El Colegio de México, UAM, UIA, entre otras de nuestro país. Además, como uno de sus propósitos más obvios, ha difundido la obra de destacados historiadores mexicanistas, principalmente de las múltiples corrientes historiográficas italiana, británica, estadounidense y francesa.

Maduración

Si bien la revista apostó inicialmente a los trabajos monográficos, fue integrando poco a poco otras secciones. "Entrada Libre", está conformada en general por traducciones de artículos recientes, de carácter teórico, metodológico e historiográfico, que reflejan preocupaciones materiales y éticas que acompañan al quehacer cotidiano. Muchos son artículos que previamente aparecieron en publicaciones extranjeras. En efecto, a diferencia de otras revistas mexicanas, el consejo de editores de *historias* concibe la traducción como "un trabajo intelectual invaluable no sólo para la transmisión de saberes, tanto de las humanidades como de las ciencias sociales, sino que como tal es central en los procesos de apropiación y adaptación que caracterizan a la lectura profesional". Bajo ese punto de vista, circularon, entre los lectores de la revista, por primera vez, textos en castellano de Nicholson Baker, Alain Corbin, Robert Darnton, Roger Chartier, Carlo Ginzburg, Anthony Grafton, Gertrude Himmelfarb, Stanley Hoffman, Alessandro Portelli y José Carlos Sebe Bom Meihy. No sólo traduccio-

nes, por supuesto. Aquí se han publicado textos de reflexión historiográfica de diversos investigadores mexicanos contemporáneos, que examinan procesos de manera sintética, algunas veces como imaginario epílogo de libros ya terminados. Historiografía contemporánea universal, que sin equívocos pretende ubicar a *historias* lejos de todo provincianismo intelectual.

Otras secciones dan volumen a la revista. *Cartones y cosas vistas* tiene como objetivo presentar la transcripción de algún documento, debidamente anotado por un experto, que da fe de asuntos poco conocidos de algún proceso que parecía ya haber agotado sus posibilidades de estudio. *Andamio* ofrece bibliografías o hemerografías temáticas comentadas, elaboradas por uno o varios especialistas. Algunas de ellas han dejado su huella, como las de los estudios de género, de historiografía minera, de extranjeros en México, de historia del libro y de historia urbana. En la sección de "Reseñas" se ofrecen breves comentarios sobre las novedades bibliográficas: es el perfil del historiador como lector de otras historias. *Crestomanía,* servicio a la lectura actualizada, presenta una lista de artículos y publicaciones recientes, nacionales y extranjeras, que abordan temas de historia mexicana.

Tal vez nada sea más triste para la historiografía que limitarse a su entorno más inmediato, ensimismarse. Si el proceso de consolidación nacional pareció justificar por mucho tiempo el olvido de otras experiencias históricas, en la actualidad la comparación entre experiencias similares o el contraste con otras diversas es quizá la mejor manera de explicar y entender los procesos históricos. Esta preocupación ha obligado a considerar en todos los números de *historias* al menos un artículo monográfico dedicado a algún asunto pertinente o interesante de otras perspectivas históricas. De ahí se desdobló la sección "América".

Desde sus inicios la revista incorporó ilustraciones y pronto mostró el gran interés en la difusión de la gráfica mexicana, revalorada por los diseñadores para exentarla del lugar común de sus múltiples difusiones. Se han publicado entre otros, dibujos de Rivera, Covarrubias, Ruelas,

Manilla y de caricaturistas menos conocidos de principios del siglo XX. Con el mismo afán, también se ha promovido la publicación de colecciones fotográficas poco conocidas, no para ilustrar los artículos, sino como lectura paralela, singular. Síntoma de la importancia que ha ido cobrando la imagen, la ilustración fue imponiéndose y demandando un sitio y un lenguaje propio, de manera que en la actualidad las ilustraciones constituyen en sí mismas una unidad que puede y debe leerse independientemente de los textos.

Un breve comentario final, de intención prospectiva. Como norma editorial siempre presente, se ha pensado que cualquier innovación que pudiera hacerse desde la dirección de la revista tiene sentido únicamente si responde a demandas reales de los historiadores y en este sentido el quehacer de una revista es, sobre todo, estar atentos a cuáles son precisamente las necesidades de la comunidad que se exprese a través de ella.

SECUENCIA, REVISTA DE HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES

Matilde SOUTO MANTECÓN
Instituto Dr. José María Luis Mora

Secuencia, en su sentido de continuidad, sucesión ordenada, progresión, marcha armónica [...][1]

EN MARZO DE 1985 SALIÓ DE LA IMPRENTA el número uno de la principal publicación periódica del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, bajo el título de *Secuencia, revista americana de ciencias sociales.* En la presentación del primer número, Eugenia Meyer, fundadora de la revista y por entonces directora del instituto, expuso los objetivos que se perseguían con la nueva publicación y el alcance que se pretendía darle. Señalaba que la idea era difundir múltiples ideologías y exposiciones de quienes, ocupados en el quehacer científico social, buscaban conocer y comprender el pasado y el presente para contribuir al cambio. Asimismo, indicaba que acorde con el ámbito, los espacios y tiempos de las áreas en que el instituto había dividido sus tareas de investigación —que entonces eran México, América Latina, el Caribe y Estados Unidos de América en los siglos XIX y XX—, *Secuencia* presentaría los diferentes esfuerzos intelectuales que se realizaran en ese camino. Más adelante, Meyer señaló también que dentro de esas metas generales algunos campos ocuparían un espacio singular en la revista, como los primeros años de vida independien-

[1] MEYER, *Secuencia,* 1, 1985, p. 6.

te, las expresiones varias del liberalismo mexicano, el proceso revolucionario, la reconstrucción tras el pacto federal inscrito en la Constitución de 1917 y "lo que nos es contemporáneo", desde una perspectiva interdisciplinaria que tendría en cuenta el desarrollo de la economía, la política, la sociedad y la cultura en sus múltiples formas estatales y regionales.[2]

Desde que se escribiera aquella presentación han transcurrido 16 años y se han publicado 48 números de *Secuencia* en dos épocas. Entonces ya puede hacerse un balance y mirar a la distancia el camino andado. Por principio de cuentas se puede decir que las metas trazadas originalmente se cumplieron, pero con el tiempo la revista ha cambiado y se han impuesto nuevos objetivos. Los requisitos para la publicación en sus páginas son diferentes y hoy en día está abierta a un espectro temático y cronológico más amplio, sin que ninguno ocupe, como antaño, un espacio singular, más aún, ni siquiera existe indicación expresa sobre los temas que tienen cabida en *Secuencia*.[3]

En efecto, la revista ha cambiado, confío que como parte de una sana maduración a lo largo de los años. Sigue siendo, como fuera originalmente concebida, una publicación cuatrimestral abierta a diversos géneros: ensayos, artículos, entrevistas, reseñas y testimonios, así como a la recuperación de textos clásicos o que, no obstante su importancia, tuvieron una difusión escasa en nuestro país por la publicación o el idioma en el que aparecieron originalmente.[4] Sin embargo, en la actualidad prevalecen en la re-

[2] MEYER, *Secuencia*, 1, 1985, p. 5.

[3] A partir del número 2 de la revista se incluyó en la última página un párrafo que a la letra decía: "Se aceptarán para su publicación en *Secuencia, revista americana de ciencias sociales*, trabajos sobre aspectos de la historia y las ciencias sociales. Los temas podrán abarcar México, América Latina, el Caribe o Estados Unidos de América durante los siglos XIX y XX. Mediante distintos géneros, como ensayos, artículos, entrevistas, reseñas y testimonios, se tratará la revisión crítica de trabajos histórico-sociales, estudios originales, fuentes no publicadas anteriormente, traducción y reimpresión de textos clásicos, bibliografía crítica comentada y otros aspectos relativos a la investigación".

[4] Esto también fue establecido explícitamente en MEYER, 1985, p. 5.

vista los artículos producto de investigación original y las reseñas; las entrevistas, los testimonios y las reediciones de textos clásicos o poco difundidos son menos frecuentes y aún menos los ensayos. Como ya se señalaba, tampoco existe en la revista una preferencia expresa en relación con la temática o el enfoque de los artículos publicados, si bien todavía *Secuencia* es identificada con temas de los siglos XIX y XX, al igual que el Instituto Mora, aunque ambos han cambiado y se han abierto a la época colonial, por lo menos a la etapa del reformismo borbónico. Que no existan indicaciones explícitas sobre el tema o el enfoque en la revista no implica, desde luego, que no haya una selección de los materiales que pueden ser publicados. Por el contrario, la revista sí tiene un estricto sistema de selección basado en la evaluación anónima de dos especialistas, tal y como lo prescriben los actuales cánones académicos. Éstos, pienso, son también la causa por la cual la revista ha tendido a incluir más artículos que ensayos, testimonios o entrevistas, pues hoy en día hay una enorme demanda de espacios para la publicación de los resultados de la investigación llamada "básica" o de "excelencia", demanda acicateada por las exigencias de los sistemas de evaluación y concesión de estímulos económicos vigentes en la actualidad.

Los cambios en la revista, incluso, se han reflejado de manera muy notable en su formato. Un golpe de vista hacia el librero basta para distinguir por su forma las dos épocas por las que ha pasado la revista. Su tamaño cambió de 15 × 25 a 17 × 23 cm y pasó de ser encuadernada siempre con pastas de color anaranjado a utilizarse uno distinto cada año, además de que en la nueva época se incluyeron ilustraciones (incluso en los números 31-39 se publicaron las originales de jóvenes pintores contemporáneos). Aún la revista tuvo otros cambios formales: en lugar de texto corrido las páginas pasaron a ser formadas en dos columnas; se incluyeron normas para colaboradores, datos para la identificación bibliográfica de los artículos en la página inicial de cada uno de los trabajos y, durante algún tiempo, se añadieron algunos signos tipográficos para identificar el principio y el fin de cada artículo (como puede verse en

los números del 16-30). A partir de 1995 además, otra innovación fue que sistemáticamente cada artículo fue precedido por su síntesis respectiva (la cual desde el número 43 también fue traducida al inglés).

Más allá de las modificaciones formales, en la revista hubo cambios editoriales. En su primera etapa *Secuencia* contaba con un Consejo Editorial y una editora responsable, María de la Soledad Alonso. En la segunda, iniciada con el número 16 en 1990, poco después de que Hira de Gortari asumiera la dirección del instituto, la revista contó por primera vez con un secretario de redacción: Carlos Illades, separándose a partir de entonces la tareas del secretario de redacción y del editor responsable, cargo ocupado por Hugo Vargas, correspondiendo al primero el contenido y al segundo la factura formal de la revista. Otros cambios editoriales se introducirían en 1991, cuando además del Consejo Editorial, la revista contó también con un Comité de Redacción y en 1995, cuando el director del instituto dejó de ser *ex profeso* director de la revista y ésta pasó a tener su propia dirección, cargo que tuve el privilegio de inaugurar y que hoy en día desempeña Johanna Von Grafenstein.

Con todos estos cambios hubo otro muy importante que hemerográficamente señala la existencia de las dos épocas de la revista: en la primera, que transcurrió de 1985-1989 y que incluyó los números 1-15, la revista llevó el título de *Secuencia, revista americana de ciencias sociales*; a partir de 1990 y con el número 16 se inauguró la nueva época de la revista con el título de *Secuencia, revista de historia y ciencias sociales.*

Los cambios formales implicaron desde luego, también cambios en el contenido. Como ya se señaló, en los primeros números se incluyeron con más frecuencia reediciones de textos publicados originalmente en otras revistas, como "La estructura social en Haití y el movimiento de independencia en el siglo XIX" de Benoit Joachim, publicado originalmente en francés en *Cahiers d'Histoire Mondiale*, "El jefe político en México" de John Lloyd Mecham, publicado en *The Southwestern Social Science Quarterly*, "El proceso político

y el desarrollo económico de México" de Fernando Rosenzweig, publicado en *El Trimestre Económico* o "Hidalgo en la historia" de Edmundo O'Gorman, publicado en las *Memorias de la Academia Mexicana de Historia.*[5] En algunos números de la nueva época, a partir del 22, las traducciones o reediciones de textos clásicos pasaron a una sección especial de la revista que se llamó *Dossier*,[6] como fue el caso de "La descolonización de la América española: un enfoque de los sistemas mundiales" de Nicole Bousquet, texto publicado originalmente en *Review* o "Alternativas históricas a la producción masiva: políticas, mercados y tecnología en la industrialización del siglo XIX" de Charles T. Sabel y Jonathan Zeitlin, artículo que fue publicado originalmente en *Past and Present.*[7] Por otra parte, en la nueva época se instituyeron los números temáticos, esta modalidad se inauguró con los números 17 y 18, dedicados a las elecciones en América Latina. A partir de entonces los números temáticos, formados generalmente con trabajos presentados y discutidos en seminarios, coloquios o simposia, se combinan con números misceláneos, formados con los artículos enviados espontáneamente por sus autores.

En relación con las temáticas aparecidas en las páginas de *Secuencia* a lo largo de su historia vale la pena hacer algunos recuentos para contribuir con quienes se interesen por estudiar los caminos que ha seguido la historiografía en México durante los últimos años. De 1985, cuando fue fundada, al año 2000, se han publicado 48 números de *Secuencia.* En todos éstos, salvo error u omisión involuntaria en mis cuentas, se han publicado aproximadamente 429 colaboraciones, incluyendo artículos, estudios bibliográficos y bibliografías, análisis, relaciones y transcripciones de fuentes, entrevistas a connotados historiadores o científicos sociales y reediciones de artículos clásicos, en su mayoría

[5] Números 2, 4, 5 y 6 de *Secuencia.*

[6] La revista tuvo algunas otras secciones especiales; por ejemplo, en el número 27 apareció la sección Ensayo Bibliográfico y en el 28, Notas sobre fuentes.

[7] Números 22 y 23 de *Secuencia.*

traducciones (es importante advertir que en la cifra de 429 colaboraciones no se incluyen las reseñas). Así, en cada número de *Secuencia* se han publicado en promedio nueve colaboraciones, si bien hubo años extremos en que aparecieron un máximo de doce o un mínimo de seis trabajos. En general, se puede decir que la tendencia ha sido que en cada número de la revista aparezcan menos colaboraciones, pero más extensas (en los primeros números, tenían un promedio de catorce páginas, mientras que en los últimos de 27, si bien debe considerarse que el tamaño y la forma de la revista cambiaron). Tomando en cuenta estas cifras básicas, se puede hacer un recuento de las temáticas tratadas en la revista considerando tres variables: el ámbito geográfico sobre el que trata el artículo, el periodo estudiado y la perspectiva historiográfica o metodológica empleada. Los resultados de este análisis son los siguientes.

Considerando los 48 números publicados, 49% de los artículos están referidos a México. De estos, 24% tratan el país en general, 14% una provincia en particular o una región, como puede ser la frontera norte o el Sotavento veracruzano y 11% un sitio específico, considerando como tal desde la ciudad de México hasta la hacienda del Mezquite en Zacatecas, por mencionar algunos ejemplos. Después de México, el país que más atención recibió en *Secuencia* fue Estados Unidos, con 12% de los artículos, si bien cabe señalar que buena parte de ellos trataron sobre las relaciones entre México y Estados Unidos, aunque desde luego no de manera exclusiva. Por su rareza pueden mencionarse dos artículos que se refirieron a Canadá y en ambos casos fue en relación con Estados Unidos y México. Si consideramos ámbitos geográficos más amplios, 10% de los artículos se refirieron a América del Sur, 8% al Caribe y 5% a Centroamérica, además de 7% que trató América Latina de forma general o bien trató sobre dos o más países del área, como las relaciones diplomáticas entre México y Honduras o algún análisis comparativo entre México y Brasil, por mencionar ciertos casos. Alguno de los países del continente europeo figuró en 10% de los artículos, pero siempre

en vínculo con México, como las relaciones tripartitas entre Alemania, nuestro país y Estados Unidos durante la segunda guerra mundial, o el análisis de las negociaciones entre México y Estados Unidos desde la perspectiva de la diplomacia británica.

El análisis cronológico de las colaboraciones publicadas en *Secuencia* se hizo pensando en los periodos de la historia mexicana, por lo que se llama la atención sobre algunas de las etapas tradicionales de esta historiografía. En el caso de los estudios referidos a otros países se optó por ubicarlos de forma general en los siglos XVIII, XIX o XX, según fuera el caso o, si así convenía, se les consideró de larga duración. Esto es importante tomarlo en cuenta para ubicar en su justa medida las cifras que a continuación se exponen. Considerando en su conjunto los 48 números de la revista, el periodo sobre el que trataron la mayor parte de las colaboraciones es el siglo XX —lo cual resulta muy interesante, ya que generalmente se piensa en el Instituto Mora y, por ende en su revista, como espacios destinados principalmente a los estudios sobre el siglo XIX con una vocación especial por el liberalismo. Expuesto en cifras, los trabajos dedicados al siglo XX representaron 49%, de los cuales 11% de los trabajos se refieren al periodo 1940-1988, 8% a 1920-1940, 6% a 1988-2000 y 5% a la revolución mexicana. El 19% restante trascendió estos periodos específicos y fue considerado dentro del siglo XX en general. Ahora bien, debe advertirse que en el siglo XX se incluyeron las entrevistas a historiadores o científicos sociales, clasificándose también éstas en el ámbito geográfico donde trabajara el entrevistado y en el rubro de historiografía u otras ciencias sociales.

Los trabajos que abarcaron el tránsito de los siglos XIX-XX representaron 5% del total, mientras que los dedicados exclusivamente al XIX fueron 32%. De éstos, 15% trataron en general sobre el siglo XIX, mientras que 13% se refirieron a temas ubicados en la primera mitad del siglo. En esta etapa algunos temas que destacaron fueron los relacionados con las guerras de 1833 y 1847, a los que se dedicaron 3% de los artículos, en comparación con los temas

sobre la independencia, de los que se ocuparon sólo 2% de los trabajos. Dos notables ausentes del siglo XIX fueron el imperio de Iturbide y el constitucionalismo de 1857. Respecto a la segunda mitad de ese siglo, los temas hacia los que principalmente se dirigió la atención de los autores de *Secuencia* fueron los de la República restaurada (3%) y el imperio de Maximiliano (1%). No obstante el sentido original que tuvo la fundación del Instituto Mora y la apreciación general que se tiene sobre él, acerca del liberalismo decimonónico en particular, sólo se ocuparon 3% de los artículos. Por lo que toca a la época colonial, destaca que 4% de los trabajos se refirieron a ella, mientras que 5% de las colaboraciones se ocuparon de temas de larga duración, esto es, que trataron de asuntos que trascendieron del periodo colonial al nacional o que abarcaron desde los siglos XVI-XIX o XX.

Cuando se fundó la revista se dijo que ésta sería acorde con los ámbitos, espacios y tiempos de las áreas en las que el instituto había dividido sus tareas de investigación: México, América Latina, el Caribe y Estados Unidos en los siglos XIX y XX. Se señaló que ocuparían un espacio singular los primeros años de vida independiente, el liberalismo, el proceso revolucionario, la reconstrucción tras el pacto federal de 1917 y "lo que nos es contemporáneo".[8] Esta orientación se reforzó en una nota a los colaboradores que apareció en la última página a partir del número 2 de la revista en la que se decía que se aceptarían para su publicación en *Secuencia, revista americana de ciencias sociales*, trabajos sobre aspectos de la historia y las ciencias sociales cuyos temas abarcaran México, América Latina, el Caribe o Estados Unidos de América durante los siglos XIX-XX. En la nueva época se suprimieron en las normas para los colaboradores las indicaciones explícitas en relación con los temas y así la revista abrió su espectro temático, si bien es cierto que nunca estuvo vedado el paso a temas distintos a los indicados, ya que en la primera época también se publicaron algunos trabajos que trataron sobre los siglos

[8] MEYER, 1985, p. 6.

XVI-XVIII, como fueron los casos de los artículos sobre la periodización de la historia socioeconómica del noroeste mexicano de los siglos XVI-XIX, de Sergio Ortega Noriega o el de Juan Antonio Ortega y Medina sobre el nuevo mundo en las mentes ibérica y sajona.[9]

La tercera de las variables consideradas para hacer el análisis de los 48 números de *Secuencia* publicados hasta la fecha fue el de la perspectiva historiográfica o metodológica empleada en cada colaboración. Ahora bien, no siempre es fácil clasificar los artículos bajo una etiqueta única que se refiera a un enfoque histórico, pues con frecuencia están escritos desde diversas perspectivas simultáneamente y no faltan los que no están escritos bajo ninguna en particular. Como señalara Josefina Vázquez en su artículo "*Historia Mexicana* en el banquillo", escrito para celebrar los 25 años de esa revista,[10] generalmente la historia narrativa es clasificada como historia política, aunque no lo sea en estricto sentido. Ocurre también, sobre todo con corrientes y metodologías historiográficas modernas, que los artículos suelen combinar la explicación y defensa del método con estudios concretos en los que fue empleado, como sucede frecuentemente con la historia oral y la de género, por lo que debe optarse por clasificar estos artículos como de índole metodológica en general o crear etiquetas específicas de historia oral y de historia de género, como de hecho aquí se hizo, considerando que ambas formas de hacer historia han tenido una presencia importante en el Instituto Mora y, en consecuencia, en su revista. Sea como fuere, no es vano el esfuerzo por analizar los enfoques utilizados para tratar de establecer las líneas que se han privilegiado en *Secuencia* y así aportar algunos datos que contribuyan a establecer la evolución que ha seguido la historiografía en México a lo largo de los últimos quince años. Los enfoques o "etiquetas" utilizados para hacer el análisis surgieron a la vista de las colaboraciones; no obstante, como se verá, algunos fueron agrupados para lograr que el porcentaje fuera representativo. Así tenemos que los enfo-

[9] Aparecidos respectivamente en los números 3 y 12 de *Secuencia.*
[10] VÁZQUEZ, 1976, p. 652.

ques utilizados, en orden de prelación fueron los siguientes: historia política 23%, social 12%, historiografía 10%, política exterior 9%, fuentes y bibliografías 9%, economía 6%, cultura y educación 6%, oral 6%, de las ideas 5%, otras ciencias sociales 4%, biografía 3%, regional, urbana y demografía 2%, de género 2% y teoría y metodología dos por ciento.

Como es natural, la historia de la institución ha quedado plasmada en su revista. Si creemos que el Instituto Mora fue pensado en su origen como un recinto que albergaría a estudiosos del siglo XIX mexicano y, en particular, del liberalismo, no debería sorprender un alto porcentaje de colaboraciones que trataran sobre estos temas y periodo. Efectivamente 32% de las colaboraciones se refirieron al siglo XIX, aunque en concreto, al liberalismo sólo se dedicaron 3% de las trabajos. Por otra parte, a su vez la historia de la institución indudablemente está marcada por las personas que la constituyen, y no podría ser de otro modo, ya que a fin de cuentas son ellas quienes le van dando vida. No en balde, como ya se señaló, la revista fue concebida como una publicación acorde con los ámbitos, espacios y tiempos de las áreas en las que el instituto había dividido sus tareas de investigación (México, América Latina, el Caribe y Estados Unidos en los siglos XIX-XX). Así, se puede detectar en la revista el reflejo del carácter, los intereses y la vocación de las personas que han formado parte del instituto, no sólo porque de sus plumas salieran varios artículos, sino porque colegas de otras instituciones que trabajaban temas similares eran invitados a colaborar o se sentían identificados con la institución y enviaban a la revista sus trabajos (de hecho, como se verá, la mayor parte de las colaboraciones han sido externas). No es de extrañar que los trabajos publicados fueran sobre el siglo XX —49% para ser precisos— si tomamos en cuenta que un grupo importante de investigadores que en diversos momentos han formado y forman parte del instituto se dedican a este periodo. Ocurre lo mismo con otros temas, como los estudios en relación con Estados Unidos (12% de las colaboraciones), el Caribe y América Latina (en conjunto 30% de los artículos), espacios cuya historia y procesos sociopolíti-

cos hasta la fecha cuentan en el instituto con estupendas áreas de investigación. Otros proyectos ya concluidos dejaron su huella en la revista, como es el caso del que formó parte del Programa de Historia Regional con el propósito de elaborar síntesis históricas y antologías sobre las entidades federativas de la República Mexicana, cuyo rastro es palpable en varias de las colaboraciones clasificadas como fuentes y bibliografías, sin duda producto de aquella empresa. El interés por la historia oral en el instituto puede ser rastreado desde que se trasladara al Mora parte del Archivo de la Palabra (antes bajo la custodia del Instituto Nacional de Antropología e Historia), un interés que no sólo perduró, sino que se fortaleció y enriqueció al ampliarse al lenguaje de las imágenes gracias a la tecnología de la videograbación, un área del instituto que hoy en día ha llegado a constituir en su campo una de las más importantes del país. Otras áreas se han formado muy recientemente en el Mora y, naturalmente, su influjo en la revista es menor, aunque tiende a aumentar, como son los casos de las historias colonial y urbana.

Ahora bien, como ya se mencionó, *Secuencia* es desde luego un espacio abierto a colaboraciones externas al instituto, no sólo del país, sino del extranjero; incluso, la mayoría de los colaboradores son externos al Mora. Para tener una idea aproximada del origen de las colaboraciones puede señalarse que, en promedio tomado de algunos números de la revista durante su segunda época, 35% de los autores estaban adscritos a instituciones en el extranjero, 55% pertenecían a instituciones nacionales distintas al Instituto Mora y el restante 10% formaban parte de la planta de la institución.[11] Esto es importante señalarlo porque la revista no responde únicamente a la historia del instituto ni a los intereses y la vocación de las personas que lo han formado, aunque naturalmente éstas son su esencia, sino que responde a un ámbito académico más amplio y,

[11] Estas cifras corresponden a los promedios obtenidos a partir de los números 31-38 de la revista, utilizados como simples ejemplos, habida cuenta que estas cifras varían constantemente.

en este sentido, puede decirse que *Secuencia* es ya un indicador para pulsar la marcha de la historiografía mexicana y mexicanista. Su presencia e influencia en este ámbito académico ha recibido el espaldarazo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología al incluirla en el Índice de Revistas Mexicanas de Investigación Científica y Tecnológica. Enhorabuena, si bien espero que los lectores de la revista la tengan en el mismo concepto, pues en verdad creo que son ellos, los lectores, los que reproducen las palabras y dan vida a lo escrito.

Para terminar es importante mencionar que *Secuencia* cuenta con dos instrumentos de consulta de gran utilidad. Un índice de los números 1-40 (1985-1998), elaborado bajo la coordinación de Ana Buriano y Susana López Sánchez, publicado en la colección Perfiles del Instituto Mora, y la página web de la institución, en la que se puede encontrar información sobre la revista por medio de la sección de publicaciones, si bien en fecha próxima, gracias al impulso de Johanna Von Grafenstein, de Ana Buriano y de Alberto Constante, la revista contará con su página cibernética.

SIGLO XIX. REVISTA DE HISTORIA

A *Historia Mexicana*
A quienes la fundaron
A quienes la mantienen viva

Mario CERUTTI
Universidad Autónoma de Nuevo León

EL SIGLO XIX COMO MOTIVO FUNDACIONAL

EL DESARROLLO DE LOS ESTUDIOS SOBRE EL SIGLO XIX hacia mediados de los ochenta, tanto en México como en otros países latinoamericanos, era considerable. El interés en este periodo se había acrecentado con vigor durante los años setenta. Colombia, Argentina, Brasil, Costa Rica, Uruguay y México, entre otros, sobresalían de manera evidente. Se trataba de un fenómeno académico enriquecido por motivos que, según cada caso, incluía lo siguiente: *a)* el uso creciente y generalizado de fuentes primarias; *b)* la implementación de técnicas y recursos metodológicos renovados; *c)* el auge de los estudios sobre historia económica e historia social; *d)* la influyente presencia y el reconocimiento de la labor de investigadores europeos y estadounidenses; *e)* la acentuada desconfianza que provocaban las versiones "nacionales" de la historia, muchas de ellas enarboladas —desde las distintas corrientes y con dudosa capacidad crítica— por académicos residentes en las ciudades capitales, y *f)* una fuerte propensión —en parte como respuesta

al punto anterior— a encauzar la investigación hacia espacios o ámbitos regionales (a lo cual habían contribuido, en escenarios como el mexicano, la fundación de centros de estudios en el interior). Todo ello, parecía notorio, estaba conduciendo a un conocimiento más profundo de esta crucial etapa de la historia continental.

La abundancia y el ascendente rigor de los estudios sobre tan decisivo siglo —cuya estricta cronología abarcaba los tramos finales del XVIII y las décadas iniciales del XX— no contaba con un dinamismo paralelo en la organización de foros de intercambio y discusión. Menos aún, con la realización de ediciones conjuntas, ya fuera por medio de memorias, volúmenes colectivos o revistas especializadas.

Como una propuesta para cubrir parcialmente esas ausencias nació *Siglo XIX. Revista de Historia.* Pensada, gestada y financiada desde una vivaz ciudad del norte mexicano, proyectada para aparecer con periodicidad semestral, aspiraba a convertirse, justamente, en un espacio abierto, propenso a estimular intercambios y discusiones. Desde el número de apertura sus páginas se pusieron a disposición de investigadores latinoamericanos y latinoamericanistas, pero también ofrecieron cabida desde el principio a colegas del sur de Europa: es que en estas sociedades, se planteaba, se habían registrado durante el siglo XIX fenómenos y procesos claramente cotejables con los acaecidos en no pocas regiones de nuestro continente.

Siglo XIX propuso agrupar en cada número un elevado porcentaje de materiales dedicados a un tema común: es decir, presentar un *dossier* con trabajos referidos al menos a cinco sociedades (meta cumplida durante los cinco años que nos tocó editarla). Con la frecuencia que se requiriera se sumaría a los artículos inéditos el rescate de materiales de calidad ya publicados en revistas de circulación regional o nacional, o en memorias de encuentros especializados. Esta última idea, que resultó tan rentable como funcional, brindaría a trabajos de mérito reconocible una nueva posibilidad de difusión —en una escala quizá más amplia— y la oportunidad de que cobrasen una luz dife-

rente por ser reeditados junto a otros procedentes de muy diferentes latitudes.

Las páginas de *Siglo XIX. Revista de Historia* –asegurábamos, por lo tanto, a principios de 1986– quedaban abiertas a colegas de América y Europa.[1]

¿POR QUÉ EL SIGLO XIX?

¿Se justificaba poner en marcha una revista especializada en el siglo XIX, en ese periodo que podía incluir desde la fase más intensa de las reformas borbónicas hasta la primera guerra mundial? El primer motivo/pretexto —cantidad y calidad de estudios sobre y en muy diversos países— no presentaba demasiadas dudas. El segundo parecía menos sencillo de explicar: ¿había sido, el siglo XIX, de alta significación, de real densidad histórica en América Latina (y en las sociedades europeas que habrían de revisarse al ejercer la tarea comparativa) como para avalar la fundación de una publicación especializada?

Periodo de transición entre la descomposición del orden colonial y los momentos de consolidación del "estado oligárquico", el siglo XIX constituyó una época en que se establecieron no pocas de las bases que habrían de sustentar nuestro panorama más contemporáneo: la afirmación del Es-

[1] Se los invitaba e incitaba a colaborar "en un proyecto que nace en una ciudad del interior de México. En estas generosas tierras mexicanas [que tan desinteresadamente abrieron sus brazos a miles de latinoamericanos exiliados] esperamos producir una revista que reúna a un núcleo creciente de especialistas dedicados a investigar el crucial siglo de la independencia y de la construcción del Estado-nación". *Siglo XIX. Revista de Historia* (*SXIX*), número 1 (ene.-jun. 1986), p. 9. *Siglo XIX* apareció gracias al apoyo resuelto de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León: a poco más de diez años de haber fundado su Colegio de Historia, esta institución de Monterrey reafirmaba su política de estimular la investigación histórica y la pertinente difusión de sus resultados. Cabe y debe recordarse en esta semblanza a quienes estaban entonces a cargo de la dirección de la Facultad de Filosofía y de la rectoría de la UANL: Bernardo Flores Flores y Gregorio Farías Longoria.

tado-nación, la articulación y primer desenvolvimiento de mercados con sesgos nacionales, emerger y las alianzas de grupos dominantes regionales capaces de imponer y usufructuar el orden interior, las transformaciones suscitadas por la revolución liberal, la incorporación periférica a un sistema económico internacional hegemonizado por las sociedades que protagonizaron la revolución industrial, entre otras. No sólo eran asuntos de importancia histórica: además, en no pocos casos, algunos de sus efectos alcanzaban y condicionaban al presente latinoamericano.

Pero también se pretendía incorporar a los debates, estudios dedicados a procesos acontecidos en países de la Europa meridional. Una mirada atenta —especialmente para quienes lo trabajaban con un enfoque concentrado en ámbitos regionales— sugería lo fructífero que podría resultar el cotejo de ciertos fenómenos y procesos españoles, portugueses y hasta italianos con otros acaecidos en nuestro continente.

Sin embargo, se trataba de un planteamiento delicado. Para empezar, significaba una fuerte fractura con la muy asentada concepción de observar "lo europeo" como "antagónico u opuesto a lo latinoamericano", una visión sensiblemente alimentada por las nociones dependentistas que tan fulminante éxito obtuvieron desde fines de los años sesenta. Además podía llevar no sólo a una eventual controversia entre historiadores latinoamericanistas, sino con los mismos colegas europeos o dedicados a la investigación sobre el siglo XIX en Europa.

Pero ¿cuál Europa? ¿Sólo la de la revolución industrial? ¿No hubo otra Europa, menos conmovida por dicha ruptura histórica? ¿Y España? ¿Y Portugal? ¿Y esa misma Italia tan condicionada, tan atrasada por su feudalizado sur? La revolución industrial no había alcanzado a trastocar radicalmente, en el siglo pasado, todo el occidente europeo. Y la forma de proyectarse sobre su periferia más cercana —España, Portugal, verbigracia— no parecía excesivamente distinta a la que golpeó buena parte del continente americano.

Cuando se abordaban problemas o procesos como la formación del mercado nacional, el surgimiento y desen-

volvimiento de núcleos empresariales o burgueses, la aparición de la producción capitalista, la vinculación creciente con el mercado mundial, los brotes de industrialización, la consolidación de un poder central frente a las pugnas regionales, el tan condicionado triunfo del liberalismo (ante los recortes que a las reformas plantearon los sectores conservadores), la reconcentración que la propiedad de la tierra tuvo, pese a su laicización creciente, cuando se atendían esos procesos —y otros, tan significativos como ellos—, las historias española y mexicana presentaban un cuadro riquísimo para el cotejo, para el paralelismo analítico y para una diferenciación enriquecedora. Tanto era así que podía dudarse que resultara más provechoso, en los estudios comparativos, cotejar España con Inglaterra, o México con Haití.

Es que, como en Europa, esta América no sajona que difícilmente había generado la Latinoamérica que hoy conocemos, presentaba situaciones tan distintas que, al menos, obligaban al historiador a matizar. Con suma cautela, pero con no menos fervor, en consecuencia, insistimos en señalar que los historiadores españoles, portugueses e italianos quizá tuviesen mucho que decir sobre procesos y fenómenos que apasionaban (y siguen apasionando) a los latinoamericanos. De allí que uno de los objetivos anunciados de la publicación fue reunir materiales conjuntos, latinoamericanos y europeos, sobre el siglo XIX.

LAS RESPUESTAS

El anexo 1 (derivado de los diez primeros números de *Siglo XIX*),[2] resume a grandes rasgos las respuestas recibidas

[2] Concentro el análisis en los cinco primeros años de vida de *Siglo XIX* porque fue cuando la revista salió bajo mi responsabilidad. A partir del número 11 la dirección editorial estuvo a cargo de Juan Carlos Grosso y, en términos institucionales, del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Tanto nuestro recordado Grosso como la conducción del Mora modificaron algunas pautas (desde las formas de

de decenas de colegas de Latinoamérica, Estados Unidos y Europa ante los diferentes *dossiers* que se programaron entre los primeros meses de 1985 y principios de 1990. El proyecto incluía: *a)* reunir en cada número aportaciones que abordaran —y permitieran cotejar— al menos cinco casos nacionales; *b)* dejar en manos de especialistas externos, con la mayor frecuencia posible, la construcción general o parcial de cada *dossier*; *c)* en la medida en que se conociera la publicación, incorporar trabajos sobre el sur europeo, en especial provenientes de la muy rica historiografía española.

Como lo muestran los cuadros 1 y 2, el primer objetivo logró ser concretado durante los cinco años aquí analizados. Además, en 50% de los números editados se sobrepasó el límite mínimo de cinco sociedades por edición. La concreción de este objetivo supuso operar sistemáticamente con investigadores de distintas nacionalidades y comunicarse —cuando aún nos escribíamos por correo regular— con colegas residentes en muy dispares latitudes americanas y europeas.

Contribuía a que se trabajase con agilidad la no dependencia de los, algunas veces tan lentos como poco funcionales, consejos editoriales: fue ésta, con seguridad, una de las razones que explican que *Siglo XIX* saliera y fuese distribuida con puntualidad en más de 20 países durante esos cinco años. La colaboración de especialistas en la articulación de varios *dossiers* suplió con eficacia al consejo editorial, y coadyuvó a resolver tres problemas fundamentales: *a)* rápida comunicación con investigadores de América y

---

definir el contenido hasta el diseño de la revista). Por ello esa "segunda" época requeriría un tratamiento diferenciado del que aquí presento. No me es posible realizarlo por otra razón: sólo recibí dos de los números de la nueva época (el 11 y 12, por cortesía de Juan Carlos). Los comprendidos entre el 13 y el 16 (último que apareció, en 1994) nunca llegaron a Monterrey pese a que la Universidad Autónoma de Nuevo León seguía operando como institución coeditora. Un típico problema de distribución, seguramente. Quienes se interesen por estos números de la segunda época y su contenido, pueden consultar la página web del Instituto Mora.

Cuadro 1

TEMAS Y SOCIEDADES ESTUDIADAS EN *SIGLO XIX*

Núm.	*Tema*	*Sociedades estudiadas**	*Artículos*
1.	Economía y política en el siglo XIX	Ch, Mx, Uru, Ven, Col	6
2.	El siglo XIX y las ideas	Ar, Col,Cub, Mx, Per	9
3.	Liberalismo, reforma y contrarreforma en el siglo XIX	Ch, Per, Mx, Ven, Esp, Por	8
4.	Mercados y mercado nacional en el siglo XIX	Mx, Ar, Par, Bol, Cub, Esp	8
5.	Finanzas, inversiones y política estatal en el siglo XIX	Br, Ecu, Ar, Uru, Mx	7
6.	Trabajadores, vida cotidiana y formas de resistencia	Uru, Ar, Mx, Cub, Bol, Ven	8
7.	Población, migraciones y ciclos vitales	Ar, Br, Ecu, Mx, CR, Esp	8
8.	Minería, trabajadores y política en el siglo XIX	Per, Br, Mx, Bol, Ven	5
9.	Empresarios, capitales e industria en el siglo XIX	Col, Ar, Br, Mx, Uru, Esp	8
10.	Desamortización, Iglesia, tierra y sociedad	Bol, Mx, Ecu, Col, Esp	8
Total		15*	75

* Ch: Chile; Mx: México; Uru: Uruguay; Ven: Venezuela; Col: Colombia; Ar: Argentina; Cub: Cuba; Per: Perú; Esp: España; Por: Portugal; Par: Paraguay; Bol: Bolivia; Br: Brasil; Ecu: Ecuador; CR: Costa Rica.

Cuadro 2

TEMAS, CASOS NACIONALES TRATADOS Y COORDINADORES

Tema o dossier	*Casos**	*Coordinadores*	*Residencia***
Economía y política en el siglo XIX	5	Mario Cerutti	México
El siglo XIX y las ideas	5	Horacio Cerutti Guldberg	México
Liberalismo, reforma y contrarreforma en el siglo XIX	6	Alberto Gil Novales *Siglo XIX*	España México
Mercados y mercado nacional en el siglo XIX	6	Mario Cerutti	México
Finanzas, inversiones y política estatal	5	Carlos Marichal	México
Trabajadores, vida cotidiana y formas de resistencia en el siglo XIX	6	Leandro Gutiérrez/Luis A. Romero *Siglo XIX*	Argentina México
Población, migraciones y ciclos vitales	6	Norberto Álvarez/Eduardo Miguez	Argentina
Minería, trabajadores y política en el siglo XIX	5	Inés Herrera Canales	México
Empresarios, capitales e industria en el siglo XIX	6	Mario Cerutti Menno Vellinga	México Holanda
Desamortización, iglesia, tierra y sociedad	5	Juan Carlos Grosso	Argentina/México

* Casos nacionales incluidos en cada número.

** Residencia habitual de los responsables de cada *dossier.*

Europa; *b)* severo control de calidad en los materiales presentados, y *c)* puntualidad en su entrega por parte de los autores. Dado el estratégico apoyo que representaron los coordinadores/responsables externos (quienes residían ya en México ya en el extranjero, cuadro 2) es de justicia recordarlos[3] en esta semblanza.

En cuanto a la contribución no latinoamericana en general y al respaldo de colegas españoles en particular, el cuadro 3 define con cierta exactitud la dimensión que alcanzó. *Siglo XIX* fue apoyada con generosidad (en más de 30%) por colaboradores no latinoamericanos, entre quienes sobresalieron justamente los españoles, pero destacaron también los estadounidenses.

Cuadro 3

COLABORADORES NO LATINOAMERICANOS DE *SIGLO XIX*

Artículos	*Autores(1)*	*Españoles*	*USA*	*Otros**	*Ním. Lat(2)*	*Porcentaje (2/1)*
75	85	12	13	2	27	31.7

* Un canadiense y una portuguesa. Se excluyen un alemán y un estadounidense/español residentes en México.

Aunque existía una diferencia sustancial en las aportaciones de ambos grupos de especialistas. Los españoles —aunque no exclusivamente— trabajaron en su mayoría problemas, procesos y temas atinentes a España y a sus espacios regionales. Cataluña, el País Vasco, el Levante y el ámbito castellano se contaron entre las áreas revisadas, con abordajes que iban desde las luchas de independencia y las ideas liberales hasta la cuestión agraria, los mercados y el empresariado.

[3] También deben ser mencionados los dos colaboradores permanentes que completaron nuestro equipo en esos cinco años: el maestro Miguel A. González Quiroga (que ayudaba tanto en la traducción de los textos como en transportar al correo los cerca de 1 000 ejemplares que distribuíamos) y Silvia Eloísa Morán, a cargo del cuidado en imprenta.

Los colegas estadounidenses, por su lado, laboraron sin excepciones en torno a Latinoamérica y sus regiones. Y si la contribución española cubrió en parte el objetivo de comparar procesos latinoamericanos con los del sur de Europa, la firme presencia de historiadores del vecino país mostró dos cosas: *a)* la calidad y diversidad de la investigación que sobre Iberoamérica es realizada desde Estados Unidos; *b)* la desinteresada y cálida aceptación entre estos colegas del espacio que brindaba *Siglo XIX*.[4] Gracias a investigadores de la América sajona —hay que sumar un canadiense—, la revista pudo incorporar una porción significativa de materiales sobre Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador y México.

La presencia latinoamericana en los estudios sobre su propio continente fue notoria como era de esperar. Según se ve en el cuadro 4, los autóctonos constituimos más de

Cuadro 4
LOS ESTUDIOS LATINOAMERICANOS Y SUS AUTORES

Sociedad	*Total autores*	*Autores latinoamericanos*	*Porcentaje latinoamericano*
México	26	22	
Argentina	11	9	
Brasil	7	4	
Venezuela	5	4	
Bolivia	5	1	
Uruguay	4	4	
Cuba	3	2	
Ecuador	3	2	
Perú	3	2	
Chile	2	2	
Colombia	2	1	
Paraguay	2	2	
Costa Rica	1	1	
Total	74	56	75.4

[4] Asimismo, este apoyo se manifestó en las suscripciones: casi 95% provenían de Estados Unidos.

75% de los autores involucrados en los estudios sobre Iberoamérica. México fue la sociedad más analizada y, también, la que contó con mayor presencia no latinoamericana. Asimismo, México se distinguió por la cantidad de latinoamericanos no mexicanos que se ocuparon de investigar y publicar en torno a su historia, consecuencia de dos factores: los inmigrados (procedentes sobre todo del extremo sur) y el ya citado interés estadounidense.

Los contenidos

Un muy sucinto recorrido por los contenidos de los diez números publicados entre 1986-1990, así como la mención de los responsables externos, coadyuvará a completar el panorama de cómo se desenvolvió durante 60 meses el proyecto *Siglo XIX. Revista de Historia.*

Del racimo de artículos sobre el que se afincó el número 1 —"Economía y política en el siglo XIX", con materiales sobre Chile, México, Uruguay, Venezuela y Colombia— es factible extraer la siguiente percepción: el *dossier* fue estructurado en un momento en que reunificar economía y política en los estudios históricos se planteaba como una necesidad metodológica urgente. Una de sus ideas centrales era que "lo político", como en muchas oportunidades sucedió en el siglo XIX, suele emerger como un condicionante estructural; "lo económico", tras resultar reformulado por esos picos críticos, y ya con la estructura productiva funcionando con regularidad, puede retornar a adquirir una cualidad estratégica. Para articular este eje temático inaugural nos apoyamos parcialmente en las ponencias leídas en el simposio "Historia económica: economía y política", que se había realizado en el contexto del XLV Congreso Internacional de Americanistas (Bogotá, 1985). El coordinador del simposio había sido uno de los historiadores más relevantes de Latinoamérica y de México: Enrique Florescano, quien no dejaba de puntualizar entonces "lo necesario" de volver a unir el análisis político con los

resultados logrados en las dos décadas previas por la historia económica y social.[5]

Algo similar acaeció con el número 2 ("El siglo XIX y las ideas"). La apertura a dicha temática se atenía a la propuesta inaugural, planteada en la entrevista que se efectuó a Florescano: era imprescindible recuperar una mirada integradora de las realidades históricas para, así, abordarlas mediante canales más adecuados de interpretación. La tarea de compilación (Argentina, Colombia, Cuba, México y Perú) fue cumplida por Horacio Cerutti Guldberg, académico del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Su colaboración brindó la posibilidad de acoger frutos recientes en el plano de la historia de las ideas: una parcela del estudio histórico que por el avance tan intenso generado en torno a lo económico, lo socioeconómico o lo sociopolítico había quedado relativamente desbordada.

Si existía un tema particularmente pertinente para iniciar un puente de intercambio y comunicación con colegas españoles y portugueses era el del liberalismo y las reformas y contrarreformas transitadas durante el siglo XIX. Bueno es recordar, como elemento contextualizador, que el liberalismo —a mediados de la década de 1980— era centro de un renovado interés en Latinoamérica. La trágica actuación de los regímenes militares, en especial en América del Sur, había obligado a revalorar usos de la vida cotidiana que, sin ninguna duda, se manifestaban dentro de la concepción del mundo liberal desde los grandes combates sociales del siglo pasado. Las libertades de opinión, de prensa, de asociación, de selección y cambio de gobernantes por vía del sufragio universal y secreto, de manifestación abierta de tendencias políticas y profesionales no eran simples "concesiones burguesas" ni estaban al servicio de una burguesía inevitablemente maquiavélica. Por el contrario, y como lo sostenían europeos de la lucidez de Enrico Berlinguer, ese racimo de derechos era producto

[5] Una entrevista a Enrique Florescano, efectuada en Monterrey, completó el material del primer número de *Siglo XIX*.

de grandes luchas y conquistas de los hombres en sociedad, conquistas a los que ninguna excusa moral, pretexto ideológico o justificación teórica debía obligar a renunciar (más aún: su destrucción podía conducir —como en Latinoamérica— a que se vulneraran y pisotearan derechos aún más sustanciales: la integridad física y moral de los individuos, la misma vida humana). Por lo tanto, encontramos una doble satisfacción en la edición del *Liberalismo: reforma y contrarreforma en el siglo XIX* (con capítulos sobre Chile, Perú, México, Venezuela, España y Portugal), para cuya organización contamos con el apoyo del profesor Alberto Gil Novales, investigador de la Universidad Complutense de Madrid y uno de los más reconocidos especialistas en el estudio del liberalismo peninsular.

El número 4 agrupó por su lado una masa de información y un conjunto de pautas interpretativas que resultaban útiles para avanzar en el conocimiento de "la cuestión de los mercados" en América Latina y España, esas dos significativas periferias de la revolución industrial. Como otras relevantes aristas del devenir decimonónico latinoamericano (la configuración de Estado-nación, la consolidación de un poder central), o latinoamericano/español —los brotes de producción bajo el dominio del capital, la aparición y el desenvolvimiento de franjas burguesas, la modernización paulatina de porciones considerables del sistema productivo—, el funcionamiento de los mercados había estado ampliamente condicionado por mecanismos de dimensión regional. Y fueron tan vigorosos y persistentes esos mecanismos que la constitución de un mercado de rasgos nacionales —tanto en ciertas sociedades de nuestro continente como en España— no podía ser vista como "una característica" del siglo XIX, sino como "uno de sus resultados". El cuerpo de materiales nucleados en torno al tema "Mercados y mercado nacional en el siglo XIX" (revisado desde México, Argentina, Paraguay, Bolivia, Cuba y España) ofreció referencias suficientes como para marcar distinciones y similitudes en dos sectores: *a)* entre lo que fue la primera mitad del siglo XIX y lo que representó su tramo final y *b)* entre casos latinoamericanos, y entre algunos de ellos y España.

Finanzas, inversiones y capacidad de funcionamiento regular de un aparato estatal fueron tres variables ampliamente vinculadas en el siglo XIX en las sociedades latinoamericanas. En la medida en que la investigación profundizó estos aspectos, se perfiló la necesidad de conectarlos aún más firmemente, de reconocerles un peso específico en el dificultoso y lento proceso que llevó a la configuración del Estado-nación. El número 5 ("Finanzas, inversiones y política estatal en el siglo XIX", con materiales sobre Brasil, Ecuador, Argentina, Uruguay y México) fue estructurado con ese objetivo, en el que se tuvo en cuenta lo señalado por Josep Fontana para el caso español: el estudio de temas como la hacienda pública no se agota en un simple ejercicio técnico, sino que puede constituir un paso fundamental para comprender procesos de significación estructural en el tránsito hacia el capitalismo (dos ejemplos: la conformación del Fstado y la del mercado nacional). Para la integración de este número se contó con la coordinación/colaboración de Carlos Marichal, reconocido especialista que entonces laboraba en la Universidad Autónoma Metropolitana y hoy es investigador de El Colegio de México.

El mundo y el devenir de los trabajadores en el siglo XIX que se abrió con las reformas borbónicas, la extrema diversidad que en nuestro continente caracterizaba ese acontecer, las formas de resistencia desarrolladas contra los propietarios y —en algunos casos— las propuestas alternativas a la dominación que los trabajadores soportaban, constituyó el eje del número 6. Con el aporte de nueve especialistas que abordaron los casos de Uruguay, Argentina, México, Cuba, Bolivia y Venezuela, "Trabajadores, vida cotidiana y formas de resistencia en el XIX" dejó en evidencia —entre otros aspectos— la notoria complejidad social de la América Latina decimonónica. De tal magnitud —se decía en la presentación que acompañó esos artículos, y lo reafirmamos ahora— que "cada día cuesta más asumir un enfoque global de este continente, y cada día parece más urgente insistir en la importancia metodológica de la investigación regional para tan decisiva centuria". El mundo de la producción, del trabajo y de los tra-

bajadores no era una excepción. Luis Alberto Romero y el ya desaparecido Leandro Gutiérrez, destacadísimos investigadores del Consejo de Investigación Científica y Tecnológica (Conicet) de Argentina contribuyeron con *Siglo XIX* en la construcción de este *dossier*.

La población, sus ritmos vitales y movimientos generacionales, el impacto que sobre determinados núcleos demográficos guardaron variables que incluyen desde las epidemias hasta el ferrocarril, sus relaciones con el mundo de la producción o con políticas migratorias, concentraron la atención del número 7. "Población, migraciones y ciclos vitales en el XIX" incorporó aportaciones sobre cinco países latinoamericanos (Argentina, Brasil, Ecuador, México y Costa Rica) y sobre la España que vio morir el antiguo régimen. Fue la más abultada de las ediciones de *Siglo XIX*: sobrepasó las 335 páginas, densas en gráficas, cuadros y estadísticas. Como en varios casos previos, este número logró entrelazar una densa información histórica y debates significativos en lo teórico-metodológico. La recopilación de los materiales fue factible en una elevada proporción por el apoyo de Norberto Álvarez y Eduardo Míguez, investigadores de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (Tandil, Argentina) y, como Gutiérrez y Romero, miembros del Conicet.

El número 8 se distinguió de los anteriores por el tipo de temática que abordaba. Por vez primera se aglutinaban contribuciones dedicadas al análisis de un rubro específico de la producción. Al abrirse tan novedoso campo, no resultaba inapropiado comenzar con una de las actividades fundamentales en América desde los viejos tiempos coloniales: la minería. Así, "Minería, trabajadores y política en el siglo XIX" se alimentó no sólo de estudios sobre tres sociedades esencialmente mineras —Perú, México y Bolivia—, sino que involucró las inversiones británicas en Brasil y la concesiones mineras en Venezuela en los tiempos de Guzmán Blanco. Asimismo, en su conjunto, eran aportaciones útiles para quienes indagaban el mundo de la producción y del trabajo en la América Latina del siglo XIX, y para los que consideraban importante las vinculacio-

nes que entre minería y política se manifestaron en tan decisivo periodo de nuestra historia contemporánea. La compilación y selección de este *dossier* estuvieron bajo la responsabilidad de Inés Herrera Canales, especialista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), cuya valiosa ayuda se prolongó en uno de los artículos publicados.

"Empresarios, capitales e industria en el siglo XIX", pivote que orientó el noveno número, resultó un excelente pretexto para delinear un denso volumen de 300 páginas que acogió materiales sobre Colombia, Argentina, Brasil, México, Uruguay y España. La mayor porción de estas aportaciones permitió avanzar un poco más en el esclarecimiento de un debate que, a fines de los sesenta, tuvo mucho de ideológico y poco de investigación en fuentes responsables. Entre los máximos excesos de aquella controversia había que contabilizar el termino "lumpenburguesía", acuñado por André Gunder Frank y destinado a puntualizar la inexistencia en América Latina de grupos empresariales aptos para emular las habilidades, perspicacias y capacidades de sus colegas estadounidenses y europeos. Un segundo matiz de aquellos polémicos años era la insistencia en que esa falta de habilidades y perspicacia había que supeditarla a causas psicoculturales o a fervores religiosos. En *Siglo XIX*, por el contrario, se presentaban datos y conclusiones diferentes y diferenciadores de lo que se sugería 20 años antes tanto desde "trincheras revolucionarias" como desde otras más ligadas al *statu quo.* Dos distinciones inmediatas consistían, claro está, en el tipo de fuentes y en los ámbitos de labor empírica que los articulistas de *Siglo XIX* mostraban en sus trabajos. A la lista de especialistas que habían colaborado en el diseño de cada número se sumó en esta ocasión el holandés Menno Vellinga, responsable de un panel sobre empresarios en el XLVI Congreso Internacional de Americanistas (Amsterdam, 1989).

Las reformas liberales retornaron como elemento central a *Siglo XIX* en su última versión de esta primera época. Ya en su número 3 ("Liberalismo: reforma y contrarreforma en el siglo XIX") la publicación había brindado espacio a tan sustancial proceso de las historias americana y euro-

pea. En el 10, empero, los estudios atinentes a los cambios propiciados por las corrientes liberales se concentraron en el ciclo desamortizador y en los variados impactos que alcanzó: sobre la propiedad, las clases sociales y los grupos étnicos, la Iglesia católica y los mecanismos de crédito, en torno al derecho o a los sistemas fiscales. "Desamortización, iglesia, tierra y sociedad en el XIX" agrupó trabajos sobre Bolivia, México, Ecuador, Colombia y España, y su estructuración quedó en líneas generales bajo la responsabilidad de Juan Carlos Garavaglia y Juan Carlos Grosso. Ambos distinguidos académicos prestaban servicio en aquel momento en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, ya citada, y eran miembros del Conicet argentino. Grosso continuaba ligado a la Universidad Autónoma de Puebla, casa en la que se mantuvo hasta su desaparición (como ya se ha explicado, fue quien se encargó de dirigir *Siglo XIX* durante su segunda época, entre 1992-1994).

SIGLO XIX. CUADERNOS DE HISTORIA

Cuatro meses después de transferir *Siglo XIX. Revista de Historia* a otro editor y a una reconocida institución académica de la ciudad de México, lanzamos desde Monterrey un nuevo proyecto: *Siglo XIX. Cuadernos de Historia.* Era, obviamente, un vástago de la anterior publicación, una prolongación que procuraba ser coherente y, a la vez, distinta de la revista semestral.[6]

[6] Los *Cuadernos* también fueron financiados por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León. En los tramos iniciales se los coeditó con el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, que se había hecho cargo de la revista. En la fase final de los *Cuadernos* (que salieron durante cinco años, exactamente la misma vida de la revista), la cobertura económica recayó exclusivamente en la institución de Monterrey. Cabe también reconocer aquí a quienes respaldaron desde la UANL este proyecto: Ricardo Villarreal Arrambide, director de Filosofía y Letras, y los rectores Manuel Silos Martínez y Reyes Tamez Guerra.

Los *Cuadernos* eran de aparición cuatrimestral. El primer número se publicó en octubre de 1991; el último, en septiembre-diciembre de 1996. Dieciséis, en total, que incluyeron alrededor de 50 autores, en su abrumadora mayoría residentes en México. En general y de manera prioritaria, fueron dedicados a difundir —también— estudios sobre el siglo XIX. Pero si la revista nació para recibir trabajos atinentes a Latinoamérica y a la Europa del sur, los *Cuadernos* se centraron en el siglo XIX mexicano.

En segundo lugar, el editor insistió en acoger resultados de "investigación regional". Se apuntaba hacia un doble objetivo: *a)* la prioridad fijada para la investigación de sesgos regionales se escudaba en planteamientos de carácter metodológico: prevalecía la idea —no modificada hasta hoy— de que los procesos y fenómenos fundamentales del siglo XIX se vivieron, y resolvieron, en ámbitos de perfiles regionales, en espacios de perímetros largamente menores a los que "finalmente" definirían al Estado-nación y *b)* pero se procuraba además, diferenciar dichos resultados de los que surgían de ese universo polifacético, heterogéneo y a veces poco consistente que se conoce como "historia regional".

La contribución que a un adecuado conocimiento del largo siglo XIX mexicano podía aportar la investigación dotada de una perspectiva regional, alimentada en fuentes primarias locales y cimentada en técnicas y métodos de otras ciencias sociales no era despreciable. Por otro lado, lo mostraban una gran cantidad de trabajos realizados no sólo en México, sino paralelamente, en otros países latinoamericanos, en Estados Unidos y en Europa.

A todo ello se agregaron otros dos objetivos específicos: *a)* brindar un conducto regular para que se conociera, al menos, una porción de la muy aprovechable producción que se generaba en distintas instituciones académicas del interior y *b)* dejar asentado que este esfuerzo era, precisamente, un nuevo fruto del auge, persistencia y profundidad que la investigación regional había asumido en México desde fines de los setenta.

Cada número de los *Cuadernos* reunió dos o tres artículos referidos a una problemática afín o próxima, pero transi-

tada en distintos espacios regionales del México decimonónico, lo que brindaba la posibilidad de cotejar procesos o hechos semejantes, pero diferenciables. Por otro lado, se estuvo muy atento a la producción de investigadores de rango intermedio: sus resultados, se estimaba, merecían ya una difusión institucional y responsable. Pero hubo espacio, claro, para colegas más afamados y para estudiosos de muy reciente formación.

La respuesta fue formidable. Un dato lo indica: en cinco años jamás fue menester repetir un autor. Sólo se registró una excepción: la de Juan Carlos Grosso, a quien dedicamos el número 15 con motivo de su trágica muerte. En los 16 números se recogieron materiales elaborados desde Puebla, Jalapa, La Paz, Chetumal, Mérida, Aguascalientes, Chihuahua, Hermosillo, Ciudad Victoria, Zamora, Guadalajara, Morelia, Ciudad Juárez y Monterrey. Asimismo, un amplio aporte de colegas de la ciudad de México, todos ellos dedicados a la investigación regional, y un mesurado respaldo proveniente de institutos de Estados Unidos.[7]

A fines de 1996, cinco años después de haber sido fundados (y una década más tarde de inaugurar la revista), los *Cuadernos* fueron transferidos a otra institución, en este caso del interior.

Tres apuntes finales

1. *Siglo XIX. Revista de Historia* y los *Cuadernos* comprobaron el florecer y la calidad de la investigación histórica en Latinoamérica y en México, en este caso concentrada en el siglo XIX. Además, permitieron reconocer el aporte sostenido de los colegas estadounidenses y europeos, y observar la elevada categoría de la historiografía española. En cierta forma, ambas publicaciones, por su mecanismo operativo, aplicaron también el concepto de "red" (en especial por la gestión de

[7] A partir del número 4 se incorporó una sección internacional. Con objetivos afines a los ya explicados, fue destinada a espacios regionales de otros países latinoamericanos y de España.

coordinadores externos), tan usual a fines del siglo XX gracias al desarrollo de la comunicación electrónica.

2. Ambos proyectos enfrentaron un destino común: al ser transferidos a otras instituciones no lograron sobrevivir. El caso de *Cuadernos* resultó más dramático: nunca pudimos disfrutar su número 17. Al menos, la revista respiró cuatro años más. ¿Cómo es posible que no podamos sostener publicaciones de esta naturaleza mediante mecanismos tan sencillos como hacerlas rotar por diversas universidades o centros de investigación? ¿Por qué tienen que desaparecer cuando sus fundadores (instituciones e individuos), por las razones que fueren, necesitan o desean traspasarlas?

3. Por ello mismo nos apresuramos a valorar, desde la dedicatoria de este artículo, la trayectoria de *Historia Mexicana*, que hoy alcanza su número 200. Como El Colegio de México, institución que la patrocina, *Historia Mexicana* es un punto de referencia inevitable en el acontecer más contemporáneo de las ciencias sociales latinoamericanas. Nos alegramos y enorgullecemos de contar con tan prestigiada publicación, y de disfrutar la cercanía de quienes tanto se han esforzado para que arribe al nuevo milenio.

ANEXO

COLABORADORES DE *SIGLO XIX. REVISTA DE HISTORIA* SEGÚN NACIONALIDAD Y SOCIEDAD ESTUDIADA

Autor	*Procedencia*	*Sociedad estudiada*	*Núm. y fecha*
Miquel Izard	España	Venezuela	3/ene-jun/1987
Alberto Gil Novales	España	España	3/ene-jun/1987
Lluis Roura y Aulinas	España	España	3/ene-jun/1987
Pilar García Jordán	España	Perú	3/ene-jun/1987
Jordi Maluquer de Motes	España	Cuba	4/jul-dic/1987
Antonio Moliner Prada	España	España	4/jul-dic/1987
Ramón Garrabou	España	España	4/jul-dic/1987
Jesús Sanz Fernández	España	España	4/jul-dic/1987
Josep M. Delgado Ribas	España	España	7/ene-jun/1989
Jesús María Valdaliso	España	España	9/ene-jun/1990
Ricardo Robledo Hernández	España	España	10/jul-dic/1990
Rosa Congost	España	España	10/jul-dic/1990
Isabel Nobre Vargues	Portugal	Portugal	3/ene-jun/1987

ANEXO (*continuación*)

Autor	*Procedencia*	*Sociedad estudiada*	*Núm. y fecha*
Lutz Brinckmann	Alemania/México	México	7/ene-jun/1989
David C. Johnson	Canadá	Colombia	1/ene-jun/1986
Erick D. Langer	Estados Unidos	Bolivia/Argentina	4/jul-dic/1987
Steven Topik	Estados Unidos	Brasil	5/ene-jun/1988
Linda Alexander Rodríguez	Estados Unidos	Ecuador	5/ene-jun/1988
Barbara Tenenbaum	Estados Unidos	México	5/ene-jun/1988
Robert H. Jackson	Estados Unidos	Bolivia	6/jul-dic/1988
Gilbert Joseph	Estados Unidos	México	6/jul-dic/1988
Allen Wells	Estados Unidos	México	6/jul-dic/1988
Marshall Eakin	Estados Unidos	Brasil	8/jul-dic/1989
Steven Topik	Estados Unidos	Brasil	9/ene-jun/1990
Erick D. Langer	Estados Unidos	Bolivia	10/jul-dic/1990
Robert H. Jackson	Estados Unidos	Bolivia	10/jul-dic/1990
Robert J. Knowlton	Estados Unidos	México/Colombia	10/jul-dic/1990
Carlos Marichal	USA/México	Argentina	5/ene-jun/1988
Cristina Lértora Mendoza	Argentina	Argentina	2/jul-dic/1986
Luis Alberto Romero	Argentina	Chile	3/ene-jun/1987
Juan Carlos Garavaglia	Argentina	México	4/jul-dic/1987
José Carlos Chiaramonte	Argentina	Argentina	4/jul-dic/1987
Nidia Areces	Argentina	Paraguay	4/jul-dic/1987
Nora Bouvet	Argentina	Paraguay	4/jul-dic/1987
Andrés Martín Regalsky	Argentina	Argentina	5/ene-jun/1988
Leandro Gutiérrez	Argentina	Argentina	6/jul-dic/1988
Eduardo Bitlloch	Argentina	Cuba	6/jul-dic/1988
Alberto J. Pla	Argentina	Venezuela	6/jul-dic/1988
Norberto Álvarez	Argentina	Argentina	7/ene-jun/1989
Eduardo Míguez	Argentina	Argentina	7/ene-jun/1989
Silvia Palomeque	Argentina	Ecuador	7/ene-jun/1989
Leandro Gutiérrez	Argentina	Argentina	9/ene-jun/1990
Juan Carlos Korol	Argentina	Argentina	9/ene-jun/1990
Samuel Amaral	Argentina	Argentina	9/ene-jun/1990
Juan Carlos Garavaglia	Argentina	México	10/jul-dic/1990
Héctor Pérez Brignoli	Argentina/Costa Rica	Costa Rica	7/ene-jun/1989
Mario Cerutti	Argentina/México	México	1/ene-jun/1986
María Elena González Deluca	Argentina/Venezuela	Venezuela	1/ene-jun/1986
Horacio Cerutti Guldberg	Argentina/México	Latinoamérica	2/jul-dic/1986
Juan Carlos Grosso	Argentina/México	México	4/jul-dic/1987
Mario Cerutti	Argentina/México	México	4/jul-dic/1987
Miguel Ángel Cuenya	Argentina/México	México	7/ene-jun/1989
María Elena González Deluca	Argentina/Venezuela	Venezuela	8/jul-dic/1989
Mario Cerutti	Argentina/México	México	9/ene-jun/1990
Juan Carlos Grosso	Argentina/México	México	10/jul-dic/1990
Gustavo Rodríguez Ostría	Bolivia	Bolivia	8/jul-dic/1989

ANEXO (*conclusión*)

Autor	*Procedencia*	*Sociedad estudiada*	*Núm. y fecha*
Daniel J. Hogan	Brasil	Brasil	7/ene-jun/1989
María Coleta de Oliveira	Brasil	Brasil	7/ene-jun/1989
John Sydenstricker Neto	Brasil	Brasil	7/ene-jun/1989
Maria Beozzo Bassanezi	Brasil	Brasil	7/ene-jun/1989
Carlos Dávila L. de Guevara	Colombia	Colombia	9/ene-jun/1990
Guillermo Bravo Acevedo	Chile	Chile	1/ene-jun/1986
Inés Herrera Canales	Chile/México	México	8/jul-dic/1989
Pablo Guadarrama González	Cuba	Cuba	2/jul-dic/1986
Martha Moscoso	Ecuador	Ecuador	10/jul-dic/1990
Alejandra García Quintanilla	México	México	1/ene-jun/1986
Gustavo Vargas Martínez	México	Venezuela/Rusia	2/jul-dic/1986
Jaime Vilchis Reyes	México	México	2/jul-dic/1986
Abelardo Villegas	México	México	2/jul-dic/1986
Alberto Saladino García	México	Latinoamérica	2/jul-dic/1986
Luis González y González	México	México	3/ene-jun/1987
José Reséndiz Balderas	México	México	3/ene-jun/1987
Javier Pérez Siller	México	México	5/ene-jun/1988
Bernardo García Díaz	México	México	6/jul-dic/1988
Javier Rojas Sandoval	México	México	6/jul-dic/1988
José Luis Aranda Romero	México	México	7/ene-jun/1989
Óscar Flores Torres	México	México	9/ene-jun/1990
Rina Ortiz Peralta	México	México	10/jul-dic/1990
Francisco Cervantes Bello	México	México	10/jul-dic/1990
María Luisa de Tuesta	Perú	Perú	2/jul-dic/1986
Carlos Contreras	Perú	Perú	8/jul-dic/1989
Raúl Jacob	Uruguay	Uruguay	1/ene-jun/1986
Julio C. Rodríguez	Uruguay	Uruguay	5/ene-jun/1988
Carlos Zubillaga	Uruguay	Uruguay	6/jul-dic/1988
Raúl Jacob	Uruguay	Uruguay	9/ene-jun/1990

FUENTE: *Siglo XIX. Revista de Historia*, 1986-1990.

ESLABONES. REVISTA SEMESTRAL DE ESTUDIOS REGIONALES

Carlos Martínez Assad[1]
Instituto de Investigaciones Sociales
Universidad Nacional Autónoma de México

Introducción

Con la nueva historiografía, a la que se sumó la historia regional, surgió un hecho sin controversia: el proceso centralizador del Estado formado a partir de la revolución de 1910. Las investigaciones regionales, ubicadas en lo que se ha definido como el revisionismo histórico, pusieron el dedo en la llaga porque demostraron que la historia de México no fue un proceso monolítico ni homogéneo. Al contrario, enfatizó más las diferencias que las coincidencias.

Sin embargo, un país con las profundas diferencias geográfico-culturales de México fue propicio para albergar regiones diferenciadas y apartadas con vínculos imposibles y aspiraciones propias que poco coincidían con la integradora idea de nación. Los separatismos reales, las intenciones frustradas de secesión y las rivalidades de los estados con la capital fueron la consecuencia de agravios y resentimientos, expresión de un escaso sentido de la unidad. Incluso el federalismo fue neutralizado por el temor hacia

[1] Agradezco a Verónica Oikión Solano porque con su amplia reseña del primer tramo de *Eslabones* me facilitó la tarea, véase *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 56 (otoño 1993), El Colegio de Michoacán.

los localismos exacerbados por los intereses de particulares. La soberanía fue ampliamente discutida en el proceso de la articulación nacional de 1824; los estados que apenas surgían exhibieron, desde entonces, sus intenciones de establecer sus reglas con claridad y sumarse al pacto federal con las atribuciones necesarias para lo que sería su orden interno. No obstante, se impuso la misma tendencia de homogenizar y desde el Congreso ubicado en el recién formado Distrito Federal, se buscó establecer las reglas. Se conformó un régimen que en la práctica restringía porque ni los estados creían recibir lo suficiente del gobierno federal, ni éste consideraba tener el apoyo de aquéllos para hacer frente a las necesidades de la nación.

Fue difícil y costoso el proceso de consolidar la idea de una nación con beneficios, pero también con obligaciones, hubo de pasarse por diferentes momentos en los que se demostró que aún estaba lejos de consolidarse esa idea. La guerra con Estados Unidos (1846-1848) primero, y la intervención francesa (1864-1867) después, mostraron la debilidad de esa unión que apenas se construía. Con Benito Juárez comenzó a estructurarse la idea de un Estado capaz de lograr la dirección del conjunto del país y Porfirio Díaz, con gran pragmatismo, estableció un régimen que estuvo más próximo a la unificación nacional por la forma de gobernar al establecer redes de control por todo el país y construir una extensa red ferroviaria.

La revolución mexicana fue el producto de profundas causas sociales y realidades políticas, una de ellas fue el poder que había logrado reunir el presidente de la República después de numerosas situaciones de inestabilidad que tuvieron que enfrentarse dando mayores atribuciones al Ejecutivo. Pero después de la caída de Díaz, de la lucha armada y del ascenso de los caudillos, la perspectiva de la institucionalización se convirtió en la meta más imperiosa sobre todo después de la crisis política surgida con el asesinato de Álvaro Obregón. Apenas se iniciaba el proceso de unificar lo que estaba disperso, volver a la centralización en la que el porfiriato había basado su orden y que la Revolución impidió seguir desarrollando porque nuevos cau-

dillismos regionales y cacicazgos locales surgieron al calor de la contienda. El maximato, cuando el general Plutarco Elías Calles se impuso como "jefe máximo" y se puso de manifiesto una especie de vacío de poder, auspició esa gama de personajes que dominaron sus regiones con la horca y el cuchillo para eliminar a quienes no aprobaran sus procedimientos. En el maximato se estableció un doble juego donde las lealtades y apoyos se intercambiaron en el afán de alcanzar más poder en las regiones.

Estar bien con el gobierno era apoyarlo mientras respondiera dejando mayores márgenes de autonomía para la actuación de las fuerzas asentadas en los territorios delimitados por las entidades federativas, sin importar su origen y desempeño institucional. La tradición de los cacicazgos fuertes se reforzó en esa coyuntura política en contraposición con la intención de crear un partido único que, como paraguas cubriera el amplio espectro de los revolucionarios.

Aunque los estudios regionales han dado a la época revolucionaria y posrevolucionaria particular importancia, han abarcado un tiempo histórico más extenso y se han empeñado en dilucidar lo que fue el periodo colonial, el México independiente, la Reforma y el segundo imperio, el porfiriato, la Revolución y la posrevolución. Puede afirmarse que no hay alguna época que escape a esta nueva forma de abordar la historia de México, tampoco es sencillo ahora encontrar algún estado que no cuente con un buen número de estudios desde una perspectiva regional porque han pasado más de 20 años en que se realiza de manera profesional tanto por nacionales como por mexicanistas de otros países.

Muchos libros dan cuenta de ese aporte a la nueva historiografía, incluso algunas colecciones han reunido lo mejor de lo que se está realizando en ese ámbito de la historia y baste mencionar la colección "Regiones", con 80 títulos, publicados por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y *Breves historias de los estados,* editados por El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica que busca cubrir las 32 entidades federativas que componen la República. Sin embargo, no había revistas que privilegia-

ran esa metodología para abordar la historia hasta que surgió *Eslabones* en 1991.

Los antecedentes inmediatos a este proyecto fueron la convocatoria al seminario La Revolución mexicana en las regiones que se realizó en la Universidad de Guadalajara con el apoyo del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM en 1984. Los participantes comenzaron a razonar sobre la posibilidad de mantener un grupo de trabajo donde se expresaran las coincidencias que entonces surgían. Después vino el congreso Estadistas, caciques y caudillos que se llevó a cabo en la ciudad de Querétaro en 1987 en la universidad de ese estado y de nuevo con la participación de aquel instituto. Finalmente, se realizó en 1990 en Oaxaca, el encuentro Obispos y sacerdotes en la Historia de México y fue así que se hizo impostergable la formación de la Sociedad Nacional de Estudios Regionales, A. C., conformada por varios historiadores y científicos sociales de diferentes estados. Desde entonces se ha publicado *Eslabones, Revista semestral de estudios regionales*, dos veces por año. Se abrió así un espacio para los investigadores y para los interesados en la problemática regional. En el primer número, y a manera de presentación, Carlos Martínez Assad —secretario ejecutivo de la Sociedad y director de la revista— explicaba el nacimiento de la revista como:

> [...] un proyecto necesario para mantener el vínculo entre los convencidos de que el análisis regional ha llegado a su madurez. Ahora podemos afirmar que las investigaciones en los escenarios regionales nos han permitido conocer la variedad y complejidad de este país, en un camino que aún tiene un amplio trecho por recorrer.[2]

Pronto se encontró la forma cómo podrían abordarse temas novedosos desde esa perspectiva de análisis cuando se consideró que habría convocatorias para que los interesados participaran en un congreso, siempre en diferentes entidades federativas, para lo que se hizo necesario contar

[2] "Presentación", *Eslabones*, 1 (ene.-jun. 1991), p. 4.

con los apoyos de instituciones educativas distribuidas en el territorio nacional. La presentación de ponencias susceptibles de ser discutidas y valoradas por pares permitió a los autores someterlas a revisión para ser publicadas. Pero, además, un nutrido grupo de destacados historiadores e intelectuales, aceptó participar en el comité editorial: Ricardo Ávila Palafox, Carmen Blázquez, Guillermo de la Peña, Romana Falcón Vega, Antonio García de León, Luis González y González, Miguel Ángel Granados Chapa, Teresa Jarquín, Andrés Lira, Eugenia Meyer, Jean Meyer, Carlos Monsiváis, José María Muriá, Teresa Rojas Rabiela, Jaime Tamayo, Gisela von Wobeser y Alicia Ziccardi.

El Consejo de redacción fue animado con la activa participación de Pablo Serrano Álvarez, quien además asumió generosamente la promoción de las reuniones, a las que se integraron Marta Eugenia García Ugarte, Enrique Plascencia, Josefina Mac Gregor y Georgette José Valenzuela. A partir de la segunda entrega el editor fue Héctor Rodríguez de la Vega.

Los primeros números

El primer número de la revista fue posible por la participación de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca en la convocatoria del encuentro Obispos y sacerdotes en la Historia de México, y de la Universidad de Colima que apoyó la edición del título *Clero y catolicismo en la historia de México,* con un tiraje de 1 500 ejemplares que posteriormente, debido a la demanda, tuvo que reimprimirse. Las colaboraciones de Roberto Blancarte, Brian Connaughton, Ricardo Pérez Montfort, Enrique Marroquín y Francisco Ruiz Cervantes, entre otros, motivaron a Carlos Monsiváis a escribir sus impresiones:

> En *Eslabones* se presenta, creo que por vez primera un desfile de sacerdotes cuya suma, y esto es interesante, no desemboca en el retrato del Señor Sacerdote, sino en lo opuesto: la diversidad de actitudes que prueban los comportamientos ante la

> religión, el poder local, el poder nacional, la tolerancia, la comprensión y la incomprensión históricas. Un jesuita del siglo XVIII exaltado por el estudio y la producción intelectual ¿qué tiene en común con un sacerdote de pueblo abandonado, dedicado a expiar en una amante los pecados de la carne, y a controlar la economía del pueblo, para negarle oportunidad a la tentación de la pobreza?[3]
>
> En *Eslabones* vemos a unos cuantos de las docenas de miles de sacerdotes significativos: héroes de la independencia, integristas con cáliz y rifle, resistentes a la persecución religiosa, primeros interlocutores con la revolución institucional, sacerdotes probos, delincuentes expulsados por sus propias comunidades, teólogos de la liberación [...][4]

En el segundo número se estableció el formato que caracterizaría a la revista con composición fotográfica en la portada para mostrar la diversidad del país, tamaño carta y abundantes fotografías tomadas del archivo o de colecciones particulares alusivas a los temas que se fueron tratando. El tema fue Espionaje e Historia diplomática, en homenaje a Friedrich Katz, realizado en la Universidad de Colima. Participó un buen número de historiadores que siguiendo la temática realizaron sendas aportaciones al tema. El historiador homenajeado abrió el evento con una estupenda ponencia que demuestra los años dedicados a la investigación en ese campo, como se desprende de su libro *La guerra secreta* (Era, 1982, México). Dijo:

> No es coincidencia que durante muchos años las historias que tratan del espionaje hayan sido escritas por periodistas, antiguos espías, novelistas en tanto que historiadores serios se hayan preocupado muy poco de este tema. La razón no es difícil de adivinar. Un estudiante que quería escribir una tesis de política exterior, iba a una Secretaría de Relaciones, ya fuera en México o en otros países; si quería escribir una historia económica, iba a los archivos económicos de los diferentes países; pero alguien que quería escribir la historia de los

[3] *Eslabones,* 3 (ene.-jun. 1992).
[4] *Eslabones,* 3 (ene.-jun.1992).

servicios secretaros del espionaje, y venía a un archivo a decir [...] "quiero ver los archivos de los servicios secretaros" se le miraba como a un loco y no podía obtener información.[5]

Pero justamente, lo que demuestra esta entrega es lo que se ha avanzado en los estudios diplomáticos y sobre el espionaje, tal como lo expusieron autores como Sara Sefchovich, Eugenia Meyer, Lawrence Douglas Taylor H., Servando Ortoll, Álvaro Matute, Pablo Serrano y Daniela Grollová, entre otros, porque de acuerdo con la primera hay buenas razones geográficas e históricas para el espionaje en nuestro país.

> La situación física y las riquezas de México le han hecho ocupar un lugar privilegiado —que incluso ha determinado en buena medida su historia— por el interés que ha despertado a las grandes potencias quienes lo han incluido en su juego internacional.[6]

En un comentario posterior, a Ricardo Pérez Montfort le llama la atención de lo que pudo reunirse ese número que, además de la variedad institucional, se estudie el espionaje desde una variedad de ángulos.

> Desde [...] el chisme en corto o el espionaje profesional en Querétaro [...] hasta el espionaje a través del control telegráfico entre 1919 y 1924, tema desarrollado por Álvaro Matute, pasando por las redes de vigilancia gubernamentales entre los estibadores de Manzanillo entre 1935-1936 [...] o el estrechísimo vínculo entre el espionaje y el libre comercio en los albores del México independiente [...][7]

La revista se inició cuando en México se redescubría la diversidad y desde las regiones llegaban aires de cambio contra las resistencias del aparato centralista impuesto por

[5] *Eslabones,* 2 (jul.-dic. 1991).
[6] *Eslabones,* 2 (jul.-dic. 1991).
[7] *Eslabones,* 3 (ene.-jun. 1992).

el gobierno y por el PRI. Después de mucho tiempo, en los años ochenta volvían a ser noticia los acontecimientos en los estados y en los municipios, aparecía la competencia electoral con el PAN como uno de sus detonantes que incrementaba su votación sobre todo en la vasta región del norte y acaso en el Bajío.

Eso motivó que *Eslabones* también se ocupara de ese acontecer regional que a fin de cuentas tenía una clara relación con el acontecer histórico de los diferentes eslabones de la cadena nacional. El número 3, correspondiente a la Elección o designación de gobernadores 1991, se realizó en reconocimiento a la tarea del luchador Salvador Nava Martínez, entonces recién fallecido, que impulsó la lucha municipalista contra el gobierno federal que asfixiaba económicamente a ese tercer sector del gobierno.

Ese año estuvo marcado por la consolidación de la competencia electoral y se puso a prueba en siete entidades federativas donde hubo elecciones de gobernadores. Estaba muy reciente la elección de 1986 en Chihuahua, cuando el triunfo le fue arrebatado al PAN, la cuestionada elección presidencial de 1988 en que hubo sospechas de que se había escamoteado el triunfo al candidato del PRD y finalmente la elección de Baja California que el año siguiente llevó al palacio de gobierno de esa entidad, por primera vez, a un gobernador panista, opositor al partido en el gobierno.

Para Juan Molinar Horcasitas resultaba inevitable la estelaridad de los casos de Guanajuato y de San Luis Potosí, porque

> [...] en esos estados se conjugaron candidaturas significativas, organizaciones opositoras notables, una concentrada atención de medios de comunicación nacionales y extranjeros, una amplia movilización electoral y, sobre todo, desenlaces plenos de sorpresa y dramatismo.

Retoma la idea de que esos casos "significan la construcción de un nuevo orden que, por una parte reconstruyen las relaciones entre las entidades federativas y el Estado y,

por la otra, replantea el vínculo entre lo social y lo político". En síntesis Martínez Assad nos avisa que "un nuevo pacto federal está en ciernes". Pero esta novedad no debe ser motivo de contento. Al menos no si el recuento electoral es certero, y creo que lo es, ya que la historia que se nos presenta es una interminable tragicomedia de equivocaciones, en donde sólo los atropellos a la justicia y al derecho son mayores que los errores. Y mucho menos aún debe alegrarnos este nuevo pacto federal si resulta cierta la ominosa advertencia de Jorge Castañeda con la que Martínez Assad cierra su artículo: "pequeño destino para México que del laboratorio político guanajuatense resulte la fórmula que pueda aplicarse al conjunto de la nación en su tránsito a la democracia".[8]

Con el tema de Grupos y movimientos culturales se abordaron las diferentes manifestaciones culturales de corte específico que tuvieron en las regiones su espacio ideal de conformación, en la entrega del número 4, correspondiente a julio-diciembre de 1992. Con la destacada participación de José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Guillermo Sheridan, Sergio González Rodríguez y una veintena de investigadores como Josefina Mac Gregor, David Skerrit, Eduardo de la Vega Alfaro, se abordaron grupos literarios, institutos, universidades, sociedades, diarios locales y hasta el cine que trató de encontrar un espacio para su realización en provincia.

En su artículo "Notas sobre cultura y región", Sergio González Rodríguez afirma:

> El primer concepto centralizador que debe combatirse desde una perspectiva regional es aquel que indica la preeminencia de la alta cultura sobre la baja cultura. Se entiende por "alta cultura", y se ejerce en consecuencia, el resultado de un aprendizaje exclusivo de una élite que separa un mundo anímico-espiritual por encima de la realidad, algo eternamente superior y donde reina la "sublime solemnidad" como escribió Herbert Marcuse. Desde tal superioridad ideológica, las

[8] *Eslabones, Índice comentado 1991-1997*, México, 1997, pp. 27-28.

expresiones individuales o colectivas que escapan a esa creencia se les estigmatiza por ser "baja cultura".[9]

Las revoluciones

Desde el número 5, correspondiente a enero-junio de 1993, se abordó de frente una temática entrañable al grupo promotor de la revista: la revolución mexicana, en esa ocasión referida a La revolución en el sur-sureste de México. Con una nómina de autores involucrados en esa vasta región de México escasamente estudiada, y partiendo de la controversia que han arrojado sus descubrimientos, Gilbert Joseph, el forjador del concepto de "la revolución desde fuera" abre la revista con la sublevación revolucionaria en Yucatán, seguido por Allen Wells y su estudio sobre las clases obreras yucatecas. Lo interesante de ambos trabajos es su sostén en los archivos judiciales que demuestran el sesgo con el que se aplicaba la justicia y los mecanismos usados por el viejo orden para impedir el desarrollo de un estallido general entre 1909-1910 como aconteció en los estados norteños.

Asimismo, fueron analizados los casos de Quintana Roo, Campeche, Tabasco, Veracruz y Oaxaca. Heather Fowler Salamini, inició su texto con una reflexión importante:

> En el pasado, a los estados del sur y sureste, incluso a Veracruz, se les había etiquetado como regiones donde ninguna agitación revolucionaria extensa, espontánea había aflorado durante la Revolución de 1910. Esta ausencia de desorden social fue comúnmente atribuida al continuado predominio de la élite de propietarios de plantaciones y/o a la pasividad de los trabajadores rurales, controlados bajo alguna forma de trabajo forzoso. Alan Knight desafió esta interpretación sugiriendo que la sublevación popular y espontánea en el Veracruz rural efectivamente aconteció entre 1910-1920, sin ser generada por fuerzas externas exógenas.[10]

[9] *Eslabones*, 4 (jul.-dic. 1992), p. 25.

[10] "Revuelta popular y regionalismo en Veracruz, 1906-1913", *Eslabones*, 5 (ene.-jun. 1993), p. 99.

El bagaje de los trabajos es pesado porque desde los años setenta la nueva historiografía marcó definitivamente a esa región del país adscrita a dos espacios fundadores de la historia nacional: la península de Yucatán y el golfo de México. A ellos se unió una región intraterritorial compuesta por Oaxaca y Chiapas, cuyos contenidos revolucionarios más bien "conservadores" contrastarían con los estados que por los movimientos que albergaron fueron definidos como "radicales". Verónica Oikión Solano, al comentar esta entrega, dice:

> La idea prevaleciente por años —y reiterada en el discurso oficial— de una única revolución globalizante y vigente, ha perdido absolutamente su fuerza en el medio académico. Los textos que integran este número, nos demuestran lo multifactorial y lo multifacético de esa revolución, es decir, la diversidad de ese proceso complejísimo en las distintas regiones de México.[11]

Aunque teniendo como eje el título "Raíces del problema agrario y el artículo 27 constitucional", en el número 6 de *Eslabones,* correspondiente a julio-diciembre de 1993, los autores reflexionan sobre un aspecto central de los motivos de las movilizaciones durante la revolución, es decir, el problema de la tierra. La historia del problema agrario se remonta varios siglos atrás, están las encomiendas de la época colonial, la hacienda que se va desarrollando hasta convertirse en una propiedad asediada durante las épocas revolucionarias, el ejido que surge como mandato de la ley del 6 de enero de 1915 y que retoma la Constitución, con su auge durante el régimen cardenista, hasta la retractación de los gobiernos que se llamaron posrevolucionarios y los del priismo posalemanista. En el contexto de una de las reformas con mayores consecuencias en el campo mexicano, Herbert J. Nickel nos recordó la hacienda y las percepciones alrededor de ella, Leticia Reyna reflexionó

[11] *Eslabones,* 5 (ene.-jun. 1993), p. 197.

sobre la disyuntiva —todavía hoy tan en boga— de ser indio o ser ciudadano sujeto de propiedad agraria, Friedrich Katz desarrolló lo que fue el proyecto agrario del movimiento villista, hasta quienes abordaron la situación actual que culminó con la propuesta constitucional expuesta por Arturo Warman. Durante 25 años ha habido crisis, durante ese periodo

> [...] se implementaron enormes programas para superar esa situación de crisis con diversos grados y tiempos, todos estos programas fracasaron. Programas que implican desde el reparto agrario más intensivo en la historia de México realizado entre 1964-1970 bajo la presidencia de Gustavo Díaz Ordaz, hasta gigantescos programas de inversión que alcanzaron su punto más elevado entre 1980-1981, alrededor del sistema alimentario mexicano en donde la inversión pública hacia el sector alcanza la misma dimensión que su producto interno.[12]

La revolución en el norte no fue tratada, sino hasta el número 11 correspondiente a enero-junio de 1996, bajo el título *México norteño del porfiriato a la revolución,* que reunió a autores como Romana Falcón para escribir sobre los jefes políticos y su modelo de control; por su parte Suzanne Pasztor se refirió al desarrollo económico de Coahuila y las primeras manifestaciones contra el régimen porfirista, Douglas W. Richmond escribió sobre Carranza y la frontera norte durante la revolución:

> Dentro de un contexto de activa oposición hacia Estados Unidos y cambio socioeconómico en México, Carranza cuidadosamente evaluó el papel de los mexicano-americanos a lo largo de la frontera. De un lado, los mexicano-americanos fueron un factor dentro de la firme política de Carranza por restringir la intervención norteamericana.[13]

Según Pablo Serrano, al comentar esta entrega, decía:

[12] "La reforma constitucional", en *Eslabones,* 6 (jul.-dic. 1993), p. 119.

[13] "El régimen de Carranza y la frontera durante la revolución mexicana", en *Eslabones,* 11 (ene.-jun. 1996), pp. 92-93.

La Revolución mexicana no sería entendida sin reconocer sus antecedentes y acciones en el panorama norteño de la nación y, evidentemente, en el desarrollo que tuvo entre los años de 1910-1920, pues se impuso en el país con una amplia gama de proyectos y propuestas de transformación que inundaron todas las estructuras nacionales, desde la política y la sociedad, hasta la economía y la cultura y, más aún, de las otras regiones que formaban parte del conjunto de la República.[14]

Dicha temática se amplió con el número 15 de la revista dedicado a Revolución y posrevolución, correspondiente a enero-junio de 1998. Con la apuesta a la investigación realizada por los jóvenes, abre el artículo de Alicia Tecunhuey Sandoval con el artículo 1912, elecciones estatales en Puebla: el descrédito de la competencia electoral y en él justifica la importancia de ese año. "En términos electorales 1912 fue un año importante para todo el país. En junio se celebraron las elecciones para la renovación del Congreso de la Unión que debía acompañar y fortalecer el recién instalado gobierno de Francisco I. Madero".[15]

Por tratarse de una época tan invocada, son poco conocidas las elecciones maderistas que establecen un punto insoslayable de la revolución política que se iniciaba y las aspiraciones de cambio que expresó el maderismo. Periodo cuyo interés se acrecienta con la transición política que encontró su punto culminante el 2 de julio de 2000 y que los apologistas del panismo quieren relacionar con la transformación que inició Madero hace 90 años.

Josefina Mac Gregor vuelve al constitucionalismo y a la crisis financiera de 1916, así como a la participación de los españoles en un asunto que toma gran actualidad ahora para conocer los arreglos que se realizan entre los bancos y los privados. El carrancismo fue revisado por Douglas W. Richmond ubicado desde Coahuila en sus vínculos con los hacendados, favorecidos respecto a los rancheros.

[14] *Eslabones, Índice comentado 1991-1997*, p. 56.
[15] *Eslabones*, 15 (ene.-jun. 1998), p. 4.

Un periodo más amplio recorre Pablo Serrano Álvarez en *Revolución y posrevolución en Colima* y resume bien su contenido cuando afirma:

> Colima fue un espacio caracterizado por la permanencia y continuidad de las estructuras tradicionales del siglo XIX y el porfiriato, basadas en el comportamiento y mentalidad de la dominación oligárquica, cuya esfera de acción en las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales de la región permitieron que Colima no se convirtiera en un polvorín en la década revolucionaria, y que sus estructuras regionales y regionalistas se mantuvieran en la identidad social por muchos años, aun con los cambios experimentados durante las décadas revolucionarias.[16]

Otro de los artículos de esa entrega está dedicado a analizar la inserción de un actor clave en la transición de la revolución al régimen revolucionario; se trata evidentemente de los maestros organizados por la escuela rural como lo expone Enrique Guerra Manzo. La educación fue un motivo de inquietud a lo largo de la historia del país y problema que, según Porfirio Díaz, debía resolverse para hacer más preparado al pueblo y llevarlo a su superación. Muchos ensayos educativos se realizaron, pero la escuela rural ocupó un lugar especial en la metodología que la Revolución buscaba para la superación de los mexicanos.

EL FEDERALISMO A LA MEXICANA

Dos entregas de nuestra revista fueron dedicadas a definir y entender el federalismo y las formas como se implantó en México. Para publicarse se contó con los auspicios de la Universidad Autónoma de Campeche y correspondieron a los números 12-13, de julio-diciembre de 1996 y enero-junio de 1997, el segundo. Con el título de *Pasado y presente del federalismo mexicano* se reunieron diecinueve autores,

[16] *Eslabones*, 15 (ene.-jun. 1998), p. 76.

entre ellos Arnaldo Córdova, Eugenia Meyer, Antonia Pi Suñer, Mauricio Merino, Arturo Alvarado, Beatriz Canabal Cristiani y Alicia Ziccardi. Los autores se orientaron a explicar lo que han sido 185 años de federalismo, partiendo desde la Constitución de Cádiz en 1812 hasta el debate sobre el nuevo federalismo invocado por los últimos regímenes presidenciales.

Se trató de entender la opción organizativa de la nación que buscaba unir lo que estaba disperso en el encuentro de las concepciones provincianas opuestas a la regiduría de un centro que pretendía imponérseles. Tuvo que adaptarse el sistema de pesos y contrapesos para alcanzar el equilibrio de poderes, discutirse y ampliarse el concepto de soberanía que se otorgó a los estados, pero que el pueblo reclamaba para sí sin acabar de entender lo que era la representación política. Es por eso que Arnaldo Córdova nos dice que aunque se trata de una forma de organización camaleónica nunca ha sido cuestionada en la época contemporánea por ninguna fuerza política. Para él,

> La teoría política del federalismo, lo que en términos constitucionales es preciso aceptar, nos dice que una federación que se vuelve Estado es una unión "pactada" de comunidades políticas (agrupaciones de ciudadanos) que desean fundar un Estado nacional basado en el acuerdo soberano de todos sus integrantes.[17]

Los textos reunidos aluden a nuestras tres constituciones federales de 1824, 1857 y 1917, aunque también se mencionan las Siete leyes y otras disposiciones centralistas. El federalismo se enunció desde diferentes entornos y prácticas, pero ninguno de los autores se opuso a su adecuación al país. Lo que sí es obvio es que de nueva cuenta se perciben los intereses de caciques, caudillos, jefes políticos, alcaldes y gobernadores enfrentados con el presidencialismo, hechura del federalismo. Con facultades legales

[17] "Repensar el federalismo", en *Eslabones*, 12 (jul.-dic. 1996), p. 8.

y extralegales, el ejecutivo ha actuado en detrimento de los otros dos poderes: el Legislativo y el Judicial.

Conceptos como soberanía, independencia y autonomía son invocados por los autores tanto en el pasado como en el presente cuando se alude a la reforma política que al final del siglo XX está teniendo lugar en el país. Pero también se tratan los tres sectores de gobierno: el federal, el estatal y el municipal para responder a los excesos del centralismo que reparte atribuciones discrecionalmente sin que medien reglas aplicables en lo general, observando las diferencias regionales. Desde luego, la reforma fiscal que se pone en práctica desde hace algunos años responde o debía responder a esos desequilibrios que expresa la realidad del país. Pero finalmente, en los trabajos se expresa la pluralidad política, vinculada con la competencia electoral y con la alternancia que evidencia los cambios de un mapa que parecía inamovible.

LAS DIVERSIDADES

Para una revista que tiene el objetivo de rescatar lo diverso, resultaba importante participar de las temáticas que hoy en día resultan ser de las que más acaparan nuestra atención porque se trata del reconocimiento del "otro", del respeto a las opciones a las que, como individuos, tenemos derechos inalienables. Coincidiendo con los años en que finalmente se establecía un ombusman en México y que se consolidaba una Comisión Nacional de Derechos Humanos, fundada en 1990, la revista publicó "La polémica sobre los derechos humanos" en el número 8, correspondiente a julio-diciembre de 1994. Se buscó lograr una cobertura amplia entrevistando a quienes han participado de ese empeño, lo que fue posible por la dedicación de Sara Sefchovich quien realizó y editó las entrevistas. Y allí están los juicios y reflexiones de Jorge Madrazo (presidente de la Comisión Nacional de Derechos Humanos), de Luis de la Barreda (primer presidente de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal), Sergio Aguayo

(presidente de la Academia Mexicana de Derechos Humanos), Miguel Concha (presidente honorario del Centro de Derechos Humanos Fray Francisco de Vitoria), Isabel Molina (ex secretaria de la Comisión de Derechos Humanos del PRD), Teresa Jardí (directora del Departamento de Derechos Humanos de la Arquidiócesis de México).

Pero igualmente, muchas comisiones fueron creadas en las entidades federativas con un modelo semejante, la mayoría de las veces animados grupos de la sociedad civil que, acumulando enormes esfuerzos, contribuyeron al respeto de los derechos humanos. Varias organizaciones como Amnistía Internacional y la Academia Mexicana de los Derechos Humanos precedieron a la formación de diversas ONG que emprendieron trabajos para evitar la violación de los derechos humanos y condenar los excesos de la autoridad.

En un extenso ensayo que ubica la problemática, Sara Sefchovich, expone: "No se sabe bien a bien cuándo empezó en México la lucha por los derechos humanos, es difícil pensar en una fecha para marcar el inicio de ese movimiento pues aunque se hacía trabajo que tenía directamente que ver con su defensa, se le llamaba de otro modo". Acude a Sergio Aguayo para afirmar que

> En México los derechos humanos fueron un tema marginal durante muchos años. En el exterior el gobierno argumentaba que había violaciones aisladas, pero no un patrón recurrente. Dentro del país los gobernantes insistían en que se trataba de ideas exóticas y ajenas y no faltó quien dijera que era un instrumento del intervencionismo yanqui.[18]

Uno de los móviles para la defensa de los derechos humanos lo auspició la gran inmigración de centroamericanos a México que se inició en la década de los setenta y se convirtió en un grave problema en la de los ochenta. Es en la defensa de esa causa que comenzó a ser conocida la personali-

[18] "Los derechos humanos: teoría, práctica, filosofía, utopía", en *Eslabones*, 8 (jul.-dic. 1994), p. 24.

dad de Samuel Ruiz García, obispo de San Cristóbal de Las Casas. Coincidía con las fuertes emigraciones que tenían lugar en el ámbito mundial porque nunca como entonces se movilizó tan alto porcentaje de personas de un país a otro, como sucedió con los turcos y árabes que se desplazaron hacia Europa y los países de ese continente realizaron fuertes intercambios por la guerra en Bosnia-Hersegovina, por lo que significó la caída del muro de Berlín y, finalmente, el desmembramiento de la Unión Soviética.

En ese ambiente surgió la idea de un encuentro que diera cuenta de lo que fue la venida e inserción de los extranjeros en las regiones de México porque diferentes estados de la República acogieron grupos diferenciados según su procedencia. Con la mayor cobertura de extranjeros que se pudo hacer, con el apoyo del Consejo Estatal de Población en Oaxaca, un numeroso grupo de historiadores participó con textos que luego fueron publicados bajo el título "Extranjeros en las regiones" números 9-10 de enero-junio y julio-diciembre de 1995. En el fondo se trataba de definir cultural y filosóficamente a los mexicanos, como dice Eugenia Meyer:

> [...] Si la nostalgia y la melancolía obligan a mirar hacia atrás, redibujar los caminos andados, ahí se encontrarán los restos y los trazos de una enorme gama de aportaciones y legados a aquellos que, como extranjeros, inmigrantes, luego minorías insertas en la sociedad mayoritaria, forman parte del todo que es la nación.[19]

En esas entregas se expusieron casos individuales y colectivos de las experiencias al llegar a México, de judíos, españoles, franceses, chinos, japoneses, ingleses, estadounidenses, coreanos, italianos, libaneses, cubanos, polacos que inicialmente se ubicaron en Veracruz, Yucatán, Tabasco, Oaxaca, Guadalajara, la ciudad de México, Baja California, Colima, Guanajuato, Aguascalientes y Baja California.

[19] "Para estudiar a los extranjeros o los riesgos del historiador", en *Eslabones*, 9 (ene.-jun.1995), p. 4.

Antonio Saborit se sorprendió por la uniformidad de las conclusiones de ese aluvión de información y comentó:

> Así como el enigmático Stephen Dedalus de James Joyce decía que la ruta infalible para llegar al corazón oculto de la experiencia de ser irlandés era salirse de Irlanda y observar al país desde fuera, me llama la atención que desde sus particulares fuentes de documentación todos estos investigadores separados a veces inevitablemente por el tiempo y la geografía, haya arribado a conclusiones tan semejantes sobre las maneras de asimilación, los litigios de la diferencia, el deseo de pertenecer, el consuelo de vivir con la memoria transformada en gheto, el miedo a la historia, la incertidumbre de las primeras letras, a solas, lejos de lo propio, cuando ya nada nuevo se esperaba.[20]

Al hablar desde la diversidad no podía dejarse de tratar otro tema que está a la orden del día por lo que ha acontecido en diferentes países del mundo y en particular en México. El fenómeno religioso con los cambios que ha experimentado y el surgimiento y/o aceptación de religiosidades diferentes a la católica y romana, ha dado lugar a manifestaciones de intolerancia tal como en algún momento sucedió con los extranjeros, en particular chinos y judíos, que fueron acosados y perseguidos en nuestro país llegando en ocasiones a situaciones límite.

Pero el hecho es que la sociedad mexicana se ha secularizado y ha aprendido a normar sus conductas por valores éticos no fundamentados necesariamente con lo religioso y ha terminado por aceptar respetando la existencia del "otro", del que es diferente. En lo religioso esto se manifestó al final de los años setenta cuando por primera vez se tuvo conciencia de que los católicos disminuían porcentualmente y se ampliaban los que se afiliaban al amplio espectro del cristianismo.

Ésas fueron las reflexiones para realizar un número que permitiera dibujar un mapa de lo religioso en nuestro país

[20] *Eslabones, Índice comentado 1991-1997*, p. 52.

y de nueva cuenta abonar en el terreno de su diversidad. Se logró que líderes de diferentes iglesias como la católica, la cristiana de México, la de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, la metodista y la presbiteriana expusieran directamente sus concepciones y puntos de vista. Pero asimismo, se pudo cubrir un espectro amplio con los textos de especialistas de diferentes religiosidades y tendencias, además de conocer su ubicación en diferentes regiones de México tal como sucede con los Testigos de Jehová en Ciudad Juárez, Tecate y Mexicali, los protestantes en Chiapas, los seguidores de la Luz del Mundo en Guadalajara y los judíos en la ciudad de México.

Con el título *Diversidad religiosa*, número 14, julio-diciembre de 1997, se intentó contribuir al debate abierto no sólo con los cambios que estaban ocurriendo, sino también con la nueva normatividad que se estableció con la reforma constitucional que en 1992 reconoció personalidad jurídica a las iglesias. Jean-Pierre Bastian explica:

> Los efectos del cambio religioso son mucho más complejos que la simple reducción a los aspectos étnicos y políticos. La hegemonía católica está lejos de resquebrajarse, pero habrá que explorar el impacto de la competencia religiosa sobre su propio modo organizativo. El juego competitivo que se está abriendo obligará a aquélla a transformarse si se quiere evitar que la "pentecostalización" de sus bases por el movimiento de "Renovación carismática" no sea un caballo de Troya o un arma de doble filo preparando las mentalidades católicas a prácticas religiosas que de hecho se encuentran plenamente expresadas en las sociabilidades pentecostales.[21]

Lo que se demuestra finalmente es que el campo religioso tradicional fue descalificado por las nuevas relaciones de las iglesias (plural que apenas recientemente se ha empleado) con el Estado. Previamente, entre 1960-1980 ese campo manifestó sus primeras alteraciones con la irrupción de nuevas preferencias religiosas por todo el país. Mientras las tasas de crecimiento de los católicos se

[21] *Eslabones*, 14 (jul.-dic. 1997), p. 26.

mantenían estables, pese al aumento poblacional, las tasas de otras formas de religiosidad se incrementaron. El censo de población de 1980 reveló que 2 500 000 mexicanos pertenecían ya a denominaciones religiosas no católicas y esta cifra aumentó a 1 000 000 más, según los datos del siguiente censo.

Historiografía

Con el título *Ecos de la historiografía francesa*, el número 7 del periodo enero-junio de 1994, se pretendió hacer una aportación a la discusión historiográfica de América Latina para lo cual fue tomado como hilo conductor la influencia de la revista francesa de *Annales*, en una tarea animada por Carlos Antonio Aguirre Rojas. A diferencia de la mayoría de los números de la revista, en esta ocasión se pidieron textos a reconocidos historiadores del continente para seguir el trazo de paradigmas de historiadores como Fernand Braudel, Marc Bloch y Henry Pirenne, de quienes se incluyeron algunos textos inéditos en español.

La invención de la historia de Braudel que parte del presente para entender el pasado, le permitió mantener su obsesión por el tiempo, necesidad de todo historiador y distinguir una "dialéctica" de los diferentes tiempos. De la historia *evenementielle*, la que privilegia el acontecimiento como el cronista de antaño pasando por los episodios en bloque, hasta llegar a un plano de

> [...] una historia en que los tiempos son lentos y ocupan grandes espacios de tiempo, una historia que sólo se puede cruzar con botas de siete suelas. Desde este punto de vista, la revolución francesa es sólo un momento, aunque esencial de la larga historia del destino revolucionario liberal y violento de occidente. Voltaire se convierte en una simple etapa de la evolución del pensamiento.[22]

[22] Fernand Braudel: *Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social.* Madrid: Tecnos, 1966.

CONCLUSIÓN

Nada más sugerente para poner fin a este breve repaso a varias voces de lo que ha sido la corta vida de *Eslabones* que el recordatorio de una de las más inteligentes y bien pertrechas escuelas de historia. Ello nos permite valorar lo que ha sido este trecho, para entender un sentido del quehacer del historiador que se pretende amplio y novedoso porque es necesario estar construyendo y reconstruyendo el pasado para entender más cabalmente el presente. La historia regional que busca destacar la otra historia, la de lo cotidiano, la del conflicto que confronta a actores sociales en un espacio que puede ser más o menos grande, pero que se refiere siempre a la búsqueda de lo específico. Ese espacio que no es el de las fronteras establecidas, que no está señalada por el cauce de los ríos, sino por los movimientos sociales y acontecimientos políticos que lo definen.

Sin embargo, muchas veces las fuentes delimitan lo que un espacio no pudo definir; es decir, cuando los archivos se organizan considerando una unidad diseñada de forma política o administrativa, da lugar a regiones que se igualan con entidades federativas o ciudades, aun cuando no necesariamente el hecho estudiado la llene o incluso la rebase.

En el proyecto de *Eslabones* han creído los 160 autores de los capítulos reunidos, las varias instituciones y universidades que lo han apoyado, sus lectores y suscriptores e incluso ha sido seleccionada por Conacyt en el padrón de sus revistas. Una nueva época se pretende iniciar con los dos números que esperan ser editados y con los avances de otros que apenas son un esbozo.

Pero lo más importante es que *Eslabones* ha contribuido a que la historia regional descubra nuevos espacios, tiempos diferenciados y actores sociales que no corresponden de manera exacta con los grandes conglomerados que la historia universal buscó. Ahora su aportación a la historia nacional es innegable. Y, en ese sentido, no es coincidencia que lo regional (re) aparece precisamente en el mundo del abatimiento de las fronteras, de la debacle de los paradigmas teóricos que animaron a las ciencias sociales

durante muchos años, por lo que aparecen nuevos desafíos vinculados con la globalización, con la posmodernidad que se vive en los países más avanzados aunque la tecnología y la nueva edad de la información los conforme con el resto de los países. En la investigación, en la divulgación y en la pedagogía esos retos deben asumirse para crear una nueva alternativa para esa historia que nos confronta todos los días. De ahí la necesidad de nuevas búsquedas, del estudio de actores sociales olvidados, de procesos que rompen la homogeneidad que quiere reconocer el poder, de movimientos susceptibles de ser investigados sin que sea la ideología lo que los determine porque al final de lo que se trata es de construir otra historia.

HISTORIA Y GRAFÍA, SIETE AÑOS DESPUÉS*

Guillermo ZERMEÑO
El Colegio de México

HISTORIA Y GRAFÍA CUMPLIÓ SIETE AÑOS DE VIDA en el año 2000 recién concluido. ¿Cómo abordar una historia del tiempo presente, a partir de una publicación periódica, en la que no se tiene la distancia temporal "adecuada" y en la que en buena parte se está implicado? ¿Cómo tratar un *continuum* en el que es posible identificar un comienzo, pero no su término, atisbar una trayectoria más no su finalización? Una revista en proceso sólo puede referirse a sí misma como un movimiento. Sin embargo, es posible hacer un corte dentro de ella misma al considerarla como un documento para la historia reciente de la historia en México. Si bien es una publicación en marcha, es asimismo ya parte de la historia. Es un objeto en movimiento que ha ido recogiendo algunas formas del hacer de una comunidad intelectual, en este caso, de la comunidad interesada en captar el curso y el pulso de la escritura de la historia y del pensamiento asociado a esta práctica.

* El presente ensayo forma parte del proyecto colectivo de investigación, "El impacto de la cultura de lo escrito en la historia de México, siglos XVI-XX. Una aproximación desde la historia cultural", financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Quiero agradecer también la invitación del doctor Javier Garciadiego, director del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, para realizar este trabajo sobre *Historia y Grafía*.

Se puede realizar este doble ejercicio —de inventario y de revisión— mediante el recuerdo, vivencial y documental. Una de las peculiaridades de esta publicación fue y ha sido, precisamente, poner atención en las distintas "grafías" o representaciones que el recuerdo y su elaboración, por medio de muy diversos materiales, puede ir tomando y ha tomado. Esta posición presupone, de entrada, confrontar el sentido de realidad con el que la historia ha venido trabajando en general. La historia canónica construyó y estableció un sentido de realidad que partió de la distinción entre lo observado y el observador. De modo que en sus investigaciones, el historiador sólo tenía que salir al encuentro de lo que previo a su observación estaba ya básicamente constituido. Así, tras su excursión por la "realidad del pasado", sólo tenía que dar cuenta de lo visto tal como éste se le presentaba.[1] Lo que este modelo desatendió o no profundizó debidamente fue el mundo de los pre-juicios que forman parte inevitablemente de la valoración y juicios que emitimos sobre las cosas de la que está hecho el mundo social.

La historiografía moderna, basada en un fuerte impulso romántico, pensó que era posible reconstruir, desde el origen, sin pre-juicios, la visión del mundo y su accionar sobre él. Al intentar suprimir el peso de la tradición o el mundo del pre-juicio se arriesgó a que la tradición y el pre-juicio reaparecieran con más fuerza en el presente mismo de su escritura. No siendo suficientes las buenas intenciones o el sentido común para aproximarse pulcra o higiénicamente al pasado. Al considerar el pre-juicio como una condición sin la cual no hay escritura moderna de la historia, es verdad que se abre una grieta en la aparente solidez sobre la que se ha construido buena parte del discurso histórico. Una "nueva historia" (no tan nueva, finalmente) ha vuelto a poner énfasis precisamente en aquello que sin saberlo antecede a sus formas de mirar; que trata de no dejar fuera aquellos márgenes que an-

[1] Se trata de una fórmula con la cual me remito a las batallas emprendidas por el historiador Edmundo O'Gorman contra esa clase de ontología de corte empirista.

teceden, pero dan forma a la acción, al hacer y al decir humanos. Por otro lado, la posibilidad de una escritura historiadora como reflejo de la realidad del pasado ha tendido a desvanecerse todavía más, debido sobre todo, aunque no exclusivamente, a la expansión de los medios electrónicos de comunicación y sus efectos (aun poco conocidos) en el terreno privilegiado por la historiografía científico-romántica: el de la escritura. Es una de las cuestiones que ha marcado crecientemente la reflexión contemporánea de la historia.

Si algo distingue a *Historia y Grafía* tal vez sea su intento de pensar de nuevo, con mayor radicalidad, lo que significa para una sociedad determinada tener que maniobrar con su tradición, o mejor, con sus tradiciones. En el caso de la historia con toda esa clase de restos que el pasado ha ido dejando y que el presente va arrastrando consigo. Restos que no son simples cosas inertes, como si fueran naturalezas muertas, sino ingredientes básicos para comprender el flujo temporal de las relaciones sociales que se tejen, y mediante las cuales se constituye toda existencia y obra humana; de presentes englobados inextricablemente por pasados y futuros; presentes, los del historiador, que llegan a sus materiales cargando sobre sí sus pre-juicios, y al mismo tiempo, cargado de deseos implicados en sus expectativas.

Si la consideración del pre-juicio como condición para advertir lo que se observa es adecuada y necesaria, el mundo comienza ya no a verse como necesario o como esencia —lo cual es la aspiración de la ciencia histórica moderna separada de sus formas teológicas y providencialistas. Entonces todo lo observado por el historiador se vuelve contingente, y por lo tanto, susceptible al diálogo o conversación interminable, sin más límite que aquel que los participantes le impongan. En ese momento la escritura de la historia se convierte en una tarea que compete a la responsabilidad y ética de sus participantes.

Si las reglas o métodos que dejaban fuera la consideración del pre-juicio en la investigación del pasado con el fin de acceder pura y virginalmente al pasado, tenían una función, se debía precisamente al intento de reducir la complejidad al acotar los márgenes de incertidumbre en la

comunicación entre los interesados. Si esas reglas basadas en la supresión del pre-jucio han conducido a la contemplación de un pasado inerte, que más que comunicar informa de hechos cuya relación con el presente no es evidente del todo, entonces el reto que *Historia y Grafía* se planteó resulta ser bastante complejo. ¿Cómo construir de manera colectiva nuevas reglas que propicien y faciliten, sin trivializar, la comunicación entre los interesados en la historia, independientemente de su proveniencia disciplinaria o especialidad? De ahí la intención implícita de separar los términos de la Historia (patrimonio de todos y cada uno de los seres humanos) y de la multiplicidad de formas que ha tomado en el pasado y que se puedan producir en el presente. Obviamente se trata de una tarea enorme que ni siquiera *Historia y Grafía* pretendería abarcar, sino simplemente prestarse como un foro entre otros para debatir y reflexionar, sobre las nuevas tareas críticas de la historiografía contemporánea.

Al centrar la cuestión en el mundo del prejuicio, simplemente se intentaba indicar que, a pesar de las buenas intenciones, éste nunca desaparece de los juicios que hacemos sobre el pasado. Por lo mismo se convierte en uno de los ejes centrales de la construcción de una nueva epistemología histórica, que no consiste en el regreso a formas anteriores, sino a la reconsideración crítica y actualizada de apuntamientos que fueron quedando por aquí o por allá, un tanto desplazados. En suma, es una invitación a revisar la vía que fue abriéndose e imponiendo a todos aquellos interesados en dedicarse de manera profesional tanto a la enseñanza como a la investigación históricas.

Una revisión histórica de los primeros siete años de una publicación periódica no puede ser sino un acto reflexivo a partir de su actividad y de sus resultados. Hasta el momento actual *Historia y Grafía* ha publicado quince números. El primero de éstos apareció durante la segunda mitad de 1993 y el último a fines del año 2000; con una periodicidad bianual y un promedio de 280 páginas por número. La revista abrió con un tiraje de 500 ejemplares que

se amplió a 600 a partir del segundo volumen, a 700 con el cuarto y a 800 con el sexto, en donde se ha estabilizado. En vez de publicar una revista para permanecer en el almacén universitario se intentaba salir al encuentro de lectores reales e interesados, y de acuerdo con su recepción, ir creciendo. Cabe anotar al respecto que en 1966 obtuvo el *IV Premio Arnaldo Orfila Reynal* a la Edición Universitaria en la categoría de Revista de Investigación, y en 1997 fue aceptada en el *Índice de Revistas Mexicanas de Investigación Científica y Tecnológica de Conacyt.*

A la aparición de la revista le antecedió un trabajo de preparación intensa que se inició en 1992. Se conformó un Consejo de Redacción integrado por miembros de tiempo del Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana y por un Comité Editorial de carácter plural, tanto intra como interdisciplinariamente, por sus enfoques y metodologías, como por sus instituciones de origen. Como revista académico-universitaria se intentaba convertirla en un marco de referencia para las tareas de docencia e investigación, pero también para elevar y fortalecer el diálogo académico en el sector interno como en el externo del ámbito universitario. Con el fin de asegurar la calidad y la garantía de continuidad y seguimiento puntual del proyecto se determinaron reuniones quincenales para los miembros del Consejo de Redacción, operadores últimos de la publicación.

El proyecto original de la revista dividió su formato de colaboraciones en tres grandes rubros: el de "expedientes" dedicados a un tema de investigación y/o reflexión; una sección de ensayos varios, y finalmente una sección de reseñas críticas. Este repertorio se ha enriquecido con la inclusión de nuevos rubros, como son los obituarios, las entrevistas, la sección de debates, cartas al lector y una sección de Memoria del Cine. Ha contado con dos directores durante este periodo y desde sus inicios se planteó como una revista representativa de lo que se piensa y se hace en el departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana.

La concepción de la revista está inscrita en su mismo título. Toma como eje las polaridades, las escisiones que definen

el mundo contemporáneo. Principalmente la que hay entre la historia que los humanos han hecho y hacen todos los días, y las diversas formas que han construido y siguen construyendo para conservar y producir su memoria. De ahí parte la atención que esta publicación intenta prestar a las diversas "grafías" o formas en que la memoria (escrita, oral e icónica) se va convirtiendo en un referente necesario para el actuar del presente. En este sentido *Historia y Grafía* se inserta en el debate contemporáneo de y sobre la cultura.

Esta publicación partió de una inquietud, manifiesta en el seno de las universidades al menos desde los años setenta, cuando la crónica de los historiadores mexicanos comenzó a acercarse más intensivamente a las aportaciones teóricas y conceptuales de otras disciplinas afines, como la sociología y la antropología, el psicoanálisis, la semiótica y la lingüística. Estos acercamientos interdisciplinarios se han venido sedimentando, se podría afirmar, alrededor de las ciencias de la comunicación y de la información. Tarde o temprano el historiador no puede rehuir el problema acerca de lo que significa leer o interpretar textos engarzados en diversos tipos de lenguajes —unos más ajenos que otros— y géneros comunicativos muchos de ellos en desuso. La relación del historiador con los textos y su multiplicidad de formas o "grafías", reabrió el viejo problema acerca del alcance y los límites de la verdad del pasado producida por los historiadores.

El siglo XIX basó su epistemología básicamente en el problema que consistía en saber cómo descifrar adecuadamente textos-documentos-escritos. El siglo XX con la ampliación de las formas de comunicación —desde el telégrafo, pasando por el teléfono y la radiofonía, hasta la actual revolución de la cibernética— ya no sujetas en exclusividad a la escritura y el proceso de alfabetización clásicos, ha conducido a una confrontación teórica de mayor envergadura que la que se dibujó cuando se estableció el código de la historiografía científica en el siglo XIX.[2] Este hecho requiere ser clarifica-

[2] Una primera aproximación se encuentra en MENDIOLA y ZERMEÑO, 1995, pp. 245-261.

do y discutido. Hay muchas razones para pensar que actualmente está en juego una nueva confrontación entre varias formas de construcción de la memoria, o del sentido de "lo histórico". A un tipo de construcción moderna de la memoria histórica basada en una escritura científica se ha sumado una memoria en ciernes mucho más compleja y abierta que la reducida a los signos de escritura. La discusión en torno a las memorias posibles, actuales y futuras, enfrenta a la historia que se practica a retos mayores que los vislumbrados por nuestros ancestros fundadores.

Si la noción de verdad histórica a la luz de la explosión informativa y comunicativa del siglo XX ha dejado de ser satisfactoria, ¿cómo fundamentar ahora el saber que el historiador produce socialmente cuando habla o escribe sobre un pasado o un evento o conjunto de eventos determinados, cualquiera que sea su contenido? Debido al impacto mediático esa lucha social en torno a la construcción de la memoria colectiva contiene una fuerte disputa en el ámbito de la cultura o comprensión de la sociedad en la cual se vive y por la cual se piensa como se piensa.

La historia es ante todo una forma de representación de eventos y acontecimientos del pasado, significativos para el presente, efectuada mediante operaciones técnicas y cálculos racionales. Esta recuperación está enmarcada por el pluralismo, pues al igual que el tiempo presente, el pasado está marcado por trayectorias diversas que se entrecruzan y modifican. Al inscribir el pasado en el presente, los historiadores hacen historia, y colaboran en la construcción y reconstrucción de la memoria histórica, es decir, de la cultura y de sus formas de comunicación. Como saber inscrito entre dos tiempos, y como portadora de la diversidad, cada historia viene a poner a prueba las verdades consabidas del presente, planteándole cuestiones sobre las relaciones sociales y la calidad de los procesos comunicativos a partir del pasado.[3]

[3] Véase CERTEAU, 1995.

Al enfrentar el reto de la historia —lo propio de los historiadores y las posibilidades de su representación, se estaba retomando una problemática incubada en la misma tradición historiográfica mexicana reciente. Esta idea se puede explicar mejor si se repasan, aunque sea someramente, las condiciones en que el Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana (UIA) se integró a la vida histórico-académica nacional. Un periodo marcado por la ampliación de la matrícula universitaria, en la que un dato significativo fue la incorporación creciente de la mujer en la educación superior. También ayuda a entender su proceso de maduración si se considera que la carrera de historia en la (UIA) contó entre sus profesores desde sus inicios a maestros distinguidos de la UNAM; y, posteriormente, de El Colegio de México, en especial, cuando su programa de posgrado comenzó a desarrollarse a principios de la década de los setenta.[4]

Historia y Grafía se puede explicar a partir de un triple contexto: el de la Universidad Iberoamericana, el de la historiografía mexicana y el de la evolución de la historiografía occidental de la posguerra. Primero, surge durante la etapa en que la nueva historiografía de corte universitario prácticamente se ha consolidado en sus enfoques y formas de trabajo, e inicia su expansión en otros ámbitos como el de la UIA; segundo, el del momento de la expansión de los posgrados en México que coincide con la apari-

[4] La lista es demasiado larga. Mencionaré sólo algunos de los historiadores que tuvieron parte activa desde un principio y señalaré algunos de los que vendrían a apoyar como docentes o como directores de seminarios de investigación poco después: Eduardo Blanquel (1961-1969), Rosa Camelo (1959-1960), Tarsicio García (1961-), Cristina González Ortiz (1964-1968), Bertha Ulloa (1958), Andrea Sánchez Quintanar (1963-1973), Beatriz Ruiz Gaytán (1961-1986), Norma de los Ríos (1964-1969), José María Luján Asúnsolo (1959-1963), Josefina Z. Vázquez (1959-1962), Alicia Huerta (1959-1974), Ernesto de la Torre Villar (1960-1976). Poco después se incorporaron Moisés González Navarro (1968-1978), Luis González y González (1969-1971), Edmundo O'Gorman (1971-1995), Andrés Lira (1971-1973), Bernardo García Martínez (1971-1973), Elías Trabulse (1971-1974), José Antonio Ortega y Medina (1971-1975) y Gloria Villegas (1969-1972).

ción de lo que ahora se conoce como la crisis de los paradigmas en las ciencias sociales y de las humanidades. Es un periodo que muchos habrán experimentado como una etapa de dudas e incertidumbres frente a los modelos heredados. Es un fenómeno que de ninguna manera es exclusivo de un lugar o país en particular ni de una disciplina o institución específicos.

La carrera de historia en la Universidad Iberoamericana[5] fue fundada en 1957 por el Dr. Manuel Ignacio Pérez Alonso S. J., entonces rector de la Universidad y egresado del posgrado de historia de la Universidad de Georgetown. La carrera inició los cursos de licenciatura con muy pocos estudiantes —apenas ocho alumnas— en enero de 1958. Debido al interés del doctor Pérez Alonso de fundar un instituto de historia en Nicaragua, su país de origen, el 8 de julio de 1961, se despidió, le sucedió en la dirección de la Escuela de Historia la doctora Josefina Vázquez Vera, quien estuvo en el cargo hasta su relevo por parte de Alicia Huerta a partir del 16 de agosto de 1962. Algunas de las primeras estudiantes[6] se fueron incorporando relativamente pronto como docentes de la carrera, además de contar desde sus comienzos con historiadores ya reconocidos como el jesuita José Bravo Ugarte, quien enseñó en la Ibero desde 1958 hasta su muerte en 1968.

[5] Parte de la información proviene de conversaciones tenidas con el doctor Pérez Alonso S. J. y con la doctora Josefina Vázquez a quienes va mi agradecimiento. También he consultado diversos documentos como la *Reseña del Departamento de Historia* (UIA, 1986) preparada por Susana Alcántara. El origen de lo que será la Universidad Iberoamericana se encuentra en el Centro Cultural Universitario fundado por los jesuitas en 1943. Este centro adoptó el título de Universidad Iberoamericana en 1952, pero fue hasta dos años después cuando la Universidad Iberoamericana apareció como se le conoce hoy. Siendo rector de la UIA el doctor Pérez Alonso fundó y dirigió la carrera de historia. En 1962 la UIA inauguró sus instalaciones en la Campestre Churubusco, mismas que fueron devastadas por el terremoto de 1979. En 1981 se oficializó el reconocimiento de sus estudios en el ámbito nacional que le permitió iniciar la creación de nuevos planteles en el interior de la República. Finalmente en 1988 fue inaugurado el nuevo plantel Campus Santa Fe de la ciudad de México.

[6] Véanse Norma de los Ríos y Cristina González Ortiz.

La apertura del programa de posgrado en la década de los setenta ayudó indudablemente a impulsar la investigación —hasta ese momento la carrera se orientaba de manera fundamental a la formación de docentes para la educación media— y a la formación de lo que hoy es uno de los más importantes acervos históricos en el ámbito universitario. El programa de posgrado y la formación de Acervos Históricos de la UIA fueron la base del desarrollo del programa editorial. Si bien modesto en sus inicios, paulatinamente fue creciendo el caudal e importancia de sus publicaciones. En ese marco, como parte del Instituto de Investigaciones Humanísticas comenzó a publicarse en 1973 el *Anuario de Humanidades*,[7] que tomó como modelo en buena parte al *Anuario de Historia* publicado por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM desde 1961, el historiador Juan Ortega y Medina, fue el editor responsable hasta 1978. Después de la labor realizada por Beatriz Ruiz Gaytán y Tarsicio García —quienes fueron impulsores de los programas de posgrado y editorial en sus inicios—, el Departamento de Historia recibió un impulso definitivo durante las administraciones de Teresa Franco y Cristina Torales en el campo de la investigación y de la difusión.

Por otro lado, la historiografía occidental experimentó durante esos años un nuevo impulso revisionista, a la generación salida del movimiento estudiantil de 1968. La historia de los *Annales* o los debates historiográficos alemanes o estadounidenses es una buena muestra de estas tendencias.[8] En nuestro país, aun cuando las ciencias sociales,

[7] El primer número del *Anuario* publicado por el Instituto de Investigaciones Humanísticas apareció con sendos artículos de Ernesto de la Torre Villar, Juan Ortega y Medina, Ernesto Lemoine, Xavier Cacho, Estela Zavala y Moisés González Navarro. En 1974 se reimprimió la *Supervivencia política novohispana* de Edmundo O'Gorman. En total se publicaron ocho Anuarios, el último fue de 1984-1985. Para una ampliación de las publicaciones del Departamento hasta 1994, un año después de que apareció el primer número de *Historia y Grafía*, se puede consultar el *Catálogo*, 1994.

[8] Algunas de estas tendencias han sido recogidas en trabajos de DOSSE, 1887; NOIRIEL, 1996; NOVICK, 1997, e IGGERS, 1997.

en cierto modo, impusieron a la historia la necesidad de incluir "marcos teóricos" en sus investigaciones, la consideración de la "teoría" muchas veces seguía confundiéndose con la "filosofía", y no logra prosperar del todo, debido, en parte también, a los excesos a los que pudo haber llevado la aplicación de marcos de explicación sociológica demasiado[9] rígidos o en proceso de desacreditación. En la década de los ochenta hubo cierto regreso de las tendencias empiristas, que dejó a la historiografía en una suerte de *impasse* sin permitir un mayor diálogo y discusión intra-académicos. Por el contrario, la disciplina tendió crecientemente a la fragmentación y a la multiplicación de subespecialidades o creación de pequeños círculos de "iniciados".

Se trata obviamente de una esquematización muy rápida porque no hay institución en la que al mismo tiempo no se estuvieran librando pequeñas o grandes luchas respecto a las nuevas definiciones acerca del papel de las ciencias sociales y humanidades, incluidos la revisión de sus planes de estudio o la apertura de nuevos programas. La Ibero tampoco era la excepción. En 1990 comenzó a circular una pequeña publicación que llamaría muy pronto la atención por su sobriedad, elegancia y su manera de enfocar la actividad poética. *Poesía y Poética*, dirigida por Hugo Gola y respaldada por un puñado de maestros y alumnos, presentaba algo novedoso en el panorama editorial de la Ibero: mostrar sobre la blancura de sus páginas la posibilidad de conjuntar el acto de escribir con la reflexión sobre su práctica. Su aparición significó, a mi parecer, un estímulo para intentar lo que parecía imposible: la formación de una nueva revista de historia animada también por el interés mostrado por algunos maestros y la mayoría de los alumnos de posgrado. En la memoria y en sus escritos estaba también la presencia del historiador jesuita francés, Michel de Certeau.[10]

[9] Véase FLORESCANO, 1995.

[10] Michel de Certeau impartió dos cursos en la Universidad Iberoamericana: el primero en febrero 18-29 de 1980 sobre "La historia, hoy" y, el segundo, en mayo 11-25 del año siguiente sobre "Fotografía e historia. Lo que va del documento al método de análisis".

Finalmente, no sin dudas y un cierto escepticismo, *Historia y Grafía* surgiría en 1993 como una empresa colectiva de autoesclarecimiento acerca de lo que corresponde a la historia realizar y las tareas que debe enfrentar en el momento actual. Nació con la frescura de saberse que llega por la puerta trasera, cuando el tren de la historia ya está en marcha, sobre rieles más o menos bien establecidos y que la condicionan y determinan a ser parte de la tradición en la que se incrusta. La de la Ibero, pero también la de la historiografía mexicana, que desde el momento de su profesionalización e incorporación en los centros universitarios del país en los años cuarenta, estuvo abierta al diálogo con otras tradiciones.

Así, no es gratuito que el primer número estuviera dedicado a la recuperación de la memoria de ese historiador francés, Michel de Certeau, de quien Michel Foucault dijo alguna vez, que sin grandes alardes publicitarios, era el mejor entre todos ellos. Se recupera su paso por México —no sólo estuvo en la Universidad Iberoamericana— y su huella dejada en los cursos que impartió, las entrevistas que concedió y la traducción de su obra que se inició. Además de algunas semblanzas presentadas del autor y su obra, su enfoque crítico ha quedado englobado bajo el signo de la "diferencia"[11] y explicado en su crítica a la incursión epistemológica de la historia realizada por Paul Veyne en su libro sobre *¿Cómo se escribe la historia?*[12]

Es verdad que todo proyecto editorial parte de un diagnóstico y de la búsqueda de un público. Éste podría quedar sintetizado en la siguiente cuestión: ¿cómo poder conformar un espacio de comprensión y criterios de validación más complejos y menos sectarios o fragmentarios para todos aquellos interesados en las historias mexicana e hispanoamericana, nacionales o extranjeros?[13]

[11] MENDIOLA, 1993, pp. 9-31.
[12] CERTEAU, 1993, pp. 103-116.
[13] KNIGHT, 1998, pp. 192-200.

Hasta el momento la serie analizada de *Historia y Grafía* presenta una red de líneas de interés y de comunicación entre historiadores, aun cuando muchas de las colaboraciones puedan provenir de diferentes campos disciplinarios. El punto de convergencia es la historia, palabra por demás compleja.

La historia como su término lo indica nace ambigua y equívoca. No se sabe si se refiere al relato de las cosas pasadas o al acontecer mismo. En todo caso muchas de las discusiones que se generaron en el origen de la historia-ciencia y aspiran a estabilizar su sentido dentro del patrón del conocimiento experimental, se relacionan con la necesidad de romper la ambigüedad de una disciplina que se mueve entre la historia y la literatura, entre la historia y el arte, entre la ciencia y la ficción, entre la erudición y la divulgación y entre las humanidades y las ciencias sociales. Muchos de estos dilemas aparecieron desde el nacimiento de la historia en el siglo XIX en Europa y encontraron eco creciente en la órbita de lengua española. No faltaron metodólogos o teóricos que se preocuparan de traducir o de elaborar reflexiones y concepciones dirigidas a iluminar o saldar la discusión en un sentido o en otro. Sin embargo, la dualidad parece ser ya constitutiva de un mal endémico o crónico de la disciplina. Es verdad que dado lo intrincado del problema la mayoría de los cultivadores de la historia-ciencia, han tendido a dejar a un lado cualquier consideración teórica considerándola como superflua o innecesaria. A falta de un debate serio, queda finalmente la bifurcación tradicional que domina la ciencia histórica contemporánea, entre la teoría y la investigación empírica del pasado.

Sin embargo, parecería que esta resolución sólo ha pospuesto un problema que siempre reaparece: ¿cómo construir las bases de un auténtico diálogo contemporáneo sobre el pasado? ¿Cómo construir una esfera de opinión pública historiográfica auténticamente democrática respecto a los incidentes y formas de recibir y leer el pasado que nos determina? Si hasta hoy las formas de consenso o de autoridad se han construido con base en las famosas fuentes documentales o pruebas autorizadas, lo que de ahí

se sigue es sólo la polarización en un sinnúmero de subespecialidades que pueden correrse hasta el infinito, o en relación con el número de inquisidores de fuentes que tiendan a multiplicarse conforme se vayan teniendo a su disposición, una variable que tiende a complejizarse con las nuevas tecnologías de la información. El estudio del pasado en vez de acercar a los contemporáneos tiende a polarizarlos en una infinidad de discursos inconexos.

Una de las principales novedades de los debates historiográficos recientes es que cada vez hay más historiadores interesados en participar activamente en los dilemas antes señalados. Desde los ochenta cada vez hay más historiadores comprometidos con esta reflexion. Cada vez hay más historiadores interesados en la "teoría" sin significar por eso el abandono de la investigación empírica.[14] Éste es uno de los cambios centrales que parecen observarse en esta nueva generación en relación con la que deslindó la historia de la filosofía e hizo la reflexión sobre el oficio de la historia un asunto de "filósofos".

Creo que éste es el contexto más específico en que nació *Historia y Grafía.* Significa un esfuerzo de autoapropiación del oficio, rompiendo la dependencia indiscriminada del material documental y de las otras disciplinas para poner de nuevo en el centro la relación que hay entre la palabra historia y todo lo que pasa o puede pasar en su derredor. Pero hay otro aspecto sin el cual no se entiende esta nueva centralidad de la historia que es la necesidad de su propia historización: el reconocimiento de que esta forma de historiar no es sino una forma peculiar, de ningún modo extensible a otras épocas u otros lugares. La revista *Historia y Grafía* es, en ese sentido, una publicación de encrucijada: un espacio abierto al debate de cara a la construcción del futuro en la que los historiadores también están inmersos.

[14] Además de historiadores como Hayden White, Roger Chartier, Robert Darnton o Frank Ankersmit, se pueden mencionar otros casos como el de la historiadora estadounidense Lynn Hunt. Véanse APPLEBY, HUNT y JACOB, 1998, y BONELL y HUNT, 1999.

¿Qué ha ofrecido *Historia y Grafía* a sus lectores hasta ahora? ¿Qué preguntas, qué cuestiones han podido interesar más?

Cada uno de los números contiene un expediente centrado en alguna temática binaria o en algún lugar de tránsito entre tiempos políticos, económicos, sociales o culturales. Vista en conjunto se presenta como un espacio en el que se han exhibido trabajos buenos, excelentes o menos buenos, pero todos sujetos y abiertos al escrutinio o bien provistos para colaborar con un señalamiento valioso o de interés sobre algún tema o investigación. Además de hacer lo propio de la historia —incursionar en el pasado— cumple con la condición de la historiografía moderna: la necesidad de responder a las demandas y exigencias impuestas por el mismo presente de la actividad científica. Los expedientes se completan con una sección de ensayos diversos que o bien pueden significar el apunte de algún futuro tema, o bien pueden acompañar líneas previamente trazadas.

Hasta el momento se han publicado los siguientes

	Expedientes
I	Michel de Certeau: Historia y alteridad
II	Historia y literatura. Disidencias políticas
III	Disidencias políticas
IV	Historia e imagen
V	Haciendas y hacendados
VI	México. De los siglos XVIII-XIX. Rupturas y continuidades
VII	Los jesuitas: la prueba del tiempo
VIII	Marginados, integrados y condenados
IX	De la corporeidad en la historia
X	Las culturas de la historia
XI	Propietarios y empresarios regionales ante la configuración del Estado-nación. Argentina y México (1850-1920)
XII	Historia y subalternidad
XIII	Proyectos modernizadores y resistencia en los siglos XVIII-XX
XIV	Conformación de la cultura católica. Siglos XIX-XX
XV	Teoría e historia. Historia y teoría

Cada uno de los expedientes ha contado con un responsable. En principio han tendido a quedar en manos de algún miembro del Departamento de Historia de la UIA, sin embargo, en algunos casos se ha ofrecido su espacio a la colaboración externa, en particular, a alguno de los miembros del Comité Editorial.[15]

Los títulos de los expedientes reflejan el contenido de lo que ha sido la publicación. Con base en ello se puede decir que nueve de los expedientes han estado dedicados a la historia cultural (o acercamiento más antropológico a la historia), uno a la historia política, cuatro a la historia socioeconómica y uno a las relaciones entre teoría e historia. En conjunto constituyen un arsenal de ideas y aproximaciones metodológicas a nuevos cuestionamientos y puntos de interés. Da cuenta de un movimiento al interior de la institución, pero también del medio historiográfico en general.

No obstante, creo que esta primera descripción se puede profundizar y mirar con más detenimiento. De acuerdo con la concepción de la publicación he dividido las colaboraciones más puntualmente en cinco rubros o formas cómo se ha realizado el acercamiento a la historia:[16] *A.* Teoría de la historia; *B.* Historiografía; *C.* Historia cultural; *D.* Otras historias (política, social, económica, diplomática y de la cultura), y *E.* Varios (testimoniales y memorabilia...)

Es evidente la dificultad para clasificar las diversas colaboraciones en casillas demasiado rígidas; o establecer esa clase de secuencia en el ordenamiento. En principio, todos sabemos que la historia tiene muchas caras y que el orden y la selección tienen siempre un toque "personal". En

[15] Cuatro expedientes fueron coordinados por Alfonso Mendiola, tres por Guillermo Zermeño (uno de éstos con John Kraniauskas), dos por Valentina Torres Septién (uno con Leonor Correa), y los demás por Ilán Semo, Ricardo Rendón, Perla Chinchilla, Laura Pérez/Jean Dale Lloyd, Brígida von Mentz y Mario Cerutti.

[16] Para este ejercicio he dejado fuera la sección de reseñas que requeriría un tratamiento especial así como las colaboraciones situadas en "varios". He incorporado los debates o las entrevistas en los items en los que creo les correspondería su lugar.

este caso el orden del listado pretende ajustarse al espíritu que rodea a *Historia y Grafía* según lo que se ha tratado de explicar en los puntos anteriores. Así, en los extremos de la tabla propuesta aparecen las posturas que, en nuestro medio, generalmente tienden a verse como irreconciliables o contienen un alto grado de complejidad en la práctica del historiador. En uno de sus lados está la teoría y, en el otro, el reconocido como el campo propio de la investigación histórica. En la parte de en medio aparecen la historiografía y la historia cultural pensando en que esta preocupación que distingue a *Historia y Grafía*, puede verse como una especie de puente o lugar de encuentro de los extremos en que se suele mover la historiografía académica. De hecho, la publicación se planteó como un espacio abierto y plural, un espacio, como puede ser la traza urbana de una ciudad, en el que el espectador pueda distinguir diversos tipos de edificaciones y que, eventualmente, pueda contrastar algunas formas de aproximación al pasado. Quizá esta actitud inicial, acorde con las condiciones desde donde emerge, puede prestarse a dar la impresión de una cierta indefinición en el proyecto.[17] En parte hay algo de razón en ello y fue el motivo de haber trazado algunas líneas respecto al triple contexto en el que surge. En otro sentido, simplemente se partía de lo dado: la revista significaba también entrar en un viaje de elucidación relacionado con la ruta más adecuada hacia la historia a partir de las condiciones, problemas y cuestiones vigentes en los medios nacional e internacional.

Es evidente también que cada uno de los rubros se relaciona más con alguna disciplina que con otra: que la teoría de la historia se emparenta más con la filosofía que con la economía, o que la historiografía naturalmente tiende hacia los estudios literarios y que la historia cultural se encuentra en casa con cierto tipo de sociología y antropología. Sin embargo, lo mismo se puede decir de las "otras historias" que buscan naturalmente su complemento en la ciencia política o en la economía, en la teoría sociológica

[17] YOUNG, 1999, pp. 214-215.

o en las artes y la estética. Sólo para reiterar lo que ya se sabe: la frontera que existe entre la historia y las disciplinas sociales y humanas es tan tenue que hace muy difícil proponer una clasificación demasiado rígida. Sin embargo, si bien la teoría se identifica con la filosofía, no hay que olvidar que en una y en otra rigen distintos códigos comunicativos que llevan a resultados diversos cuando se trata de hacer historia.

Al revisar las páginas de la publicación y sopesar cada una de las colaboraciones de acuerdo con la tabla propuesta se ve, por tanto, la necesidad de hacerlo con gran cuidado. Puede haber aportaciones que perteneciendo genéricamente a la "historia cultural", por la forma de usar la documentación podrían estar más bien próximos a formas de la historia económica o social clásicas. O a la inversa: trabajos de historiografía o de historia política o económica aproximarse más a los problemas y cuestiones de la historia cultural. De modo que, aun cuando se han tenido que ubicar en alguna de las casillas, se pueden detectar en los artículos indicaciones que invitarían a situarlos en la parte superior o inferior de la tabla. Así se tiene, que artículos que para el sentido común son "demasiado teóricos" o de "historiografía" podrían verse en sentido estricto como trabajos de historia cultural; pero también puede darse el caso contrario, de artículos de historiografía que se orientan en el sentido de servir de soporte a los trabajos canónicos de las "Otras historias".

La teoría de la historia y la historiografía se entrecruzan especialmente cuando es realizada por historiadores que reflexionan sobre la práctica de la escritura de la historia. Por otro lado, existe el campo de la epistemología o teoría del conocimiento histórico como una particularidad de la teoría de la historia que requiere de la competencia de especialistas vinculados con la filosofía de la ciencia y del saber en general, o de especialistas preocupados con la lingüística o la filosofía en general, pero que unen su interés al de los historiadores como es el caso claro de Paul Ricoeur.[18]

[18] Al respecto es muy sugerente, aunque abierta a la discusión, la pro-

Algo similar podría decirse de las relaciones entre los trabajos de historiografía y los de historia cultural. Especialmente cuando los historiadores se preguntan no sólo por aquello de lo que nos informan los textos, sino también por el modo como lo dicen. El paso decisivo para decirlo brevemente con palabras de François Hartog está dado por el desplazamiento "de la lingüística de la lengua a la de la enunciación".[19] Este pequeño paso de orden cualitativo marca una de las diferencias fundamentales que puede haber entre la tradicional historia de la cultura y la historia social atravesada por el orden comunicativo o cultural. Antes y después de Saussure, que en la lingüística señala el paso del estudio de la lengua al habla. Se trata del punto nodal que permite abrirse a la comprensión de las sociedades parlantes y/o letradas creadoras de "practicantes" a través de los signos de la cultura. En ese sentido el acercamiento de la pragmática lingüística parece proporcionar, por el momento, la vía metodológica más apropiada para quienes pretenden historizar lo que sucede dentro de la historia o acontecer humano. En esa medida es inevitable que los historiadores se entrecrucen con autores dedicados a los estudios literarios o de carácter antropológico y etnográfico, como en el caso ejemplar de Eric Van Young.[20] Una mirada historiadora indica al mismo tiempo una delimitación necesaria y las debidas precauciones cuando se entra en la discusión acerca de las relaciones que hay entre historia y literatura. En las páginas del número 2 de la revista se puede observar que no todo análisis de textos corresponde propiamente a un in-

---

puesta de Carlos MENDIOLA, 1998, quien desde la "filosofía" aporta sus conocimientos para el esclarecimiento del estatuto de la historiografía en *Historia y Grafía*, 6, 1995, pp. 171-182.

[19] MENDIOLA, 1998, pp. 154-155. También puede revisarse el ensayo de MENDIOLA y ZERMEÑO, 1998, pp.165-206.

[20] YOUNG, 1995, pp. 165-193. Es alentador encontrar historiadores como Van Young, quien se confiesa como un positivista lleno de dudas, y que no obstante su prestigio bien ganado, arriesga sus seguridades intelectuales para enfrentar los nuevos retos que tiene actualmente, establecer la verdad del pasado.

terés historiográfico.[21] Lo mismo se puede decir cuando se trata en algunos casos de hacer historia de la filosofía o del pensamiento, o de las mentalidades.

Asimismo, se dibuja otra distinción dentro de la historia cultural —que ha dado lugar a diversos debates— entre el acercamiento tradicional a la historia de la cultura o historia de las ideas y la propuesta de una nueva historia cultural. Algunos de los ensayos de historia cultural podrían situarse más bien en lo que se conoce como historia de las ideologías. No basta recoger lo que se ha dicho por medio de algún órgano de prensa o informativo en general. Se ve la conveniencia de hacerse preguntas relacionadas con el lector, el público o el espectador, para intentar acercarse a la historia de la sociedad mediante la identificación de los circuitos comunicativos. Éste es sólo un señalamiento acerca de la necesidad de debatir sobre algunos problemas metodológicos que se han abierto recientemente en la historiografía contemporánea con el único fin de esclarecer el lugar social que le corresponde actualmente.

Un fenómeno similar podría presentarse si se procede a la inversa, es decir, desde la "base" de la tabla hacia arriba. Algunos de los trabajos agrupados bajo el rubro de "Otras historias" podrían asimilarse a los planteamientos de la historia cultural o de la historiografía. La distinción básica se presenta a partir de una historia política acostumbrada a relatar los hechos e ideas de algún individuo o de alguna colectividad, de procesos o eventos fundamentalmente de orden jurídico-institucional. A esta perspectiva se contrapondría otra clase de historia política que contempla la misma producción social de las ideas políticas recibidas por el investigador y que son sólo el punto de partida para acercarse con menor ingenuidad a los llamados "datos duros" de la historia. La distinción entre dato recibido y dato producido abre la puerta también a un debate que dentro de la tradición historiográfica generalmente no ha sido recogido del todo. Al enfoque más "culturalista" de la historia

[21] Esta tensión o disparidad se puede observar en las páginas dedicadas a las relaciones entre historia y literatura. *Historia y Grafía*, 2, 1994.

política, se le objeta que se trata más de historiografía; que se hace a partir de "fuentes secundarias" y no como se acostumbra en la investigación histórica. Precisamente, uno de los puntos centrales del debate contemporáneo es acerca del estatuto o carácter de las fuentes de la historia. Se podría ver como una de las condiciones para intentar escribir de otra manera la historia política o de trazar las relaciones que existen entre la historia y la política.[22]

Las semblanzas de historiadores presentadas en esta primera serie de *Historia y Grafía* podrían ser parte de la historia cultural en la medida en que se conectan con la historia de los intelectuales —esos especialistas modernos dedicados a la producción de "ideas". No obstante, podrían también confundirse con la tradicional historia de la historiografía. Lo que podría separar a unas de otras es entre otras cosas, la idea de progresión y discontinuidad. De acuerdo con Paul Veyne, es ese punto lo que separaría la obra de Foucault de la de otros historiadores.[23]

La propuesta de ubicar a la sección de en medio de la tabla —la historiografía vinculada con la historia cultural— como una especie de lugar de mediación entre la "teoría" y la "investigación empírica" presupone el objetivo central de restaurar y facilitar el diálogo intradisciplinario. También es una invitación a disponer de una noción de cultura más compleja, que no se reduce a la observación de lo curioso o folklórico.[24] Este aspecto es el que puede generar la impresión de que esta famosa "historia cultural" no es tan nueva como se pretende, o que sus formas se asemejan a la vieja historia erudita o anticuaria. Sin

[22] Éstas son algunas sugerencias presentes en el artículo de SEMO, 1994, pp. 77-95.

[23] "Nadie pone en duda que ese filósofo es uno de los mayores historiadores de nuestra época, pero también podría ser el autor de la revolución científica que perseguían los historiadores. Positivistas, nominalistas, pluralistas y enemigos de las palabras acabadas en 'ismo', lo somos todos: él es el primero que lo es del todo. *Es el primer historiador totalmente positivista*". Citado por MARTIARENA, 1993, p. 129. (El énfasis es mío.)

[24] Al respecto véase el artículo del sociólogo alemán, LUHMANN, 1997, pp. 11-33.

duda la historia de la cultura puede asociarse a la historia de los hechos sociales y políticos en la medida en que el pasado es concebido como un espacio vacío que va siendo cubierto por los hallazgos del investigador. Más bien, alrededor de la historia cultural tiene lugar la confrontación de una historia-verdad que se le ofrece al historiador no de manera inmediata, sino fundamentalmente como producción social. De ahí la importancia de la "teoría" para la historia cultural.

Si el conocimiento histórico se fundamenta en la idea del vacío o laguna siempre por llenar, el pasado se presenta como un espacio abierto, entregado al historiador-colonizador; un espacio al que se le atribuye de antemano una realidad preestablecida. Por el contrario, la historia cultural concibe al pasado como una entidad que el presente va moviendo siempre consigo mismo, a la vez que lo va constituyendo. Por esta razón el pasado será siempre inabarcable e inobservable en términos espaciales. De un modo u otro siempre aparecerán vacíos cognoscitivos, conforme el presente se mueve. Salir a buscar las evidencias para cubrir nuestras lagunas es desconocer que en la historia no hay tales vacíos, sino sólo un *continuum* de historias vividas y de historias posibles. Aquí se abre, me parece, uno de los puntos más sensibles de la discusión contemporánea: si entender a la historia como un discurso del pasado o un discurso sobre el pasado.

Tampoco son los temas los que definen a la historia cultural, sino el modo de situarse y de tratar a las fuentes. Según sea el tratamiento al que se las someta, se podrá producir una historia historizante o una historia sin historia. Es una cuestión que el historiador mexicano Edmundo O'Gorman ya planteaba con toda agudeza durante la década de los años cuarenta.[25] Como historiadores no se puede negar que el campo de la teoría de la historia (epistemología) no es el propio de la Historia —la sociedad industrial produjo también una división social dentro del trabajo intelectual. Sin embargo, eso no significa que de

[25] O'Gorman, 1945, pp. 167-187.

manera similar al de otros campos de la ciencia, sea aconsejable desatender los debates sobre la verdad de la historia, ya que buena parte de su legitimidad y credibilidad se juegan en ese punto. Es en ese sentido que el espacio de la historia cultural puede colaborar a resolver algunos de los dilemas y de las paradojas actuales de la historiografía.

De acuerdo con las anotaciones y salvedades anteriores, una revisión de la publicación nos lleva a los siguientes resultados. Se trata, como se indicó, de una lectura que intenta su clasificación sin alterar demasiado el sentido que le dio origen.

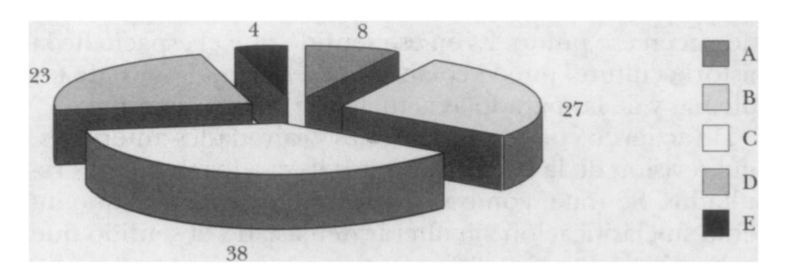
Clasificación por géneros historiográficos

A. Teoría de la Historia; *B*. Historiografía; *C*. Historia cultural; *D*. Otras historias (política, económica, social y de la cultura…), y *E*. Varios (obituarios y memoria del cine…)

	I	*II*	*III*	*IV*	*V*	*VI*	*VII*	*VIII*	*IX*	*X*	*XI*	*XII*	*XIII*	*XIV*	*XV*	*Total*	*Porcentaje*
A	2	2	1	1		1		1					1		2	11	7.86
B	1	5	4	4	1	1	5	1	1	3	2	5	1		4	38	27.14
C	4		1	8	2	2	5	3	8	4	1	3	3	6	3	53	37.86
D	1	2	5	1	7	4		3			3		4	2		32	22.86
E		1			1			2				2				6	4.29
	8	10	11	14	11	8	10	10	9	7	6	10	9	8	9	140	100.00

Como se indica en la gráfica 1, un porcentaje menor estuvo dedicado propiamente a trabajos de teoría de la historia (8%). La mayor parte se concentró en artículos relacionados con la historia cultural (38%), cifra que se incrementa si se asume que muchos trabajos ubicados bajo el rubro de historiografía (27%), están emparentados con el enfoque de la historia cultural. En ese caso se corroboraría que la particularidad de *Historia y Grafía* se encuentra en el campo de la historia cultural (65%). Es verdad que sus páginas han recogido también "otras historias" (23%), pero éstas han sido siempre en menor proporción.

Gráfica 1
DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL POR GÉNEROS HISTORIOGRÁFICOS

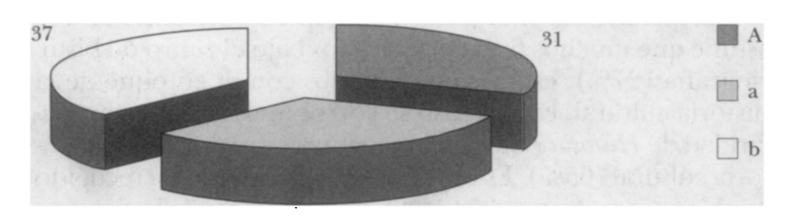


Colaboraciones según procedencia institucional del investigador

A. Internas (Universidad Iberoamericana) y *B*. Externas: *a)* nacionales y *b)* extranjeras.

	I	*II*	*III*	*IV*	*V*	*VI*	*VII*	*VIII*	*IX*	*X*	*XI*	*XII*	*XIII*	*XIV*	*XV*	*Total*	*Porcentaje*
A	1	4	3	2	3	2	3	3	5	2	1	3	5	1	5	43	30.71
B																	
a	3	2	5	5	5	2	3	4	2	1	2	1	1	6	3	45	32.14
b	4	4	3	7	3	4	4	3	2	4	3	6	3	1	1	52	37.14
	8	10	11	14	11	8	10	10	9	7	6	10	9	8	9	140	100.00

Gráfica 2
COLABORACIONES SEGÚN PROCEDENCIA INSTITUCIONAL DEL INVESTIGADOR



En este caso se observa casi un equilibrio entre las participaciones internas y las externas, nacionales y extranjeras. Aunque se destaca el mayor número de colaboraciones provenientes de instituciones extranjeras (37%), y una creciente aportación de los investigadores locales o de la Universidad Iberoamericana (31%). Se advierte cierto equilibrio en cuanto a las interrelaciones de los tres grados de participación institucional propuestos.

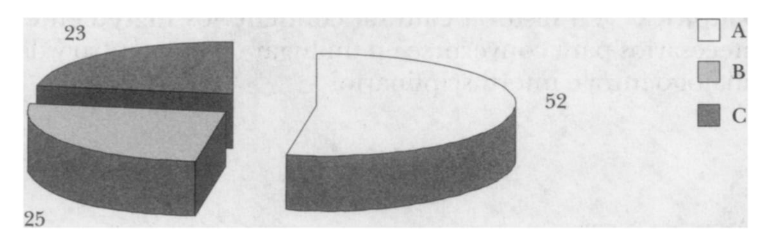
Traducciones. A. Inglés, B. Francés y C. Otros (portugués, italiano, holandés y alemán...)

	I	*II*	*III*	*IV*	*V*	*VI*	*VII*	*VIII*	*IX*	*X*	*XI*	*XII*	*XIII*	*XIV*	*XV*	*Total*	*Porcentaje*
A		2	2	3	1	2		1		2	1	6	1			21	52.50
B	2		1	3			2		1				1			10	25.00
C			1				1	2	1	1	1			1	1	9	22.50
	2	2	4	6	1	2	3	3	2	3	2	6	2	1	1	40	100.00

Del total de las colaboraciones 28.5% se ha debido a trabajos de traducción. De éstos sobresale, como se indica en la gráfica 3, las de habla inglesa (52%), le siguen las francesas (25 por ciento).

Gráfica 3

DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE TRADUCCIONES SEGÚN EL IDIOMA



ALGUNAS CONCLUSIONES

La revisión y el inventario de los primeros siete años de vida de *Historia y Grafía* dejan ver la vitalidad actual de la historio-

grafía mexicana. Ésta se refleja en cada uno de los artículos y en la dificultad para ajustar a cada uno de ellos dentro de un esquema demasiado rígido. Hay una conciencia creciente acerca de la complejidad que significa hoy hacer historia, y de las tensiones que se originan por la gran cercanía que existe entre este oficio y las demás disciplinas humanísticas y sociales. Alrededor de la historia pueden circular las diferentes ramas del conocimiento humano y sociológico y las distintas épocas y áreas geográficas. Los artículos de *Historia Mexicana* comparten sus páginas con otros consagrados a problemas internacionales o interculturales y con otros dedicados a temas de otras áreas geográficas. Además, se ha incorporado la mirada sobre sí misma: aquello que la constituye como su objeto y el terreno sobre el que realiza su obra.

La aparición y desarrollo de *Historia y Grafía* se puede leer como el síntoma de una institución, pero también de una época. Toda publicación nos habla del tiempo en que se produjo, a la vez que es una invitación a fabricar algo distinto, o a imaginar posibilidades no previstas del todo en el presente. Toda tarea historiográfica se pregunta en el fondo por la relación que guarda con los apremios del presente.

Por otro lado, queda abierta una de las cuestiones centrales que se ha tratado de mostrar en este ensayo. ¿Es la historia cultural un dispositivo adecuado para volver a reunir los extremos que hay entre la teoría y la investigación empírica? ¿La historia cultural contiene los ingredientes necesarios para convertirse en un lugar de encuentro y de diálogo intra e interdisciplinario?

REFERENCIAS

ALCÁNTARA, Susana

1986 *Reseña del Departamento de Historia.* México: Universidad Iberoamericana.

APPLEBY, Joyce, Lynn HUNT y Margaret JACOB

1998 *La verdad de la historia.* Barcelona-Santiago: Andrés Bello.

BONELL, Victoria y Lynn HUNT (comps.)

1999 *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture.* Berkeley: University of California Press.

Catálogo

1994 *Catálogo de Publicaciones, 1973-1994.* México: Departamento de Historia, Universidad Iberoamericana.

CERTEAU, Michel de

1993 "Una epistemología en transición: Paul Veyne", en *Historia y Grafía*, 1, pp. 103-116.

1995 *La toma de la palabra y otros escritos políticos.* México: Universidad Iberoamericana.

DOSSE, François

1887 *L'Histoire en miette.* París: La Decouvert.

FLORESCANO, Enrique

1995 *El nuevo pasado mexicano.* México: Cal y Arena.

GALINDO CÁCERES, Jesús (coord.)

1998 *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación.* México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Addison Wesley Longman.

IGGERS, George G.

1997 *Historiography in the Twentieth Century. From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge.* Hanover/Londres: Wesleyan University Press.

KNIGHT, Alan

1998 "Latinoamérica: un balance historiográfico", en *Historia y Grafía*, 10, pp. 192-200.

LUHMANN, Niklas

1997 "La cultura como un concepto histórico", en *Historia y Grafía*, 8, pp. 11-33.

MARTIARENA, Óscar

1993 "Foucault y la historia", en *Historia y Grafía*, 3, p. 129.

MENDIOLA, Alfonso

1993 "Michel de Certeau: la búsqueda de la diferencia", en *Historia y Grafía*, 1, pp. 9-31.

1998 "François Hartog: el nacimiento del discurso histórico occidental", en *Historia y Grafía*, 11, pp. 154-155.

MENDIOLA, Alfonso y Guillermo ZERMEÑO

1995 "De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semántica", en *Historia y Grafía*, 4, pp. 245-261.

1998 "Hacia una metodología del discurso histórico", en GALINDO CÁCERES, pp. 165-206.

MENDIOLA y ZERMEÑO

1998 "Hacia una metodología del discurso histórico", en GALINDO CÁCERES, pp. 165-206.

NOIRIEL, Gerard

1996 *Sur la "crise" de l'histoire*. París: Belin.

NOVICK, Peter

1997 *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (traducción de Gertrudis Payás e Isabel Vericat). 2 vols.

O'GORMAN, Edmundo

1945 "Cinco años de historia en México", en *Filosofía y Letras*, x:2, pp. 167-187.

SEMO, Ilán

1994 "El cardenismo: gramática del sobreviviente", en *Historia y Grafía*, 3, pp. 77-95.

YOUNG, Eric Van

1995 "El Lázaro de Cuautla. Dobles subjetivos al leer textos sobre la acción popular colectiva", en *Historia y Grafía*, 5, pp. 165-193.

1999 "The New Cultural History Comes to Old Mexico", en *The Hispanic American Historical Review*, 79:2 (mayo), pp. 214-215.

PERSPECTIVAS HISTÓRICAS HISTORICAL PERSPECTIVES *PERSPECTIVES HISTORIQUES*

Carlos Castro Osuna,
María Fernanda García de los Arcos,
José Rivera Castro
y Erasmo Sáenz Carrete

El 18 de junio de 1996 se fundó el Centro de Estudios Históricos Internacionales (CEHI) cuyo propósito en sus estatutos se señalaba "promover la investigación histórica y difundir sus resultados" así como "propiciar la discusión teórica, metodológica y de investigaciones históricas con miras a profundizar sus alcances y enfoques". Ya desde entonces, el CEHI planteaba como objetivo editar una revista que se perfilara en esa dirección. Y fue así que el 15 de enero de 1998 nació la revista. *Perspectivas históricas* Historical perspectives *Perspectives historiques.*

En su primer número esta publicación señala que es una revista que busca analizar, debatir y reflexionar sobre el devenir histórico visto en sus distintas perspectivas. Pretende crear un foro permanente de análisis que enriquezca la discusión histórica bajo sus distintas modalidades. Para ese propósito ha conformado un consejo editorial internacional que congrega los más distintos enfoques y prácticas históricas.

El Centro de Estudios Históricos Internacionales, entidad que respalda esta iniciativa, propone por medio de *Perspectivas históricas* un espacio de interrelación, abierto y plural para impulsar la historia en las corrientes, teorías, metodologías e investigaciones puntuales que se desarro-

llan en varias regiones del mundo. En esa dimensión publica artículos de distintos autores que corresponden, al mismo tiempo, a tradiciones históricas diferentes, las que por medio de este espacio enriquecen la discusión histórica. Enfoques de historia económica, social, de poblaciones, de migraciones, del medio ambiente y tecnologías son algunos ejemplos de las distintas partes que conforman desde ahora esta revista. El estudio de los autores que han marcado senderos y planteamientos en el discurso histórico es una preocupación que está presente en las páginas de *Perspectivas históricas.*

Esta publicación busca también incidir en el futuro inmediato al retomar preocupaciones actuales, ubicándolas en su desarrollo en el tiempo y suscitar análisis en su aspecto proyectivo. Nuestra revista presenta reflexiones temáticas, marcando los distintos puntos de vista y enfoques de los autores que ahí participan.

Perspectivas históricas explora nuevas tendencias en los estudios históricos y publica en español, francés e inglés, investigaciones, discusiones, aspectos metodológicos y teóricos del quehacer histórico según las referencias principales que se dan en el mundo sobre esta disciplina. Una parte está consagrada al análisis de libros, artículos que marcan la actividad histórica, las discusiones teóricas o temáticas, etcétera.

Desde luego, el ámbito histórico es el dominante de esta publicación, pero no el único. La praxis y discusión históricas suponen y conllevan a un diálogo con las ciencias sociales y filosóficas. Nuestra revista ha abierto espacios para estos planteamientos y avenidas para enriquecer los debates fronterizos que suscita la historia en el quehacer de otras disciplinas.

La historia regional, de derechos humanos, de mentalidades, de las iglesias, de movimientos sociales, la ideología, la política, el poder y la sociedad vistos en su dimensión histórica tienen en esta revista un espacio de propuestas, discusiones y aportes que se dan según el análisis espacial o temporal y la interrelación de los actores principales.

Así, la revista ha llegado a su sexto número y puede decirse que también empieza su etapa de consolidación. No

obstante su corta existencia, ha abierto brechas en la discusión histórica y en los temas del quehacer histórico.

Perspectivas históricas tiene parte de su propia historia reflejada en la evolución de su consejo editorial. A los nueve investigadores que figuran en el primer número, se les sumaron cuatro en el segundo, dos más en el tercero y finalmente, el dieciséis en el número doble cinco-seis, que son: Louis Bergeron, Jean-Pierre Berthe, Thomas Calvo, Barry Carr, Enrique Dussel, John M. Hart, Friedrich Katz, Alan Knight, Bernard Lepetit,† Luis Ortiz Monasterio, Pedro Pérez Herrero, Francisco Piñón, Manuel Ramos Medina, Ruggiero Romano, Justina Saravia Viejo y Ramón Villares. Grupo que reúne a investigadores representativos de "enfoques y prácticas históricas de varias partes del mundo" como lo exponemos en la presentación de nuestra revista.

Los números inician con la exposición de ideas básicas que integran el marco de referencia que nos hemos dado en *Perspectivas históricas.* Al señalar que nos proponemos crear "un espacio de interrelación, abierto y plural para impulsar la historia en sus corrientes, teorías, metodologías e investigaciones puntuales que se desarrollan" en el ámbito internacional, con clara vocación por los estudios "que han marcado senderos y planteamientos en el discurso histórico" nos pronunciamos por la primacía del ámbito histórico, sin olvidar que "la praxis y la discusión históricas suponen y conllevan a un diálogo con las ciencias sociales y filosóficas".

El consejo editorial, la redacción y la dirección de esta publicación, están plenamente identificados con las ideas-fuerza que previamente apuntamos. En otras palabras, la sensibilidad para tiempos, espacios, problemas y enfoques múltiples está sustentada en la determinación, experiencia y formación de quienes la hacen posible.

El tiempo y el espacio disponibles nos impiden comentar los trabajos principales del total de los miembros del consejo editorial. Su sola enumeración excede las posibilidades de estos apuntes. Por lo tanto, haremos sólo algunas menciones rápidas de las últimas publicaciones de cinco de ellos.

Del profesor Jean-Pierre Berthe, la Universidad de Guadalajara y el Centre d'Études Mexicaines et Centraméricaines, reunieron en un volumen editado en 1994, 16 artículos que ya habían aparecido, nos informa J.-P. Berthe en la presentación "en forma separada, entre 1956-1992. La mayoría fueron publicados en francés, en revistas no siempre fáciles de encontrar e incluso en volúmenes colectivos hoy agotados".

María Fernanda García de los Arcos, subraya, al reseñar el libro que nos ocupa, "un rasgo implícito en buena parte de los artículos: la defensa del método", y más adelante, "un elemento que da unidad a este volumen de trabajos diversos es el estudio y presentación de fuentes primarias" (*Perspectivas históricas*, 2, ene.-jun. 1998).

En el conjunto encontramos ejemplos de particular aceptación en la historiografía novohispana, como los multicitados, "xochimancas. Los trabajos y los días en una hacienda azucarera de la Nueva España" y, "La peste de Michoacán en 1643: replanteamiento de una tradición y otras observaciones críticas".

Profesor en la École Pratique des Hautes Études, después École des Hautes Études en Sciences Sociales, logró formar en el trabajo de archivos y rigor en el análisis, a varios alumnos que tuvieron la fortuna de asistir a su seminario, en el 28 rue Saint-Guillaume.

Barry Carr, es autor de una de las obras más acreditadas sobre el movimiento obrero mexicano de las primeras décadas del siglo XX, *El movimiento obrero y la política en México.* (SepSetentas, 1976, 2 vols.) Años después, en 1992, apareció *Marxism and Comunism in Twentieth-Century Mexico*, publicado por la Universidad de Nebraska, que conoceríamos en español con el título, *La izquierda mexicana a través del siglo XX* (Era, 1996). En el primer párrafo de la introducción, nuestro autor escribe, "la idea de un libro sobre la historia del marxismo y el comunismo en México, surgió mientras investigaba el desarrollo del movimiento obrero en las dos primeras décadas de la Revolución Mexicana", palabras que hacen patente la relación estrecha entre las dos investigaciones. Un mérito mayor de su análisis descansa en el trato dado a los "disidentes", es decir, a los expulsados por las sucesivas di-

recciones del Partido Comunista Mexicano (PCM), entre ellos destacan los fundadores del Partido Obrero-Campesino Mexicano (POCM), Valentín Campa, Miguel Ángel Velasco y Carlos Sánchez Cárdenas.

El documentado estudio de Carr, nos conduce desde los orígenes del PCM, en 1919 a las elecciones federales de julio de 1988. Este amplio recorrido, en lo que tiene de significativo, se pone de relieve en la notable reseña de Javier Mac Gregor. *Perspectivas históricas,* 2 (ene.-jun. 1998).

Enrique Dussel, sobresaliente teórico de la teología de la liberación, nos ofrece una reflexión de madurez en *Ética de la liberación en la edad de la globalización y de la exclusión* (Trota, UAM, UNAM, Madrid, 1998). Obra sólida, con vasto sustento histórico y rica bibliografía filosófica que le sirve de basamento para construir un discurso nuevo, donde su visión del mundo al enfrentarse a la historia mundial desde la periferia, logra una propuesta que cuestiona el helenismo y el eurocentrismo, original y estimulante.

Su conocimiento puntual de Fernand Braudel, de la filosofía alemana, nos dice Erasmo Sáenz en la reseña correspondiente, "Este hecho y el diálogo constante que ha mantenido con varios de los exponentes de la Escuela de Frankfurt, sobre todo, los últimos, Habermas y Appel, le han dado nuevos elementos y ha logrado integrar algunos de sus planteamientos en el debate que instaura" sobre comentarios del texto de Dussel, nos recuerda que ya anteriormente había escrito cinco tomos titulados, *Para una ética de la liberación latinoamericana, redactadas entre 1970 y 1975,* y que la *Ética de la liberación* que se comenta, retoma elementos contenidos en los cinco volúmenes previos. *Perspectivas históricas,* 3 (jul.-dic. 1998).

Friedrich Katz, ha reconstruido una de las facetas más significativas del proceso revolucionario mexicano de 1910. Los dos volúmenes, cuyo título original, *The Life and Times of Pancho Villa,* se publicaron por Era, en 1998, como *Pancho Villa.* Su análisis respeta celosamente la personalidad del forjador de la División del Norte y principal artífice de la derrota del ejército porfirista-huertista. Basado en un conocimiento desusado del proceso revolucionario norte-

ño. Katz nos ofrece el estudio más completo y sugerente de que disponemos sobre el villismo.

José Rivera Castro, en una reseña laboriosa y certera, nos alerta sobre la importancia de estos dos tomos, donde el autor aborda cada uno de los temas fundamentales del villismo aportando datos nuevos o poco conocidos y análisis renovados, "por ejemplo, elabora una nueva visión sobre las condiciones que originaron la revolución en Chihuahua, penetra en los antecedentes de sus principales líderes y de los movimientos locales". *Perspectivas históricas* 3 (jul.-dic. 1998).

Profesor de historia latinoamericana en la Universidad de Chicago, austriaco con estudios en Francia, México, Estados Unidos y Alemania, llegó con sus padres a México en 1940, a los 13 años, donde permanecerían mientras duró la segunda guerra mundial. Su interés por este país data de esos años, su primer producto fue su tesis de doctorado, presentada en 1954. La seguirían libros tan importantes como la *Situación social y económica de los aztecas durante los siglos XV y XVI* (México, UNAM, 1967); *Vorkolumbischen Kulturen,* Berlín, Kindler Verlag, 1969 (sin edición en español). En 1981 apareció en inglés la primera edición de *La guerra secreta en México: Europa, Estados Unidos y la Revolución Mexicana,* publicada en español por Era, en 1982. En la década pasada, llegaría finalmente, el esperado *Pancho Villa.*

En noviembre de 1998, cinco instituciones mexicanas, El Colegio de Michoacán, Condumex, El Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, la Universidad Autónoma del Estado de México y la Universidad Autónoma Metropolitana, organizaron un homenaje a Ruggiero Romano. Con este motivo se publicaron, *Antología de un historiador* (México, Instituto-Mora-UAM, 1998) y, *Construir la historia* (Toluca, Chimal Editores, 1998). Esta última publicación reúne una carta de agradecimiento a Alejandro Tortolero, una "Semblanza" del profesor homenajeado, una reflexión en catorce páginas que Ruggiero Romano tituló, "por la historia y por una vuelta a las fuentes", y una "Guía bibliográfica de los escritos editados de Ruggiero Romano

(1947-1998), al cuidado de Alberto Filippi", todo en 59 páginas.

En Francia, trabajó y enseñó, leemos en la "Semblanza", durante 42 años (1947-1989), periodo en el que colaboró con Lucien Febre, Fernand Braudel y Ernest Labrousse. La influencia de sus maestros Fernando Braudel en primer lugar, se reflejó en los variados intereses que asumió como historiador, plasmados en su amplia bibliografía. Sólo de la última década podemos mencionar cuatro libros importantes: *Conjonctures opposées: La crise du XVII siécle en Europe et en Amérique Ibérique*, Genéve, Droz, 1990 (traducción española, FCE, 1998); *Braudel e noi. Riflessioni sulla cultura storica del nostro tempo.* Roma, Donizelli, 1995 (traducción española, FCE, 1998); *Europa e altri saggidi Storia*, Roma, Donizelli, 1996; *Monedas, seudomonedas, circulación monetaria en las economías de Nueva España*, México, FCE, 1998.

Para terminar estas líneas, creemos que nada mejor que las palabras de Ruggiero Romano: "*Los historiadores no tienen más que limitarse, y esto ya me parece una tarea inmensa, a explicar el pasado*". (*Construir la historia*, p. 24.)

Pertinencia

Perspectivas históricas, que nació como una revista de investigadores para investigadores, ha manifestado desde el primer número su vocación por constituirse en un espacio adecuado y plural para la discusión de los problemas relativos al quehacer del historiador, en el que se confronten las diferentes modalidades, planteamientos y visiones de los que abordan el estudio del pasado con el ánimo de huir de enfoques simplistas, de generalizaciones desproporcionadas, de interpretaciones abusivas.

Nadie puede pretender hoy, después de más de 70 años de fecunda innovación de la disciplina en el ámbito mundial, que la historia es esa sucesión de batallitas y personajes descollantes, fechas y nombres, ese relato entre la tradición y la invención. *Perspectivas históricas* es heredera de los avances que la investigación histórica ha experimen-

tado a lo largo del siglo XX. Como tal pretende situarse en el campo de los métodos de indagación que hoy están consolidados y que permiten continuar la búsqueda y la experimentación en nuevas áreas, a través de cauces alternativos y mediante el empleo de fuentes cada vez más depuradas, contrastadas, oportunas y originales. Formas de estudiar la historia que al estar ampliamente reconocidas facilitan la realización del trabajo en una actitud de serena convivencia, lejos ya de aquella agresividad verbal que antaño caracterizara a algunos de los pioneros.

Nuestra revista respeta las muy distintas formas que adoptan los que pretenden transmitir sus conocimientos o visiones del pasado, pero la suya es una concepción que sitúa a la historia como una ciencia social y en fecunda interacción con las demás ciencias sociales. Como tal se interesa por la reflexión y la construcción teórica, la racionalización de los recursos metodológicos, el rechazo a los mecanismos y los caminos trillados. Por lo tanto, manifiesta una especial y abierta predilección por las últimas corrientes de la historiografía mundial. En consecuencia, ha dado cabida en sus páginas a investigaciones originales de muy distinta temática, de acuerdo con la comprobación de que no existen fronteras, ni límites rígidos entre las diversas facetas de la actividad colectiva en las sociedades presentes y pretéritas, y que incluso muchos aspectos de lo individual y lo privado guardan una estrecha relación con la esfera de lo público, de lo grupal. *Perspectivas históricas* considera que la historia total, global, integral, cualquiera que sea el adjetivo que se prefiera utilizar, ese sueño y aspiración legítima, como señalara Rioux, de los historiadores coetáneos, es una meta seguramente posible de alcanzar por medio del trabajo colectivo.

De ese modo *Perspectivas históricas* tiene entre sus finalidades la de ser una revista de ámbito mundial, tanto por los colegas que en ella colaboran, como por la relación que mantiene con centros de investigación de diversos países y zonas y, de manera evidente, por la temática y los espacios de referencia y de investigación que da a conocer. Pretende ser una revista abierta a estudios sobre cualquier región del glo-

bo, como prioridad. Su inclinación por la historia de México es grande, pero no es en ningún modo su interés exclusivo. Una aportación de *Perspectivas históricas* es justamente el enfoque internacional o mundial de los problemas históricos de México, como una forma de acercamiento, directo o indirecto, a mecanismos de comparación que hagan más lúcida la comprensión del caso mexicano.

Estudiosa del pasado y comprometida con el tiempo presente, *Perspectivas históricas* aspira a hacer honor a su título e incluye estudios y materiales relativos a la actualidad. De la misma manera su labor se inserta en las normas de la pluridisciplinariedad, en dos sentidos principalmente. Uno de ellos es el hecho de que incluye, en debida proporción, artículos de estudiosos de otras ciencias sociales e incluso de humanidades. El otro radica en la misma calidad plural y variada de los temas de historia que selecciona y que conllevan un diálogo ininterrumpido con otras ramas del saber, en ese principio de negación de la existencia de fronteras impermeables, de compartimentos estancos, en las esferas del conocimiento de las sociedades humanas.

En los números que ya han aparecido, *Perspectivas históricas* ha incluido artículos de muy variada temática, como lo es igualmente la gama de los libros elegidos para ser presentados y comentados en la sección "Los libros que hacen la historia". Entre las investigaciones publicadas se encuentran avances originales en las áreas de la historia fiscal, la nueva historia cultural y la renovada historia de las instituciones, cuestiones fronterizas, tecnología, estudios de población, migraciones, exilios, mentalidades, representaciones, derechos humanos, movimientos sociales y políticos, situación de la mujer, medio ambiente, piratería, violencia, corrupción, fenómenos urbanos, jerarquía eclesiástica, Inquisición, así como aportes en los campos de la metodología, de la historiografía, algunos estados de la cuestión y repertorios bibliográficos.

A partir del segundo número la revista se enriquece con la sección "Documenta" que tiene como objetivo la publicación de fuentes primarias sobre diferentes temas. La idea de documento que se concibe, de acuerdo con las

tendencias historiográficas más actuales, constituye un concepto amplio, que considera cualquier vestigio o testimonio como susceptible de ser convertido en fuente histórica una vez que el investigador se basa en él para obtener información que, criticada y procesada, aporte datos para la construcción de los hechos históricos.

De este modo se publican en "Documenta" fotografías, grabados, textos procedentes del pasado o elaborados por instituciones de nuestros días, etc., precedidos de una introducción en la que se explica el interés de la fuente, la elección del tema y la selección del material.

La guerra hispano-estadounidense de 1898, que suscitó tanta repercusión en los medios de comunicación internacionales de su época es presentada en el número 2 por medio de documentos gráficos que aparecieron en los suplementos semanales de órganos de la prensa francesa tan difundidos como *Le Petit Journal* y *Le Petit Parisien*, así como en la archiconocida *L'Illustration* y su hermana mexicana *El Mundo*.

Esta contienda, muy estudiada, fundamentalmente en relación con los diferentes países que en ella se implicaron en forma más directa y como tales experimentaron muy decisivas consecuencias (Puerto Rico, Filipinas, Cuba, España y Estados Unidos), ha sido objeto en los últimos años de un aumento de la atención académica, lo que ha resultado en análisis novedosos y publicación de fuentes menos conocidas como parte de las que ofrece *Perspectivas históricas*. Su evocación en el transcurso de 1998 ha hecho afianzar una vez más, si necesidad había, la importancia de un conflicto que contribuyó de manera significativa al cambio en la correlación de fuerzas en el mundo. La emergencia de una gran potencia (de futura hegemonía) militar y económica. A partir de entonces la suerte de Estados Unidos estaba echada y España veía el fin de su presencia colonial en América, en Asia y en el Pacífico.

En relación con las modalidades de la administración ultramarina española, se publicó en el número 3 el *Real Reglamento para las Milicias provinciales de Nueva Vizcaya*, promulgado en El Pardo el 10 de marzo de 1782. Impreso

en los talleres de don Pedro Martín, se reprodujo en edición facsimilar este documento cuyo original proviene de los fondos sevillanos del Archivo General de Indias.

Las disposiciones contenidas en este reglamento se inscriben obviamente en el marco más general de las llamadas reformas borbónicas que afectaron al conjunto del imperio español. Pero igualmente venían motivadas en lo específico por la dinámica propia que se vivía en las Provincias Internas. En efecto, la región era sacudida periódicamente por incursiones de distintos pueblos indígenas. De hecho, esta situación se presentaba desde el momento en que se dieron las sublevaciones de los tepehuanes y de los tarahumaras en el siglo XVII. Sin embargo, la modalidad a que se veían sometidas varias regiones del México actual fue la llegada constante de comanches y apaches. Los presidios fueron una de las medidas para hacer frente a esta situación, sin embargo, fue necesario reorganizar sistemáticamente las milicias con un mando unificado, personal calificado y medios para conseguirlo. De lo cual trata precisamente el reglamento. La organización estipulada por el rey disponía la creación de siete cuerpos y con ella se pudo hacer frente a la inseguridad al menos hasta 1810.

En la "Documenta" del número 4 se ofrece un texto de la máxima actualidad, en el que mediante una reconstrucción histórico-legal se establecen las razones por las cuales el proceso que se desarrolla contra el general Augusto Pinochet encuentra un sustento sólido en el Derecho Internacional de los Derechos Humanos. Este documento se fundamenta en toda la praxis de la actuación de Amnistía Internacional desde el momento en que se daba el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. Durante años, las denuncias y los análisis de este organismo internacional pasaban inadvertidos para una parte de la opinión pública tanto de Chile como del mundo, comenzando por los personeros de la junta militar que gobernaba aquel país. Sin embargo, las movilizaciones promovidas en todo el planeta por Amnistía Internacional, el apoyo decidido que este reputado organismo dio a miles de prisioneros políticos, torturados y refugiados, así como sus diversas

contribuciones a la documentación de los desaparecidos en Chile, fueron la materia prima de la denuncia que se comenzó en España, llevó a su detención en el Reino Unido y a su actual proceso en Chile.

El documento que *Perspectivas históricas* presenta es una síntesis de los horrores de la dictadura y de los argumentos que justifican la reclamación de que este proceso llegue a sus últimas consecuencias: un alto a la impunidad de los autores de violaciones a los derechos humanos y el fin de los santuarios de barbarie. El escrito, introducido por Javier Zúñiga, director regional para América de Amnistía Internacional, es el resultado de una prolija investigación, en la cual los métodos del historiador, el riguroso análisis de fuentes pertinentes y el establecimiento de los hechos en su complejidad social, se ponen al servicio de la reivindicación del principio de igualdad ante la ley para aquellos denunciados por crímenes contra los derechos humanos, sea cual sea la prominencia del puesto gubernamental ocupado en el pasado o en el presente.

El número doble 5-6, que recoge una serie de artículos sobre diversas migraciones, ofrece un documento múltiple acerca de la entidad que contribuyó a lo largo de su existencia al traslado de numerosos migrantes de diferentes tipos y categorías, tanto hacia América como para Asia, y al mismo tiempo nos da una visión de las innovaciones experimentadas por el transporte marítimo para los primeros años del siglo XX. Fundada en Alicante, en 1857, como una empresa naval que en principio tomó el nombre de López y Compañía, se transformó en 1881 en sociedad anónima y se llamó Compañía Trasatlántica. Seis años más tarde, en plena época de la navegación a vapor, sus buques servían de enlace a diferentes puertos españoles con muy diversos destinos en el mundo a través de líneas regulares.

En junio de 1908 la Compañía publicó el *Libro de información para pasajeros,* en Barcelona, del cual se han seleccionado distintos materiales que *Perspectivas históricas* reprodujo. En ese año la firma contaba con 22 buques que se presentaban como "vapores correos españoles". El transporte de la correspondencia pública, ganado en subasta desde 1861, era como

en décadas anteriores una actividad central, con el traslado de mercancías y pasajeros. Los astilleros, dique y factoría central permanecían en Cádiz donde se habían establecido. En 1863 el conjunto comprendía muelles de atraque, dársena o ante-dique, dique y grada de construcción.

El *Libro de información para pasajeros* proporciona información detallada sobre itinerarios, fechas y lugares de salida y retorno de los buques, tiempos de las escalas, "condiciones generales" de los clientes, precios, instalaciones, con excelentes fotografías de camarotes, cuartos de baño, comedores, salones para fumadores, planos de navíos, así como información escrita y gráfica sobre lugares de recalada o de posible visita a partir de los puertos tocados.

Veamos a continuación cómo se ha concretado el desarrollo de esta revista.

Año 1, número 1, julio-diciembre de 1997. "Coordinación fiscal y fortalecimiento municipal", de Carlos Castro Osuna; "La construcción de los galeones transpacíficos: una Historia Social", de María Fernanda García de los Arcos; "Fernand Braudel et la Révolution industrielle", par Gérard Jorland; "Chiapas y los refugiados guatemaltecos en la década de los ochenta", de Edith Françoise Kauffer M.; "El campesinado y la crisis económica de 1929: el impacto regional", de José Rivera Castro; "Los refugiados en América Latina: 1960-1997", de Erasmo Sáenz Carrete; "Problemas de investigación en Historia regional: ferrocarriles y mercado durante el Porfiriato", de Alejandro Tortolero Villaseñor. En "Los librosque hacen la historia": *Los criollos novohispanos en Asia (1756-1808).*

En el número 2 correspondiente a enero-junio de 1998 los trabajos publicados fueron "La historia agraria de España contemporánea: interpretaciones y tendencias", de Ramón Villares; "La corrupción: la línea imaginaria entre lo privado y lo público", de Enrique Semo; "Le dossier Masson: Quelle place dans l'histoire mexicaine", de René Masson; Journaliste français à Mexico de 1849 à 1874", de Françoise Dasques; "Don Fulgencio Araujo y la Inquisición en tiempos de las Luces", de Marcela Suárez; "Iglesia-Estado: génesis de sus visiones del poder", de Francisco Piñón

G. A partir de este número se acordó incorporar una sección de documentos inéditos o de gran trascendencia. En este número se incluyó en "Documenta" una selección de "La guerra hispano-americana vista por *El Mundo, L'Illustration, Le Petit Journal* y *Le Petit Parisien*". Por último, como en todos los números, la sección "Los libros que hacen la historia".

Llegamos al año 2, número 3, julio-diciembre de 1998. Este número contó con los trabajos e investigaciones siguientes "El destierro de la cúpula eclesiástica durante la Revolución", de Mario Ramírez Rancaño; "Múltiples miradas sobre un tema: la historiografía del cardenismo", de Verónica Vázquez Mantecón; "Denuncias y maltratos en el Hospital Morelos", de Guadalupe Ríos de la Torre; "The City of Chihuahua in the 1820s: A Demographic Approach", por Eric L. Palladini Jr.; "'No están en ningún lugar'. Una historia de las desapariciones forzadas en México", de Elizabeth Maier; "Problemas de integración de refugiados y desplazados internos en América Latina", de Erasmo Sáenz Carrete. En "Documenta": "Real Reglamento para las Milicias Provinciales de Nueva España".

Año 2, número 4, enero-junio de 1999 "De la historia social a la historia cultural. Anotaciones metodológicas", de Pablo Serrano Álvarez; "Imaginación, compromiso crítico y actitud metodológica: los ejes de la investigación científica", de Alfredo de la Lama; "La piratería malayo-mahometana en Mindanao, Joló y norte de Borneo y su reflejo en la historiografía (siglos XVII-XX)", de Miguel Luque Talaván; "Geopolítica americana en los confines de Asia: el trasplante de un modelo institucional", de María Fernanda García de los Arcos; "La historia ambiental: una perspectiva centroamericana", de Albert Schram; "Martí en otro fin de siglo", de José María Martinelli. En "Documenta": "Chile, un deber irrenunciable: juzgar los crímenes contra la humanidad cometidos durante el régimen militar de Amnistía Internacional".

Números 5-6, julio-diciembre de 1999; enero-junio de 2000: "'Le manteau de l'urbanisation' sur l'Amérique hispanique", de Thomas Calvo; "De la mondialisation comme fabrication et comme fabrique des alterités", por Jean Piel;

"Emigración gallega y esclavitud en Cuba (1854). Un problema de Estado", de Ascensión Cambrón; "México, puente migratorio o destino final. Un estudio sobre la inmigración en la segunda mitad del siglo XX", de Mónica Palma Mora; "Los exiliados de la Revolución mexicana en los Estados Unidos", de Victoria Lerner Sigal; "El exilio alemán en México y la difusión del marxismo", de Jorge Fuentes Morúa. En "Documenta": "La Compañía trasatlántica".

En suma *Perspectivas históricas* ofrece este espacio con la convicción de contribuir a la creación de un escenario de muchas perspectivas.

SIGNOS HISTÓRICOS

Gabriela Cano
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

La revista *Signos históricos* editada por el Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma Metopolitana-Iztapalapa (UAM-I) está dedicada a publicar resultados de investigación que contribuyan al conocimiento histórico en sus distintos campos de especialidad. Al mismo tiempo, la revista tiene entre sus propósitos prioritarios el fortalecimiento de los vínculos académicos de profesores-investigadores y alumnos de posgrado y licenciatura en historia con la comunidad profesional. El texto de presentación de la revista, que se publicó en el primer semestre de 1991, explicaba la pertinencia de una nueva publicación especializada en los siguientes términos:

> El mundo de las publicaciones de temas relacionados con la historia y las ciencias sociales es amplio, pero no suficiente. La innovación permanente a la que se ve sujeta la producción histórica y los avances historiográficos, la continua interacción entre la historia y otras ciencias sociales, la recurrente aparición de nuevos fondos documentales, así como la ampliación sistemática del ámbito de colaboración entre instituciones de diversas latitudes, nos hacen suponer que la aparición de un nuevo medio de comunicación que conjunte los criterios más rigurosos, los más diversos temas y periodos, y vincule de manera creativa la acción individual de sus colaboradores, además de estar abier-

ta a la retroalimentación, tiene un espacio y un motivo pertinentes y de gran potencial.[1]

Transcurridos tres años y con seis números preparados —*Signos históricos* 6 entrará en circulación en la segunda mitad de 2001— creemos que nuestra percepción inicial del ámbito de revistas especializadas en historia y disciplinas afines fue acertada, y que la publicación se perfila como una revista de investigación histórica cabal que ofrece a la comunidad académica integrada por investigadores, profesores y estudiantes de universidades nacionales y extranjeras, trabajos elaborados a partir de variadas prioridades temáticas y elecciones metodológicas. A diferencia de otras revistas mexicanas de investigación histórica, que se definen en función de una etapa, ámbito regional o perspectiva metodológica, la nuestra hace eco de la diversidad de enfoques y temas vigentes en la historiografía contemporánea. Dicho perfil es también reflejo de la riqueza y variedad de las líneas de investigación cultivadas en las Áreas de historia del Departamento de Filosofía de la UAM-I y de las investigaciones de las tesis que se preparan en la Línea de Historia del Posgrado en Humanidades de nuestra universidad. Tal diversidad de temas y perspectivas se aprecia al mencionar algunos temas abordados en los primeros seis números de la revista: la cultura de los conservadores en el México decimonónico; el crédito colonial en la provincia de Pamplona, Nueva Granada; la contribución de la población indígena novohispana al erario real; el protagonismo político de Rafael Nieto en la revolución mexicana, la participación política y la orientación ideológica de las fuerzas armadas argentinas al comienzo del siglo XX; el debate parlamentario en México en los años veinte, la prensa agrícola en el porfiriato; las percepciones de mayas y españoles sobre los africanos en el Yucatán colonial; los perfiles demográficos y culturales de la población colonial en Veracruz; el partido fascista mexicano de los años veinte, la agricultura y comercialización de la vainilla en Papantla

[1] Javier MAC GREGOR, "Presentación", en *Signos históricos* 1, p. 7.

en el siglo XIX; la historiografía de Edmundo O'Gorman; los orígenes mexicanos de la corriente revisionista en la historiografía y en las construcciones de género, implícitas las ideas del mestizaje de la revolución mexicana mediante el concurso "La india bonita"; el debate en torno a la anticoncepción en los primeros tiempos del Estado posrevolucionario; la recepción del socialismo y del positivismo en el pensamiento de Hermila Galindo y el sometimiento del señorío indígena de Cholula ante la corona española.

El contenido medular de la revista lo constituyen, desde luego, los artículos de investigación que en algunas ocasiones se presentan en volúmenes de carácter misceláneo y en otras se organizan en *dossiers* temáticos —"Nuevas miradas a la historiografía" o "Género en la historia moderna de México y Argentina"— o bien en volúmenes monográficos, como el titulado "Población afroamericana, mestizaje y vida cotidiana" que trata las más recientes perspectivas sobre el amplio mestizaje afroindígena ocurrido en el periodo colonial novohispano, proceso que muchas veces fue igual o mayor a la mezcla hispano-india.

La revista también publica ensayos críticos de revisión bibliográfica y de fuentes históricas, así como reseñas analíticas de libros de reciente aparición. Este tipo de textos son contribuciones esenciales que enriquecen la discusión historiográfica y actualizan la investigación, como también lo hacen las traducciones de trabajos aparecidos originalmente en otros idiomas. Ocasionalmente, *Signos históricos* publica documentos históricos, precedidos de una presentación analítica que apunta su relevancia y posibilidades de interpretación.

Es prioridad de *Signos históricos* apoyar las labores de investigación y docencia emprendidas en nuestra universidad. Por ello, las páginas de la revista se han enriquecido con contribuciones presentadas por académicos invitados a la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). Tras un rico intercambio con profesores y alumnos de posgrado, Charles Hale aceptó dar a conocer por medio de *Signos históricos* un relevante trabajo sobre la historiografía de Edmundo O'Gorman. A su vez, Jaques Lafaye nos distinguió con una importante

colaboración sobre Carlos de Sigüenza y Góngora, como también lo hicieron otros destacados historiadores que nos visitaron en años recientes. Uno de los mayores logros de *Signos históricos* es haberse allegado colaboraciones de autores afiliados a un gran número de instituciones académicas, tanto mexicanas —de los estados y de la capital— como extranjeras, que comparten las páginas de la revista con profesores y alumnos de posgrado de la UAM.

Signos históricos tiene su antecedente en *Signos. Anuario de investigación*, importante publicación que a lo largo de diez años sacó a la luz trabajos de profesores del Departamento de Filosofía de la UAM-Iztapalapa. Al correr del tiempo y con el fortalecimiento de las labores de investigación de los profesores y la consolidación del Posgrado en Humanidades, fue insuficiente una publicación anual que recogía trabajos de distintas disciplinas que se cultivan en el Departamento de Filosofía. La transformación del anuario en tres revistas disciplinarias —*Signos históricos, Signos literarios y lingüísticos* y *Signos filosóficos*— se inserta en el proyecto editorial impulsado por Carlos Illades durante su gestión como jefe del Departamento de Filosofía. Dicho proyecto de publicaciones también comprende una colección de libros de investigación humanística, la *Biblioteca de Signos*, que a finales de 2001 habrá publicado sus diez primeros títulos.

Cada una de las revistas tiene un director y un comité de redacción integrado por profesores del Departamento de Filosofía de la UAM-Iztapalapa. El comité de redacción de *Signos históricos* lo integran Norma Angélica Castillo Palma, Riccardo Forte, Brian Connaughton, Javier Mac Gregor, José Rivera y Alejandro Tortolero. Durante su primer año el director de la revista fue Javier Mac Gregor y a partir de 2000, la dirección de *Signos históricos* está a cargo de Gabriela Cano, mientras que Georgina López González se desempeña como secretaria técnica.

Los recursos cibernéticos están transformando las formas de comunicación académica. Algunos, como Robert Darton, historiador del libro, piensan que los volúmenes impresos, especialmente los de contenido académico, viven

sus últimos días y pronto serán desplazados por los llamados *libros electrónicos* que tienen la ventaja de producirse de manera expedita y a un bajo costo, pero son herramientas con grandes limitaciones de uso debido la incomodidad de su manejo y las dificultades para su almacenamiento.[2] Por eso, y pese al auge de las comunicaciones cibernéticas *Signos históricos* optó por ser una publicación impresa en tinta y papel —y no electrónica— pero dispuesta a aprovechar las posibilidades que ofrece tanto Internet como el correo electrónico. Es muy enriquecedor que la comunicación con las distintas personas involucradas en una revista académica —autores, dictaminadores y miembros del consejo editorial y de redacción, lectores y suscriptores— ocurra con tanta agilidad, ya sea que se encuentren en Chicago, Buenos Aires, Barcelona, el Estado de México, o el cubículo de al lado. Una meta próxima es la de abrir un sitio en la red con los índices y resúmenes de los contenidos de la revista.

El mayor reto que enfrenta una revista joven como *Signos históricos* es el de la permanencia. Es de esperarse que este proyecto editorial reciba los apoyos institucionales internos y externos que le permitan enfrentar las dificultades financieras, los posibles cambios en políticas institucionales, entre otros obstáculos y que pueda mantenerse la continuidad en los próximos años. Esto redundará en beneficio de la investigación histórica y de las disciplinas afines que se desarrollan en México y, especialmente, en la Universidad Autónoma Metropolitana.

[2] Véase Robert DARTON, "The New Age of the Book", en *New York Review of Books* 18 (mar.1999), pp. 5-7.

ISTOR, REVISTA DE HISTORIA INTERNACIONAL

Jean MEYER
Centro de Investigaciones y Docencia Económicas

ANTECEDENTES

ISTOR, REVISTA DE HISTORIA INTERNACIONAL, es trimestral y desde junio de 2000, fecha del primer número, ha salido puntualmente. Según los diccionarios: "Istor: palabra del griego antiguo y más exactamente del Jónico. Nombre de agente, Istor, 'el que sabe', el experto, el testigo; de donde proviene el verbo 'istoreo', tratar de saber, informarse, y la palabra 'historia', búsqueda, averiguación, 'historia'". Así nos colocamos bajo la invocación del primer Istor Herodoto de Halicarnaso.

Ser abiertos es la vocación más profunda de nuestra revista porque nada de lo que ha ocurrido, ocurre u ocurrirá en el mundo nos es ajeno. Ni revista estrechamente académica, ni revista de divulgación, *Istor*, viaja en el espacio y en el tiempo, se salta las barreras políticas y científicas, rebasa los marcos teóricos y otras cárceles mentales.

Istor hace suyo el proyecto de Raymond Aron: "pensar la Historia que se está haciendo, asumirla con toda lucidez posible, descifrar su significación, sin olvidar nunca que dicha significación no está ni inscrita en los hechos, ni predeterminada".

Intentar una reflexión sobre nuestros tiempos, sobre nuestros mundos; entender mejor todos los sectores de la sociedad moderna: economía, relaciones sociales, regíme-

nes políticos, relaciones entre naciones y discusiones ideológicas, todo eso en su profundidad temporal.

La impostura totalitaria estalló y el liberalismo parece haber quedado sin porvenir. Para nosotros, tal circunstancia, lejos de ser catastrófica, representa una apertura, la oportunidad de intentar nuevos rumbos. Por lo mismo, para que la democracia sea un porvenir, tenemos que ver al mundo, al planeta todo, con ojos nuevos.

El año 2000 fue una buena fecha para comenzar una nueva revista, cuando acababan de borrarse las mojoneras tradicionales de la *intelligentsia*, las que limitaron el horizonte del siglo anterior. Algunos se quejan de haber perdido todas las brújulas, sin darse cuenta de que por lo mismo, esto puede ser una oportunidad para descubrir nuevas constelaciones.

En circunstancias comparables a las que vivimos, Paul Valéry escribió:

> Empieza el tiempo del mundo finito [...] Una solidaridad completamente nueva, excesiva e instantánea, entre las regiones y los acontecimientos es la consecuencia muy notoria de este hecho mayor [...] Hoy toda acción repercute por doquier contra cantidad de intereses imprevistos, genera un tren de acontecimientos inmediatos, el desorden que provocó la resonancia en un recinto cerrado.

Por eso publicamos, casi en forma de manifiesto, en nuestro primer número, el ensayo completo de Valéry: *Miradas al mundo actual.*

Cuando todos hablan de globalización —el mundo finito—, se siente la necesidad, especialmente en México, de conocer ese mundo, de abrir las ventanas, de poner fin al parroquialismo que nos vuelve ignorantes de lo que pasa y de lo que ha pasado y por lo tanto de lo que pasará en las Américas, en África, en Europa, en Asia y en Oceanía.

A diez años de la caída del muro de Berlín, la historia, lejos de haber terminado, es más fascinante que nunca en su aceleración, más difícil de entender que nunca en su densidad, sea desde una perspectiva tranquilamente posi-

tivista, sea desde las perspectivas más inquietas e inquietantes de la ciencia y la religión.

Nos encontramos en uno de tantos momentos críticos, cuando nuevos escenarios político y cultural, demográfico y social imponen la búsqueda de nuevos conceptos, de nuevos temas de curiosidad, de nuevos valores y también el surgimiento de otra generación de autores, los que harán la revista, con una sensibilidad diferente y otras claves para descifrar la realidad nueva del presente y del pasado, un pasado que se interpreta e inventa cada día.

Intentaremos luchar contra la especialización académica y saltar a todas las fronteras: cronológicas —para nosotros la historia va desde la más remota antigüedad hasta el día de hoy—; geográficas —ningún país, ninguna región, ninguna tribu nos es indiferente—; científica: no aceptamos las barreras disciplinarias y trabajamos con politólogos, internacionalistas, economistas, sociólogos, antropólogos, geógrafos... Tampoco nos dejaremos encerrar en marcos teóricos u otras cárceles ideológicas.

Lucharemos contra el nacionalismo intelectual y contra el tribalismo profesional que lleva a una terrible miopía y a la pérdida de curiosidad. Por eso *Istor* pretende ser una revista internacional de historia. Internacional por su amplio campo de intereses, internacional por su consejo editorial y su equipo de colaboradores. De historia, porque la historia tal como la concebimos es intento permanente de abrir el diálogo entre todas las ciencias sociales, es afirmación de la interacción y de la interconexión como medio de comprensión del todo cultural, social, político y económico.

Ahora bien, una revista es algo muy pequeño en nuestro mundo y el mercado la condena a la marginalidad, sin embargo, adquiere sentido siempre y cuando responda a una necesidad. Mucha gente, dentro y fuera de nuestro país, siente la necesidad de pensar sus problemas y crisis en una perspectiva histórica, la que da tiempo al tiempo. En ciertos casos, sólo el acercamiento por la vía de la larga duración, multisecular, si no es que milenaria, permite entender lo que está pasando.

Así trabajaremos para recuperar y fortalecer los valores del humanismo, a su vez herencia de la "universitas" de la Edad Media y de las viejas culturas que heredamos. En el sentido clásico y, por lo tanto, universal de la palabra. Los invitamos a participar en esta aventura como ciudadanos del mundo y de la "república universal de las letras".

Materialmente la revista se compone de un *dossier* temático integrado de tres o cuatro artículos, prologado por dos ensayos más breves, un diálogo o una entrevista. Después viene la sección "Textos recobrados" que puede hacer eco al *dossier*, al ofrecer al lector textos escritos hace 50, 500 o 2 000 años. Luego sigue "Ventana al mundo" con dos o tres breves "Carta desde Buenos Aires, Berlín…", las reseñas, la sección "Coincidencias y divergencias y finalmente un "Cajón de sastre" que no necesita comentarios.

Si México no está ausente, *Istor* busca, de manera sistemática, una historia transnacional. Así, en el número 1, Jean Piel presenta "Evolución y mutaciones del Sistema Atlántico y de América Latina de 1820 a 1920" y José Antonio Aguilar comenta "Las batallas por la historia en México y Estados Unidos" (sobre libros de texto y programas de enseñanza de la historia nacional). México vuelve a aparecer en el núm. 3, en el *dossier* dedicado a "Reyes electos", con motivo de las elecciones presidenciales de Rusia, México y Estados Unidos en el año 2000. Lorenzo Meyer habla de "El presidencialismo mexicano en busca del justo medio". En el número 5 intitulado "Amnistía y Amnesia", José Antonio Crespo publica "México: un glasnost histórico".

La revista ni quiere ni puede ser endogámica. En el número 1 de catorce firmas, cuatro son mexicanas. En el siguiente, de catorce firmas seis son mexicanas. En el número 3 de trece, seis son mexicanas y en el 4 de catorce, tres firmas son mexicanas.

El Comité Editorial cuenta con 17 miembros de los cuales sólo cuatro son mexicanos (Adolfo Castañón, Enrique Florescano, Luis González y Rafael Segovia). La pluridisciplinariedad va a la par con el internacionalismo, puesto que las ciencias sociales y la literatura están representadas así como nueve naciones, desde la A del ruso Yuri Afa-

nasiev hasta la W de John Womack Jr., pasando por la K japonesa de Matsuo Kasuyuki.

La concepción, programación, elaboración, sí es casera, con la participación inmediata de José Antonio Aguilar (ciencia política), Luis Medina, Jean Meyer, José Manuel Prieto, Rafael Rojas, Mauricio Tenorio (historia), Jesús Velasco (estudios internacionales) todos del CIDE. El Consejo de Redacción así formado casi corresponde al grupo que estuvo, durante tiempo, acariciando la idea de hacer una revista de este tipo.

En la práctica, después de definir el tema del *dossier* se busca la persona idónea para encargarse de la definición precisa de los artículos y de la búsqueda de los autores correspondientes. Así, para el segundo número (otoño de 2000), intitulado *De concordia, discordia y cristianismo*, Jean Meyer consiguió textos inéditos del cardenal Joseph Ratzinger ("¿Verdad del Cristianismo?"), de Michael Bourdeaux sobre "Religión y religiones en Rusia hoy", de Jean-Claude Eslin sobre "La situación del cristianismo en Francia y Europa", así como el estudio vaticano "Memoria y reconciliación: la Iglesia y las culpas del pasado". En la sección Textos Recobrados se publicó el texto iluminado e iluminador de Novalis *Europa o la Cristiandad* (1799).

Para el número tres (*Reyes sin corona*), *Istor* ha pedido a un ruso, a un estadounidense y a un mexicano, reflexionar sobre el presidencialismo en sus respectivos países. No todos los presidencialismos son comparables, pueden cambiar de sentido a lo largo del tiempo, como en México después de las elecciones del 2 de julio de 2000; pueden ser liberales, democráticos, autoritarios. ¿Qué tiene que ver el poder fortalecido de la "magistratura suprema" —fortalecimiento que en la segunda mitad del siglo XX, tras la victoria de las democracias sobre los totalitarismos y las dictaduras, contrasta con el predominio de los parlamentos en el liberalismo decimonónico— con el poder de aquel otro hombre solo, el "monarca" del mal llamado antiguo régimen? Ésas son las preguntas que plantean Yuri Afanasiev, Lorenzo Meyer, Jeffrey K. Tulis y Jorge Castañeda. Sus reflexiones, voluntariamente inconclusas, se pro-

longan en la sección Textos Recobrados con páginas del presidente y general De Gaulle, antes, durante y después de su ejercicio presidencial.

Aristóteles observó que en cualquier régimen político, democracia incluida, la realidad del poder reside en un grupo muy reducido de hombres, por buenas y malas razones. Por lo mismo, esos pocos hombres tienden a conducirse como tiranos, es decir, a alimentar la "guerra civil" que amenaza permanentemente con asolar a la sociedad. Si tiene razón al señalar que hacia la tiranía deriva casi inevitablemente todo régimen, vale la pena preguntarse si el presidencialismo representa un mal menor, un término medio o una tiranía con antifaz.

En América Latina, los pueblos han manifestado una tendencia al continuismo, a veces casi dinástico, y una singular indulgencia hacia los "hombres fuertes". ¿Arcaísmo o modernidad? ¿Culturalismo latinoamericano o fenómeno universal? ¿Ejercicio patrimonialista del poder o condición de eficacia ligada al desprestigio eventual del parlamentarismo? ¿Qué relación tiene con la famosa gobernabilidad y la debilidad institucional de los Estados? De ser cierto ¿qué significaría el deseo popular o mayoritario de la "mano de hierro" y de la perpetuación en poder del nuevo monarca?

Vladimir Putin es presidente de Rusia, Vicente Fox de México y Hugo Chávez de Venezuela. Llevan el mismo título y sin embargo, la diferencia es muy grande entre Fox y Chávez. Frente a Chávez y a Putin no hay contrapesos ni frenos. El antiamericanismo creciente de estos dos, es interesante en su pragmatismo que contrasta con el llamado del presidente Fox a construir una verdadera unión de América del Norte entre Canadá, Estados Unidos y México.

El número 4 (primavera de 2001) ha sido organizado por Varun Sahni, de la Universidad de Nehru, India, sobre el tema de las *Democracias no occidentales* y la relación entre la cultura y la política. El número lo abre el texto de Amartya Sen "La democracia como valor universal", seguido de "El pueblo indio: demócrata por naturaleza" de Dawa Norbu, "Historias rivales en la cultura de la política

india. Las tradiciones y el futuro de la democracia" de Ashis Nandy. África y el Islam están presentes con "¿Hacia un cambio político en el Magreb?, de Rémy Leveau y una reseña múltiple de Jean Meyer sobre el Estado musulmán. Se incluyen dos textos más: "Las religiones seculares. El caso del comunismo", de Antonio Elorza y "Derechos humanos, ¿universales u occidentales?", de Farid Kahhat. En la sección Textos Recobrados tenemos a Ibn Jaldún y su "Introducción a la historia universal" comentado por Al-Mugaddimah.

Rafael Rojas, doctor en historia por El Colegio de México, miembro del CIDE, coordina el número 5 (verano de 2001), sobre el tema *Amnistía y Amnesia, Memoria y Reconciliación,* con un artículo sobre México, otro sobre África del Sur y otro sobre Chile, con ensayos del español Antonio Elorza ("La condena de la memoria"), un texto sobre el genocidio recíproco India-Paquistán y cartas de Frank Goldman sobre Guatemala y Adam Mishnik sobre Polonia. El texto recobrado de Paul Valéry (1932) profundiza el problema de Memoria e Historia.

Slobodan Pajovic, del Instituto de Política y Economía Internacionales de Belgrado, Serbia, es el responsable del número 6 *Los Balcanes entre imperios y naciones* (otoño de 2001) con seis contribuciones, entre *dossier,* notas y diálogos, búlgara, griega, turca, serbia y croata, y un Texto Recobrado más que centenario del obispo Strossmayer, uno de los autores de la idea "yugoslava" de los "slavos del sur".

Si la Revista de Historia Internacional *Istor* tiene poco pasado (seis números publicados puntualmente cada trimestre), espera tener mucho futuro lo que permite anunciar como casi en prensa los números siguientes: el núm. 7, bajo la responsabilidad de José Antonio Aguilar, tratará de *Izquierda y Derecha en la historia,* Guillermo Palacios El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos (CEH) está ideando un volumen dedicado a Brasil, Ugo Pipitone (CIDE, historia) otro sobre *Ciudades, regiones y naciones,* Antonio Annino sobre *La guerra y la paz,* Mauricio Tenorio y José Manuel Prieto sobre *Veinte ciudades.* Así está actualmente definido el programa hasta el núm. 14.

Una información final: a la hora del triunfo del mercado y la irrupción del señor dinero en las actividades académicas, el joven *Istor* ha tenido que nacer y crecer a la intemperie, sin la seguridad material antes característica de las publicaciones institucionales. Si bien es una revista del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), publicada por la División de Historia de dicha institución, se beneficia del apoyo del CIDE, tiene que buscar su propio financiamiento. Por lo tanto, es de justicia agradecer a los anunciantes y a los compañeros que han logrado convencer a los dichos anunciantes.



Revista semestral del Departamento de Filosofía
de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Signos históricos es una revista semestral del Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa que publica trabajos de investigación histórica, elaborados desde distintas perspectivas metodológicas. También publica ensayos de fuentes y bibliográficos, así como reseñas críticas de libros recientes.

Las contribuciones deberán ser inéditas, ofrecer aportaciones originales y relevantes al asunto abordado y entregarse de acuerdo a las normas editoriales que pueden consultarse en cualquier ejemplar de la revista o solicitarse a shis@xanum.uam.mx

Costo anual (incluye gastos de envío)
México: $ 300.00 (pesos)
Estados Unidos y Canadá: US$ 35.00

Adjunto cheque o giro bancario a nombre de Universidad Autónoma Metropolitana
por la cantidad de $ ....
Nombre: ....
Dirección: ....
Ciudad y estado: ....Código postal: ....
País:...Correo electrónico: ....

Enviar esta forma por correo con el pago correspondiente a:

Patricia Reyes Soriano
Universidad Autónoma Metropolitana, Depto. de Filosofía
Av. Purísima y Michoacán s/n, 09340 México, DF. México



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Novedades Editoriales

LIBROS

Ángel María Garibay
Poesía náhuatl
3 v., 1ª reimpresión, 2000
$300.00

Miguel León-Portilla
La California Mexicana. Ensayos acerca de su historia
1ª reimpresión, 2000, 310 p.
$120.00

Josefina Muriel
Cultura Femenina Novohispana
1ª reimpresión, 2000, 548 p.
$240.00

Peter Gerhard
Geografía Histórica de la Nueva España
2ª edición, 2000, 495 p.
$240.00

Pablo Gonzálea Casanova
Cuentos indígenas
4 edición, 2001, 114 p.
$80.00

Estudios de Cultura Náhuatl
~número 30~
$140.00

Estudios de Cultura Náhuatl
~número 31~
$150.00

Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México
~número 20~
$90.00

Boletín Históricas
~números 57, 58 y 59~
$3.00 c/u

CUADERNOS AMERICANOS 88

NUEVA ÉPOCA

Julio-Agosto del 2001

Revista mexicana del caribe

NÚMERO 9

CONTENIDO NUEVE

Blvd Bahía y Commonfort, col del Bosque, Chetumal, Quintana Roo, México C.P. 77010
Tel/Fax (983) 5-03-42 / recaribe@correo.uqroo.mx
Suscripciones/ rmcsuscrip@correo.uqroo.mx

NORMAS DE LA REDACCIÓN

1. Los autores enviarán DOS ejemplares de su colaboración: una en papel y otra en diskette de 3'5 (versión W.P. 5.1 o superior, o Word para Windows).

2. Los textos (incluyendo resúmenes de 100 palabras como máximo, en inglés o español, notas, citas y referencias bibliográficas) deberán estar mecanografiados en negro, a doble espacio, en papel tamaño carta (21.5 × 28 cm), con márgenes de 3 cm en los cuatro lados, y con paginación consecutiva.

3. Todas las ilustraciones y gráficas deben estar preparadas para reproducción y numeradas consecutivamente. Irán en páginas separadas y su colocación en el texto se deberá indicar con claridad.

4. Los cuadros y tablas se numerarán de modo consecutivo y su colocación en el texto se señalará claramente. Cuando su extensión lo requiera irán en páginas aparte.

5. Las notas se reducirán al mínimo, siguiendo el formato establecido por *Historia Mexicana.* Las notas irán al final del texto, con paginación corrida, antes de la bibliografía; estarán numeradas de manera consecutiva con números arábigos volados.

6. Todas las siglas y referencias que aparezcan mencionadas se incluirán completas al final del texto, en orden alfabético, en la sección de SIGLAS Y REFERENCIAS; la paginación será corrida. En todos los casos se deberá seguir el formato ya establecido por *Historia Mexicana.*

7. En todos los artículos se deberán indicar muy claro al comienzo del texto, a la derecha, después del título, el nombre del autor y el de la institución a la que pertenece. En los testimonios, notas, reseñas, etc., estos datos se colocarán al final del texto, a la derecha.

8. No se admitirá ninguna colaboración que no se atenga a estas *Normas.*

9. La redacción acusará recibo de los originales en un plazo de quince días hábiles a partir de su recepción. La aceptación de cada colaboración dependerá de la evaluación de dos especialistas anónimos. De acuerdo con ésta, la redacción decidirá sobre la publicación e informará a los autores en un plazo menor de un año.

10. Para evitar costos extra de impresión, no se aceptará ningún cambio en el texto después de aprobada la colaboración.

11. En ningún caso se devolverán los trabajos recibidos por *Historia Mexicana.*

ADVERTENCIA: se solicita que las editoriales y los autores que deseen enviar libros para reseña, lo hagan a la Redacción de la revista. Para tal fin se requieren DOS ejemplares de cada libro. Toda obra aparecerá citada anualmente en una lista de PUBLICACIONES RECIBIDAS.

Graciela San Juan, secretaria, colaboró en la preparación de este número.

DE PRÓXIMA APARICIÓN

Melchor Campos García: *Faccionalismo y votaciones en Yucatán, 1824-1832*

Alejandro Cañeque: *Cultura vicerregia y Estado colonial. Una aproximación crítica al estudio de la historia política de la Nueva España*

Peter V. N. Henderson: *Un gobernador maderista: José María Maytorena y la Revolución en Sonora*

Clara E. Lida y Carlos Illades: *El anarquismo europeo y sus primeras influencias en México*